

Sophie Saint Rose

Serie época

Con solo

una mirada

Con solo una mirada

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Los cuatro hombres montados a caballo se acercaron al cortijo, deteniéndose ante la casa que era evidente que se había quemado hasta los cimientos.

Finnegan miró a su alrededor. El fuego había arrasado la finca hasta los pastos. Habían recorrido cientos de millas para llegar hasta allí y ahora se encontraban con eso. —Mierda. —Sus ojos azules repararon en una mujer a lo lejos, que estaba agachada de espaldas a ellos escarbando en la tierra. — Hanford, ve a hablar con esa mujer.

—Sabes que me debes un respeto, ¿verdad?

—¡Estoy harto de este maldito sitio! ¡Hace un calor de mil demonios! — Tiró de las riendas hincando los talones en su montura. —¡Muévete, joder! ¡O te despellejo vivo!

Dalston Hanford levantó una de sus cejas rubias divertido. —Qué mal carácter.

—No lo sabes bien —dijo Irwin llevando la mano a la empuñadura de la pistola antes de mirar a su hermano que hizo lo mismo.

—Muy bien, caballeros. No hay que ponerse así. Soy una persona razonable.

Siguieron a Finnegan que se había detenido para esperarles y la mujer se enderezó al escuchar los cascos de los caballos acercándose. Asustada cogió la cesta que tenía al lado y Dalston sonrió. —No se preocupe, buena mujer —dijo en español—. Solo necesitamos información.

La mujer, que debía tener ya sus años por las arrugas de su cara, asintió sin quitarles ojo y pareció relajarse un poco al ver sus vestimentas, que demostraban que eran hombres bien posicionados. —Si puedo ayudar... —susurró dubitativa.

Dalston se bajó del caballo mostrando toda su estatura y su porte. La mujer le miró fascinada. —Estoy seguro de que sí. —Metió la mano en el interior del guardapolvos y sacó una moneda de oro. La mujer abrió los ojos como platos. —Esta finca antes era un cortijo, ¿no es cierto?

—Sí, sí. De los señores Esteban. —Miró los ojos castaños de aquel hombre antes de observar a los que iban con él. El hombre que debía tener unos cincuenta años y tenía su cabello blanco totalmente empapado, se quitó el sombrero abanicándose. Mientras que los dos grandotes, que eran gemelos, no le quitaban la vista de encima. Volvió a mirar al galán, que era guapísimo y le sonreía agradablemente. Era obvio que quería información, pero no se

fiaba. —¿Me dará esa moneda?

—Si lo que me dices me ayuda... Es tuya.

—Pregunte, pregunte. Yo antes trabajaba ahí. Los conozco a todos.

—¿No me diga? —Se volvió hacia su grupo. —Los conoce a todos —dijo en inglés—. Trabajó en la casa.

—Pregúntale por la chica —dijo Finnegan mirando el cielo—. Es casi mediodía y estoy hartito.

Sonrió divertido. —Sí, eso me ha quedado claro. —Se volvió hacia la mujer. —Así que trabajaba en la casa.

—Sí, sí. Veinte años trabajé para los señores —dijo medio hipnotizada por la moneda—. Trabajaba para la cocinera.

—¿Qué ocurrió aquí?

—El señor, que se volvió loco y prendió fuego al pajar. Lo hizo de noche cuando todos dormían y casi nos mata.

—¿El señor Esteban prendió fuego a su finca?

La mujer asintió. —Menos mal que una doncella se levantó a beber agua. Si no estaríamos todos muertos.

—¿Y dónde están todos? ¿Trabajan en otro sitio? ¿Los señores se han

hecho otra casa?

—¡Qué va! Al señor le dio un ataque esa noche y estiró la pata. El señorito Miguel vendió lo que quedaba para irse a Madrid. Sacó un buen dinero por el ganado. Odiaba esto y en cuanto su padre se presentó ante su creador, lo vendió todo para disfrutar de la vida, como decía él. Eso fue hace un año.

—¿Y el servicio?

—Por ahí repartidos. A mí no me dieron trabajo y tengo que sobrevivir como puedo. —Miró la moneda de nuevo con ansiedad. —¿Ya me la he ganado?

—Busco a una muchacha. Debe tener diecisiete o dieciocho años. Pelo castaño y grandes ojos verdes. Labios gruesos y piel muy blanca. Aunque viviendo aquí, puede que la tenga morena. Tengo entendido que era doncella de la casa y que es muy hermosa.

—¿Habla de Carlota? —La mujer le miró con desconfianza dando un paso atrás. —Ya no quiero la moneda. Si buscan a la niña, no es por algo bueno.

—¿Carlota? —Dalston sonrió seductoramente. —Mujer, ¿tengo cara de criminal?

—¡No, tiene cara de golfo!

Hizo una mueca. —Busco a la muchacha porque la busca su padre. O al menos creemos que ella pueda ser su hija. ¿Su madre se llama Monique?

La mujer entrecerró los ojos. —Yo me largo.

Al ver que la mujer se alejaba, Dalston suspiró haciéndoles un gesto a los hombres que la rodearon con sus caballos. La mujer los miró asustada. —No quiero saber nada.

—Es una pena, pero nos vas a contar todo lo que sepas. ¿Ya no quieres la moneda?

—Claro que sí, pero no a costa de la vida de la niña.

—Te aseguro que si nos dices dónde está, la niña, como tú la llamas, va a llevar una vida mil veces mejor de lo que ha vivido hasta ahora. Es hija de un hombre muy poderoso en Inglaterra.

—¿De verdad? —Asombrada miró a los hombres que tenía detrás y Dalston asintió con vehemencia para que ellos hicieran lo mismo. Los tres movieron la cabeza de arriba abajo. La mujer sonrió. —Siempre supe que era especial.

—Es muy especial. Por eso tenemos que encontrarla a ella y a su madre.

—Oh... —La anciana se volvió hacia él con pena. —Su madre murió

cuando ella era muy pequeña. La criaron las monjas hasta los siete años y entonces empezó a servir en la casa. Recuerdo el día en que llegó. Estaba tan asustada... —Sonrió con pena. —Pero enseguida se hizo con la rutina. Es muy lista. Aprendió el idioma de la señora enseguida.

—¿El idioma de la señora?

—Era inglesa. Como usted. Carlota aprendió el idioma muy rápido y adoraba a la señora. Siempre creí que había un vínculo especial entre ellas. La señora protegía a la niña con uñas y dientes.

—¿No me digas? —preguntó él entrecerrando los ojos—. ¿Y no sabes la razón?

—No. Le tenía cariño, supongo. Recuerdo un día que la niña debía tener unos nueve años y tiró sin querer el calentador de camas al suelo. Éste se abrió marcando el suelo de madera con las brasas, pues la madera se oscureció. El señor se enfureció con ella e iba a pegarla, pero la señora se puso en medio recibiendo ella un buen bofetón que la tiró al suelo. —La mujer se quedó ensimismada en sus recuerdos. —Había veces en los que la señora la llamaba Charlotte cuando creían que no las escuchaba nadie.

—¿Charlotte? ¿Era su nombre real?

—No lo creo. Creo que era un nombre cariñoso para ella.

Dalston asintió. —¿Y dónde está ahora? ¿Trabaja por aquí o se fue con la señora?

—No. —Le miró a los ojos. —Eso fue lo más asombroso. Carlota se fue esa noche. La noche del incendio. La señora la echó de la casa.

—¿La echó?

—Sí, le gritó que se fuera ante todo el servicio. No nos lo podíamos creer. La niña se echó a llorar y se fue como estaba. En camisón. No volvimos a saber de ella.

—¿Se fue en camisón en mitad de la noche?

—Bueno, después del incendio ya casi amanecía. Aunque eso da igual, ¿no cree?

—¿Y a dónde iba a irse una niña en camisón?

La anciana se acercó como si tuviera un secreto. —Siempre he creído que fue a casa de esa amiga suya.

—¿Qué amiga?

—Matilde se llama. —Señaló hacia el norte. —Tiene una granja de cerdos con su padre y también vende huevos. Eran amiguitas de pequeñas y siempre que Carlota tenía algo de tiempo libre, lo pasaba en la granja con ella ayudándola. Un día llegó tarde a casa porque se entretuvo y no atendió en la

mesa para la cena. El señorito se enfureció y la golpeó con una vara en la espalda. La señora no estaba ese día —dijo con pena.

—Así que la familia Esteban se fue a Madrid.

—Sí. Por las noticias que me han llegado viven allí. El señorito acabará con todo enseguida con la buena vida que se está pegando.

Dalston sonrió tendiéndole la moneda. —¿Algo más que pueda decirme sobre ella?

—Podría contarle millones de historias. Pero para encontrarla no. Lo siento.

Él asintió yendo hacia su caballo y montando. —¿Al norte ha dicho?

—Sí, Matilde vive al norte. Una casa blanca de planta baja.

—Gracias.

—De nada, señor. —Miró la moneda de su mano. —Me ha salvado la vida.

Dalston iba a volverse, pero lo pensó mejor. —Por cierto, ¿la niña le ha contado alguna vez algo de su madre?

—No sabía nada de ella. Las monjas le dijeron que había muerto y que fue el médico quien la llevó al convento por no dejarla en el orfanato.

—Entiendo. Gracias.

Se acercó a sus compañeros y tiró de las riendas mientras la mujer se alejaba contenta.

—¿Qué te ha dicho esa mujer? —preguntó Finnegan—. ¿Era aquí?

—Sí, era aquí. Recordaba a la muchacha muy bien. Se llama Carlota, pero en realidad creo que se llama Charlotte, que era el nombre que a veces utilizaba la señora de la casa.

Los ojos azules de Finnegan brillaron. —Su madre era francesa.

—Exacto. Seguro que las monjas que la criaron hasta los siete años la llamaban Carlota. Su físico coincide totalmente, y la edad. No dudó cuando le pregunté por ella. Pero hay un problema. La señora de la casa, que hasta el día del incendio la adoraba, la echó en camisón después de extinguirlo.

—Eso es muy raro —dijo Irwin pasándose la mano por la frente para quitarse el sudor a la vez que apartaba su pelo negro—. Si la adoraba...

—Pasó algo esa noche. Pero ya nos enteraremos. De momento vamos hacia el norte. Allí tenía una amiga y la mujer cree que ese día fue hasta allí a buscar cobijo.

—No perdamos el tiempo —dijo Finnegan haciendo un gesto a los irlandeses. Los hermanos asintieron siguiendo sus caballos.

—¿Qué opinas? —preguntó Finnegan mirando a su alrededor.

Dalston sonrió divertido viendo lo que quedaba del edificio ennegrecido.

—Tiene la sangre de Sterling, de eso no hay duda.

Finnegan sonrió. —¿Crees que fue ella?

—El señor murió esa noche y la señora se enfadó con ella. Puede que tuviera los nervios destrozados, pero que la echara... —Movi6 la cabeza de un lado a otro. —Es bella y dos hombres estaban por encima de ella en la pirámide de poder. Una dulce tentación para los señores de la casa.

Finnegan gruñó apretando las riendas sin darse cuenta. —Malditos cabrones.

—La pista que el duque de Stradford le dio a Sterling era un acierto.

—¿Y Monique? ¿Qué te ha dicho de su madre? ¿La conocía?

—Solo sabía que había muerto.

Finnegan apretó los labios. Dalston le miró de reojo. —¿Cómo era? Tú tienes la edad de Sterling más o menos, así que debiste conocerla.

—Buena y hermosa. Ya has visto su retrato. Así era. Jack casi se vuelve loco cuando se fue.

—Por eso has venido tú y no Coleman, ¿verdad? Porque la conocías.

—Exacto. En cuanto vea a la niña, sabré si es hija de Jack. Además, estoy aquí porque conozco todo lo que les rodeaba en aquella época y debo descubrir qué ocurrió para que la niña, la hija del hombre más poderoso de Londres, terminara sirviendo en una casa de Cádiz. Por eso estoy aquí.

—La chica no sabrá nada. Era una niña cuando el médico la llevó al convento. No lo recordará.

—Tengo que hacer lo que sea para saber por qué Monique dejó a Jack llevando a su hija en su vientre.

—¿Y cómo estás tan seguro de que es hija de Jack? Porque solo sabemos que la chica se parece a su mujer.

Finnegan le cogió por la pechera tirando de él furioso. —Milord, no vuelva a hablar así de ella. Jamás.

—Tranquilo, amigo —dijo Dalston apretando el cuchillo que le había colocado en la espalda sin que se diera cuenta—. Todos queremos lo mismo. Saber la verdad.

Finnegan le soltó con desprecio. —Tú solo quieres librarte de la deuda de Jack. ¡Lo demás te importa una mierda! No vuelvas hablar así de Monique. Te lo advierto. Estás aquí porque conoces el idioma. Cumple tu función y la deuda quedará saldada. Pero vuelve a tocarme los huevos y te despellejo vivo.

Dalston sonrió irónico. —Entendido. Yo a mi trabajo. Dejaré las preguntas para los demás.

—Exacto.

Tardaron una hora en llegar a la finca de la tal Matilda. Finnegan estaba de un humor de mil demonios debido al calor y era evidente que ya no estaba acostumbrado a pasar tantas horas a caballo. Se había acomodado a la buena vida en Londres como hombre de confianza de Jack Sterling y un viaje tan duro, era demasiado para su carácter. Dalston miró al cielo totalmente despejado y una gota de sudor recorrió su sien. Miró la pequeña granja. El olor era insoportable.

En cuanto llegaron al patio, Dalston bajó del caballo. Las gallinas estaban a la sombra bajo el pequeño porche y la puerta, como las ventanas, estaban cerradas. Seguramente para que no entrara el calor. Dalston miró a sus compañeros de viaje. —Esperad aquí.

Los tres miraron a su alrededor sin ningún interés por entrar en la casa. Dalston se sorprendió porque con el calor que hacía, esperaba que quisieran ponerse a la sombra. Pero cuando vio que Finnegan llevaba la mano a la empuñadura de la pistola, lo entendió. Eran hombres acostumbrados al peligro y veían situaciones peligrosas en cualquier cosa. Estaban paranoicos.

¿Qué diablos podría ocurrirles allí? Se volvió para ir hacia la puerta, cuando se abrió una rendija mostrando el cañón de una escopeta de caza. Pues puede que tuvieran razón sus compañeros.

—¿Quién sois y qué queréis?

—Buscamos a una muchacha que trabajaba en la casa Esteban. Una mujer que trabajaba en la cocina nos ha dicho que una tal Matilda que vive aquí la conocía. ¿Pueden ayudarnos? Les compensaremos por la información. Se lo aseguro. —No recibió respuesta. —La chica se llama Carlota o Charlotte.

—¿No sabe ni cómo se llama?

La voz intentaba ser grave, pero a Dalston le pareció que querían disimularla. —Creemos que es hija de nuestro jefe. Su esposa desapareció de Inglaterra hace dieciocho años y desde entonces la busca con desesperación. Un hombre que vino aquí de visita, vio a la muchacha hace unos años y su parecido es tan idéntico a la mujer de nuestro jefe, que hemos venido hasta aquí. La identificó por un cuadro.

—¿Y por qué no vinieron antes? Si la busca tan desesperado...

Era obvio que era una mujer y Dalston sonrió. —Es que se hicieron amigos hace poco. Antes no habían hablado nunca, así que no tuvo oportunidad de decírselo.

—¿Cómo se llama su madre? ¿Cómo se llama esa mujer que buscan?

—Monique. Monique Sterling.

La puerta se abrió lentamente y Dalston pudo ver a una muchacha que no debía tener más de veinte años con el arma en las manos. Dalston perdió la sonrisa al ver su cara amoratada. Era obvio que la habían asaltado hacía poco.

—¿Eres Matilda?

La chica salió sin dejar de apuntarles y Finnegan dijo en inglés —Dile que baje el arma.

—Baja el arma, muchacha. No te haremos nada. Solo queremos información. —Desconfiada no sabía qué hacer. —Te aseguro que es lo mejor para ti.

Bajó el cañón lentamente y Dalston sonrió para darle confianza. — ¿Quién te ha hecho eso? ¿Te han robado?

—Padre llegó borracho anoche. —Miró inquieta a su alrededor. —Estará al llegar. Pregunte lo que quiera y váyanse.

—¿Vino después del incendio a pedirte ayuda?

—Claro. No tenía nada. Vino a por sus ahorros.

—¿Sus ahorros?

—Los tenía enterrados tras mi cochiguera. No quería dejarlos en la casa, porque alguien le robó cuando tenía ocho años lo poco que le pagaban. Desde entonces lo escondía.

—Entiendo. Así que vino por sus ahorros, ¿y qué hizo después?

—Le di mi mejor vestido. Me gané una buena paliza por eso, pero me dio igual.

Dalston asintió. —¿A dónde fue?

—A Cádiz.

—¿Se fue a Cádiz? ¿A servir?

—No. Iba al convento de las Hermanas descalzas. Quería hacer preguntas.

Dalston entrecerró los ojos. —¿Qué preguntas?

—Decía que tenía que tener familia. Que su madre no había salido de la nada.

Se dio cuenta de que ocultaba algo o que mentía, porque se sonrojó ligeramente. —¿Qué ocultas? Te aseguro que solo queremos lo mejor para ella. Hemos recorrido todo el país hasta llegar aquí. Su padre la cuidará, te lo aseguro. No como tu padre. —La chica le miró fijamente con sus ojos negros. —Confía en nosotros, no te arrepentirás.

—Le robó algo a la doña.

—¿A la señora Esteban?

—Un pendiente. Y muy caro, señorito. Decía que no era suyo. Que era de su madre. Que estaba segura de que era de su madre y que la mujer se lo había robado y no sabía cómo, porque la mujer no podía conocerla. Su madre era francesa y la señora inglesa.

—¿Cómo se llama la señora? Su nombre de pila. ¿Lo sabes?

—Julie. Aunque el señor la llamaba Julia. Se casó con el señor hace unos veinte años. Él fue a Madrid y regresó con ella. Eso me dijo mi padre.

—¿Hace veinte años? Eso fue antes de la desaparición de Monique.

La chica asintió. —¿Pero sabe qué? Siempre pensé que conocía a la madre de Carlota.

—¿Y por qué pensabas eso?

—Porque la trataba con mucho cariño y las monjas vinieron desde Cádiz para dejarla aquí. Está muy lejos para dejar a una huérfana que va a servir, ¿no cree?

—¿Qué te dijo Carlota sobre su salida de la casa? ¿Estaba disgustada?

—Sí, mucho. No hacía más que llorar y decía que la había traicionado. Después vi el pendiente cuando se puso el vestido que le di. Lo dejó sobre mi

cama mientras se cambiaba. Me asusté y le pedí que se fuera enseguida por si venían a prenderla por robo.

—¿No te dijo nada más?

—Cuando le pregunté por el pendiente, me dijo que era de su madre. Ya se lo he dicho. Yo le dije que estaba loca. Que había traicionado a la señora al robarlo y que ahora no la perdonaría.

—¿Y qué dijo ella?

—Esa zorra puede morirse.

Dalston entrecerró los ojos. —Así que se fue a Cádiz.

La chica asintió y miró hacia Finnegan, que se removió inquieto sobre su caballo. —Por favor, váyanse. Mi padre está al llegar.

—¿No has vuelto a saber de ella? ¿Te ha escrito?

—No sé leer. Y ella no sabe tampoco.

Dalston apretó los puños furioso porque debía haber tenido otra educación. Podía haber tenido los mejores tutores de Inglaterra y había servido desde los siete años.

—¿No recuerdas algo más? ¿Algo que pueda servirnos para encontrarla?

La chica apretó los labios. —Hace seis meses me encontré con una mujer

que trabajaba en la casa Esteban. Yo iba a vender los huevos y nos cruzamos en el pueblo.

—Continúa.

—Dijo que Carlota estaba de puta en una taberna del puerto en San Fernando. No me lo creí.

—¿Por qué no la creíste?

Matilda sonrió por primera vez. —Porque si conociera a Carlota, sabría que antes se dedicaba a robar que a abrirse de piernas para los marineros. Es muy orgullosa y muy estirada con los hombres. Un lacayo intentó levantarle las faldas detrás del establo por la fuerza y le pegó dos puñetazos que casi la desmayan. Consiguió zafarse de él metiéndole el dedo en el ojo y esa noche lo encontraron tieso en su cama. Le habían arreado con un palo en la cabeza tan fuerte que lo envió al otro barrio. No pudieron acusarla porque tenía fiebre y la señora dijo que había estado con ella toda la noche.

Dalston sonrió. —Es hija de Jack. No hay duda. —Metió la mano en el interior de la chaqueta y ella le apuntó con el arma deteniéndole en seco. —Tranquila... —Sacó tres monedas de oro y las tiró al suelo ante ella. —Gracias por la información.

Asombrada miró al suelo mientras él iba hacia su caballo. —¡Señor! —Dalston la miró sobre su montura. —Dele recuerdos de parte de Matilda.

—Lo haré. —Tiró de las riendas girando el caballo y miró a Finnegan. — Debemos ir a Cádiz.

En el despacho de la madre superiora, Dalston se sentó ante el escritorio estirando la pierna que le estaba doliendo horrores. Se pasó la mano por el muslo y Finnegan levantó una ceja. —¿Duele?

—Maldito salvaje. Casi la pierdo.

—Eso pasa por no pagar las deudas. Que vienen los palos.

—¡Iba a pagar!

—¿Con qué? ¿Consiguiendo una joven heredera?

—¡Casi la tenía! Si no me hubierais baldado a golpes, ahora sería rico.

—Claro, es una pena que su padre se enterara de tus deudas.

Dalston le fulminó con la mirada. —Sí, fue una pena que su padre se enterara.

La puerta se abrió, dando paso a una monja muy anciana que sonrió con dulzura. Dalston se levantó con educación y le cogió la mano. —Hermana, gracias por recibirnos.

—Siempre aceptamos donativos de los buenos samaritanos. El placer es mío.

Él hizo un gesto a Finnegan que dejó una bolsa de cuero sobre el escritorio y la mujer sonrió. —Muy amables. Se empleará en muchas buenas acciones.

—De eso no tenemos duda, Madre superiora. —La mujer iba a coger la bolsa, pero Dalston la cogió primero. —Pero antes... Tenemos unas preguntas.

La monja entrecerró los ojos. —¿Preguntas?

—Oh, sí. Por favor, siéntese. Seguro que terminamos enseguida y puede emplear el contenido de esta bolsa en muchas buenas acciones, como en comprar más tierras. Al parecer está ampliando el convento. Le vendrán muy bien cuarenta monedas de oro.

La mujer le observó muy tensa mientras él sonreía sentándose ante ella como si estuviera en su casa. La monja muy tiesa se sentó en su enorme silla de madera labrada, demostrando que era una mujer de carácter y no la dulce monja con la que se habían encontrado. —Ustedes dirán.

—¿Qué sabe de Monique Sterling?

—¿Monique? —La monja se tensó. —No conozco a esa mujer.

—Mire señora, sabemos que su hija salió de este convento hace unos años, así que no me diga que no la conoce.

Apretó los labios mirando a Finnegan que la observaba fijamente. —No conozco a ninguna Monique Sterling.

—Puede que la conociera con otro nombre, pero la niña se llama Carlota.

—¡Ja! ¡La loca!

—¿Perdón?

—¡Habla de la chica que estuvo aquí hace un año! ¡Se metió en el convento como novicia! ¡Menudo desastre! —Dalston reprimió la risa y Finnegan frunció el ceño queriendo saber. Le hizo un gesto con la mano para que tuviera paciencia mientras la mujer continuaba hablando. —¡La eché por supuesto! ¡La encontré robando!

—¿Robando?

—Estaba aquí revisando mis cosas. Obviamente buscaba dinero. La eché de inmediato y empezó a gritar que le ocultábamos cosas y locuras similares. Ni la escuché.

—¿No tuvo curiosidad sobre a qué se refería?

La monja le miró fríamente a los ojos. —No apruebo a los ladrones.

—Y lo entiendo. Pero yo tendría curiosidad por saber de qué hablaba. A no ser que supiera perfectamente de lo que estaba hablando. —La monja se sonrojó. —Mire, puedo irme y salir de este despacho para ir a hablar con el

obispo. ¿Cree que a él le interesará la historia de la hija de uno de los hombres más poderosos de Inglaterra, que tiene el patrimonio de un rey y que está dispuesto a todo para encontrarla? Yo creo que sí.

—Quiero cinco bolsas como esa.

Dalston disimuló el asco que sentía por la vieja y sonrió. —Por supuesto. Ahora hable. Y no omita nada o me enteraré. Se lo aseguro.

—No se apellidaba como usted dice. Monique, La francesa, como la llamaban todos, llegó aquí después de que la robaran en la posada. Se encontraba mal y tuvo que suspender el viaje. Su sirviente le robó lo que tenía y se fue con todo su equipaje. A la posadera le dio pena y la trajeron aquí. Estaba en estado y quisimos ayudarla. Ella aún conservaba unos pendientes que llevaba en las orejas y nos dio uno. Dijo que no podía darnos los dos pendientes. Que el otro lo necesitaba. Tuvo a la niña aquí mismo y murió cinco años después. Después del parto tuvo una salud muy delicada.

—¿Por qué no se fue antes?

—Tuvo correspondencia con una mujer, pero al parecer no podía acogerla. Su marido no se lo permitía.

—¿Cómo se mantenía si no podía trabajar por estar enferma?

La monja levantó la barbilla. —Cosía muy bien y no estuvo enferma todo

el tiempo. Su salud era delicada, pero le permitía trabajar. Además, tenía que pagar su manutención. Es lógico que ayudara en lo que pudiera.

—¿Cosía?

—Consiguió que varias damas de la ciudad acudieran a ella para hacer sus vestidos. Tenía mano para ello y la adoraban. Ganó dinero.

—¿Y por qué no se mudó a una casa con su hija si se mantenía?

—Decía que aquí estaba a gusto. Nunca salía.

—Se enclaustró.

—Solo recibía a las damas en una sala que habilitamos para ello. Y no, no salía del convento.

—¿Por qué murió?

—Una noche empezó a toser con fuerza y no podía respirar. Cuando llegó el médico ya había muerto. No sabemos bien qué ocurrió.

—Una mujer nos dijo que fue un médico quien trajo a la niña aquí después de que su madre hubiera muerto. Y que ustedes la criaron hasta los siete años. —La monja desvió la mirada. —¡Hable de una vez!

—Fue lo que le dijimos a la niña.

—¿Perdón?

—¡Le dijimos que su madre había muerto antes!

—¿Por qué?

—Porque si no tendríamos que darle explicaciones que no queríamos dar.

—Como que se quedaron con su dinero y el pendiente, ¿verdad? — preguntó con ganas de matarla.

—Exacto.

—Será...

—¿Qué ocurre? —preguntó Finnegan muy tenso.

—Espera. —Miró a la mujer. —¿Dónde están los pendientes?

—Uno lo vendimos. El que ella nos dio en pago.

—¿Y el otro? ¿El que le robaron? —preguntó irónico.

La madre superiora enderezó la espalda. —Se lo dimos a la mujer que la acogió. Lo reclamó por carta.

—¡Explíquese!

—¿Cómo no recibió carta de Monique como todas las semanas, envió una carta pidiendo que le enviaran el pendiente!

—¿Solo el pendiente?

—La niña todavía no podía servir. ¡La señora Esteban dijo que la

dejáramos en el convento un par de años más y así su marido no pondría objeciones a una aprendiz de doncella!

—Entiendo. Así que la cuidaron dos años y después se la entregaron a ella.

—¡Sí!

—¿A quién le vendió el pendiente?

—A un hombre que tiene una joyería en el centro.

—Carlota se llamaba Charlotte, ¿verdad?

—Sí. Pero solo la llamaba así su madre. Como solo hablaba con ella en francés. Con el resto hablaba en castellano y su nombre era Carlota.

—¿Se ocultaron aquí? ¿Sabe por qué?

La mujer le miró a los ojos. —Una vez me dijo que el mal la perseguía. Que aquí estaba segura, que su hija estaba segura.

—¿No le dijo nada más?

—No. Siempre eludía el tema. A una de las hermanas le dijo una vez que quería huir de un mal marido.

Dalston se sorprendió. —¿Le dijo eso?

—Y no se apellidaba Sterling. Sino Le Brun. Así dijo que se llamaba.

Monique Le Brun.

—A la chica obviamente no le contó esta historia cuando estuvo aquí hace un año. ¿Por qué?

—¡Buscaba el pendiente! ¡Se puso furiosa diciendo que le habían robado! Que si su señora tenía el pendiente de su madre, era porque se lo habíamos dado nosotras y quería el otro. Que le dijéramos dónde estaba su madre enterrada y todo lo que supiéramos. Le dije que no sabía nada de su madre.

—Por supuesto. La mentira que le habían contado de pequeña, les vino de perlas para todo lo demás.

—Sí —dijo sin arrepentirse de nada.

Dalston sonrió. —¿Sabe qué ocurrió con la chica?

—Hice que uno de los hombres que trabajan en mis tierras la siguiera. Hizo preguntas por la ciudad, pero no preguntó a las personas adecuadas.

—Como a las damas que Monique había vestido.

—Exacto. El hombre me dijo que Carlota se había subido al coche que va a Madrid. Sale una vez a la semana.

—Sería un alivio para usted. Deme la dirección del joyero. Ahora.

La mujer le fulminó con la mirada. Era obvio que no estaba acostumbrada a recibir órdenes. Cogió la pluma escribiendo en una hoja de papel y se lo

tendió furiosa.

—Perfecto —dijo leyendo la dirección. Miró a sus compañeros y dijo en inglés —Nos vamos.

Se giró hacia la puerta y la monja jadeó. —¡La bolsa! ¿Y mi dinero?

Dalston se volvió mientras sus compañeros salían del despacho. —Suerte tiene de conservar la vida, así que no me reclame el dinero.

La mujer palideció. —¡La ayudé!

—¡La explotó hasta morir! ¡Y se aprovechó de su dinero! ¿Cuánto le dio la señora Esteban por cuidar de la niña? —Dalston sonrió malicioso al ver que se sonrojaba. —Maldita sanguiuela. Apuesto a que si no le hubiera dado el pendiente, la habría echado a la calle antes de parir.

—¡Eso es mentira! ¡Ayudamos a mucha gente!

—¡Ni enseñaron a la niña a leer! —La mujer se sonrojó aún más. — Estuvo con ustedes dos años sola, ¿y a que la enseñaron? ¿A servir?

—Era lo que iba a hacer y...

—Suerte tiene que el padre de la chica no esté aquí. —Sonrió divertido.
—Se lo aseguro. Ha tenido una suerte enorme, hermana.

—¡Habla como si fuera un rey!

—Y lo es. En su territorio no hay más rey que él.

Le dio la espalda saliendo de allí y entrecerró los ojos caminando por el pasillo disimulando la furia que le recorría. Cuando salió al exterior habló con Finnegan en voz baja mientras los irlandeses escuchaban atentamente. Cuando terminó los cuatro miraron el convento.

—Quemadlo —dijo Finnegan sin ningún remordimiento.

Dalston le cogió del brazo. —¡No puedes hacer eso!

—¡La trataron mal! ¡Y a la hija de Jack! Me importan muy poco esas zorras. Quemadlo.

—Si no hubiera sido por ellas, la niña estaría muerta. ¡Podrían haberla abandonado a su suerte!

—Pero no lo hicieron porque esa mujer les pagó, ¿no es cierto? Se aprovecharon de Monique y de la niña. —Le miró fijamente a los ojos. —Sabes lo que diría Sterling.

Dalston apretó los labios. —No he venido a España para quemar conventos. Y Monique está enterrada ahí dentro.

Finnegan miró el convento con rabia antes de dirigirse a sus hombres. —Subid a los caballos. Vamos a hablar con ese joyero.

Se subieron a los caballos y Dalston dijo —¿No piensas avisar a Jack

sobre lo que hemos descubierto?

—En cuanto lleguemos a la ciudad, le enviaré un correo sobre que nos vamos a Madrid para seguir la pista de la chica. Tampoco quiero que se haga ilusiones todavía hasta que esté todo atado. —Le miró de reajo. —Aunque parece que tú ya no tienes dudas.

—En cuanto la veas, lo sabremos. Pero todo encaja. Aunque no utilizaba el apellido de Sterling, creo que era Monique. El parecido de la chica y que fuera a encontrarse con una inglesa que vivía en Cádiz... Tiene que ser ella. Si tuviéramos el pendiente, puede que lo reconocieras. Aunque los hombres no nos fijamos demasiado en esas cosas.

—A ver qué dice el joyero —dijo muy tenso.

—Quizás deberíamos dejarlo para mañana. —Estaba oscureciendo y estaban agotados después de dos días de camino desde la hacienda. Aquel viaje se estaba haciendo eterno y Finnegan no tenía buen aspecto.

—Descansaremos después de hablar con el joyero —dijo empecinado.

Dalston asintió y le miró de reajo después de asegurarse de que los gemelos estaban hablando entre ellos. —¿La amabas?

Le miró sorprendido. —¡Tendría que arrancarte la lengua por bocazas!

Sonrió divertido. —Sí, eso me ha metido en muchos problemas.

—No me extraña. —Se mantuvieron en silencio varios minutos y Finnegan dijo en voz muy baja —Era maravillosa. Tenía un carácter terrible cuando se enfadaba y podía ser dulce dos minutos después.

—¿Cómo la conociste?

—Volvió con Jack de un viaje de negocios. El coche de alquiler que la llevaba a Londres tuvo un accidente y Jack la recogió para llevarla a la ciudad. Se enamoró de ella en dos horas de trayecto y ya no se separaron más. —Finnegan se echó a reír. —De hecho, la secuestró llevándola a su club. Pero al día siguiente dijo sí quiero ante el pastor totalmente enamorada. Te aseguro que nunca he visto una mujer que amara a un hombre como Monique le quería a él. —Escupió en el camino.

—Sin embargo, se fue.

—Algo que no entenderé nunca. Si tenía problemas, solo tenía que hablar con Jack y él lo hubiera resuelto.

—Sí, es un misterio. ¿Qué podía darle miedo si estaba casada con el hombre al que todo el mundo teme? —Finnegan asintió. —A no ser que le temiera a él.

Le miró furioso. —Vuelve a repetir eso...

—Se lo dijo a la monja.

—¡Mintió! ¡No conoces a Jack como yo! ¡Lo hubiera dado todo por ella!

—No discutamos. Solo estoy explicando los hechos. Nada más.

—¡Pues cierra la boca!

—Tengo la sensación de que vas a decir eso mucho durante el viaje —
dijo divertido.

—Sí, yo también tengo esa sensación.

Capítulo 2

Llegaron de noche a la dirección que les había entregado la monja y miraron la tienda cerrada. Dalston miró hacia el piso de arriba y vio una suave luz a través de las cortinas. —¿Vivirá encima?

—Averígualo.

Qué remedio le quedaba. Joder, que ganas tenía de volver a casa. Se bajó del caballo dándole las riendas a Irwin y se subió a la acera. La calle estaba desierta y miró la puerta que estaba al lado de la tienda. Cogió el llamador y lo golpeó tres veces.

Él se alejó de la puerta para mirar hacia arriba y vio como la luz se movía por la habitación. Escuchó que alguien bajaba unos escalones y se acercó más a la puerta. —¿Quién es?

—¿Es el joyero?

—¿Quién es?

—Me envía mi señor. Su esposa acaba de parir y quiere comprarle un collar. ¡El mejor que tenga!

—¿Es una broma? ¡Lárguese!

—Le pagaremos. Nos ha dado dinero.

—¿Ah, sí? ¡Meta el dinero por debajo de la puerta!

Chasqueó la lengua y se agachó metiendo dos monedas de oro por la ranura. La puerta se abrió de inmediato y vieron a un hombre de unos treinta años, vestido únicamente con un camisón y un gorro de dormir. Tenía un bigote enorme y una pequeña perilla. Y gracias al oro, sonreía de oreja a oreja. —Así que quieren un collar.

—El más hermoso.

—Vengan conmigo. —Cogió una llave que tenía colgada en la pared y salió de la casa gritando —¡Vuelvo enseguida, amorcito!

—¡Vale! —gritaron desde arriba como si le diera absolutamente igual que volviera o no.

Sonrió a Dalston. —Mi mujercita, sino se preocupa.

—Estoy seguro de ello.

El hombre abrió la puerta de la joyería y les hizo un gesto con la mano. —Pasen, pasen. No se queden ahí.

Le hizo un gesto a Finnegan y éste bajó del caballo con esfuerzo. —¿Vienen de muy lejos? —preguntó el hombre al ver sus ropas cubiertas de

polvo.

—Sí, venimos de muyyy lejos.

—Espero que vean algo que les agrade. ¿Collares ha dicho? —preguntó rodeando el mostrador a toda prisa—. Tengo unos de oro que son una maravilla.

Finnegan se cruzó de brazos viendo al hombre sacar un collar de debajo del cristal del mostrador. —¿Ve? Éste lleva perlas. Ahora están mucho de moda y...

—Venimos por un pendiente que la madre superiora vendió aquí hace algunos años.

El hombre perdió la sonrisa. —¿Perdón? ¿Pero no querían un collar?

—Sí, eso también. Pero la señora es un poco caprichosa y quiere ese pendiente.

El hombre frunció el ceño. —¿Hace unos años dice?

—Sí, como dieciocho.

—Oh, entonces se lo vendió a mi padre que vivía entonces. —Frunció el ceño. —Déjeme pensar... —Abrió los ojos como platos. —¡No sería de esmeraldas!

Se encogió de hombros porque no lo sabía. Miró a Finnegan que no

entendía nada. —Pues no lo sé. Solo me han dicho, trae el pendiente de mi mujer y el mejor collar de la joyería para mi amorcito —dijo mintiendo como un bellaco.

—Solo era un pendiente, ¿verdad?

—Sí, eso me han dicho.

—Y lo trajo la madre superiora del convento de fuera de la ciudad.

—Sí. Eso me han dicho.

—¡Pues es el de esmeraldas! —Parecía emocionado y corrió a la puerta que daba a la parte de atrás. —¡Una maravilla! ¡Una obra de arte!

Los hombres se miraron con el ceño fruncido. —Mi padre no lo quiso vender por si tenía suerte y encontraba el otro. No lo quiso desmontar porque decía que era un sacrilegio a tan digno trabajo.

El hombre salió con algo en la mano y lo dejó sobre el mostrador. A Finnegan se le cortó el aliento y alargó la mano para elevar el pendiente con delicadeza como si estuviera emocionado. —Monique.

Dalston se quedó mirando el pendiente, que era una pieza exquisita como decía el joyero. Una esmeralda estaba unida a un rubí de menor tamaño y de ésta salía una argollita que enganchaba a otra esmeralda en talla baguette, increíblemente tallada en la que la luz se reflejaba. —Es un pendiente único

—dijo el joyero con admiración—. Bueno, si encontráramos la pareja ya no sería único, pero estoy totalmente seguro de que no hay otros pendientes iguales.

Sí, Dalston también estaba seguro de eso. Por eso los conservaba Monique. Porque Jack o cualquiera que la conociera, sabría que eran los suyos.

—Qué casualidad —dijo el joyero—. Precisamente hace un año una muchacha me preguntó por él.

Dalston se tensó. —¿De veras?

—Sí, me preguntó si alguna vez había visto un pendiente así. Yo estaba ocupado y no le hice mucho caso, porque era obvio que no compraría nada. Pero después recordé este pendiente. Cuando salí a la calle a buscarla, ya había desaparecido.

—¿Y ella no le mostró el suyo?

El joyero jadeó. —¿Tenía el otro? ¡Oh, qué lástima!

Dalston miró a Finnegan que seguía observando el pendiente como si recordara el pasado. —Amigo, ¿lo compramos?

El hombre de Sterling gruñó metiéndose el pendiente en la chaqueta. —
¡Oiga!

—Tranquilo, lo pagaremos. —Para aplacar al hombre porque lo que menos le apetecía era vérselas con el alguacil, le dijo al joyero —¿Tiene algo que haga juego con los pendientes?

Los ojos del joyero brillaron. —Por supuesto. Tengo un collar de esmeraldas que es una maravilla.

—Nos lo llevamos. Y dese prisa. Me muero por tomarme un trago.

—Sí, por supuesto.

Finnegan salió de la joyería y Dalston dijo irónico —Ya pago yo. —Se volvió y miró el mostrador distraído. Frunció el ceño al ver un alfiler. Era una S de diamantes y salió corriendo de la joyería. —¡Finnegan!

El hombre de Sterling regresó. —¿Qué ocurre?

—Mira esto. ¿No tiene Sterling una igual?

Finnegan entrecerró los ojos mirando el alfiler. —¿Qué coño...?

—¿Le regaló uno a Monique?

—Es un alfiler para el pañuelo del cuello. Es para un hombre.

Sí, tenía razón. Debía ser una coincidencia. Pero es que parecían idénticas. Se la había visto a Sterling miles de veces. O llevaba esa o una perla enorme. Incluso se podía saber el humor que tenía Sterling por su alfiler del pañuelo. Si estaba de buen humor se ponía la perla, pero como estuviera

de malas...

—Joder, qué raro —dijo Finnegan—, son iguales. Hasta tienen el mismo tamaño.

El joyero salió sonriendo de oreja a oreja y mostró un collar que valía una fortuna. —¿Le gusta?

—Oh, sí. —Señaló el cristal. —¿De dónde ha sacado ese alfiler?

El joyero estiró el cuello. —Oh, también tiene muchos años. Tuve que arreglarla para alfiler. —A los hombres se les cortó el aliento. —Antes era un broche.

—¿Un broche?

—Sí. Pero no conseguía venderlo y...

—Sáquela.

—¿También les gusta?

—Mucho —dijo Dalston—. ¿Venían más piezas con este broche?

—Sí, mi padre le compró muchas piezas a aquel hombre. Lo recuerdo muy bien porque me pareció extraño. Pero él dijo que su madre había muerto y que él no las quería para nada.

—¿No me diga?

—Sí —dijo emocionado porque le compraran tanto antes de sacar el alfiler—. Mire, esto también quedó de esa venta. Alargó la mano hasta una cajita de horquillas con una S grabada y dos rubíes incrustados en los extremos de la letra. Es exquisita. ¿No creen?

—Sí. Son piezas dignas de una reina.

—Sí que lo son.

—¿Quién se las vendió? Es por si le queda alguna que no haya puesto a la venta —dijo resistiéndose a mostrar lo molesto que estaba cogiendo la caja y admirándola.

—Pues ya que lo dice, le volví a ver. —Sonrió encantado. —Tiene una cantina cerca del puerto. Fue una casualidad, porque yo no voy por esa parte de la ciudad. Pero tuve que ir a recoger a un conocido y su barco se retrasó en el atraque, así que entré a tomar un jerez.

—¿Y dónde queda exactamente? Tengo ganas de un trago como le dije.

—Le apunto las indicaciones gustoso.

—Gracias. ¿Cuánto le debemos?

—¿Se lo llevan todo?

—Todo —dijo fríamente deseando partirle la cara a alguien mirando la caja de horquillas. Estaba claro que no era él y necesitaba un descanso. ¿Qué

le importaba a él aquella mujer y su hija? Estaba allí para salvar el pellejo y después volvería a su vida. Forzó una sonrisa dejando la cajita sobre el mostrador—. Nos lo llevamos todo. A la señora le encantará.

Sentados en la cantina, Dalston bebió de su vaso viendo la escoria que había en el local. Llamaban la atención, pero precisamente por eso no se metían con ellos. Por eso y porque sus amigos eran peligrosos. Irwin le dio un codazo a su hermano señalando con la cabeza a la mujer que llevaba una jarra de barro e iba llenando vasos por las mesas. Joder, que mal gusto tenían. Si le faltaban dientes. Eso sí, tenía unos pechos que rebosaban de la camisa.

Un hombre entró quitándose el sombrero y saludó a algunos parroquianos como si les conociera. —Finnegan —dijo Dalston señalando con la mirada al recién llegado.

No era muy alto, pero se notaba que estaba en buena forma y su ropa era de calidad para esa parte de la ciudad, lo que demostraba que tenía dinero.

—¿Es ese? —preguntó Finnegan sin quitarle ojo.

—Averigüémoslo. Esperadme aquí. —Se levantó con el vaso en la mano yendo hacia la cochambrosa barra, donde el hombre estaba exigiendo a la chica que había al otro lado que le diera las ganancias.

—Casi no ha habido clientes —dijo la chica dejando el dinero sobre la

barra.

—Maldita zorra. ¡Está lleno! ¿Quieres timarme?

—No, Juan. Te juro que...

El hombre reparó en él y levantó la vista. —¿Quiere algo, amigo?

—Sí que quiero algo. Sino no vendría a este antro de mierda, ¿no crees?

Le miró de arriba abajo y sonrió apoyando el codo sobre la barra. —¿Y qué buscas exactamente? ¿Putas? Las tengo de todos los tipos.

—¿No me digas?

—Tengo una zorrита que te canta flamenco mientras te la beneficia. Y canta como los ángeles, te lo digo yo.

—Debe ser estupendo, pero no vengo por eso.

—¿Y por qué vienes?

—Por esto —Dejó el alfiler de corbata sobre la barra y la chica abrió los ojos como platos mientras el hombre palidecía—. Dime Juan... ¿Cómo conseguiste esto?

El tipo dio un paso atrás. —¿Y a ti qué te importa?

—A mí me importa poco, pero a ellos... —Señaló a sus amigos con la cabeza. —A ellos les importa muchísimo.

Intentó alejarse, pero Dalston le cogió por la pechera y furioso lo levantó unos palmos del suelo. —No te vas a ningún sitio.

Varios parroquianos se levantaron y Finnegan chasqueó la lengua levantándose también al igual que sus chicos. Los parroquianos se sentaron de nuevo disimulando y Dalston sonrió. —Parece que te has quedado solo.

—¡Púdrete cabrón! —Intentó pegarle un puñetazo, pero él solo tuvo que alejar el brazo. Cuando le vio meter la mano en el bolsillo, le tiró sobre la pared y el puñal que llevaba cayó al suelo. Dalston lo apartó con la bota y se puso ante él con los brazos en jarras con sus amigos tras él.

—¿Le robaste tú? ¿A una mujer sola y embarazada le robaste tú, dejándola desamparada?

Pálido miró a su alrededor buscando una salida. El muy idiota intentó levantarse y Dalston le dio una patada en el tobillo tirándole al suelo de nuevo. Suspiró agachándose y le agarró levantándole y empujándole contra la pared. —¿Fuiste tú? —le gritó a la cara.

—¡Me debía dinero! —gritó asustado.

—Y tú te lo cobraste, ¿verdad? —Le pegó un puñetazo en el estómago que lo dobló. Le agarró por los pelos enderezándole. —Se lo robaste todo.

—¡Me debía dinero! ¡Trabajé durante semanas y no me pagó! ¡Si moría,

no cobraría nada!

—¿Te queda algo? —Le miró sin comprender. —¡Algo de lo que le robaste!

—¡Lo vendí todo hace años!

Miró sobre su hombro y dijo en inglés —Fue él. Lo vendió todo.

Finnegan miró fijamente al hombrecillo y dio un paso hacia él. Todos los parroquianos salieron corriendo como si no quisieran ser testigos de aquello y Dalston soltó a Juan como si le diera asco. Al mirar a la barra vio a la muchacha alargando la mano para coger el alfiler y él la agarró por la muñeca con fuerza. —Ni te atrevas a tocarlo.

La chica palideció. —Lo siento.

La soltó y cogió el alfiler con cuidado antes de volverse y ver como a Juan lo agarraban entre Irwin y Owen mientras Finnegan se estaba desahogando. Hizo una mueca cuando le dio otro puñetazo. Ese no salía vivo de allí. Sin darse cuenta, Dalston acarició la S entre sus dedos y miró el alfiler. Cogió la fina aguja que estaba unida a él y la arrancó tirando el oro sobrante sobre la barra, antes de meterse la S de diamantes en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Termina de una vez! Puede llegar el alguacil y no quiero dar

explicaciones de lo que estás haciendo.

Finnegan le miró por encima de su hombro sacando un puñal de la espalda. —Enseguida termino.

Cogió a Juan por los cabellos levantando su cabeza y Finnegan dijo —Lo que es propiedad de Sterling es sagrado, cabrón. No se toca.

Dalston puso los ojos en blanco. —No te entiende.

—Claro que me entiende. Sino cómo hablaba con Monique.

Finnegan se echó a reír por la sorpresa de su cara y tiró del pelo de su víctima. —¿Verdad que me entiendes, cabrón?

—Piedad —dijo en inglés—. Me debía dinero.

—Y tú le debes la vida a Sterling. Así que me la voy a cobrar. —Le clavó el puñal en el vientre y lo giró mientras Juan gemía de dolor. —Púdrete en el infierno, sanguijuela. —Volvió a apuñalarle y los hombres le soltaron dejándole caer en el suelo.

Dalston miró a la muchacha de detrás de la barra, que debía ser algo lerda porque allí seguía con una sonrisa en la cara. —¿Has visto algo?

—No, señor. Me lo encontré así.

Pues no era tan lerda. Le tiró una moneda de oro antes de ir hacia la puerta. —Larguémonos de este sitio. Apesta.

—Es que milord es muy fino —dijo Irwin divertido—. A usted le van más los locales como los del jefe.

—Cierto, son mucho más de mi gusto. Joder, que ganas tengo de regresar a casa.

—Y de ver a Anne.

—Una buena cama y una mujer complaciente...

—Y una buena partida de cartas... —dijo Finnegan divertido.

Dalston se echó a reír dándole una palmada en la espalda. —Tú lo has dicho, amigo. Son los placeres de la vida. Y solo tenemos una. Hay que disfrutarla.

—Tú ya la has disfrutado por dos.

—Soy afortunado.

—Pues procura que esa fortuna no haga que te vuelvan a romper las piernas.

—Serás aguafiestas. Con lo bien que iba la noche. —Chasqueó la lengua mirando a su alrededor. —Busquemos un sitio decente donde beber algo.

Las arcadas de Irwin que estaba vomitando sin bajarse del caballo, hicieron que Dalston gimiera. —No saben beber.

—Son jóvenes. —Finnegan sonrió mirando hacia atrás donde los gemelos tenían el rostro verde. —Ayer no debimos detenernos en aquella taberna.

—Sí, seguro que los dueños piensan lo mismo después de que les destrozais el local. Y si les hubieras dejado dormir algo... No había amanecido y ya les ordenaste que se subieran al caballo —dijo irónico viendo la ciudad de Madrid a lo lejos—. Menos mal. No sé por qué te has empeñado en venir a caballo.

—Es más rápido.

—¿Y cómo piensas encontrarla en la ciudad?

—Preguntando a las personas adecuadas. Como se ha hecho toda la vida.

Le miró de reojo. —Te veo muy seguro de que la vamos a encontrar.

—Si está en Madrid, la voy a encontrar. No tengo ninguna duda.

—Pues entonces espero de corazón que esté ahí, porque estoy harto de recorrer el país. Espero que para la vuelta cojamos el barco desde España y no desde Francia como te empeñaste la otra vez.

—Me mareo en los barcos.

—¡Pero si solo eran unos días de diferencia! —dijo indignado—. ¡El barco nos hubiera dejado en Cádiz y así no habríamos recorrido todo el país!

—Protestas demasiado.

—Mierda —dijo en español sin darse cuenta.

—¿Dónde aprendiste el idioma?

—¿Ahora quieres conversar? Me has ignorado durante todas estas semanas.

—No, si era por no escuchar a esos dos quejándose. ¡Parece que se están muriendo, joder! —Se volvió sobre su hombro. —¿Queréis que os quite la borrachera a porrazos? —Los gemelos negaron con vehemencia. —¡Pues cerrar la boca!

Dalston puso los ojos en blanco. —¿Siempre tratas así a tus subordinados?

—Sí, ¿qué pasa?

—No, nada... Todo correcto.

—En mi profesión no puedes dejar que se pasen ni un pelo.

—Ya veo.

—¿Dónde aprendiste el idioma?

—Mi niñera era española. Es española porque vive aquí ahora.

—¿Volvió a casa después de criarte? No me extraña. La echarían a patadas.

Dalston sonrió. —Vaya, tienes sentido del humor...

—No —dijo muy serio—. Hablo en serio.

Gruñó por dentro antes de decir —Pues no la echaron. Simplemente regresó a casa.

—¿Y dónde vive? ¿La visitarás?

—¿Estás de broma? ¿Y volver al sur? Además, ya debe ser muy mayor. Igual está ya muerta. No pienso hacer el viaje en vano.

—Muy sensible, milord.

—Mira quien fue a hablar de sensibilidad.

Confirmando sus palabras Finnegan se volvió y les ladró a los chicos — ¡Me tenéis harto! ¡Cómo os vea tomar otra gota de alcohol en el viaje, os despellejo vivos!

Dalston sonrió divertido. —Sí, todo sensibilidad.

—Cierra el pico.

—Ya estamos.

Se pasaron en silencio el resto del viaje y en cuanto entraron en la ciudad, Dalston preguntó por dónde se iba a la parte alta. Si era doncella tenía que servir por allí, así que era absurdo recorrerse toda la ciudad.

Le indicó a Finnegan la zona a la que tenían que ir y el hombre le miró a los ojos. —Pregunta por los mercados.

—¿Los mercados?

—Es la hora en que los lacayos y los encargados de cocina van a la compra. Los mercados.

Dalston asintió porque era muy lógico. No les costó encontrarlo porque el sitio era enorme. Estaba en lo que llamaban la Plaza Mayor y la actividad era frenética con multitud de puestos donde los tenderos gritaban a pleno pulmón para atraer clientes.

Decidieron dejar los caballos atados en un soportal que rodeaba la plaza y caminaron entre los puestos sin perder detalle. Si Irwin y Owen antes estaban verdes ahora ya no tenían color en la cara, porque en cuanto olieron el pescado, parecía que estaban al borde del desmayo. Dalston reprimió la risa y Finnegan le hizo un gesto mostrándole un puesto de flores. —¿Flores?

—Las compran las doncellas para decorar la casa. O las amas de llaves. Una cocinera no comprará flores. No es su función.

—Te veo muy enterado de cómo se organiza una casa.

—Estoy muy enterado de todo. Espabila.

Estaba empezando a disfrutar de meterse con Finnegan. Caminó hasta el

puesto y sonrió a la chica que estaba arreglando unas margaritas. La chica miró tras ella como si esa sonrisa no pudiera ir dirigida a ella y la verdad es que era muy poco agraciada, pero había que ser agradable. —¿Podrías ayudarme?

—¿Yo, señor?

—Sí, tú.

La chica miró a su alrededor con sus ojos saltones. —Ahora no puedo irme pa levantar las faldas. Si quier esperar.

—No es ese tipo de ayuda. —Ni se le ocurriría meterse ahí. Carraspeó mirando a una doncella que pasaba ante el puesto y sonrió a la muchacha. —¿Conoces a todas las doncellas de Madrid?

—¡No! —Miró hacia arriba como si lo pensara antes de echarse a reír. —¡Bueno, no sé! ¿A quién busca?

—Se llama Carlota y es de cabello castaño. También tiene los ojos verdes.

—Que nombre más raro. —Entrecerró los ojos. —¿Seguro que se llama así?

—Sí, creo que se llama así.

La chica miró al puesto de enfrente. —¡Manuela! ¿Conoces a una

doncella que se llame Carlota?

Miró tras él para ver a una mujer oronda que se pasaba por el cuello un pañuelo que en algún momento debía haber sido blanco, pues estaba sudando profusamente.

—¿Carlota? —gritó desgañitada—. ¿No será esa deslenguada? ¡La pelirroja!

—¡No, ésta tiene el cabello castaño!

—Pues no sé quien es.

La chica se encogió de hombros. —Lo siento. ¿Por qué no pregunta a las doncellas? Pue que trabaje con alguna. Hay chicas que salen muy poco. Solo a misa. —Se acercó queriendo contarle algo y él no tuvo más remedio que acercarse. —Las tienen explotás. ¿Entiende? Solo las dejan salir pa misa del domingo.

—¿No me digas?

—Sí. Hay mucha zorra con dinero. Son unas aprovechás.

—Seguiré tu consejo. —Inclinó la cabeza. —Muchas gracias.

Sonrió encantada. —¿Sabe qué? Si quier puede venir después. Yo también preguntaré y pue que tenga suerte.

—Se lo agradecería mucho.

Los ojos saltones de la muchacha brillaron. —¿No me diga? —dijo melosa—. Entonces me preocuparé más.

Dalston se volvió antes de que la muchacha se le tirara encima y siseó a Finnegan —No la conocen. Preguntemos a las doncellas.

Horas después estaban recogiendo los puestos y los tres estaban agotados de recorrer la plaza adelante y atrás buscando doncellas. Ninguna la conocía y ya empezaba a pensar que no sería tan fácil como había supuesto. Pasaron al lado de la estatua de Felipe III que al parecer se había colocado tres años antes y sonrió a la chica del puesto que recogía las flores para meterlas en un carro. —Yo no he tenido suerte.

La chica rió. —Pues yo sí.

La miró atónito. —¿De verdad?

—Trabaja aquí cerca, pero como suponía nunca sale de casa. Atiende personalmente a la abuela del señor y no le permiten separarse de ella, excepto para ir a misa y unas horas el domingo. Anita trabaja con ella y dice que solo tiene las mañanas del domingo libres.

—¿Anita?

—Es otra doncella de la casa.

En ese momento llegó otra chica que era muy parecida a ella, que le miró con la boca abierta. —Es mi hermana. ¿Quier que le acompañe hasta la casa?

—¿Lo harías?

—Por unas monedas...

—Si la encuentro, te aseguro que serás muy bien recompensada. Mucho.

—¿Nos vamos? —preguntó impaciente—. Mi hermana se encarga y puedo irme.

—No perdamos el tiempo.

Les hizo un gesto a los hombres y Finnegan se acercó a él. —¿A dónde vamos?

—Dice que sabe dónde vive. Nos va a llevar hasta allí. Al parecer no está lejos. Dejemos los caballos.

—Bien. —Se volvió hacia los gemelos. —Atentos.

—Sí, jefe —respondieron a la vez.

Pasaba del mediodía y hacía un calor espantoso. Dalston esquivó el estiércol de caballo siguiendo a la chica que iba a paso ligero. Pasaron por debajo de las casas que rodeaban la plaza a través de un túnel y bajaron una calle estrecha para girar hacia la derecha. Tuvieron que caminar un trecho, pero de repente se detuvo señalando una casa señorial que no tenía jardín. —

Es ahí. Ahí vive Anita.

Él miró la casa. Era de un gran señor, de eso no había duda. Debían tener mucho servicio. —Sí, es aquí —aseguró la chica alargando la mano. —¿Me paga? Tengo que volver. Mi hermana no puede con el carro sola.

Distraído observando la casa, metió la mano en el gabán y sacó cuatro monedas de oro. La chica jadeó del susto y cerró la mano de golpe antes de salir corriendo como si él fuera a quitárselas al darse cuenta de lo que le había dado. —¡Gracias señor!

Finnegan se puso a su lado. —Qué generoso eres con el dinero de Sterling.

—No me fastidies. Ya estamos ante la casa. Se lo merecía. —Observaron las ventanas. —Quedaos aquí.

Le cogió por el brazo. —¿Qué vas a hacer?

—Voy a rodear la casa y a preguntar a algún lacayo del establo. Para asegurarme antes de entrar.

—¡Pues ya te podías haber asegurado antes de darle las monedas a la muchacha!

—¡No seas pesado, Finnegan!

Soltó su brazo y siguió la valla dando la vuelta a la esquina. Parpadeó

porque la casa era realmente enorme. Estaba claro que la chica había caído en una buena familia. Vio el establo a través de la verja. Estaba en un anexo de la casa y varios hombres de finas ropas montados a caballo entraban en ese momento por una puerta que había detrás. Dalston disimuló agachando la cabeza al escuchar que reían y el que iba delante dijo para que le oyeran todos —Esa preciosura será mía, vaya que sí.

—Como se entere la duquesa de que mariposeas alrededor del servicio, te va a estirar las orejas. —Todos se echaron a reír de nuevo.

—Ya la verás. En cuanto lo hagas, me darás la razón —dijo bajándose del caballo—. ¡Esos ojos verdes te hacen temblar las piernas!

—¡Sería el coñac que te tragaste, Alberto!

Dalston elevó la mirada y sus ojos castaños se oscurecieron escuchándoles reír. Apretó los puños mirando a su alrededor y vio que uno de los lacayos también les miraba con rabia. En cuanto entraron los señores, se acercó a la puerta de atrás con paso firme y cruzó la verja como si tuviera derecho a ello. —¡Eh, tú! —dijo con autoridad.

El chico se acercó corriendo. —¿Si, señor?

—¿Ese era Don Alberto?

—Sí, mi señor. ¿Viene a la reunión?

—Acabo de llegar de viaje y no he tenido tiempo a cambiarme. Dígale a la doncella Carlota que le comunique que me retrasaré.

—¿A Carlota? Sí, señor.

Él asintió antes de darse la vuelta y el chico fue hasta la entrada de atrás de la casa. Se volvió de golpe. —Pero señor, no me ha dicho su nombre. —Miró a un lado y a otro, pero el señor había desaparecido. —Mierda. —Se rascó la cabeza. —¿Y ahora qué hago?

Dalston llegó hasta sus compañeros furioso y Finnegan se tensó. —¿No es aquí?

—Sí, es aquí. Y tenemos que entrar. Ahora.

—¿Qué ocurre? Podemos esperar a que salga.

—Hablaban de ella —dijo mirándole a los ojos—. El señor de la casa les decía a sus amigotes que tenían que verla. Que le hacía temblar las piernas.

Finnegan entrecerró sus ojos azules llevando la mano a la pistola. —Pues sí que le van a temblar. Muy bien. Entremos.

Dalston abrió la verja llevando la mano a la espalda para empuñar la pistola que tenía bajo el gabán y con ella apuntando el suelo, subió los tres escalones que llevaban a la puerta. Golpeó el llamador tres veces y miró a los

suyos que también estaban preparados.

En cuanto se abrió la puerta Dalston le puso al mayordomo la pistola en la cara y susurró —Abre la boca y será lo último que hagas.

Pálido el hombre dio un paso atrás. —No dispare.

—¿Qué te he dicho de hablar? —Le cogió por la chaqueta y le metió en la casa. La opulencia era casi exagerada y Dalston miró a su alrededor. —
¿Dónde está la doncella Carlota?

—¿La doncella?

—Mira, podemos hacer esto muy rápido o puedo matar a la mitad del servicio. ¡La doncella!

—Debe estar con la duquesa viuda, señor.

Estaba claro que conocía su trabajo porque le había identificado como un señor. No era estúpido.

—¿Piso?

—La duquesa duerme en la primera planta, tercera habitación a la derecha. La mejor de la casa.

Entonces escucharon un chillido y unas risas. Dalston se tensó. —
Muéstrame el camino hasta esa fiesta. Vamos a unirnos.

—Señor, tengo prohibido entrar ahí.

—Pues yo te permito ir. —Apretó el cañón en su mejilla. —¡Vamos!

Una mujer entró en el hall y chilló dejando caer una bandeja de plata al suelo con toda la loza, pero cerró la boca en cuanto Irwin la apuntó con la pistola. El irlandés le hizo un gesto para que se acercara y ella lo hizo muerta de miedo.

—¡Vamos te digo!

El mayordomo empezó a caminar y las risas cada vez se escuchaban más cerca. —¡Déjame, cabrón! Se lo diré a la duquesa. ¡No me toques!

Dalston empujó al mayordomo hacia Owen, que le golpeó con su enorme puño en la cabeza dejándole sin sentido, pero él no lo vio porque sin perder el tiempo caminó hasta la puerta doble con marco dorado de la habitación donde se escuchaban las risas. Empujó las dos puertas y se detuvo en seco al ver a una joven vestida de negro con un delantal blanco, con el cabello castaño hasta la cintura y con cara de furia defendiéndose con el atizador del tal Alberto, que quería arrebatárselo mientras sus amigos sentados en distintos puntos del salón, reían mientras bebían. Pero lo que Dalston no podía dejar de mirar eran esos ojos verdes, porque en el fondo y aunque intentaba disimularlo, estaba asustada. Eso le enfureció de tal manera que levantó el arma y disparó al jarrón que Alberto tenía a su lado.

Sorprendido se volvió. —¿Quién diablos sois vosotros?

Le apuntó a la cara y el muy estúpido palideció. —Charlotte, ven aquí.

Le miró aún más sorprendida. —¿Perdón? —Puso las manos en jarras. —
¿Y quién eres tú para que me vaya contigo?

Decidió hablarle en inglés. —Soy quien te va a llevar con tu padre.

Eso sí que la sorprendió. —¿Mi padre?

—¡Juan! ¡Llama al alguacil! —gritó Alberto indignado—. ¡Cómo se
atreven a entrar en mi casa!

—Dalston... —le advirtió Finnegan—. Esto se va a poner feo.

Dalston la miró a los ojos. —Tu padre nos envía a buscarte.

—¡Yo no tengo padre! —Como si eso le sacara de sus casillas, levantó de
nuevo el atizador y le arreó al tal Alberto en el hombro, que chilló de dolor
cayendo de rodillas. Todos sus amigos se quedaron estupefactos. Le miró
furiosa y fascinados vieron como cogía una jarra de plata por el asa antes de
golpear a un tipo que estaba a su lado en toda la cara. Éste puso los ojos en
blanco antes de caer sobre uno que estaba en el sofá. De la que pasaba todos
se apartaron sin decir ni pío como si fuera una plaga y se puso ante él. —
¿Cómo sabes mi nombre?

—Monique Sterling era tu madre —dijo divertido—. ¿Nos vamos?

Finnegan la miraba orgulloso de arriba abajo mientras que a los irlandeses se les caía la baba. —¿Ésta es a la que venimos a buscar? Es una diosa.

Charlotte se sonrojó mientras Finnegan se volvía y empezaba a soltar tortazos a aquellos hombretones, que grandes como torres se protegían con las manos cuando el viejo era mucho más bajito.

Asombrada dio un paso atrás. —¿Quién es éste?

Finnegan sonrió como si la adorara. —Soy el mejor amigo de tu padre, Charlotte. Y puedo asegurarte que eres la viva imagen de Monique. Tan preciosa como tu madre.

Se sonrojó de gusto, pero luego entrecerró los ojos. —Me queréis raptar, ¿verdad? Sois amigos de estos idiotas y queréis tomarme el pelo.

—Ve a buscar el pendiente. Date prisa —dijo Dalston muy serio. Le daba la sensación de que con ella había que ser firme—. ¡Ahora Charlotte! ¡Están a punto de llegar los guardias!

Eso sí que la sorprendió. —¿El pendiente?

Finnegan sacó el otro y se lo puso delante. —El pendiente de tu madre. Se los regaló tu padre en su primer aniversario de boda.

Fascinada miró el pendiente antes de alargar su delicada mano hasta él. Dalston no se lo podía creer. Había visto el cuadro de su madre que estaba en

la sala de juegos de Sterling, pero esa muchacha era mucho más hermosa.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Lo hemos recuperado. Los llevaba tu madre cuando desapareció. Pero ahora no podemos contarte todo. Debemos irnos. —Dalston la cogió por la muñeca y tiró de ella hacia el exterior. —Muévete, Charlotte.

Entonces sintió algo punzante en la espalda y se volvió lentamente. — Suéltame la muñeca —dijo ella fríamente.

Él lo hizo y Charlotte dio un paso atrás. —Vosotros la matasteis, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—¡Por eso tenéis el pendiente!

Dalston puso los ojos en blanco. —Irwin, Owen, no le hagáis daño.

—Sí, jefe.

—¿Jefe? —preguntó sorprendida antes de que aquellas dos bestias se tiraran sobre ella como si no les importara que llevara un cuchillo. Gritó furiosa cuando se lo arrebataron sin esfuerzo y uno la agarró por la cintura mientras otro la cogía de las piernas. —¡Soltadme, sucios esbirros de medio pelo!

Finnegan alargó la mano y le metió un pañuelo en la boca. Con los ojos

como platos le miró furiosa acordándose de toda su estirpe. El hombre de confianza de Sterling sonrió como un niño. —Es igualita a su padre.

Dalston gruñó. —Esperemos que no.

Intentando retorcerse, gritó mientras la sacaban de la casa. Al llegar a la acera Dalston gimió porque no tenían ni los caballos. —Mierda. —Miró a un lado y a otro. Una mujer pasó ante ellos llevando un bebé. —Cómo está el servicio —dijo Dalston—. No hay quien los instruya.

Charlotte abrió los ojos como platos cuando vio a la mujer asentir a la vez que decía —Un desastre, se lo digo yo.

Furiosa se revolvió de nuevo gritando que la ayudaran, pero nada. Doblaron la esquina a toda prisa y Dalston vio a un cochero discutiendo con otro que tenía el coche delante. Les hizo un gesto a los chicos y la metieron en el coche de alquiler sigilosamente mientras Finnegan subía al pescante. Parecía que había recuperado la agilidad, porque casi lo hizo de un salto. Dalston todavía no había cerrado la puerta cuando Finnegan azuzó los caballos gritando y provocando que salieran disparados. Los gemelos sentados apretujados ante él, sonreían de oreja a oreja mirando a Charlotte que estaba sobre sus muslos tumbada de costado. Ella les miró con odio y les gritó furiosa bajo el pañuelo.

—Charlotte compórtate. Todo es por tu bien.

—Mmm.

—Sí, por tu bien. ¿Serás buena si te quito el pañuelo?

Asintió vehemente y él sonrió alargando la mano para quitarle el pañuelo. En cuanto se lo sacó de la boca, le pegó un mordisco con fuerza y Dalston gruñó apartando la mano. Menudos dientes tenía la muchacha y perfectos además. Asombrado vio que estaba sangrando. —¡Serás bruta!

—¡Socorro! —gritó con fuerza—. Me sec.... —Le miró con rabia con el pañuelo en la boca de nuevo.

—Mejor déjela así, milord. Tiene que calmarse —dijo Irwin sonriendo.

—No pesa nada. Es una pluma —añadió su hermano.

Charlotte miró a los gemelos. Primero a uno y después a otro. Ambos sonrieron como si su atención fuera lo mejor del mundo. Dalston gruñó. — Señores, es la hija de Sterling. ¿Queréis que le diga al jefe lo que le sonreís a su hija?

Perdieron la sonrisa de golpe y Charlotte no salía de su asombro. Parpadeó mirando sus ojos castaños porque aquel galán haría que se derritiera el corazón de la mujer más ruda de la tierra. Él sonrió de nuevo y Charlotte entrecerró los ojos cuando su corazón saltó en su pecho. Sería estúpido. ¿Creía que iba a caer rendida a sus pies? ¿Qué le iba a dar la razón en todo

porque llevara el pendiente de su madre? ¡El pendiente! Abrió los ojos como platos y gritó bajo el pañuelo.

El galán perdió la sonrisa. —¿Ocurre algo?

¿Algo? ¡Tenían que volver! Asintió con vehemencia indicando hacia atrás con el pulgar que era lo único que podía mover, pues aquellos osos la tenían bien amarrada por los brazos. Pero obviamente él no vio el pulgar porque no dejaba de mirarla a los ojos. Sería atrevido. Sin darse cuenta se sonrojó ligeramente y observó cómo su mano se acercaba a ella, pero no llegaba a quitarle el pañuelo. —Como grites no te haré más caso, ¿me oyes? Creo que debo ser firme contigo, porque tengo la sensación de que cuando te enfadas te desbocas.

¿Qué se desbocaba? ¿Cómo los caballos? Entrecerró los ojos mirándole con odio. —¿Ves? No aceptas bien las críticas. Igualita que tu padre.

¡Aquello era el colmo! Que no aceptaba las críticas. ¡Si no la conocía de nada! Pataleó con rabia y los gemelos suspiraron. Se detuvo en seco mirándolos con odio y ellos sonrieron de oreja a oreja. Puso los ojos en blanco antes de mirar al galán de nuevo indicándole con los ojos que debía quitarle el pañuelo. Él suspiró sacándoselo de la boca como si fuera una pesada. Se pasó la lengua por el labio inferior intentando no gritarle todo lo que pensaba de él y se le cortó el aliento cuando vio que él seguía el

movimiento atentamente, provocándole que su corazón saltara de nuevo en su pecho. Eso la enfureció.

—¡Tenemos que volver! —gritó con ganas de matarle.

—¿No me digas? Espera que le digo a los guardias que estarán en la puerta, que he secuestrado a la doncella y que la llevo de vuelta porque me he arrepentido.

—¡El pendiente se ha quedado allí!

Él se la quedó mirando fijamente antes de gritar —¡Te dije que te dieras prisa! ¡Ahora no podemos volver!

—¡Quiero mi pendiente! —Entrecerró los ojos. —Si trabajas para mi padre, tienes que hacerme caso. Mando yo. ¡Trabajas para mí! ¡Lo que pasa es que me estáis mintiendo!

Los hermanos se enderezaron con el ceño fruncido pensando en ello y Dalston no se lo podía creer. Les había convencido.

—La chica tiene razón —dijo Irwin antes de mirar a su hermano—. ¿Qué opinas, Owen?

—A Sterling no le gustaría nada que le lleváramos la contraria a su hija, no señor. Tenemos que pensar en nuestros pellejos.

—¡Ja! —La chica miró al galán. —Mando yo.

—No, bonita. ¡Aquí mando yo! ¡Al menos hasta que salgamos de España!

—¡Cómo no regreses por el pendiente, me escaparé a la primera oportunidad para ir a buscarlo!

—¡No lo necesitas! ¡Tu padre te comprará miles como ese!

Abrió los ojos como platos. —¿Mi padre es rico?

—¿Rico? Como el rey Midas.

—¿Quién es ese?

—Muy rico, Charlotte. Más rico que nadie que conozcas.

Ella lo pensó, pero no se bajó de la burra. —¡Me da igual! ¡Quiero el de mi madre! ¡Ahora!

—La madre que la... —Los gemelos se tensaron y él les fulminó con la mirada. —Tranquilos, chicos. Dejadme pensar.

—Hay que volver. Lo ordena ella y hay que hacerlo.

Charlotte sonrió radiante porque le dieran la razón y los tres bizquearon como si acabara de salir el sol. —Una diosa, lo que yo decía.

—¿Me soltáis o también tengo que ordenarlo?

Los hermanos gruñeron. —¡Ni se os ocurra! —ordenó Dalston asombrándola—. ¿No os he dicho que estoy pensando?

Satisfechos con esa orden no la soltaron y ella suspiró mirándole en silencio. —¿Crees que tardarás mucho? ¡Mientras tanto por qué no detienes el coche antes de que salgamos de Madrid!

—Mira bonita... ¡No considero necesario que nos juguemos el pellejo o pasar el resto de mi vida en una cárcel española por un pendiente! —Los hermanos negaron con la cabeza. —Así que creo que la decisión está tomada, porque lo que querría tu padre es que regresemos a Londres a toda prisa, que es a donde me ha ordenado llevarte. ¡Así que deja de dar la murga con el tema del pendiente de una vez!

Decepcionada agachó la mirada y Dalston gruñó molesto. —Es lo único que tengo de ella —susurró muy triste.

Los gemelos fruncieron el ceño ferozmente y Dalston volvió a gruñir. —Tranquila, hemos recuperado una caja de horquillas y un broche.

—Yo quiero el pendiente y ahora que tengo el otro...

—Sí, es una pena. Ahora tiene el otro. Se los podría poner. A Sterling le gustaría que su hija los tuviera, ¿no crees? —dijo Owen apenado.

—¡Oh, por Dios! —Golpeó el techo con fuerza para avisar a Finnegan y Dalston entrecerró los ojos mientras se detenía el coche porque le pareció ver una ligera sonrisa de satisfacción, pero cuando la miró de nuevo estaba allí calladita con cara de buena como esperando lo que fuera a decir.

La puerta se abrió y Finnegan sonrió como un padre. —Niña, no puedes viajar así todo el camino. ¿Serás buena?

—No es una niña. ¡Y me ha mordido!

Finnegan chasqueó la lengua como si le diera igual hasta que le pegara un tiro. Charlotte no perdió detalle. Allí mandaba el viejo y después el galán. Los gemelos eran sus esbirros. Pero era lógico si ese hombre era el mejor amigo de su padre.

—Señor, usted me ayudará, ¿verdad? —preguntó dulcemente haciendo que Dalston la mirara asombrado—. El pendiente se ha quedado allí. — Sorbió por la nariz. —Necesito mi pendiente. Ahora que tengo el otro...

Finnegan se cruzó de brazos y asintió. —Es un recuerdo de tu madre.

Abrió los ojos esperanzada. —Usted lo entiende, ¿verdad? ¡No puede quedarse allí!

—Claro que no, niña. Es de Monique y no se quedará en España. A Sterling no le gustaría.

—¿Regresaremos a buscarlo?

—Claro que no. —Ella parpadeó sin entender. —Lo recogerá el.

Dalston le miró como si estuviera chiflado. —¿Yo?

—Claro. Tú ya no nos haces falta, así que si te cogen mala suerte. Ya

puedes estar atento.

—¡Vaya, gracias!

—Él no lo recogerá —dijo Charlotte decepcionada—. No quiere ir.

Finnegan se echó a reír. —Por supuesto que lo hará, ¿verdad milord? No querrá disgustar a Sterling.

Todos le observaron y Dalston la miró como si fuera la causa de todos sus males. Levantó sus cejas castañas sorprendida. —¿Lo hará?

—¡Quien me mandaría a mi aceptar aquella partida de cartas!

—Eso mismo digo yo. —Finnegan cerró de un portazo.

Sonrió satisfecha. —¿Milord?

—Lord Dalston Hanford a su servicio, señorita Sterling —dijo con ironía exagerada.

—Es conde —dijo Irwin—. Y está condenado a pagar una deuda.

Los tres se echaron a reír por el juego de palabras. —Muy graciosos.

—Así que mi padre te ha enviado aquí porque hablas español.

—Eres muy lista.

—Sí. Por eso vas a rescatar mi pendiente. Chicos, quiero incorporarme.

Los gemelos no tuvieron más remedio que soltarla y se sentó a su lado

apartando un largo mechón de cabello de su hombro. Le miró triunfante y dijo —Tranquilo, entraré yo. No quiero que te juegues el cuello por mí. Si me pillan, diré que me he escapado de mis captores. Como mucho me despedirán.

—¡No! ¡Cómo mucho, ese imbécil del que te defendías con un atizador y al que por cierto atizaste, te pegará una paliza! ¡No vas a entrar en esa casa de nuevo!

Los gemelos asintieron. —Tiene razón, señorita. No se lo tomará muy bien ese hombre. Mejor va milord.

—Claro, él pasará desapercibido en la casa. Mucho más que una doncella.

—¡Te digo que no vas a entrar!

—No puedes darme órdenes. ¡Trabajas para mi padre! —Sonrió ilusionada. —Por cierto, ¿cómo es? —Los tres se miraron con los ojos como platos. —Debe ser un hombre muy respetado, ¿verdad?

—Sí, mucho.

Se apretó las manos sintiéndose inquieta. —¿Y cómo me habéis encontrado? ¿Mi madre dejó dicho antes de morir que iba a dar a luz? ¿Cómo encontrasteis el pendiente? ¿Cómo me habéis encontrado a mí?

Dalston carraspeó revolviéndose incómodo sobre el asiento. No esperaba

tener que darle él las explicaciones. ¿Dónde estaba Finnegan cuando se le necesitaba? Sus muslos se rozaron y gruñó por dentro sin darse cuenta antes de responder —Un conocido de tu padre te vio en el cortijo hace unos años.

Los ojos de Charlotte brillaron. —¿De verdad?

—Eres igual que tu madre. Se lo dijo a tu padre porque todo Londres sabe que está desesperado por encontrar a su esposa y llegamos hasta aquí gracias a Matilda que nos dijo que habías ido a Cádiz. La madre superiora del convento sabía que te habías ido a Madrid.

—Esa zorra —dijo con rencor.

La miró a los ojos. —¿Cómo sabías que el pendiente era de tu madre si creías que había muerto cuando naciste como te dijeron las monjas?

Charlotte se quedó pensativa. —Cuando la señora me dijo que fuera a recoger sus cosas antes de que se las llevara el fuego y volqué su joyero en una bolsa, el pendiente cayó al suelo. Lo supe. Había tenido un sueño y mi madre sonreía sobre mí mostrándomelo. Se veía el pendiente claramente. Después he tenido más sueños. Ella me hablaba en francés. —Rió sin ganas. —Ahora sé por qué entiendo mucho de ese idioma.

—Así que supiste que el pendiente era de tu madre.

—Y que se lo habían dado las monjas a mi señora porque ella no conocía

a mi madre. Por eso fui al convento. Para enterarme de qué había ocurrido. Mi madre no murió en el parto.

—Lo sabemos. Murió años después. Se enclaustró huyendo de algo y murió cuando tú tenías cinco años. Las monjas le dieron el pendiente a tu señora. —Charlotte entrecerró los ojos furiosa. —Dos años después te enviaron a ti y allí te quedaste hasta el incendio.

—¿Le dieron el pendiente antes de enviarme allí? —preguntó pensando en ello.

—Sí, tu señora conocía a tu madre y les reclamó el pendiente. Al parecer no podía tenerte en la casa hasta que cumplieras siete años, porque no podía justificar tu presencia a su marido hasta esa edad.

—Como doncella.

—Exactamente. Ella pagó a las monjas para que te cuidaran esos dos años, aunque ya habían cobrado.

—¿Qué quieres decir?

Dalston chasqueó la lengua. —Se quedaron con todo lo que teníais, Charlotte. Tu madre trabajaba cosiendo y se ganaba muy bien la vida.

Charlotte entrecerró los ojos. —¿No me digas?

No sabía que se le pasaba por la cabeza, pero le dio mala espina. —¿Qué

estás pensando?

—Nada. —El carruaje se detuvo y miró por la ventanilla para ver que estaban a dos calles de la casa de la duquesa. —Ya llegamos.

Se disponía a salir, pero él la agarró de la mano. A Charlotte la recorrió un estremecimiento y le miró a los ojos. —No irás tú. Owen, Irwin, que no salga del coche.

—Sí, jefe.

—¿Ahora es el jefe? —preguntó indignada.

—Cuando no está Finnegan, él es el jefe.

Gruñó cruzándose de brazos. —No sabes dónde está.

—Pero me lo vas a decir ahora.

—No. Voy yo. Además, tengo que hacer la maleta.

—¡Déjate de maletas! ¡No tenías nada cuando saliste de Cádiz!

Sería sabelotodo. —Tenía el pendiente y no te diré dónde está.

—¿Enterrado en el establo?

Le miró sorprendida. —¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Porque aquí no hay cerdos, Charlotte! ¿Dónde está?

—Es muy difícil de explicar. Mejor voy yo.

—Serás cabezota. ¡Te acabo de conocer y ya me pones nervioso!

Se encogió de hombros como si le diera igual. La puerta se abrió y Finnegan levantó una de sus cejas blancas. —¿Se puede saber qué ocurre?

—¡Qué no me quiere decir dónde está el pendiente! ¡Eso ocurre! ¡Es una cabezota, quiere ir ella!

Finnegan la miró. —Niña, no podemos perder tiempo. ¿Dónde está el pendiente?

—Es que él no lo va a encontrar.

—Eso seguro si no le dices dónde se encuentra.

Charlotte sonrió. —Pues eso, que no lo va a encontrar.

Finnegan reprimió la risa. Al parecer todo lo que hacía ella le parecía gracioso. Dalston no salía de su asombro. —Si no me dices dónde está el pendiente que hemos venido a buscar porque tú has querido, le pego un tiro a ese porque ya no le necesito.

Dalston dejó caer la mandíbula. —¡Yo he cumplido con mi parte del trato! —Se encogió de hombros como si le diera igual. Charlotte le miró de arriba abajo como si se lo estuviera pensando. —¡Charlotte!

—Está bien —gruñó molesta—. Está donde el caballo castaño que tiene una estrella en la cabeza. En la esquina de la derecha —dijo indicándoselo

con la mano como si fuera estúpido.

Dalston contuvo las ganas de matarla mientras abría la otra puerta. —
¡Qué ganas tengo de perderos de vista!

—Pues nosotros os apreciamos mucho, milord —dijo Owen divertido.

—¡Sí, eso ya lo veo!

Salió dando un portazo y Charlotte soltó una risita. —Tiene la piel muy fina, ¿verdad? Se ofende enseguida.

—Es que es de sangre azul.

Los cuatro se echaron a reír mientras Dalston se alejaba escuchando sus risas. Malditos chiflados. Mira que volver por un pendiente. Qué ganas tenía de regresar a casa. Le daba la sensación de que esa muchacha le iba a complicar mucho la vida. Mucho.

Capítulo 3

Charlotte nerviosa miró por la ventanilla. —Tarda mucho, ¿verdad?

—Sí que tarda, sí —dijo Owen dándole la razón—. ¿Le habrán cogido?

—Sabía que tenía que haber ido yo. No tiene aspecto de ser un hombre que pueda desenvolverse en una situación así.

Los gemelos se miraron antes de echarse a reír a carcajadas. Perpleja preguntó —¿De qué os reis?

—El conde es capaz de desenvolverse en cualquier situación, señorita Sterling. Se lo aseguro —dijo Owen divertido.

—¿De verdad? Pues no tiene pinta. —Se adelantó interesada. —
Cuéntame.

—Es un sinvergüenza de cuidado —dijo Finnegan divertido.

—¿Qué?

—Es un tahúr. ¿Sabes lo que es, niña? —Negó con la cabeza. —Se dedica a desplumar a las cartas a sus amigos aristócratas. Es un tramposo de cuidado y así mantiene su nivel de vida.

—¿Es un timador? —preguntó asombrada—. Ya sabía yo que no era trigo limpio. Tanta sonrisa y... —Los tres levantaron una ceja y carraspeó. — Bueno, así que gana a las cartas a sus iguales.

—Intentó timar a tu padre y Jack, que se las sabe todas, le dejó ganar. — Sonrió malicioso. —Y le pegó el estacazo al final.

—¿El estacazo? Perdón, pero hay algunas palabras que...

—Que le ganó en la última partida cuando lo habían apostado todo. Nuestro milord se confió en que podía ganar a tu padre y se quedó hasta sin pantalones.

Ella jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Padre le ganó y lo perdió todo?

—Exacto. Es más, le debe dinero. Dinero que quedará saldado si volvemos a Londres contigo, niña.

—Vaya... —Pensativa miró hacia la otra puerta. —No estoy de acuerdo con el juego. En cuanto vea a mi padre se lo diré. Espero que me haga caso, porque esos juegos solo llevan a la depravación y el vicio. —Los hombres hicieron una mueca que ella no llegó a ver. —¡Ahí viene!

La puerta se abrió de golpe y la miró como si quisiera matarla. — Mujer...

—¿No estaba ahí? —Cuando se sentó a su lado arrugo su naricilla. —¿A qué huele?

—¡A estiércol de caballo! —le gritó a la cara—. ¡La he tenido que arrastrar con la bota para cavar debajo!

—Vaya, ¿Estrellita había hecho caca? —Los hombres se echaron a reír a carcajadas y chasqueó la lengua alargando la mano. Mejor dejaban el tema. —¿Mi pendiente?

—Tu pendiente, tu pendiente... —Dejó sobre la palma de su mano la bolsita en donde estaba metido. Ella se hizo la loca cuando vio sus manos llenas de tierra y seguramente de algo más por el olor que despedían.

Los gemelos se reían a carcajadas y Finnegan intentando dejar de reír carraspeó. —Buscaré una posada.

—Sí, por favor —dijo él—. ¡Además quiero recuperar mi caballo y mi alforja! ¡Eso si aún siguen en la plaza, que lo dudo!

—¿Habéis dejado los caballos en la plaza? —preguntó asombrada—. ¿En la plaza Mayor?

—Sí, niña.

—Pues ya no hace falta que vayáis a buscarlos. No estarán.

Dalston siseó —Es un pura sangre que me regaló mi padre.

—Pues entonces con más razón no estarán, ¿no crees? Tú no eres muy listo.

Abrió la bolsita y dejó caer el pendiente sobre su mano. Finnegan le tendió el otro y les mostró la pareja. Idénticos. Sonrió ilusionada y Dalston gruñó por dentro. Ella le miró con sus preciosos ojos verdes. —Gracias.

—No ha sido nada. —Miró a Finnegan. —¿Nos vamos? Creo que nos hemos ganado una buena cena y un baño.

—Sí, además tenemos mucho que hacer. De todas maneras, pasaremos por la plaza por si hay suerte.

Dalston puso los ojos en blanco mientras los gemelos reprimían la risa. Ese hombre era incansable.

—Después tenemos que devolver este coche a su dueño —dijo ella mirando los pendientes mientras los acariciaba concentrada—. No podemos ir por ahí robando el pan de la boca de los pobres. Eso no está bien. Padre no estaría de acuerdo de que fuéramos perjudicando a las personas que nos rodean, aunque sea por recuperarme.

Dalston miró a los gemelos, que asentían como si lo hubiera dicho la mismísima Santa Madre. No la contradijo porque no quería discutir más. La observaron limpiar los pendientes con su inmaculado mandil, con tal cuidado como si fueran los pendientes de una reina y después envolvió uno por uno

en la tela antes de volver a guardarlos en la bolsita. Cuando estuvo satisfecha les sonrió radiante. Esa mujer podía dejar a uno tonto solo con una sonrisa. Dalston gruñó mirando hacia la ventanilla. Estaba claro que esa mujer le iba a crear un montón de problemas.

Charlotte emocionada se mantuvo en silencio pensando en todo lo que había ocurrido mientras Dalston se limpiaba las manos con un pañuelo. La verdad es que la prueba del pendiente era bastante contundente. Decían que lo habían recuperado, pero no le habían dado muchas explicaciones. Lo que sí estaba claro, es que conocían a su madre. Después de unos minutos dándole vueltas, empezaron las dudas. El galán le había dicho que su madre había muerto cuando tenía cinco años. Eso tenía sentido porque ella la recordaba. Pero también le había dicho que ella se había enclaustrado en el convento huyendo de algo. ¿De qué? ¿Y de qué conocía su señora Julia a su madre? ¿Y por qué quiso que fuera a vivir a su casa en lugar de enviarla con su padre? Si se conocían, debía saber quién era su padre... Miles de preguntas agolparon su mente y miró de reojo a su galán. ¿Su galán? ¡Era un sinvergüenza que robaba a sus conocidos! Y los que le acompañaban no tenían mejor aspecto. Los gemelos eran esbirros, como intuyó en su primera impresión, y Finnegan estaba acostumbrado a tratar con lo peor de la sociedad. Eso era evidente. Por muy bien que vistieran, ella estaba

acostumbrada a tratar a señores de alcurnia y el único que lo era estaba sentado a su lado. Volvió a mirarle de reojo. Era tan guapo que robaba el aliento. Y cuando sonreía su corazón saltaba para empezar a latir alocado. Se sonrojó ligeramente y se miró las manos. ¿Pero en qué estaba pensando? ¡Era un ladrón por muy lord que fuera! Ella debía buscar un marido bueno y generoso que la quisiera mucho. Seguro que su padre la ayudaba a buscarlo. Su padre... Sabía que no había salido de la nada, pero encontrarse de repente con un padre era un poco sorprendente. Las dudas volvieron a cruzar su mente. ¿Y si estaba cayendo en una trampa? ¿Y si estaba cayendo en la boca del lobo acompañando a esos hombres, que por otro lado no eran de fiar? ¿Y si habían robado el pendiente a su madre cuando aún estaba viva?

—¿Dónde encontrasteis el pendiente?

—Un joyero aún lo conservaba en Cádiz. Se lo vendió la madre superiora cuando tu madre se puso enferma durante su embarazo y se fue a vivir con ellas. Así pagó su manutención.

—Ah. —Frunció el ceño. Eso tenía sentido. —¿Y solo les dio uno?

—Su cochero le robó todo lo que tenía. En el mismo joyero encontramos el broche y la caja de horquillas. Así descubrimos quien le había robado a tu madre.

—¿Sí? —Levantó la barbilla. —Me gustaría conocerle para que me

contara algo de mi madre.

—En este momento debe estar hablando con su creador, que está a punto de expulsarle del cielo a patadas.

—Vaya. ¿Se ha muerto?

—Casi. Le han matado.

Ella hizo una mueca mirando a los gemelos que sonrieron orgullosos. Gimió interiormente al darse cuenta de que ellos le habían matado.

—Charlotte, ¿dudas de nosotros?

—¡No! Es que tengo algunas lagunas...

—Pregunta lo que quieras.

—¿De quién huía mi madre? ¿Por qué mi padre no supo de mí primero? Si mi madre conocía a mi señora, ¿por qué mi señora no avisó a mi padre de que mi madre había fallecido? ¿Por qué me llevó a vivir a su casa? ¿Qué quería conseguir pidiéndole el pendiente a las monjas? ¿Y si mi padre es la persona de la que huía mi madre? ¿Cómo es? ¿Y si no es mi padre?

—No sabemos de lo que huía tu madre. Y tu padre no supo de ti hasta hace un par de meses más o menos como ya te comenté. Él nos hubiera enviado de inmediato, pero tuvo que esperar por mí para que me recuperara de un pequeño accidente. Ni siquiera pensábamos que pudieras ser su hija,

sino que podías ser un pariente de Monique. Era la única pista que tuvo en años y la seguimos. No sé por qué esa mujer no avisó a Sterling de tu nacimiento. Igual se lo pidió tu madre. Tampoco sé por qué te hizo servir cuando tienes mil veces más dinero que esa zorra. Tampoco sé por qué quiso el pendiente. Seguramente porque era la única prueba que tenía de que tú eras la hija de Jack. Como eras una niña no se podía imaginar que te parecerías tanto a tu madre, supongo. Necesitaba esa prueba. Tampoco sé si Monique huía de tu padre. Finnegan dice que eso es imposible, pero yo también dudé. No conoces a tu padre, pero yo sí. Es un hombre acostumbrado a enfrentarse a los problemas y lo que pudiera ocultar tu madre, él podía resolverlo con su dedo meñique, te lo aseguro.

—A no ser que huyera de él.

Se miraron a los ojos. —No lo sé. A mí solo me han encargado que te encuentre. Pero todo Londres sabe el amor que tus padres se profesaban.

—Hay amores que matan.

—También dudé de que fueras hija suya y que por eso Monique huyó. Pero después de verte con esa jarra de plata en la mano, dudo que no seas una Sterling. Lo llevas en la sangre.

Sonrió encantada. —¿Padre también imparte justicia?

—Totalmente.

—Me gusta hacerlo. Desde pequeña.

—¿No me digas?

Los gemelos sonrieron por lo bajo y él les cerró la boca con una mirada.
—¿Tuviste algo que ver en el incendio del cortijo? —Ella se sonrojó. —¡Lo sabía!

—¡No fue culpa mía! El señor me siguió hasta el establo donde iba a esconder la paga de la semana. A la mañana siguiente pensaba llevarla a casa de Matilda. ¡Me acorraló! Le amenacé con la pala de uñas y fue él quien tiró la lámpara cuando le pinché en el muslo. El fuego se extendió muy rápido sobre la paja y...

—Llegó a la casa.

—Se puso como loco. Cuando le preguntaron, dijo que había prendido fuego al establo. El techo se prendió y algunas pajas en llamas cayeron sobre el tejado de la hacienda. Corrí hasta la casa gritando que salieran. Subí a la habitación de la señora y me gritó que cogiera sus cosas. Ella se fue. Ahí encontré el pendiente y asombrada bajé al patio donde todo el mundo intentaba apagar el fuego. Me acerqué a la señora que estaba arrodillada en el suelo rodeada de gente y cuando le toqué en el hombro y se volvió, vi a mi señor tumbado en el suelo con las manos en el pecho exhalando el último aliento. ¡No fue culpa mía!

—¿Qué ocurrió después?

—La señora se volvió y me vio con el pendiente en la mano. Se levantó asombrada y miró a la casa. ¿Dónde están mis cosas? ¿No has recogido el dinero y las joyas?, me gritó. Aún impresionada por la muerte del señor, le pregunté si ese pendiente era de mi madre. Me abofeteó. Lo he perdido todo por tu culpa, me gritó. ¡Fuera de mi casa! ¡Nunca debí ayudarte! ¡Solo me has traído problemas!

Dalston apretó los labios antes de mirar a los hombres, que estaban obviamente molestos. —Ahí me fui a casa de Matilda. Pero en cuanto vio el pendiente, se horrorizó pensando que se lo había robado a mi señora y me rogó que me fuera de inmediato por miedo a que nos apresaran por robo. ¡Pero yo sabía que era de mi madre!

—Creo que sé lo que voy a hacer mañana —dijo Dalston fríamente.

Ella le miró confundida. —¿Qué?

—Owen, no te separarás de ella ¿me has entendido?

—Sí, jefe.

—Tengo que averiguar dónde viven.

—¿Dónde viven quiénes? —preguntó ella sin entender nada.

—Los Esteban, preciosa. Ahora viven aquí. Ya va siendo hora de que

Julie Esteban responde a unas cuantas preguntas. Será interesante escuchar esas respuestas.

Los ojos de Charlotte brillaron. —Es cierto, ¿verdad? Tengo un padre en Inglaterra que me busca.

—Sí que te busca. Y también busca respuestas a por qué el amor de su vida le abandonó un buen día sin decir una palabra. —Sonrió divertido. —Me encantaría verle la cara cuando reciba la carta que le diga que tiene una hija.

—No se lo digáis... Quiero ver su reacción.

—Finnegan ya le ha enviado un correo en el que le dice que seguimos la pista hasta Madrid de la muchacha. O sea, tú.

—Ya, pero no puede estar seguro de que soy su hija o una prima lejana de Monique, ¿verdad?

—No, preciosa. Eso no lo sabe.

—¡Pues yo se lo diré! —Se volvió ilusionada hasta los chicos. —¿No creéis que le hará ilusión que se lo diga yo misma?

—A ver si le da un parraque —dijo Irwin en voz baja a su hermano.

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Está mal de salud?

—No, está perfecto —dijo Dalston en un gruñido tocándose la pierna herida.

—Oh, pues quiero decírselo yo. Soy su hija y tengo derecho a ser yo quien le dé la noticia. —Miró a Dalston muy seria. —E iré contigo a hablar con mi señora para enterarme bien de todo lo que ha sucedido.

—Ya no es tu señora —siseó con rabia porque esa mujer se la hubiera ocultado a Jack—. Así que no vuelvas a llamarla así.

—¿Estás enfadado? —preguntó sorprendida.

—¡No! ¡Solo cansado de ir de un lado a otro de este país!

—Ah... Bien. Descansa. —Vio que se apretaba el muslo. —¿Te duele la pierna?

—¡No! ¡Y no vas a venir a hablar con los Esteban!

—Claro que sí. Porque yo sabré si dice la verdad o te está mintiendo. Nadie la conoce mejor que yo.

—¡Pues muy bien no debías conocerla cuando llevaba mintiéndote toda tu vida!

—¡Voy contigo!

—¡Eso ya lo veremos!

—Claro que lo veremos. ¡O se lo digo a mi padre!

—¡Deja de amenazarme con eso!

—¡Hablaré con Finnegan! ¡A ver qué opina él!

La miró como si quisiera estrangularla y Charlotte sonrió triunfante. —De momento tengo que averiguar dónde están.

El carruaje se detuvo y al ver que estaban al lado de la plaza mayor les hizo un gesto a los chicos. —Ir a ver si están los caballos.

—Sí, jefe.

Se bajaron del coche a toda prisa y ella le miró tímidamente. —Espero que estén allí.

—Aunque lo dudas.

—Sí. Pero igual hay suerte. No hay que perder la esperanza. Si mi padre hubiera perdido la esperanza, no me hubiera encontrado. ¿Cómo es?

—Muy... muy...

Le miró confundida. —¿No le conoces bien?

—Mejor esperas a conocerle. No quiero que te lleves una impresión equivocada —dijo intentando escurrir el bulto.

—¿No tienes nada que decir sobre él?

—Oh, no. Tengo mil cosas que decir sobre él.

Charlotte se asustó. —Es mala persona, ¿verdad? Por eso no quieres

decirme nada.

Al ver el temor en sus ojos, Dalston apretó los labios. No sabía la razón, pero no le gustaba nada esa mirada. —No es mala persona. Es más, sus amigos dicen que no hay amigo mejor.

Sonrió aliviada. —¿De verdad?

—Y tiene palabra. Si Sterling te da su palabra, es ley. Nada le impedirá conseguir lo que quiere.

—Es decidido.

—Y apreciado. Media ciudad le adora —dijo él irónico. Sobre todo, los sinvergüenzas de la parte baja de la ciudad. Charlotte sonrió aún más lo que le animó a decir —E incluso se dice que tiene el favor de la Reina Victoria.

—¿De verdad? Entonces es muy importante, ¿no es cierto?

—Mucho. En Londres, Sterling es casi imprescindible.

—Vaya... —Miró al frente pensando en ello. —Y además es rico como has dicho —dijo insegura.

—¿Qué pasa ahora por esa cabecita suya?

—¿No le avergonzaré?

La miró sorprendido. —¿Qué dices, mujer? ¡Quítate esa idea de la

cabeza!

—Pero no me han educado como una dama. No sé tocar el piano...

Dalston se echó a reír a carcajadas y molesta preguntó —¿Qué?

—No te preocupes por eso. En cuanto te vea no habrá mujer más adorada en toda Inglaterra. Te lo aseguro.

—¿Crees que me querrá? —preguntó sin darse cuenta de que mostraba su ansiedad.

Él la miró a los ojos perdiendo la sonrisa poco a poco. A Charlotte se le cortó el aliento —¿Crees que me querrá? —susurró hipnotizada por esos ojos castaños.

Se acercó a ella lentamente y el corazón de Charlotte latió alocado en su pecho. Él miró sus gruesos labios y sin darse cuenta los separó suspirando. Cerró los ojos al sentir su aliento.

—¡Jefe, estaban! —La puerta se abrió de golpe y se separaron sobresaltados. Los gemelos les miraron con el ceño fruncido y Charlotte se sonrojó con fuerza. —Uy, uy... ¡Jefe! ¡El lord intenta seducir a Charlotte!

—Serás chivato —siseó ella—. ¡No hemos hecho nada!

Los gemelos se apartaron de la puerta y Finnegan con cara de furia miró a uno y después al otro que pusieron cara de buenos. —Joder, milord. Estás

muerto.

—¡No ha pasado nada! —dijo asombrado. Miró a Charlotte—. Díselo, ¿te he tocado un solo cabello?

—¡No! —contestó indignada antes de levantar la barbilla—. Además, yo no me dejaría.

La miró como si le hubieran salido dos cabezas. —¿Ah, no?

—¡No! —Se cruzó de brazos molesta y algo decepcionada. Todavía sentía su corazón acelerado y le dio una rabia terrible no haber podido besarle. Esos pensamientos la molestaron aún más. —¿Nos vamos?

Finnegan les señaló con el dedo. —No voy a perderos de vista. —De hecho, se subió al coche. —Owen, Irwin, sacadnos de la ciudad y buscad un hospedaje. Atad los caballos detrás.

—Sí, jefe.

—¿Estaban los caballos? —preguntó Dalston intentando cambiar de tema.

—Sí. La chica del puesto puso a un niño a cuidarlos hasta que regresáramos.

—Esa chica nos ha sido de mucha ayuda.

—Ha sido bien recompensada —dijo Finnegan fríamente sin dejar de

mirar a Charlotte, que disimulando miraba a cualquier sitio menos a él—. Vamos a dejar las cosas bien claras porque no quiero malentendidos.

Le miraron como dos niños buenos, pero no se tragó esas miradas. Estaba acostumbrado a tratar con mentirosos mucho mejores que ellos. —Niña, ¿eres virgen?

Charlotte jadeó poniéndose como un tomate y Dalston se cabreó. —No creo que sea asunto tuyo.

—Todo lo de Sterling es asunto mío.

—Claro que soy pura. —Levantó la barbilla orgullosa y Finnegan sonrió. Miró de reojo a Dalston, que parecía que le habían dado la sorpresa de su vida.

—Perfecto. Sterling estará encantado, te lo aseguro. Y como tu padre, y yo como su mejor amigo, debemos asegurarnos de que llegas pura al matrimonio, eso significa que como vea que un hombre te toca un solo pelo con intenciones deshonestas, le voy a cortar las piernas para que tenga que arrastrarse el resto de su vida. Le arrancaré la piel a tiras y después le arrancaré los ojos, le cortaré la lengua y arrojaré su cuerpo al mar.

Ella hizo una mueca. —¿Pero tiene que arrastrarse primero antes de que le quites la piel? Y si le tiras al mar, ¿cómo va a nadar sin piernas?

—¡Qué me lo cargo, Charlotte! Y será una muerte muy dolorosa. —
Fulminó a Dalston con la mirada. —¡Tan dolorosa que sufrirá durante
muchas, muchas horas antes de guiñarla!

—Ah. —Miró a Dalston de reojo y forzó una sonrisa. —Pues menos mal
que nadie me ha tocado un pelo, ¿verdad?

Finnegan gruñó cruzándose de brazos sin dejar de observarles. —Y así
seguirás hasta que digas si quiero ante el altar con tu padre a tu lado
aprobando ese matrimonio o me lío a tiros.

Charlotte tragó saliva. Adiós a su beso. Suspiró sin darse cuenta y
Finnegan clavó su mirada en ella. Forzó una sonrisa. —Necesito un vestido
—dijo ella intentando cambiar de tema.

—¿Un vestido?

—No puedo ir vestida así. ¿Qué dirán en la posada? Necesito ropa. Padre
seguro que querrá que vaya bien vestida.

—Niña, no podemos esperar a que te hagan un vestuario.

Abrió los ojos ilusionada. —¿Un vestuario?

Negó con la cabeza. —Ni hablar. Resolveremos nuestros asuntos y
puedes ir a la modista en Inglaterra.

Le miró decepcionada. —Pero un vestido... ¡No quiero que mi padre me

conozca de criada!

En cuanto vio la duda en sus ojos azules, Dalston supo que Charlotte había ganado. Hizo que los chicos buscaran la calle de los comercios y en cuanto se detuvieron ante una tienda, miró el escaparate emocionada desde el coche. —Oh, mirar que sombrero —susurró como si no se lo creyera.

Dalston bajó del coche. —¿A dónde vas? —preguntó Finnegan molesto.

—¿Acaso entiendes de ropa femenina más que yo?

Finnegan gruñó bajando también y los tres fueron hasta el escaparate. Ella, como si estuviera en su propio mundo, acarició el cristal admirando unos guantes de encaje que eran una hermosura. —Vamos, Charlotte —dijo divertido—. Seguro que dentro tienes más cosas que admirar.

Sonrió ilusionada y él le abrió la puerta para que pasara. Como una niña, fue de un lado a otro y se detuvo ante un perchero lleno de sombreros.

—Señores... —dijo el tendero mirándoles con desconfianza—. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Dele a la señorita todo lo que quiera —dijo Dalston divertido por cómo se probaba un sombrero y después el otro.

Asombrada se volvió. —¿Lo que quiera?

—Mientras quepa en un baúl, pide por esa boquita.

Chilló de la alegría y se acercó al mostrador con uno de los sombreros en la mano. —¿Tienen vestidos confeccionados?

—Pues...

—Oh, y necesito unos botines. Los quiero blancos. Siempre he querido unos blancos. Y guantes de fino encaje como los de las damas. Y...

—Señorita... Aquí no atendemos amantes. Este es un establecimiento de categoría. Las amantes compran calle abajo.

Perdió todo el color de la cara y Dalston se tensó acercándose al tendero. —Repíte eso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Finnegan mosqueado.

—Este idiota, que dice que no atiende amantes.

Finnegan gruñó antes de coger al hombre por la pechera. —Te voy a destrozar la tienda.

—¡Finnegan, no! Iremos calle abajo —dijo ella avergonzada.

Dalston la cogió por la muñeca y siseó en español —Tú no te mueves de aquí. —Miró al tipo. —Te voy a aconsejar algo. Si quieres conservar tu tienda, vete sirviendo a la señorita con una sonrisa en la cara o te la voy a partir a golpes. Puede que llegues mañana y haya habido un incendio. Esos desastres ocurren, pero te juro que te vas a acordar de nosotros como no la

atienidas como se merece.

Pálido asintió y Finnegan le miró. —¿Qué le has dicho?

—Suéltale. Este imbécil lo ha entendido.

Charlotte miraba el sombrero y los dos se dieron cuenta de que había perdido la ilusión y a Dalston le recorrió la rabia. —Preciosa, elige lo que quieras.

—No. No pienso comprar nada en esta tienda —dijo con orgullo—. Vámonos.

—Bien dicho, niña —dijo Finnegan mirando al tipo como si quisiera matarle.

Se volvieron para irse y Dalston cogió al tipo por la pechera acercándolo a su cara. —Te juro que nada me gustaría más en este momento que enviarte al otro barrio por ser un cabrón. Yo no olvido y el daño que acabas de hacer lo vas a pagar, eso te lo juro.

—Pero...

Le soltó haciendo que se golpeará con la estantería que tenía detrás y salió de la tienda tras ellos. Finnegan con una sonrisa forzada le mostró la tienda de enfrente. —¿Y allí, niña?

—Sí, vamos. Pero calle abajo...

Dalston la cogió por el brazo y tiró de ella hasta la tienda de enfrente cruzando la calle casi sin mirar. —Espera aquí —dijo él dejándola en la puerta y entrando en la tienda.

Una mujer estaba en una escalera colocando una caja en la estantería y se volvió con una sonrisa. —Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá, tengo un problema. —Se acercó al mostrador mientras ella bajaba las escaleras. —Soy abogado y acabo de encontrar a una rica heredera que hasta el día de hoy ha sido doncella. Una desgracia.

La mujer le miró impresionada. —¿De verdad?

—En la tienda de enfrente la han ofendido por ir vestida de sirvienta. ¿Se lo puede creer? No hay sensibilidad.

—Pobrecita.

—Todo un disgusto se ha llevado la niña, así que la traigo a usted. Necesita de todo. ¿La atenderá con ternura? Está algo sensible.

—Por supuesto. Por supuesto. —La mujer que no debía tener cuarenta años fue hasta la puerta y la abrió a toda prisa. —¿Señorita? Pase por aquí. —Charlotte se sorprendió al ver su agradable sonrisa y más cuando la cogió de la mano para meterla en la tienda sonriéndole con sus bonitos ojos grises. —Oh, que hermosura de muchacha. Cualquier cosa que se ponga, lucirá mucho

más en usted.

—¿Eso cree? —Insegura se llevó la mano al cabello.

—Déjeme a mí que yo me encargo de todo. —Miró su cabello. —El rosa es su color, se lo digo yo que tenemos el cabello casi del mismo tono. O el amarillo pálido. Ese le quedará maravilloso con sus preciosos ojos verdes. Un verde suave los destacará más. ¿Qué me dice?

—Siempre he vestido de negro —dijo sonriendo tímidamente.

—Pues eso se acabó.

Y la tendera se encargó de ella mientras los hombres se sentaban en unas sillas observando como Charlotte disfrutaba de cada cosa que la mujer le enseñaba.

Cuando tenía dudas entre dos cosas se volvía y se las mostraba. Dalston señalaba uno y ella se lo daba a la mujer para que lo envolviera. Cuando llegó la ropa interior Charlotte se sonrojó. —Mire que medias. Son una hermosura. Los tobillos están bordados con rosas. ¿Lo ve?

—Son muy bonitas.

—También las tengo con bordados en beige haciendo juego con el corsé. Por cierto, ¿cree que éste le quedará bien de largo? —Se lo mostró y Charlotte se sonrojó aún más. Nunca había llevado ninguno.

Finnegan miró a Dalston y gruñó. —Ayúdala. Parece perdida y escatima al comprar.

Suspiró levantándose y se acercó a ella. —¿Qué ocurre?

—No sé...

Decidió tomar las riendas. —Cinco pares de medias, cuatro camisas interiores y pantaletas, dos camisones, los más finos que tenga y uno más grueso para cuando llegemos a casa, dos corsés... —Miró el que tenía en la mano. —No, ese es demasiado largo para su torso, los quiero más estrechos con varas de ballena y con los bordados en negro. Son más llamativos. —Charlotte parpadeó asombrada. —Dos pares de botines, unos en blanco y otros en negro. ¿Tiene vestidos confeccionados? —A la mujer no le dio tiempo a responder —Pues quiero cuatro, en los colores que dijo antes y otro en blanco. Y dos sombreros, dos sombrillas que combinen con los vestidos y dos bolsitos. Un par de abanicos. Ese de nácar y el de incrustaciones en plata que tiene en el escaparate. Ah, y una estola por si refresca por la noche. —Miró a Charlotte. —Y por supuesto los guantes que ya ha elegido. ¿Crees que me olvido de algo?

Negó con la cabeza y él sonrió regresando a la silla. Ambas suspiraron observándole. La tendera soltó una risita. —Menudo hombre. Es de ideas claras.

Sí, pensó ella. Empezaba a pensar que su corazón nunca volvería a ser el mismo después de conocerle. Sabía de sobra que había hablado con la mujer para que la atendiera. Sintió un calor en su pecho y desvió la mirada avergonzada a las medias que tenía en la mano. Ningún hombre la había protegido o tenido en cuenta sus sentimientos y que él se preocupara por su bienestar, la emocionó.

—¿Continuamos eligiendo los vestidos?

Aliviada por dejar a un lado esos pensamientos asintió. —Sí, por supuesto.

Capítulo 4

Una hora después salió de la trastienda para mostrarles el vestido más hermoso que había tenido nunca. Era rosa pálido con encajes blancos. Estaba algo incómoda por el corsé, porque no lo había llevado nunca y le enderezaba la espalda de manera muy molesta. Bueno, tendría que acostumbrarse. Se colocó ante ellos avergonzada y forzó una sonrisa. —¿Estoy bien? ¿Mi padre estará orgulloso de mí?

Los hombres se quedaron en silencio y Charlotte miró indecisa a Dalston, que tenía el rostro tallado en piedra observándola sin abrir la boca. Preocupada miró a Finnegan y para su sorpresa vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. —¿Finn? ¿Estoy bien? ¿Le gustaré a papá?

—¿Qué si le gustarás, niña? —Se levantó para coger sus manos enguantadas y le dio una vuelta haciéndola reír. —Estás igualita que tu madre el día que tu padre la conoció y se enamoró locamente de ella.

—¿De veras? ¿No me mientes para que me calle?

Dalston se levantó muy serio. —¿Nos vamos?

Perdió la sonrisa. —¿Tanta prisa hay?

Él se pasó la mano por el pañuelo del cuello y susurró —Yo necesito tomar el aire.

Salió de la tienda a toda prisa y Finnegan le guiñó un ojo. —Niña, le has dejado sin habla.

—No le he gustado.

—¡Qué tontería! Todo lo contrario. —Se echó a reír. —Lo que pasa es que sabe que no podrá tenerte nunca y se sube por las paredes.

Sintió un vuelco en el estómago. —¿Tú crees, Finn? ¿Crees que es eso?

—Ah no, niña. Ni se te pase por la cabeza, que tu padre me mata.

Se sonrojó intensamente. —No sé de qué hablas.

—Te haces muy mal la tonta. Olvídalo, hablo en serio.

—Si insinúas que le quiero de pretendiente, la respuesta es no. Es un jugador e irresponsable además. Yo quiero un hombre que me cuide y me quiera. No uno que pierda el dinero por una mala mano.

—Así se habla, niña. Tu padre se disgustaría mucho. Le tiene entre ceja y ceja. Solo le ha encomendado esta importante misión, porque sabía castellano y le debía dinero.

—Lo sé. No te preocupes, Finn.

—Además como Jack se entere de que te ha tocado un pelo, le corta las...
—Se sonrojó al darse cuenta de lo que iba a decir y carraspeó. —Bueno, ya me entiendes.

—Sí, sí, claro. —Disimuló su decepción mirando un sombrero. Tenía un pájaro en la cabeza y Finnegan sonrió. —¿Te gusta? Yo opino que es muy bonito, ¿no crees?

Ella miró a la dependienta que sonrió encantada antes de decir —Ese modelo es el último grito. Me ha llegado de París. ¿Quiere probárselo? Es lo que ha dicho el señor, ¿verdad? —Miró a Finnegan y le guiñó un ojo. Finn sonrió acercándose al mostrador y apoyó el codo sobre el cristal mirándola de arriba abajo. —Es una pena que no sepa tu idioma, cosita bonita, porque te llevaría a cenar y pasarías la noche de tu vida, te lo aseguro.

La mujer no entendía una palabra, pero soltó una risita dejando a Charlotte asombrada. Él cogió su mano como todo un caballero y se la besó mirando sus ojos, haciendo que la tendera se sonrojara hasta la raíz del pelo. —Ibas a disfrutar tanto que ya no querrías perderme de vista. —Dio la vuelta a su mano y besó el interior de su muñeca. La mujer separó los labios mirando sus ojos y él sonrió de medio lado. —Está en el bote, niña.

—Eso ya lo veo. Eres un artista. —Sonrió a la mujer que aún estaba algo atontada y que no le quitaba ojo a Finnegan.

La puerta se abrió y los hermanos la miraron como si fuera un ángel. Sonrió halagada. —Los paquetes están ahí, chicos.

Asintieron tropezándose el uno contra el otro antes de ir a por los paquetes. Finnegan frunció el ceño. —¿Qué miráis? ¡Al coche! ¡No perdáis el tiempo!

—Sí, jefe —susurraron cogiendo los paquetes sin quitarle la vista de encima.

Finnegan puso los ojos en blanco y sacó una bolsa del interior del gabán para dejarla sobre el mostrador. —Mucho gusto, bonita.

La mujer soltó una risita y miró a Charlotte. —Es encantador, ¿verdad?

—Mucho. Es una pena que no hayas entendido lo que te ha dicho, porque era precioso.

—¿De verdad? ¿Y qué me ha dicho? —preguntó ignorando la bolsa y rodeando el mostrador.

—Que le encantaría que supieras su idioma y que te haría pasar una noche inolvidable.

—Uy. —La mujer se sonrojó intensamente. —Es un atrevido.

—Sí. —Las dos se rieron nerviosas y Finnegan se subió la cinturilla del pantalón hinchando el pecho como un pavo real.

—Es una pena que no sea español. —La mujer suspiró.

Charlotte la miró fijamente. Era encantadora y parecía que se atraían. El idioma no era obstáculo para el amor. —Los ojos dicen mucho más que las palabras, ¿no crees?

La mujer apretó los labios. —Eso es cierto.

—¿Qué te ha dicho, niña?

—Qué es una pena que no seas español.

—¡Soy inglés, mujer! ¡Eso es mucho mejor!

—Lo dice por el idioma, Finn.

—Ah... —Miró a la mujer que estaba confundida por su exabrupto y volvió a coger su mano besándola de nuevo. —Sí que es una pena. Una pena enorme. Me la llevaría. Y eso que no sé si está casada. —Le besó de nuevo la mano y la mujer soltó una risita sintiéndose muy halagada.

—¿Y por qué no te la llevas?

Finn la miró a los ojos. —¿Y si no quiere?

—Espera. —Miró a la mujer. —¿Cómo te llamas?

—Eva María Carrión González para servirla.

—Con Eva tiene suficiente de momento. ¿Estás soltera? —Miró a

Finnegan de reojo que esperaba impaciente.

—Sí. —Algo dudosa preguntó —¿Por qué?

—¿Tienes hijos? ¿Algo que te ate aquí?

—Tengo familia. Cinco hermanas. Y sobrinos por supuesto, pero yo no me he casado nunca.

¡Bien! Ya la tenía. —¿La tienda es tuya?

—Qué va, señorita. Es del de enfrente. No dije eso antes porque sino no me comprarías a mí y voy a comisión.

Sonrió a Finnegan antes de decir —¿Quieres acompañarme a Inglaterra?

Eva abrió sus ojos grises como platos. —¿Perdón?

—Tengo que ir acompañada de cuatro hombres y eso no es decente. Necesito carabina y si no quieres quedarte en Inglaterra como mi acompañante después, te pagaremos el viaje de vuelta. Mi padre tiene mucho dinero. Te pagará bien, te lo aseguro. Incluso si quieres quedarte, él te pondrá una tienda allí o aquí. ¿Qué me dices? ¿Vienes conmigo?

Eva miró a Finnegan y pudieron ver las dudas en su rostro. —¿Él también viene?

—Es el jefe. El dirige el grupo.

Se sonrojó con fuerza y Finnegan sonrió. —¿Qué te ha dicho? —preguntó entre dientes.

—Espera. Lo está pensando.

Ambos la miraron y Eva carraspeó. —Es una decisión muy importante.

Y tanto que era importante, porque antes de que terminara el viaje acabaría en la cama de Finnegan y eso lo sabían los tres. —¿Es un buen hombre?

—¿Qué dice?

—Que si eres un buen hombre —susurró sonriendo después a Eva.

—¡Claro que sí! ¡El mejor!

Eso no se lo podía decir y como no le conocía demasiado dijo —Es alguien en quien puedes confiar. Mi padre le ha confiado mi seguridad, así que imagínate hasta qué punto es de confianza.

Eva asintió. —Entiendo. ¿Y me pagarán el viaje de vuelta si no quiero quedarme? ¿No habrá problemas?

—Te lo garantizo. Si no estás cómoda puedes volver y con dinero además.

La mujer sonrió. —Muy bien. Es una aventura, ¿verdad? Nunca he viajado a ningún sitio.

Charlotte chilló ilusionada antes de abrazarla. —Gracias. —Miró a Finnegan sobre su hombro y levantó el pulgar. Finnegan sonrió de oreja a oreja.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Pregunta qué tiene que hacer.

—Dile que se viene ahora con nosotros. —Estaba claro que no quería darle opción a arrepentirse.

—No, Finnegan. Debe despedirse de su gente y recoger sus cosas. Mañana venimos a buscarla. —Finnegan gruñó porque no quería separarse de ella. —Sé razonable. No quiero asustarla.

—Muy bien.

—Mañana te pasamos a recoger a las cinco de la tarde, ¿te parece bien?

—¿Mañana? —Les miró dudosa. —¿Pero no necesitas carabina desde ya?

Anda, que quería irse ya con ellos. —¿No quieres despedirte o recoger tus cosas?

—¡Si vivo atrás! —Corrió a la trastienda dejándolos con la boca abierta.

—¿Viene? —preguntó Finnegan impaciente.

—Creo que ha ido a hacer la maleta —dijo asombrada—. Es decidida.

Finnegan sonrió encantado. —Esa es mi mujer. En cuanto entré, le eché el ojo.

—¿De verdad?

—El amor de verdad es así. ¡Te da de golpe!

Sin poder evitarlo miró hacia afuera y vio a Dalston caminando por la acera de un lado a otro. —¡Ah no, niña! ¡Ni se te ocurra!

—Ya hemos hablado de esto. —Levantó la barbilla. —No pensaba en eso. Parece impaciente, ¿verdad?

—Tendrá ganas de lavarse. —Soltó una carcajada. —Aunque ya se ha limpiado las manos, está que trina con el asunto. —Le observaron desde dentro y vieron cómo se miraba las manos exasperado. Se echaron a reír sin poder evitarlo.

—¡Ya estoy aquí! —dijo Eva acalorada llevando en la mano un maletín enorme y un bolso de viaje—. Ya lo tengo todo.

Finnegan se acercó de inmediato cogiendo su equipaje. —Así me gusta, una mujer eficiente.

Ella sonrió como si le hubiera entendido y alargó la mano para coger el sombrero del pájaro poniéndoselo en la cabeza. Finnegan encantado fue hasta

la puerta. En cuanto Eva se ató el lazo, cogió la bolsa con la que Finnegan había pagado la compra. Charlotte carraspeó.

—Me debe la paga.

—Ah... ¿Y eso no es mucho?

—Es en compensación por los gritos que he aguantado durante los últimos cinco años.

—Me parece bien.

Eva sonrió y salió de la tienda cogiendo uno de los paraguas nuevos. Charlotte no pudo dejar de reír y cuando salieron le dijo —¿No cierras?

—Ya no trabajo ahí. No es culpa mía que trabaje sola. Además, no debo llevarme la llave.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Dalston atónito mirando como Finnegan le daba el equipaje a los gemelos para que lo pusieran arriba, pero tenían miedo a que se cayera. Nadie le hizo ni caso mientras pensaban en el problema.

—Dentro hay dos baúles para el transporte —dijo Eva regresando a la tienda.

Charlotte les hizo un gesto a los gemelos. —Id a ayudarla a traer unos baúles.

—Mi mujer tiene unas ideas estupendas.

—¿Tu qué? —gritó Dalston—. ¿No pensarás llevártela?

—Necesito carabina. Hay mucho sinvergüenza suelto.

—¿Eso lo dices por mí?

Finnegan se echó a reír a carcajadas. —Como dice la niña, tienes la piel muy fina.

—¿Le has dicho eso? —siseó furioso. Se sonrojó dándole una respuesta—. ¡Esto es el colmo!

—Pero era sobre otro tema.

—¿Qué otro tema?

—Uy, no me acuerdo. ¿Nos vamos acomodando? Nos miran.

Él la cogió por el codo y casi la arrastró dentro del coche. —Por cierto Finnegan, debemos comprar un coche. Las damas no viajan a caballo.

Finnegan la miró asombrado. —¿Y éste?

—Éste no es nuestro. Debemos devolverlo. —Se sentó como una dama y sonrió. —A padre no le gustaría que nos lo quedáramos. Pobre hombre. Es su sustento.

El hombre se sonrió. —Sí, por supuesto. —Miró de reojo a Dalston que

levantó las cejas. —Buscaremos otro. Milord encárgate.

—Como no. Los carruajes son caros.

—Como sigamos así, no tendremos dinero para acabar el viaje.

Ella jadeó desde el carro. —¿De verdad? ¿He gastado mucho?

—No, niña. Es éste de sangre azul, que me exprime pensando que fabrico el dinero.

—Yo no quiero el carruaje. ¡Tengo mi caballo!

—Que poco piensas en los demás. Las mujeres necesitan un transporte en condiciones. —Le dio una bolsa. —Después de llegar a la posada, devuelves éste y compras uno.

—¿Yo solo?

—Estoy ocupado.

Eva salió en ese momento y sonrió yendo hacia ella mostrando que se había enamorado. La cogió del brazo delicadamente y sonriendo como un bobo la llevó hasta la puerta para ayudarla a subir. Dalston no salía de su asombro. —Increíble. Si lo cuento, me pegan un tiro por mentiroso.

—O te rompen las piernas —siseó Finnegan—. ¡Sube al coche de caballos!

Dalston rodeó el coche y Charlotte vio que estaba realmente furioso. Se sentó a su lado de malos modos y ni la miró. Eva sonrió. —Este viaje va a ser muy entretenido.

—¿No me diga? —dijo él en español con mala leche.

Eva se sonrojó y ella le hizo un gesto para que no le diera importancia. —No ocurre nada, Eva. Es que está molesto porque ahora no puede intentar besarme cuando quiera.

La miró asombrado. —Te recuerdo que fuiste tú quien casi me besa. Lo estabas deseando. ¡Y no pasó nada!

Era una pena, la verdad. ¿Ahora tenía que hacerse la ofendida? —¡Yo no te iba a besar!

—¡Claro que sí!

—Bueno, pues ahora estoy yo para que eso no pase —dijo Eva cortando la discusión.

Miró por la ventanilla y sonrió a Finnegan que gritó a sus hombres — ¡Moved el culo! ¡Mi mujer espera!

Eva sonrió. —Es un hombre de carácter. ¿Qué ha dicho?

—Que la noche se acerca. Que se apuraran.

—Sí, tenemos que acomodarnos.

Dalston la miró como si tuviera cuatro cabezas y le dijo en inglés —Serás mentirosa.

—Lo hago por su bien. —Se acercó en confidencia. —Para que no se asuste. —Gruñó alejándose de ella y Charlotte se enderezó molesta. —Qué mal carácter tienes.

—¿Yo tengo mal carácter, preciosa? Entonces es que no has visto nada. Ya verás, ya...

Le fulminó con sus preciosos ojos verdes. —¿Qué quieres decir?

Dalston se acomodó desviando la mirada. —Nada. Aún te queda mucho por vivir y mucho por ver.

—¡Cómo a todo el mundo!

—¡Pues eso!

Finnegan se subió al coche y miró a Eva con adoración. Charlotte sonrió sin poder evitarlo y Dalston gruñó cruzándose de brazos. —He decidido cambiar los planes dadas las circunstancias —dijo Finnegan emocionado—. Nos vamos a un hotel.

—¿A un hotel? ¿Eso no es muy caro?

—Gracias a Dios —dijo Dalston.

—No te preocupes por el dinero, niña. Mañana sacaré más del banco. Tu

padre no quiere que te falte de nada.

Charlotte le explicó a Eva —Vamos a un hotel.

—¿A un hotel? —Maravillada miró a Finnegan. —Nunca he estado en un hotel.

—¿Qué ha dicho?

—Que nunca ha estado en un hotel.

—Esta relación es perfecta —dijo Dalston irónico—. Ni se entienden.

—¡Hay cosas más importantes que el idioma! Y se entienden con una mirada.

—¿Tú crees?

Les miraron y Eva iba a decirle algo a Finnegan, pero forzó una sonrisa y al final no dijo palabra. Para qué.

Charlotte carraspeó. —Bueno, ya se entenderán.

Dalston suspiró y refunfuñó algo por debajo.

—¿Qué?

—Nada. No se me ocurriría discutir con una mujer. Siempre queréis tener razón.

—Sabelotodo.

Él levantó una ceja. —Charlotte, hermosa. ¿Quieres discutir?

Se sonrojó porque no podía evitarlo. Tenía algo dentro que no sabía explicar. —¿Yo?

—Te veo algo inquieta.

—Es que le han ocurrido muchas cosas en unas horas —dijo Finnegan comprensivo—. Es lógico que lo esté asimilando.

Charlotte parpadeó. ¿Sería eso? Sí, eso debía ser porque desde que Dalston había entrado en su vida, había cambiado totalmente. Apretó sus manos y las miró confundida. Al ver los guantes de encaje blanco lo entendió. Le había molestado que no dijera nada sobre su nuevo aspecto. Sí, seguro que era eso. Pero ella no necesitaba su aprobación. Levantó la barbilla orgullosa. Vaya que no. Era un jugador irresponsable al que su padre no podía ni ver. Que hubieran estado a punto de besarse no significaba nada. Había sido un momento de intimidad y era muy atractivo. Es lógico que una mujer inexperta como ella, pudiera caer en las garras de un hombre como él. Le miró como si fuera el diablo y Dalston puso los ojos en blanco exasperado. Sí, era peligroso con ese pelo rubio despeinado y esos hermosos ojos castaños, que se oscurecían cuando la miraba. Debía tener cuidado con él porque cuando le sonreía, sentía que quería estar a su lado para siempre. Deseaba que la tocara y la posibilidad de que esos labios besaran los suyos, la

estaba volviendo loca. Sí, estaba claro que él era el culpable de cómo se sentía. Toda la culpa era suya. Con alejarse de él todo lo posible asunto arreglado.

Sonrió satisfecha con su análisis y Eva correspondió a su sonrisa. —Al parecer ya hemos llegado. —El carruaje se había detenido y las dos miraron hacia la ventanilla impacientes. —Dios mío. El gran Hotel Madrid.

Ambas se miraron de nuevo antes de echarse a reír emocionadas. Finnegan y Dalston no pudieron evitar sonreír y bajaron del carruaje mientras un lacayo vestido con una librea negra con hombros dorados les abría a ellas y las ayudaba a descender del coche de caballos. —Bienvenidas al gran Hotel. ¿Ese es su equipaje?

—Sí, ¿Dalston? —Como una señora subió los tres escalones de mármol para que otro lacayo le abriera la puerta. Dalston levantó una ceja. —Encárguese del equipaje.

—¿Ha dicho encárguese? ¡No soy su mayordomo!

Finnegan reprimió la risa. —Y después encárgate del coche de caballos. Te vemos en la cena.

—¡Joder! —espetó en español.

Una mujer que pasó a su lado, jadeó dando un saltito. —¡Grosero!

—¡Señora, no era a usted! ¡Ni se me ocurriría pensar en eso mirando esa cara! —Sorprendiéndole le arreó con la sombrilla dos veces mientras Finnegan se reía. El lacayo la apartó. —¡Qué les pasa a las mujeres en esta ciudad! ¡Están locas!

Furioso fue hasta el coche de caballos y se subió con agilidad. —Debe ser el calor que las altera —dijo Finnegan divertido.

—No me esperéis para cenar —siseó antes de agitar las riendas—. Necesito un respiro.

—De eso estoy seguro. —Los irlandeses tras él se acercaron en cuanto les hizo un gesto. —Seguidle. No quiero líos y va en busca de ellos. Que no os vea.

—Sí, jefe.

Su habitación era tan impresionante como la de una reina y aunque estaba acostumbrada a la casa de la duquesa, que aquello estuviera para su disfrute, era emocionante. Eva ordenó a los lacayos que dejaran el equipaje en la habitación y una doncella quiso abrir uno de los baúles. —No. No deshagas el equipaje.

—Pero sus vestidos se arrugarán.

—Saldremos mañana. —Miró a Charlotte. —¿Verdad?

Se encogió de hombros mirando por la ventana. —Supongo que sí. O puede que no. Todo va cambiando a cada minuto.

Eva le hizo un gesto a la doncella para que las dejara solas y se acercó a ella. —¿Ocurre algo, niña?

—Mira esto, Eva. Estamos en la cima del mundo. —Ambas miraron por la ventana. —Esta mañana mi señor estaba intentando propasarse ante sus amigotes y ahora estoy en la habitación que ocuparía un rey, camino de Inglaterra. Mi vida ha cambiado totalmente.

Eva sonrió. —Y no solo la tuya. Jamás creí que pudiera dormir en una habitación así. Ni conocer a Finnegan.

Volvió la cabeza para mirarla. —¿Te agrada?

—Sí, mucho.

—Me alegro. Quiero que estés a gusto.

—Me he dado cuenta... —Charlotte la miró a los ojos. —Ese hombre, el que habla mi idioma...

—Lord Hanford.

—Ese. ¿Te agrada a ti?

—No. —Se puso como un tomate y Eva asintió. —No me agrada ni me tiene que agradar. Trabaja para mi padre y es un jugador. No es apropiado.

—Entiendo. ¿Pero te agrada?

Su mirada chispeante la hizo sonreír. —Es muy atractivo.

—Eso es decir poco, niña. Cualquier mujer estaría encantada de recibir, aunque solo sea una mirada suya, ya no digamos una sonrisa. —Se alejó para ir hacia el baúl. —Mejor desempaco y coloco bien las cosas. Seguro que ellos ni se han preocupado al meterlas en el baúl.

Charlotte entrecerró los ojos pensando en lo que le había dicho. ¡Y no le gustaba nada! Así que cualquier mujer, ¿eh? Pues ella no y como se enterara de que flirteaba con otras, se iba a enfadar. Se iba a enfadar mucho. Se cruzó de brazos molesta mirando la ciudad. Estaba bien que mantuviera las distancias con él, pero así no sabía cómo iba a vigilarle.

Durante la cena se pasó dos horas observando como Finnegan se camelaba a Eva, que por otro lado estaba totalmente entregada. Mientras comía aquellos exquisitos manjares, se dio cuenta que todo era una técnica de seducción dirigida a su nueva dama de compañía, que soltaba risitas tontas cada cinco segundos. El colmo fue cuando apareció un violinista al lado de su mesa y Finnegan le hizo un gesto para que le tocara a la que ya llamaba su mujer.

—Oh, qué bonito —dijo ella sonrojada como una adolescente.

Charlotte gruñó por dentro, pero no quería fastidiarla, así que forzó una sonrisa. —¿Y dónde están los demás?

—Ya te lo he dicho, niña —dijo Finnegan sorprendido—. Encargándose del nuevo transporte.

—Oh... ¿Y no tardan mucho?

Él rió por lo bajo. —Igual se han detenido para cenar algo.

Charlotte entrecerró los ojos porque no se creyó una palabra. Se mantuvo callada el resto de la velada deseando que alguien le arrebatara el violín a aquel idiota y se lo partiera en la cabeza. Deseaba sangre y estaba a punto de estrangularle ella misma. Le miró con rabia mientras se alejaba al fin y se levantó de golpe. —Bueno, yo me voy a retirar.

Eva la miró decepcionada. —¿Ya? ¿Con lo bien que lo estamos pasando?

—No puedes irte ya —dijo Finnegan indicándole con la mirada que se sentara. Y eso que lo había dicho en español. Era obvio que ninguno quería terminar la noche.

Miró a su alrededor y vio que el restaurante estaba casi vacío. —Somos casi los últimos y... —Intentó encontrar una solución y sonrió. —¿Por qué no te la llevas al casino a bailar, Finnegan?

—¿Sin ti? ¡No me entiende!

—Bailando se entiende cualquiera. —Miró a Eva. —Te va a llevar a bailar al casino.

—¿De verdad? —Emocionada cogió la mano de Finnegan sobre la mesa y él la miró embobado asintiendo. —Sí, sí.

—Eso lo he entendido —dijo él levantándose, pero de repente pareció preocupado—. Aunque no deberíamos dejarte sola...

—Tonterías. He estado sola dieciocho años y me he arreglado bastante bien. Disfrutad de la noche. —Se volvió para ir a la puerta del comedor diciendo para sí —Vosotros que podéis.

Subiendo las escaleras hacia su habitación, sujetándose los bajos del vestido después de despedirse de ellos en la puerta principal, vio por el rabillo del ojo que alguien entraba en el hotel riendo. Miró hacia allí en un acto reflejo y vio entrar a los chicos riendo y bromeando. Se volvió asombrada al ver que Dalston tenía un ojo hinchado y parecía que estaba borracho. Bajó los escalones bufando y cuando llegó al hall, él sonrió como un estúpido. —Pero si está aquí la heredera del imperio Sterling. —Hizo una estúpida reverencia y casi se cae al suelo haciendo reír a los gemelos, que también estaban ebrios.

Les fulminó con la mirada. —Con vosotros ya hablaré después. —Perdieron la sonrisa de golpe, pero ella ni se dio cuenta señalando a Dalston

con el dedo. —¿Estás borracho?

—Un poco, preciosa. Necesitaba relajarme. He encontrado un sitio...

Un aroma llegó hasta su naricilla y asombrada olfateó sobre su chaqueta. ¡Era perfume de mujer! Y para impregnarse en su ropa, es que se había sentado sobre él. ¡O algo peor!

Roja de rabia se acercó al mostrador de la recepción. —Necesito dos habitaciones más.

—Lo siento, señorita Sterling... pero solo nos queda una en el primer piso —dijo el hombre observándoles. Era obvio que se había enterado de todo.

—¿Cómo que una? ¡Cuando llegamos, le dijimos que queríamos cinco habitaciones!

—Sí, pero el señor Finnegan dijo que con cuatro se apañaban. —Se acercó sobre el mostrador. —Pidió que la suya y la de la señorita que la acompaña, fueran comunicadas y tres habitaciones más. Eso fue lo que pidió y eso fue lo que reservamos.

¡Le iba a matar! ¿Y ahora qué iba a hacer con ellos? Miró a los chicos que bromeaban de estupideces. —¿Puedo sugerirle algo, señorita?

—Diga hombre, no tengo toda la noche.

—Su habitación es la suite Real. Puede que no lo haya visto, pero a través de su habitación hay una puerta que da a la habitación de la Reina. —El hombre sonrió. —Si la señorita Carrión se muda a esa habitación, ya disponen de la habitación restante.

Ella entrecerró los ojos. —Perfecto.

Sí, sería perfecto si pudiera hablar con Eva, pero no tenía ni idea de a la hora en que iban a llegar y ella llevaba despierta desde las cinco de la mañana. ¡Estaba molida! Y cabreada. Estiró la mano y el hombre le entregó la llave de los gemelos. —Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Sterling.

Se acercó a los hombres y siseó —Seguidme.

—Por supuesto —dijo él con burla.

Subió las escaleras y miró el número de la habitación de los chicos, que estaba en su planta. En cuanto abrió la puerta, gimió al ver que solo tenía una cama grande y los gemelos eran enormes. Hasta allí estarían apretados.

—Vosotros dos aquí —dijo sin remordimientos porque ella durmiera en la cama de un rey. Estaba demasiado furiosa para ello.

—¿Y él? —preguntaron los dos a la vez.

—Él en otra habitación —siseó apretando los puños—. ¿Entráis o no?

Los gemelos entraron en la habitación a toda prisa y ella cerró la puerta. Dalston sonrió. —Preciosa, ¿sabes que el verde es tu color? Te quedará estupendamente el collar que te compré.

—No me hables. —Caminó por el pasillo a toda prisa cuando pensó en lo que él había dicho. Se volvió de golpe. —¿Me has comprado un collar?

—Ay... que lo he perdido en una partida de cartas. Pero te hubiera quedado muy bien.

¡Se lo cargaba! Se giró lentamente pensando en ahogarle con la almohada y llegó a su puerta. —¿Voy a dormir aquí? —preguntó divertido—. Vaya, Sterling es generoso.

—¡Es mi habitación, imbécil!

—Oh, entiendo. —Le guiñó un ojo y Charlotte a punto estuvo de dejárselo morado como el de al lado.

Le agarró de la oreja y Dalston gimió cuando tiró de él hasta su habitación. —Charlotte, que me la arrancas.

—Te arrancaría la lengua, pero esto lo tengo más a mano. —Miró la habitación y suspiró del alivio al ver la puerta oculta. No la había visto antes porque tenía el mismo empapelado en la pared. Tiró de él hasta allí y le empujó dentro. —¡Tú dormirás ahí y como se te ocurra molestarme para

algo, te juro que mañana hago que te maten! Eso si llegas a mañana, que contenta me tienes. —Cerró de un portazo mientras él la miraba con asombro.

Con el corazón alterado se sentó en la cama escuchando atentamente lo que ocurría en la habitación de al lado. Estiró el cuello porque no oía nada y la curiosidad pudo con ella acercándose a la puerta para pegar la oreja. Se mordió su grueso labio inferior y escuchó un roce en la puerta. Se apartó de golpe y nerviosa miró hacia allí. ¡Estaba al otro lado! Esperó varios segundos y se volvió a acercar, pero ya no escuchó nada. ¿Se habría acostado? Bien. Eso era lo mejor.

Caminó hasta el espejo y llevó las manos hacia su pecho sin preocuparse por su imagen, sino por lo que tenía detrás. Palpó su pecho distraída mirando la puerta a través del espejo y volvió a palpar buscando los botones. Como no los encontraba, gruñó bajando la vista hasta su pecho, cuando se dio cuenta que el vestido se cerraba por detrás. Gimió de la rabia llevando las manos a la espalda. No llegaría. Y además tenía el maldito corsé. Se giró hacia la puerta y tomando aire fue hasta allí levantando el puño, que se quedó a unos centímetros de la puerta. Como se intentara propasar... Miró a su alrededor y vio un abrecartas sobre el escritorio. Lo cogió regresando a la puerta y más tranquila llamó.

Se abrió sobresaltándola y le vio ante ella únicamente con los pantalones puestos. Se le secó la boca mirando su torso cubierto de un ligero vello que bajaba desde sus pectorales hasta su ombligo. Él sonrió apoyando el antebrazo en la puerta. —¿Sí, preciosa? ¿Ocurre algo?

Atontada levantó la vista hasta sus ojos. —¿Qué? —Bueno, solo hasta uno que era el que podía abrir.

—Charlotte... —Se tensó mirando sus ojos verdes y carraspeó enderezándose. —¿Querías algo?

—Sí —susurró bajando la vista por su cuello hasta sus pezones que se endurecieron con fuerza. Le faltó la respiración al sentir que a ella le ocurría lo mismo.

—¿Y qué querías? —Dio un paso hacia ella y eso la hizo reaccionar poniéndole el abrecartas bajo la barbilla.

—Eso no.

—Ya veo. —Carraspeó incómodo moviéndose sobre un pie y sobre el otro. Ella miró hacia abajo y abrió los ojos como platos al notar su excitación a través de los pantalones. —¿Y qué querías?

Se le secó la garganta viendo la dureza a través de la fina tela del pantalón negro que llevaba y ni se dio cuenta de que él cogía su muñeca con suavidad,

apartando la mano con el abrecartas, gimiendo de deseo antes de cogerla por la cintura pegándola a él y atrapando sus labios. Charlotte abrió los ojos como platos al sentir sus caricias y más aún cuando su lengua entró en su boca saboreándola. Dejó caer el abrecartas por todo lo que su cuerpo experimentaba y él apartó su boca con la respiración agitada. —Sabes a miel.

—¿Qué? —preguntó confundida antes de que la besara de nuevo. Con la mente nublada de placer, acarició la lengua de Dalston que gruñó elevándola y sin darse cuenta rodeó con sus piernas sus caderas mientras acariciaba su paladar. Sabía a coñac y se embriagó de él hasta no saber lo que ocurría a su alrededor. Llevó las manos a su cuello y le acarició necesitando tocarle.

Él se apartó de golpe dejándola caer sobre la cama y sonrió malicioso. — ¿Así que no querías besarme? ¿Y qué querías?

Rabiosa porque se había burlado de ella se volvió. —¿Me desabrochas? Eva no está.

Dalston miró su espalda poniendo los brazos en jarras. —No quisiera que Jack me sacara los ojos por tocarte un solo cabello, hermosa.

—¡Me acabas de tocar más de un cabello! ¡Desátame ya! ¡No podré dormir así!

Él rió por lo bajo. —¿Y qué dirá Eva cuando se entere? No, no. Que luego vienen los problemas. —Fue hasta la puerta. —Que tengas dulces

sueños.

—¡Estarás de broma!

—¿Y qué le íbamos a decir a Eva cuando se diera cuenta que te has quitado el vestido? ¿Qué lo has hecho tú? No, no. No se lo creería. Lo mejor es que te quedes así para que a mí no me despellejen vivo. Además, duermo en la habitación de al lado. Será mejor que te quedes vestida para la tranquilidad de todos.

Sin poder creérselo vio como entraba en su habitación y le lanzaba un beso. —Por cierto... No besas muy bien —dijo sonrojándola—. Deberías practicar más o tu marido se llevará un chasco. Puede que tengas mucho dinero, pero si una mujer besa mal... eso ya no tiene arreglo. Buenas noches.

Cuando cerró la puerta se quedó allí sentada mirando la pared. ¿Besaba mal? Dios mío, qué horror. Eso era un desastre. La verdad es que nunca había pensado en ello porque no había practicado, pero él era un hombre experimentado y si le decía que besaba mal, para encima dejarla a medio seducir, es que debía hacerlo desastrosamente mal y no quería continuar. ¡Y eso que antes de besarse estaba de lo más excitado!

Aquello era horrible. Gimió dejándose caer en la cama. Bueno, era un problema que podía solucionar. Aprendería lo que hiciera falta para que su marido no perdiera el interés. Vaya si lo haría. Suspiró girándose y agarrando

uno de los mullidos almohadones.

Puede que ella lo hiciera mal, pero Dalston lo hacía maravillosamente. Se sentó de golpe. Él podía darle clases. Si se podía aprender a caminar, a hablar y a todo lo demás, también se podía aprender a besar. Se sonrojó solo de pensarlo. Aunque él no querría enseñarla, pensó desilusionada. Si no había querido continuar, tampoco querría enseñarla a besar. Mejor se buscaba a otro que la enseñara. Decepcionada se tumbó de nuevo posando la cabeza en la almohada. Sabía que no era el hombre adecuado para interesarse por él, era un jugador y a su padre no le agradaba, pero él sí que besaba increíblemente bien y ni se quería imaginar cómo debía ser de amante.

Capítulo 5

Se giró en la cama suspirando y al ver la luz que se filtraba por la ventana, cerró los ojos gimiendo mientras abrazaba la almohada. Al sentir un rizo en su mejilla lo apartó malhumorada, cuando vio su brazo desnudo.

Asombrada se sentó en la cama para verse únicamente con la ropa interior puesta y las medias. No tenía ni los botines que ella no se había quitado. Parpadeó al ver el vestido estirado en una silla y los botines en el suelo uno al lado del otro. ¿Quién la había desvestido sin enterarse?

Eva entró en la habitación con una enorme bandeja. —Buenos días, niña. Al fin te despiertas. Ya he venido dos veces y ni te has dado cuenta. Debías estar agotada.

Después de estar media noche pensando que besaba mal y en cómo solucionarlo. Intentó olvidarlo y sonrió. —Buenos días.

—Menos mal que llamaste a una doncella para que te ayudara a desvestirte. Me di cuenta cuando me estaba desvistiendo yo —dijo arrepentida—. Lo siento, debía haberte acompañado... —Pálida se la quedó mirando. —Niña, ¿estás bien?

—Oh sí, muy bien —contestó mirando de reojo la habitación de Dalston. La había desvestido él. ¡Estaba segura porque no había nadie más! ¡O él o ella, y Eva no había sido!

—Desayuna que los hombres nos esperan para partir.

—¿Están abajo?

—Sí, al parecer tenemos que hacer una visita antes de irnos. Eso me ha dicho Lord Hanford. A unos tal Esteban.

Aliviada porque no comentaba nada sobre donde había dormido Dalston, cogió un panecillo untándolo con mantequilla y mermelada. Estaba buenísimo. Comió rápido tomando su leche caliente porque no quería hacerles esperar. Eva colocó el vestido amarillo sobre la cama al lado del corsé. Se sonrojó sin poder evitarlo. Rayos, y se lo había perdido. Pensó en ello y sonrió como una tonta porque era obvio que se había arrepentido de dejarla dormir vestida. En el fondo tenía un corazoncito.

Se vistió lo más rápidamente que pudo y Eva le sujetó la melena en un recogido en la nuca. —Es una pena que no tenga tenacillas. Te dejaría más preciosa de lo que ya eres.

—Déjalo así, está bien.

Se levantó impaciente y el lacayo que esperaba en el pasillo, entró en la

habitación para coger los baúles. Al llegar al hall se encontró con los gemelos que se colocaron cada uno a un lado como si quisieran protegerla. Les miró asombrada. —¿Ocurre algo?

—El jefe ha dicho que no nos separemos de usted, señorita —dijo Irwin sonriendo.

—Ah. —Dio un paso y ellos dieron un paso.

Divertida caminó en círculo y ellos gruñeron. —Muy graciosa, señorita.

Rió a carcajadas saliendo del hotel mientras Eva les observaba con una sonrisa en la cara y al llegar al exterior ambas se detuvieron al ver a Finnegan y a Dalston ante un carruaje digno de una reina. Ella ni se fijó en el coche, sino que clavó sus ojos en los de Dalston, que extendió la mano mirándola muy serio. Sin decir nada caminó hasta él y cogió su mano para subir al coche mientras Eva hacía lo mismo con Finnegan.

Se apretó la mano que aún le hormigueaba por su contacto y le miró a través de la ventanilla. Estaba muy atractivo esa mañana. Se había cambiado la camisa y sus pantalones eran beige. Sus botas brillaban impecables y suspiró cuando se dio la vuelta mostrando la parte posterior de sus poderosos muslos. Entonces se dio cuenta que ese día llevaba una chaqueta azul en lugar del guardapolvos. Claro, iban a viajar con ellas en lugar de a caballo y se había vestido más elegante. Suspiró porque estaba guapísimo.

Vio como colocaban las alforjas sobre el coche, seguramente para librar a los caballos de su peso durante el camino. Entonces recordó que se iban a Inglaterra, pero antes harían una parada. Cuando Dalston se sentó a su lado cómodamente porque el coche era mucho más grande, ella preguntó —¿Así que sabes dónde viven?

—No fue difícil averiguarlo. Solo tuve que ir a un club de caballeros. A ese Miguel Esteban le conocen todos. Debe dinero a medio Madrid.

Jadeó asombrada. —¡Si cobró una fortuna por los caballos y la ganadería! ¡Eso por no hablar de las tierras!

—Le da a la botella y no tiene mano con las cartas —respondió mientras Finnegan se sentaba ante él—. ¿Les has dicho hacia donde tenemos que ir?

—Sí, tranquilo.

Charlotte miraba a Dalston dándole vueltas a lo que acababa de decir y apretó los labios pensando que él era igual. ¿Acaso no había perdido con las cartas el collar que decía haberle comprado? ¿Y con qué dinero lo había comprado si estaba sin blanca? Con el de su padre seguramente. Dejó salir el aire que estaba conteniendo y se miró las manos. Finnegan frunció el ceño observándola. —¿Todo bien, niña?

—Sí, por supuesto. —Forzó una sonrisa. —Todo perfecto.

Finnegan asintió y Eva le miró de reojo cogiendo su mano. Él se giró para mirar a su mujer y Charlotte pudo ver en sus ojos azules que estaba enamorado.

—¿Qué tal anoche? ¿Lo pasasteis bien? —preguntó en español.

Los ojos de Eva brillaron. —Fue maravilloso. Le he enseñado un par de palabras en español y él a mí en inglés.

—¿Como cuáles? —preguntó Dalston divertido. Se sonrojó intensamente y él se echó a reír a carcajadas. Charlotte se dio cuenta que debían ser palabras de amantes y le dio un codazo a Dalston, que seguía riendo.

—¿De qué se ríe? —preguntó Finnegan mosqueado.

—De nada. Eva le ha dicho que os estáis enseñando palabras el uno al otro.

Finnegan se sonrojó haciendo reír aún más a Dalston. —Milord, no se ría tanto. Puede rompersele una costilla. Ya sabes lo que duele.

Dalston gruñó perdiendo la sonrisa de golpe. Charlotte preguntó sin poder evitarlo —¿Te rompiste una costilla?

—Más de una.

—Oh, dicen que duele mucho, ¿verdad? ¿Cómo fue? ¿Te caíste del caballo? —preguntó preocupada.

Él la miró a los ojos y vio su verdadero interés. —Duele mucho. Me caí por las escaleras.

Charlotte apretó los labios sin preguntar más. Seguro que iba borracho y se había caído.

Finnegan rió por lo bajo. —Y no solo se rompió las costillas. También se rompió las piernas.

Ella jadeó llevándose la mano al pecho. —Dios mío. —Miró a Dalston con rabia. —¡Podías haberte quedado cojo! ¡Debes tener más cuidado cuando bebes!

—Sí, Hanford. Deberías tener más cuidado cuando bebes. Puedes dar un paso en falso y sería fatal.

La advertencia quedó clara y el conde asintió apretando las mandíbulas con rabia.

Charlotte se dio cuenta de que no era apropiado para ella en absoluto. ¿Cómo iba a casarse con un hombre que se emborrachaba y podía quedársele tonto de la caída? Y todo por su mala cabeza. Y no es que hubiera pensado en casarse con él, no. Pero ahora ya no existía esa posibilidad. Además, él no quería ni besarla porque lo hacía mal. Otra cosa que tenía que arreglar. ¿A quién podía pedirle que la enseñara? Los gemelos estaban descartados y Finnegan obviamente también. De momento no tenía más opciones hasta que

llegara a Londres.

El carruaje se detuvo en seguida y Dalston les dijo —Vosotros esperad aquí. Iremos solos.

Bajó del carruaje, aunque cuando extendió la mano hacia Charlotte, Finnegan les dijo —Que los chicos vayan con vosotros. Por si hay problemas.

—No va a haber problemas —dijo ella dulcemente—. ¿Qué problemas va a haber con la señora Julie?

Finnegan asintió. —Si estás tan segura...

—Lo estoy.

Bajó del coche y Dalston no le soltó la mano tirando de ella hacia un enorme portal. —Es en el tercer piso —dijo él yendo hacia las escaleras.

Una mujer estaba fregándolas de rodillas y se incorporó. —Disculpen, ¿a dónde van?

—A casa de los señores Esteban —dijo él sin volverse.

—Se han ido.

Dalston se detuvo en seco y miró a la mujer. —¿Cómo que se han ido?

—A Cádiz. Se fueron ayer mismo por la noche. Al parecer tenían a un pariente enfermo.

Charlotte negó con la cabeza. —Miguel no movería un dedo por ninguno de sus parientes de allí. Y aún menos la señora Julie. Está mintiendo, Dalston.

Él se volvió y continuó subiendo las escaleras. —¡No pueden subir! —La mujer se levantó con esfuerzo y empezó a subir las escaleras tras ellos. —¡No pueden recibir visitas! Están enfermos.

—Sí, enfermos de deudas —dijo Dalston llegando a la puerta y golpeando con el puño. La mujer se acercó nerviosa—. Por favor, váyanse. Si el señorito se entera de que le he dejado pasar...

—¿La ha pegado? —preguntó ella asombrada. La mujer se sonrojó mientras Dalston volvía a golpear la puerta con fuerza.

—¿Quién es?

—Vaya abajo y dígales a los hombres del carruaje que suban —dijo Dalston furioso antes de contestar a la voz de hombre del otro lado de la puerta —¡Vengo de parte de Jack Sterling! ¡Abre de una vez!

—¿De quién?

—¡No abras, Miguel!

Charlotte le susurró —Esa es la señora.

—Ya te he dicho que no la llames así. —Volvió a golpear. —¡Abrid la puerta! ¡Tenemos que haceros unas preguntas!

—No tengo nada que decir —dijo su señora asustada—. ¡Váyanse!

—¡No nos vamos a ir sin respuestas! ¡Abre, mujer!

—No van a abrir —dijo ella defraudada—. ¡Señora, abra la puerta!

—¿Carlota? —Parecía asombrada. —¡Vete! ¡Vete! ¡No tengo nada que decirte! ¡Por tu culpa lo perdí todo!

—¿Qué ocurre?

Se volvieron para ver a todos los demás tras él. Incluso Eva estaba tras Finnegan con un paraguas en la mano. Y como hacía un sol radiante, era obvio que lo había llevado para defenderse.

—Tirad la puerta abajo —dijo Dalston furioso.

—Sí, jefe.

Dalston la apartó, pero ella gritó mientras Irwin se acercaba —¡Abran o la van a tirar abajo!

Esperaron unos segundos, pero no se escuchó nada. Finnegan les hizo un gesto a los chicos e Irwin se colocó de lado, doblando el brazo y cargando contra la puerta que tembló con fuerza. Escucharon gritos dentro, pero Irwin siguió golpeando la puerta hasta que oyeron un disparo. Charlotte gritó y Dalston la apartó hacia la pared colocándola tras él.

—Irwin, ¿te ha dado? —Finnegan sacó su pistola.

—No, jefe. Estoy bien.

Charlotte asustada se aferró a la chaqueta de Dalston, que también sacó su arma. —¡Apártate Irwin, te van a matar!

Owen rugió pegando una patada a la puerta que la abrió de golpe y todos gritaron cubriéndose cuando escucharon dos disparos más.

—¡Están locos! —gritó Eva corriendo escaleras abajo para cubrirse.

—¡No te muevas de ahí! —le dijo Charlotte pálida por el recibimiento.

Dalston la empujó contra la pared y le dijo —No te muevas, preciosa.

—¡No vayas! —Asustada vio que levantaba el arma y se acercaba a la puerta. Un disparo le detuvo pegando la espalda a la pared.

—¡Fuera de mi casa!

Los chicos y Finnegan estaban en el tramo de escaleras que subía al otro piso mientras que ellos estaban al otro lado de la puerta cubiertos por la pared del rellano. Dalston hizo un gesto a Finnegan y los dos sacaron los brazos disparando al interior de la casa.

Su señora gritó desde dentro y ambos entraron en el piso mientras los chicos iban detrás también armados. Asustada por ellos, asomó la cabeza y vio que Dalston se tiraba sobre alguien que cayó al suelo, a la vez que Finnegan entraba en una habitación y escuchaba el chillido de una mujer.

Suspiró del alivio entrando tras los hombres de su padre y sonrió cuando vio como Dalston levantaba al señorito Miguel sujetándole por las solapas del traje.

—Ahora me vas a explicar por qué no has querido charlar con nosotros. Lo tiró por los aires metiéndolo en el salón y cayó sobre el sofá, que volcó hacia atrás con su peso. Ella entró en la estancia tras ellos y vio a su señora sujeta por los brazos de Irwin. —Buenos días, señora.

—Ya veo que te han encontrado.

—Sí. Me han encontrado. —Cogió una de las sillas del comedor y se sentó sobre ella como toda una dama, mientras Eva aún con el paraguas en la mano se colocaba tras su señora como queriendo protegerle la espalda.

—Ahora vais a empezar a hablar —dijo Dalston cogiendo del suelo a Miguel y colocándolo al lado de su madre. Owen se encargó de agarrarle para que no se moviera y Dalston los miró a los dos—. ¿Por qué ocultaste a Jack Sterling que tenía una hija?

Julie sonrió maliciosa. —Era un seguro.

—¿Un seguro para qué?

—Para que no me pasara nada.

Charlotte no entendía de lo que hablaba. —¿Y por qué iba a pasarte nada?

La miró con desprecio. —¡Porque en cuanto tu padre se enterara de lo que hicimos, nos mataría a todas!

—Cuando dices que hicisteis... ¿a quién te refieres? ¿A mi madre?

Levantó la barbilla. —No pienso decir nada. Ya he dicho demasiado. —
Miró de reojo a Finnegan que se mantenía en silencio.

—¿Por qué querías que Charlotte viviera en tu casa? —preguntó Dalston perdiendo la paciencia—. ¿Por qué Monique se mantuvo enclaustrada sin pedirle ayuda a su marido?

Julie se echó a reír y ella la miró asombrada porque parecía que se burlaba de ellos. Y con las caras que tenían, había que tener mucho valor.

Finnegan la cogió por el cuello elevándola y pálida sujetó su muñeca perdiendo el resuello. —No me provoques, zorra. Veo que me conoces y sabes que no tengo paciencia.

La soltó y Julie tosió cayendo de rodillas al suelo. —¡Huía de él! ¡Huía de Sterling! —Charlotte jadeó llevándose una mano a la boca. —¡Por supuesto que huía de él! ¡Sabía que nos mataría si ella hablaba!

—¿Si ella hablaba? ¿Quién?

—Eso no lo voy a decir. —Pálida negó con la cabeza. —Si se entera de que lo he dicho, sí que estoy muerta. ¡Me hizo jurar que no volvería a hablar

de ello!

Finnegan la cogió por los cabellos levantándola hasta ponerla ante su cara. —Si no nos lo cuentas todo con pelos y señales, seré yo mismo quien te destripe ante tu hijo. ¡Habla de una vez!

Muerta de miedo susurró —Por favor... me va a matar.

Finnegan alargó la mano y Owen le puso un cuchillo sobre la palma. Asustada vio como lo acercaba hasta su ojo y lloriqueó. —Por favor...

—¡Basta! —gritó Charlotte furiosa levantándose de la silla—. ¡Finnegan, he dicho basta!

—A mí me ordena tu padre, niña.

Ella le sujetó la muñeca y se retaron con la mirada. —He dicho que la dejes.

El hombre apretó los labios soltando a su señora, que cayó al suelo de rodillas llorando desconsolada.

Charlotte se puso ante ella con los brazos en jarras. —Aún eres joven y hermosa para encontrar otro marido. —Julie la miró sorprendida. —Supongo que ya estarás buscando un hombre rico que te mantenga a ti y al vago de tu hijo, ¿no es cierto?

—¡Tengo que sobrevivir!

—Ya. Me utilizaste, ¿verdad? Cuando dices que era un seguro para ti, lo decías porque sabías muy bien que mi padre me reclamaría si conocía de mi existencia. Y que mejor prueba que el pendiente, ¿no es cierto? La prueba de que era hija suya. Por eso se lo reclamaste a las monjas en cuanto mi madre falleció. —Se agachó ante ella. —Mi madre te dijo que te pusieras en contacto con él si le pasaba algo, ¿verdad? ¡Qué me devolvieras! ¡Pero tú no querías hacerlo! ¡Te descubrirías y tendrías que darle a mi padre demasiadas explicaciones! ¡Así que simplemente esperaste y por eso intentaste quitarme el pendiente esa noche cuando lo descubrí, porque habías perdido la única prueba que me ligaba a mi padre!

Julie la miró fríamente sin soltar una lágrima más. —No lo entiendes. Ninguno lo entenderíais. ¡No teníamos nada!

—Como yo hasta ayer —dijo Charlotte fríamente.

Julie sonrió. —Te pareces mucho más a tu padre de lo que te imaginas. Lo he visto a lo largo de los años. Tienes algo en tu interior que puede ser tan frío como un tempano de hielo y cuando te traicionan, matarías sin dudarlo. Pero si amas, amas totalmente. Por eso el dolor de la traición es mil veces peor.

Ninguno podía negarlo porque era evidente que su personalidad era como la de Jack.

—Lo sabía. Sabía que Monique nos metería en problemas. Por eso vine a Madrid y me casé lo más rápidamente que pude. Para huir de todos.

—¡Estás divagando, mujer! —exclamó Dalston perdiendo la paciencia.

Le miró rabiosa. —No voy a decir nada.

—Claro que sí. —Charlotte sonrió, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos cogiendo el cuchillo de Finnegan y acercándose a Miguel que la miró asustado. —Puede que tú me des pena porque al fin y al cabo me has criado, pero sabes que a él le odio. Durante años he tenido que soportar como me trataba y no le tengo ningún aprecio. —Miguel intentó revolverse, pero el gemelo le apretó entre sus brazos con fuerza haciéndole gemir. —¿Quieres ver morir a tu hijo, Julie?

Le miró asustada. —¡Él no ha hecho nada!

Charlotte pasó la hoja por la mejilla. —Claro que sí. Lleva haciendo sus maldades desde que nació. Sabes que me gusta impartir justicia. —La hoja pasó por debajo de su oreja y le cortó el lóbulo haciéndole chillar como un cerdo.

—¡No, por favor!

—¡Habla de una vez! —gritó Finnegan.

—¡La culpa fue de Monique! —gritó histérica viendo como sangraba su

hijo—. ¡Ella lo embrolló todo!

—Estoy esperando. —Puso la hoja del cuchillo bajo la otra oreja. —
Puede que esta vez la corte entera. Quedará guapísimo, ¿no crees?

—¡Lo planeamos! ¡Lo planeamos todo! —gritó asustada—. ¡Las tres
planeamos seducirle para convertirlo en nuestro amante! ¡Quien lo
consiguiera, cuidaría de las otras!

Todos se quedaron de piedra sin entender nada y Julie se echó a llorar. —
Yo fui la primera. Habíamos estudiado sus movimientos y sabía que dos días
a la semana iba al teatro antes de ir al club. Conseguí asiento a su lado e
intenté seducirle, pero no capté su atención lo suficiente. Después fue Clare,
que fue al club a pedir trabajo. —Miró con rabia a Finnegan. —¡Pero la
atendiste tú! Le dijiste que regresara a casa porque aquel no era lugar para
ella. ¡O que buscara marido! Jack te oyó y te dio la razón sin darle una
oportunidad para explicarse o para intentar seducirle. Y después lo hizo
Monique. Pero ella fue más lista porque sabía que de esa manera pasaría al
menos un par de horas con él.

—Fingió el accidente en el que lo conoció —dijo Finnegan asombrado.

—¡Por supuesto que lo fingió! Se detuvieron seis carros antes que
Sterling, para rescatar a la dama en apuros. Y ella hizo su papel. Le enamoró
de tal manera que ya no se quiso separar de ella.

—Dios mío —dijo Charlotte impresionada dando un paso atrás—. No le amaba.

—¡Por supuesto que no! —dijo Julie con odio—. ¡Era escoria y nosotras éramos damas! ¡Damas sin recursos, pero damas! Precisamente por eso le elegimos a él. Un hombre que había nacido entre la mierda y que lo había conseguido todo. —Rió sin ganas. —El rey de los bajos fondos debía tener una mujer a su lado que fuera una dama, porque él aspiraba a lo mejor. Pero ninguna dama decente le miraría dos veces. ¡Por eso le elegimos! ¡Y Monique cumplió! Consiguió que Clare pusiera un negocio próspero y a mí me dio mucho dinero.

—Tú querías un marido rico.

—Exacto. Yo no quería un apestoso negocio que tuviera que mantener. —Levantó la barbilla orgullosa. —Yo quería ser una señora. Pero apenas seis meses después me di cuenta de que Monique estaba cambiando. Decía que él insistía en tener un hijo y que ella no estaba preparada. Clare le dijo que no se preocupara, que ya era su esposa y la amaba. Entonces Monique se echó a reír. Me ama, ¿verdad?, dijo de una manera que nos puso los pelos de punta. Y yo a él. A mi manera. Lo único que me molesta es que no tendré el estatus que me merezco. Hija de un vizconde y tengo que simular que me agrada lo que me rodea cuando me da asco. Odio estar rodeada todo el día de putas. Lo

único bueno es que de vez en cuando veo a Jeremy.

—¿Jeremy? —preguntaron sin salir de su estupor.

—Era un Barón, creo. Nunca le vi en persona, pero tuve la sensación como también la tuvo Clare de que Monique tramaba algo con ese hombre. Nos asustamos muchísimo. Sobre todo Clare que le dijo que como se le ocurriera traicionarnos y dejara de pagarnos, hablaría con Jack. Ella se echó a reír con desprecio y se levantó de su enorme sofá mostrando el vestido digno de una reina que su marido le había regalado al igual que el collar de diamantes. —¿Crees que me dejará? ¿Qué me matará? Me ama más que a sí mismo. Además, ya no os necesito. Vosotras no habéis hecho nada. Lo he hecho yo todo. —Julie la miró con rabia. —Rompió el pacto y Clare esperaba otro pago para su negocio. Yo me largué porque Monique era imprevisible y recibí una carta de Clare seis meses después. Había arreglado las cosas con Monique, que había cambiado totalmente. Si antes se volcaba en su nueva vida de casada, ahora tomaba un papel activo en la organización.

—¿Organización? —confundida miró a Dalston, que apretó los labios.

—Recibía a los clientes en el club y Jack estaba orgulloso de su anfitriona. Hasta que Clare se enteró por Monique de lo que estaba haciendo. Al parecer una noche cenaron juntas en el club y Monique bebió de más. Le contó que estaba desviando los fondos del club para huir de Jack. Mucho

dinero y con las joyas que le había regalado, era una auténtica fortuna. Entonces Clare perdió la paciencia y la amenazó con hablar con Jack si no se iba de inmediato y por supuesto sin el dinero. Monique se dio cuenta de que había metido la pata. —La miró a los ojos. —Porque Clare sí que estaba enamorada de Jack y no le iba a dejar hacer el ridículo ante todo Londres. Para un hombre de su posición, era impensable una situación así y perdería su estatus antes de que se diera cuenta, porque alguien aprovecharía esa flaqueza ante sus hombres. Monique desapareció porque lo ordenó Clare. Y ésta no le dijo nada a Jack, aunque sabía dónde estaba su esposa. Ella misma me la envió a mí para que la vigilara. La amenazó con que si regresaba, lo contaría todo. Cómo había planeado conocerle y enamorarle, cómo le había sacado todo lo que podía y aún más robándole dinero del club. Sabía que Jack la mataría por puro orgullo, aunque la amara. También me amenazó a mí con cerrarme la boca. Como se me ocurriera ayudarla para que volviera a Londres, me mataría. Y te puedo asegurar que si conoces a Clare, crees en su palabra.

Finnegan apretó los puños. —Mientes.

Julie se echó a reír. —Monique sabía que la querías. Lo supo desde un primer momento.

—¿Estás diciendo que mi madre engañó a mi padre desde el principio?

—¡Charlotte, está mintiendo! —gritó Finnegan furioso—. ¡Tu madre le amaba más que a nada!

Julie se echó a reír. —Claro que le amaba. Amaba su dinero y todo lo que le proporcionaba, pero su vida la despreciaba. Odiaba verse rodeada de putas y de sinvergüenzas como tú. Y cuando yo me casé con un hombre de rango, la envidia la recorrió provocando lo que vino después.

Charlotte palideció dando un paso atrás. —¿Qué? ¿Has dicho putas?

—¿Acaso no lo sabes, Charlotte? —preguntó Julie con burla—. Eres la princesa de los bajos fondos de Londres. Tu padre dirige a los delincuentes de esa parte del país. Putas, timadores y asesinos están bajo su mando. —Miró a Finnegan. —Como él. Que es el vasallo del rey.

—¡Cállate, puta! —Finnegan la golpeó y Julie cayó sobre la alfombra.

Impresionada miró a Dalston, que apretó las mandíbulas muy tenso. —¿Es cierto? ¿Mi padre es eso que ha dicho?

—Preciosa, vete al carruaje.

—¿Es cierto? —gritó desgarrada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Sí, es todo eso y mucho más.

—¡Me has mentado! —Una lágrima recorrió su mejilla. —Me dijiste que

era respetado y...

—Y lo es, Charlotte. No hay hombre más respetado que él en Inglaterra.

—¡Porque le temen!

Nadie pudo negarlo y ella miró con rabia a Julie apretando los puños antes de mirar a Finnegan. —¿Quién es Clare? ¿Monique no se relacionaba con ninguna Clare?

Finnegan negó con la cabeza. —No lo recuerdo.

—¡Mientes! ¡Tú estabas allí! Tenías que conocer a sus amigas. — Charlotte señaló a Julie. —¿La conocías?

—En cuanto la he visto, la he reconocido. No se llamaba Julie. Alodie. Así se llamaba en aquel entonces.

La miró asombrada. —¡Cambiaste tu nombre y has dicho Clare, pero esa mujer no existe! ¿Quién eres?

—Simone Blanchard a su servicio.

Finnegan palideció dando un paso atrás. —Dios mío.

—¿Qué?

—¿Eres la hermana de Pauline Blanchard?

—Joder —dijo Dalston asombrado—. ¿Es una broma?

—Tres eran tres las hijas de Elena y ninguna era buena —dijo Julie sonriendo maliciosa.

—¿Las tres erais hermanas? —gritó Charlotte asombrada.

—Las hermanas Blanchard. Monique conservó el nombre de pila porque era imposible disimular su acento francés, pero cambió su apellido porque si no a Jack le parecería raro que todas nos hubiéramos encontrado con él en alguna ocasión y que encima fuéramos hermanas. Pauline, en un error dijo que se apellidaba Blanchard, así que fue la única que dio su verdadero apellido, cuando todas habíamos llegado al acuerdo de mentir sobre él por si algo salía mal. Así fingimos que éramos amigas. Yo hablaba perfectamente inglés, así que me llamé Alodie y cuando llegué a Madrid me lo volví a cambiar por si Jack me buscaba.

—Así que Monique no se apellidaba Miniyard de soltera —susurró Dalston asombrado—. La única que conservó el nombre completo fue Madame Blanchard.

—La modista más importante de Inglaterra. Mi madre estaría orgullosa. Puede que empezara con el dinero de Jack Sterling, pero todo lo que ha conseguido después, ha sido con muchísimo trabajo.

—Dios mío. —Se llevó una mano al vientre queriendo vomitar. Nunca había sabido qué había ocurrido con su madre ni con su padre, pero jamás se

imaginó que su padre fuera el rey de los asesinos de Londres y su madre una tímida que despreciaba la vida que ella se había buscado. Dalston la cogió por la cintura cuando se tambaleó. —Dios mío.

La cogió en brazos saliendo de allí. —Preciosa, no pasa nada. —La pegó a él. —No quería que te enteraras así.

—Soy hija del pecado. Hija de un asesino y una puta —susurró sin darse cuenta de que la bajaba por las escaleras. Sintió que le faltaba el aire y angustiada le miró a los ojos antes de desmayarse.

—¡Charlotte! ¡Charlotte!

Eva chilló corriendo escaleras abajo y ayudó a meterla en el carruaje. Preocupado le dijo —Desabróchale el corsé.

La cogió entre sus brazos mientras Eva desabrochaba su vestido a toda prisa. Desató el corsé y él le dio palmaditas en la cara. —Vamos preciosa, despierta.

—Dios, ¿qué ha pasado ahí arriba? —preguntó Eva angustiada al ver su palidez.

—Que se ha enterado de la verdad. Y esta verdad duele. Sobre todo, para alguien que se había imaginado mil cosas y seguro que ninguna era lo que acaba de escuchar.

Ella gimió entre sus brazos y Dalston la abrazó a él para susurrarle al oído —No pasa nada. No le juzgues antes de conocerle. Todo lo que te conté sobre él era verdad. —Cerró los ojos cuando la escuchó llorar sobre su hombro. — No llores, preciosa. Ninguno de ellos tiene nada que ver contigo.

Finnegan entró en ese momento y se sentó al lado de Eva en silencio. — Nos vamos a casa. —Vio a Charlotte entre sus brazos. —¿Está bien la niña?

—¿Tú qué crees? —preguntó Dalston furioso.

—Lo que acaba de ocurrir aquí hoy, no volverá a mencionarse jamás — dijo él fríamente.

—¿Qué ha ocurrido ahí arriba? ¿Les has matado?

Charlotte miró a Finnegan y gritó —¡No!

—¡Están vivos, Charlotte! Incluso les he dado dinero para que cierren la boca para siempre. Más les vale —dijo con furia—. ¡Jack no puede enterarse de esto jamás! ¿Me habéis entendido? Le destrozará que la mujer que ha amado veinte años, le haya traicionado de esta manera.

—¡Y también destrozará su imagen ante todos los que le veneran como a un Dios! —apostilló Dalston fuera de sí.

—¡Exacto! ¿Quieres que piensen que es débil y alguien le rete para conseguir lo que él tiene? —A Charlotte se le cortó el aliento. —¡No ha

llegado a ser el rey de los bajos fondos porque sí! ¡Y que su propia mujer le haya traicionado, resquebrajaría el trono que ocupa ante los ojos de todos! — Finnegan señaló a Dalston. —Sabes que a la Reina no le gustaría que hubiera una lucha de poder y Jack le es de mucha ayuda.

—¿La Reina? —preguntó Charlotte confusa. Los hombres se mantuvieron en silencio como si ella no tuviera que saberlo. —¿De qué diablos habláis?

Dalston la miró. —Si Jack no dirigiera el crimen, habría un caos en Londres. Él los controla, ¿entiendes? No hay ratero que no tema a Jack Sterling. A su Majestad le conviene que él dirija a esos tipos. Los mantiene a raya para que no traspasen los límites que él impone. Además, Jack colabora con la Reina en ciertos temas.

—Exacto. Si Victoria le pide algo a Jack, éste hará lo que sea para cumplir las órdenes de su Majestad. Es un aliado. Aliado que no tendría si los asesinos y ladrones estuvieran desperdigados por la ciudad. Además, Jack conoce a gente y tiene amigos que pueden ser muy útiles en ciertos casos.

Charlotte parpadeó. —Entonces mi padre cumple una función para la Reina. Una función para Inglaterra.

Los hombres se miraron y de inmediato asintieron apoyando su teoría. El alivio la recorrió y todos vieron como recuperaba el color de la cara. Dalston

le acarició el cuello. —¿Estás mejor?

—Sí.

—Es lógico que te hayas impresionado. Pero debes juzgarlo por ti misma.

Ella apoyó la mejilla en su hombro y Dalston miró a Finnegan a los ojos. Estaba claro que quería que la soltara, pero no pensaba hacerlo. —¿Por qué lo hicieron...?

—La desesperación puede hacerte cometer mil locuras —susurró él.

—No le quería. Se casó con él por su dinero. Le engañó —dijo con la voz congestionada de dolor.

—Supongo que ella intentó llevar esa vida, pero no lo admitía. Ya la has oído. Eran hijas de un noble. Eran damas y las habían educado para casarse con un igual. La necesidad las llevó a ese plan y no les fue mal.

—¿No les fue mal? —Asombrada le miró a los ojos. —Se hicieron daño entre ellas, le hicieron daño a él y a mí. Mi madre murió y Julie se fue del país.

—La única que consiguió algo fue Madame Blanchard —dijo Finnegan furioso—. Las damas la adoran. Esperan meses para ser atendidas por ella.

Dalston negó con la cabeza. —No lo entiendes. Ella fue la única que no consiguió lo que más deseaba. Quería a Jack y nunca le tuvo. Pudo decirle al

hombre que amaba que su mujer le había traicionado, pero no lo hizo precisamente porque le quería.

—¿Porque arriesgaba su vida! ¡Lo sabes tan bien como yo!

—¿De verdad crees que Jack las hubiera matado?

—¡Sí! —Finnegan desvió la mirada. —Si esa mujer le hubiera dicho lo que su esposa había hecho, primero lo habría comprobado y después se hubiera vengado. De todas por tomarle el pelo. Eso no lo dudes.

Charlotte se estremeció entre sus brazos y Dalston la pegó a él. —Pues entonces hicieron lo correcto. Las tres.

—¿Pero qué locuras dices, Dalston?

—Madame por amenazarla para que se fuera sin el dinero, Julie hizo bien en quitarse del medio y Monique en huir al darse cuenta de que se había excedido. Hicieron bien y me alegro de que Madame amenazara a la esposa de Jack, porque de otra manera Charlotte no estaría aquí.

A Charlotte se le cortó el aliento y levantó la cabeza lentamente para mirar sus ojos.

—Mierda, como Jack se entere de esto le va a destrozar. Tardó en superar la desaparición de su esposa, pero esto... No ha vuelto a amar a una mujer desde Monique —dijo su amigo con la mirada perdida—. Siempre tuvo la

esperanza de encontrarla.

Una lágrima cayó por su mejilla y Dalston pasó el pulgar por ella. —No llores, preciosa. Es agua pasada.

Eva le cogió la mano a su hombre apoyándole y la miró sorprendido. Él acarició su mejilla con la mano libre. —No te he asustado, ¿verdad?

Dalston sonrió al ver que Eva le abrazaba porque lo necesitaba. —¿Ves? No necesitan entenderse para amarse —susurró ella antes de apoyar la mejilla en su hombro de nuevo—. Solo una mirada basta.

Capítulo 6

Se quedó dormida en sus brazos, sintiéndose segura entre ellos. Una caricia en su nuca la despertó y al ver a Dalston ante ella, cerró los ojos de nuevo algo avergonzada. Él rió por lo bajo. —Vamos a detenernos para comer. ¿Te encuentras mejor? —Abrió los ojos de nuevo y asintió. —Pues deja que Eva te ayude con el vestido. No puedes bajar así.

Se sonrojó al ser consciente de que estaba sentada sobre él y Eva la cogió del brazo para ayudarla a levantarse. Dalston bajó del coche en silencio y se dio cuenta de que Finnegan ya estaba fuera.

—Pobrecita. Milord me lo ha explicado todo. Vaya vida que has llevado, niña. Y cuando podías haberlo tenido todo que es lo que más me altera. Ya verás. Tu padre te va a querer mucho y vas a estar muy bien en Londres.

Se mordió el labio inferior preocupada. Su padre era un hombre al que todo Londres temía y eso la angustiaba mucho, porque vivía en un ambiente que a ella la horrorizaba. Siempre había huido de ese tipo de personas. Personas que pudieran dañarla o que tuvieran malos pensamientos. Su madre se sentía igual, pero su dinero bien que le interesaba. A Charlotte no le

interesaba el dinero. Podía trabajar. Lo había hecho toda su vida. Lo que ahora necesitaba descubrir, era si quería conocer a un padre que tenía una actividad que ella despreciaba. Puede que la Reina le necesitara, pero ella había vivido sola siempre y no necesitaba a nadie.

Eva terminó de abrocharle el vestido y la miró preocupada por su silencio. —¿Qué ocurre, Charlotte?

La miró de reajo. —Nada.

—Claro que te ocurre algo. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Tienes miedo de lo que te puedas encontrar en Londres?

—No quiero ir —susurró dejándola de piedra.

—¿Pero qué dices? Tu padre lleva años buscándote y...

Negó con la cabeza. —No me buscaba a mí. Buscaba a mi madre. —Hizo una mueca. —De mi existencia no sabe nada todavía. —Entonces se le ocurrió una idea. —Y no tiene por qué enterarse. Yo puedo quedarme aquí y vosotros le decís que la chica que vio su amigo no tenía nada que ver con Monique.

—Entiendo que todo esto ha sido demasiado para ti, pero no puedes hacerle eso a tu padre, cielo.

—¿Por qué no? No me conoce.

—¿Ocurre algo? —Dalston estaba en la puerta y las miraba muy serio.

Ella forzó una sonrisa. —No, claro que no.

—Vamos, ya hemos encargado la comida para todos.

Cogió su mano advirtiéndole con la mirada a Eva que no abriera la boca y la mujer confundida miró a Dalston. Él entrecerró los ojos mientras Charlotte bajaba del carruaje. —Preciosa, si quieres aliviarte, puedes hacerlo allí.

Ella miró hacia donde le indicaba, que era un bosque al lado de la posada. Asintió alejándose pensando en sus cosas y sonrió porque era perfecto. Su padre no se enteraría de su existencia y podría ser libre. No tenía por qué vivir con él. No tenía que acatar las órdenes de ese desconocido. Reprimiendo el temor que sentía, asintió para sí. Mejor dejar las cosas de esa manera, que embrollarlas más. Sí, en la comida hablaría con Dalston. Lo entenderían. Y si no lo entendían, le daba igual. Ella era libre para hacer lo que le viniera en gana. Si quería quedarse en España, se quedaría.

Salió del bosque y se detuvo en seco al ver a Dalston esperándola con los brazos en jarras y por como la miraba, supo que estaba furioso. Ella forzó una sonrisa. —¿Ocurre algo?

—No lo sé, dímelo tú.

Miró a su alrededor sonrojándose. —¿Dónde estamos?

—¿Lo preguntas para saber en qué dirección tienes que huir?

Le miró asombrada y después se sonrojó aún más porque tenía razón. —
Pues ya que lo dices...

—Me da igual lo que esté pasando por esa cabecita tuya. ¡Nos vamos a Londres!

—Si tú puedes irte cuando quieras, pero yo he decidido quedarme. —
Levantó la barbilla retándole y poniendo las manos en jarras como él. —No quiero conocerle.

—¡No le vas a dar una oportunidad!

—¡No! ¡Como él no se la hubiera dado a mi madre! ¿Por qué tengo que dársela yo a él? ¡Si he vivido así ha sido por su culpa, por cómo es y por cómo vive! —dijo rabiosa—. ¡Por como todo el mundo que está a su alrededor le teme! ¡Por eso mi madre se fue!

Dalston apretó los labios. —¡Tu madre se fue porque le había traicionado, Charlotte! ¡Por eso se fue! ¡Se fue porque le engañó desde el principio y realmente no le amaba cuando se casó con él! —Dio un paso hacia ella. —Si le hubiera amado de verdad, habría sido sincera sobre lo que ocurrió y hasta puede que Jack se hubiera reído si se hubiera sentido amado por ella. ¡Pero decidió que odiaba aquella vida y también decidió seguir engañándole para sacarle más dinero! La responsabilidad de todo lo que ocurrió la tuvo tu

madre y puede que no lo aceptes, pero fue así.

—Entonces me parezco más a mi madre de lo que creéis, porque yo también odiaré vivir entre putas y ladrones. No pienso ir.

—Claro que irás.

—¿Por qué? ¿Porque si me llevas, las cuentas pendientes que tienes con mi padre quedarán saldadas? —dijo con burla. Dalston apretó los labios—. ¡No tengo la culpa de que seas un irresponsable que no sabe resistirse a una partida de cartas! ¡Arréglatelas solo y no a costa de mi vida!

—¿Y qué piensas hacer el resto de esa vida? ¿Servir? ¿Casarte con un lacayo que casi no pueda mantener a los hijos que tengáis?

—¡Sí! ¡Yo solo quiero ser feliz! —gritó desgarrada—. ¡Y si fuera hasta Londres para vivir una vida que no quiero, sé que no sería feliz! ¡No tiene derecho a dirigirme ahora como si fuera una muñeca, cuando ni siquiera le conozco! ¡Si me plegara a sus deseos, solo por tener vestidos bonitos, me sentiría tan sucia como mi madre! ¡Y yo no soy así!

Dalston pálido dio un paso hacia ella. —Preciosa, sabemos que no eres así...

—¿Qué sabrás tú? ¡No me conoces y yo no te conozco a ti! Y no quiero conocerte. ¡No quiero conocer a ninguno! —Salió corriendo y se chocó

contra lo que parecía un muro de piedra. El golpe fue enorme y Charlotte se apartó tambaleante para ver a Owen sonriendo dulcemente, antes de que sus ojos se le pusieran en blanco y cayera hacia atrás espatarrada.

Dalston hizo una mueca mirando a los chicos. —Está asustada, eso es todo. Se le pasará.

—Claro que sí, milord. ¿Quién no querría ser la hija de Sterling? —dijeron orgullosos.

Dalston miró a Charlotte tirada en el suelo y suspiró agachándose a su lado para cogerla por la cintura y cargársela al hombro. Ya empezaba a conocerla aunque ella no quisiera, y tenía la sensación de que no se iba a quedar conforme. Tendría que vigilarla de cerca, porque si era tan cabezota como su padre, iba a darles muchos quebraderos de cabeza.

Al tercer día de viaje se dio cuenta que aquello era decir poco. Charlotte estaba sentada ante él con el vestido amarillo hecho un auténtico desastre y los pelos revueltos, mirándole con odio después de haberse intentado escapar de la posada. Dalston estaba asombrado porque podría haberse roto la crisma. Menos mal que cayó sobre el carro cargado de baúles de una dama que pasaba la noche allí, porque la caída hasta el suelo era de cinco metros por lo menos.

Ahora atada y amordazada para no soportar los gritos que no dejaban de escuchar desde hacía tres días, les miraba con odio.

Finnegan reprimió la risa. —Es tan cabezota como su padre.

Ella le miró con rencor. Dalston se agachó ante ella. —Vamos a ver, porque creo que no lo has entendido. No dejaremos que te vayas. ¡Cuando lleguemos a Londres, hablas con tu padre como debes hacer! ¡Deja ya de hacer locuras, Charlotte! ¡Vas a terminar haciéndote daño!

—¡Mmm! —gritó ella tras la mordaza intentando saltar de la silla acercándose a él. La sujetó por los muslos y soltó un chillido frustrada.

—Nada, que no lo entiende —dijo Eva exasperada.

Dalston vio el brazo que se había despellejado esa mañana al saltar del carruaje. Les había pegado un susto de muerte porque iban a buena velocidad. Pero parecía de hierro porque a pesar de las caídas, los golpes y los dolores que debía tener en el tobillo porque la había visto cojear, lo seguía intentando.

—¿Me vas a obligar a llevarte así el resto del camino? —Le miró de tal manera que Dalston se tensó. —¡Muy bien! ¡Tú lo has querido!

—No podemos llevarla así. ¡Nos terminarán deteniendo con los escándalos que organiza! —dijo Eva indignada—. ¿Por qué no os ponéis en

contacto con su padre y que él se haga cargo? Es su responsabilidad. A él no puede negarle nada ante la ley.

—Exacto —dijo Finnegan frunciendo el ceño cuando Dalston se lo tradujo—. ¡Pero no pienso decirle a Jack Sterling que no he cumplido mi misión y que no puedo con una muchacha de dieciocho años! —Se sonrojó de indignación. —¡Si fuera mi hija, le pegaba una azotaina, pero cualquiera toca a la hija de Sterling!

Sonrió maliciosa escuchándoles hablar y sus ojos verdes prometían venganza. Todos gimieron preocupados.

—¡Charlotte ya está bien! —gritó Dalston furioso—. ¡Solo estás retrasando lo inevitable!

—Si estuviera casada... —dijo Owen desmoralizado—. Al menos podríamos pegarle a él para que ella se comportara, pero así... —Todos le miraron y el irlandés se sonrojó. —Pero no está casada, claro. Es una tontería.

Charlotte entrecerró los ojos al ver que Finnegan hacía lo mismo como si le estuviera dando vueltas a algo. Miró a Charlotte sonriendo radiante y le pegó un puñetazo a Dalston que como no se lo esperaba, cayó al suelo ante ella gimiendo de dolor. Charlotte abrió los ojos como platos al ver la sangre que salía de la comisura de sus labios y Finnegan sonrió satisfecho cuando ella gruñó furiosa. —¡Ya tengo la solución!

—Jefe, ¿por qué le ha pegado?

—¡Eso mismo me pregunto yo! —gritó Dalston con ganas de matar a alguien.

Finnegan se acercó a Charlotte que le miró rabiosa. —Como vuelvas a intentar escapar, le voy a moler a palos. Como vuelvas a hacerte un rasguño en tu cuerpo, le van a doler los huesos más que el día en que le rompimos las piernas. —Charlotte miró asombrada a Dalston que se estaba levantando. — No le necesito ya y en este momento me importa poco que sufra. Así que está en tu mano, niña. Vuelve a comportarte mal y será él quien pague las consecuencias.

Asustada miró a Dalston que apretó los puños furioso. Era obvio que estaba en clara desventaja con aquellas dos bestias detrás dispuestas a lanzarse sobre él. No podía dejar que fuera quien sufriera por sus actos. Era un mentiroso, un jugador y algo mandón, pero le daba la sensación de que todas las mentiras que le había dicho eran para protegerla. Como cuando le había hablado de su padre diciéndole solo lo bueno, o cuando dijo que se había caído por las escaleras cuando era obvio que Finnegan le había dado una paliza. Y ella diciendo que tuviera más cuidado cuando se emborrachara. Y aun así no había protestado.

Asintió a regañadientes y Finnegan sonrió encantado. —¡Solucionado!

Owen desátala.

—¿No podías haberme avisado al menos? —preguntó Dalston molesto.

—¿Y no pillarte desprevenido? —Se echó a reír. —Esto es mucho más divertido.

—Sí, tú te lo pasas estupendamente.

—Este viaje ha cambiado mi vida, amigo. —Asombrado vio cómo se acercaba triunfante a Eva y la cogía por la cintura para darle un beso que a la pobre mujer la dejó atontada. Cuando vio el efecto que había conseguido con su declaración de afecto, hinchó el pecho orgulloso antes de decir —Me voy a tomar una buena copa para celebrarlo.

Charlotte se quitó la mordaza en cuanto le desataron las manos y miró a Dalston de reojo. —Lo siento. Yo no quería que la tomaran contigo.

—Tranquila, llevan haciéndolo todo el viaje. Pero es lo que tienen los hombres de Sterling, que cualquiera les rechista. —Rabioso se fue hasta el espejo y con la lengua empujó el labio que tenía un corte. —Joder.

Ella se levantó y cogió la toalla mojándola en el aguamanil. Se acercó a él. —Déjame ver.

—No es nada.

Le cogió por la barbilla para que la mirara y él sonrió. —Parece que te

agrado más de lo que quieres demostrar, princesa. Me has protegido de sus garras.

Se sonrojó avergonzada. —No te imagines cosas. Eres un borracho y un jugador.

—Sí, eso es cierto. No lo habrás hecho porque te gusta cómo te beso, ¿verdad?

Charlotte se puso como un tomate. —A ti no te gusta como beso yo. — Pasó la toalla de lino con cuidado sobre la herida para quitar los restos de sangre. Indecisa le miró a los ojos e iba a apartarse cuando él la cogió por la cintura. —¿Dalston?

—No me desagrada del todo. ¿Quieres probar otra vez?

Se mordió el labio inferior y él gruñó pegándola a su cuerpo totalmente antes de atrapar sus labios. Charlotte gimió cuando sus manos bajaron hasta su trasero y abrió la boca de la sorpresa, hecho que Dalston aprovechó para saborearla de tal manera que pensó que se fundía con él. Dios, cómo se podía vivir sin eso. Se abrazó a su cuello y alguien carraspeó. Se separaron de golpe mirando asombrados a Eva que aún seguía en la habitación con el camisón de Charlotte en la mano.

—No sé muy bien cuál es mi función, pero creo que me corresponde interrumpir esto —dijo dando golpecitos con el pie en el suelo—. Y porque

no quiero que mi hombre se enfade más con milord, me comprometo a hacer que no he visto nada.

Dalston carraspeó apartándose y ella gimió de rabia. No podía tener tan mala suerte. —Me está enseñando —dijo haciendo que los dos la miraran como si estuviera chiflada—. Dice que lo hago mal y me está enseñando.

Eva parpadeó cruzándose de brazos antes de mirar a Dalston. —¿No me diga, milord? Así que ya lo habían hecho antes.

—Solo una vez —dijo ella rápidamente.

—Preciosa, cállate.

—¿Y nuestra Charlotte lo hace mal? Pues no parecía que lo hiciera muy mal hace un momento. Parecía que usted se lo estaba pasando realmente bien.

Charlotte le miró de reojo y sonrió satisfecha porque era cierto, hasta que se dio cuenta de lo que Eva quería decir. —¿Me has mentido?

—¡Si no te hubiera dicho eso, habríamos terminado en la cama, Charlotte! —Frustrado se pasó la mano por su cabello rubio y dio un paso hasta la puerta, pero se detuvo diciendo —Qué diablos. De todas maneras, al final buscarán una excusa para matarme. —La cogió por la cintura y la besó como si la necesitara.

Charlotte sintió que en ese momento se unía a él y cuando se apartó de

ella, se miraron a los ojos. Sí, era suyo. Lo sintió con tanta fuerza como si se lo hubiera dicho y Dalston la abrazó a él mientras Eva les observaba emocionada. —Charlotte...

La puerta se abrió de golpe y ella le apartó empujándolo por los hombros. Se sonrojó viendo que Finnegan les miraba mosqueado. —¿Qué ocurre aquí?

—Nada —dijeron los dos asombrados—. Le estaba limpiando la herida y...

Finnegan miró a Eva, que negó con la cabeza con vehemencia antes de dejar el camisón sobre la cama. Suspiraron del alivio cuando Finnegan se relajó. —Venía porque abajo se juega una partida de cartas y necesito un compañero.

Charlotte levantó una ceja cruzándose de brazos y Dalston carraspeó. —¿Ocurre algo? —preguntó Finnegan mosqueándose aún más—. No rechazarías una buena partida de cartas por nada del mundo.

—¿Me acabas de dar un puñetazo y quieres que te acompañe a una partida de cartas?

—No seas rencoroso. ¡Vamos a desplumar a esos pardillos!

Salió de la habitación y Dalston la besó en los labios suavemente. — Tengo que ir.

—Pero...

—Hablaemos mañana. Descansa.

Él se alejó y la mirada de Eva hizo que se sonrojara apretándose las manos.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó divertida su dama de compañía.

Abrió los ojos como platos. —No lo sé...

Eva se echó a reír. —Veo que estás sorprendida. Tranquila, mientras lo averiguas lo vas a pasar estupendamente.

Sonrió encantada y se miró las manos manchadas de barro. Jadeó antes de decir —Necesito un baño.

—Sí, niña. Lo necesitas. Vaya si lo necesitas. Pero antes comerás algo, que llevas todo el día sin comer.

Como la posada tenía tanta gente, su baño tardó dos horas en llegar. Eva quería quedarse, pero ella le dijo que se fuera a la cama. La miró con desconfianza y ella se echó a reír. —No me voy a escapar.

—¿Seguro? Mira que a milord le pueden dejar la cara que ni le reconozcan. Estás advertida.

Gruñó metiéndose en la bañera. —No entiendo cómo a Finnegan se le ha ocurrido algo así.

—Porque es muy listo. Mi hombre se huele que te atrae y lo ha aprovechado. —Levantó la barbilla orgullosa. —Es listísimo.

—Sí, por eso es la mano derecha de mi padre —añadió con ironía.

Eva sonrió. —Exacto.

La miró sorprendida. —¿No te da miedo?

—¿El qué niña? ¿Qué debería darme miedo? ¿Un hombre que ha salido de la nada y que ha conseguido sobrevivir? ¿Qué ha llegado tan alto, que se ha ganado una reputación y un respeto? Seguro que ese respeto le ha costado muchos momentos en los que ha pasado miedo poniendo su vida en peligro. Le admiro —dijo ella orgullosa—. Si hubiera sido yo, no habría tenido valor para salir adelante.

—¿Es valor?

—Tú lo has pasado mal, pero lo hubieras pasado mucho peor viviendo en la calle. Cuando no tienes nada, cuando no tienes ni que llevarte a la boca... no queda otro remedio que alargar la mano y cogerlo si quieres sobrevivir. Tu padre lo hizo y Finnegan.

—Pero no era solo para comer. Mira a donde han llegado. Mi padre es rico.

—Es que una vez que ya ha empezado no puedes detenerte. Mira tu

padre. Aunque quisiera dejarlo no podría. La Reina se lo impediría. Le necesitan. De él dependen cientos de personas en sus negocios. ¿Qué sería de esas personas si él se retirara? Si cerrara esos antros. Se quedarían en la calle. —Dejó una toalla en una banqueta cerca de la bañera. —Sé que estás asustada, pero antes de juzgarle deberías conocerle. Es lo mínimo que se merece porque tu padre no hizo nada para que vivieras separada de él.

—¿Qué vida voy a llevar siendo la hija de el rey de los bajos fondos? —susurró mirando el agua.

—Da igual la vida que lleves, porque estarás con la única persona que te amará de corazón. —La miró sorprendida. —¿Temes que no te quiera? Te quiere incluso sin conocerte. Sterling te adorará. No podrá evitarlo. Puedes dudar de otros amores a lo largo de tu vida, pero de que tu padre te quiere... —Negó con la cabeza. —Niña, de eso no dudes. Ese hombre cuando ama se entrega por completo y tú eres su propia sangre, eres preciosa y muy buena persona. No podrá evitarlo.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida. Además, él intentará protegerte de todo mal y eso nos hace llegar a cierto Lord que está abajo jugando a las cartas. —Se sonrojó con fuerza. —Niña, él sí que se está jugando el pellejo. Finnegan le mira con desconfianza cada vez que te toca y eso significa...

—Que padre no lo aceptará. Finnegan me advirtió desde el principio.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Yo? —preguntó con los ojos como platos.

—Algo tendrás que hacer, antes de que tu padre se entere de esto y le despelleje vivo.

—Tú no lo vas a contar.

—No, yo no lo voy a contar, pero Finnegan no es tonto. —Suspiró yendo hacia la puerta. —¿Quieres un consejo? Solúcionalo antes de llegar a Londres o tu milord tendrá una vida corta. Que descanses, niña.

—Que descanses. Hasta mañana, Eva.

Un ruido en la ventana la sobresaltó y cuando vio una pierna de hombre entrando en su habitación a punto estuvo de gritar hasta que se fijó en sus botas. Entrecerró los ojos y jadeó al ver el perfil de Dalston. Miró hacia la puerta. —¿Estás loco? Como entre Eva... —Entonces se dio cuenta de que estaba desnuda y chilló tapándose los pechos con el brazo. Le miró asombrada. —¡Sal de aquí!

Él se acercó a la bañera sonriendo con picardía. —Vaya, vaya. He venido en el momento apropiado.

—No tiene gracia. —Se sonrojó intensamente cuando él la miró de arriba

abajo. —Tienes que irte.

—Y yo que solo venía para asegurarme de que estabas bien —dijo con voz ronca mirando sus piernas.

—¡Y por eso entras por la ventana!

—Para que no me viera nadie. Finnegan se estaba poniendo muy pesado con el ron y le he dicho que iba a tomar el aire. —A Charlotte se le cortó el aliento al ver que se quitaba la chaqueta. —Uff, qué calor hace aquí. —Tiró la chaqueta sobre la butaca que había ante la chimenea apagada. ¿No tienes calor?

Pues la verdad es que sí, pero no saldría del agua ni muerta. Él sonrió de esa manera que la volvía loca. —Mejor te ayudo y así terminas antes. —Se agachó a su lado y cogió la pastilla de jabón. Hipnotizada vio cómo se mojaba las manos y frotaba el jabón por ellas antes de meterlas en el agua de nuevo, pasando la mano por su pantorrilla. —¿Ves? Preciosa tienes una piel muy suave.

Le miró sin salir de su asombro y él subió la mano hasta su muslo poniéndola muy nerviosa. Asustada porque subía hasta su nalga, le agarró de la oreja tirando con saña. —¡Me lavo sola de toda la vida, perverso! —le gritó sin poder evitarlo.

—Serás bruta. ¡Suelta!

—Más quisieras. ¡Asaltante de mujeres!

Tiró de él levantándose de la bañera mientras protestaba y cuando la vio desnuda, llevó las manos a sus pechos. Impresionada dejó caer la mano de su oreja intentando apartar sus manos, pero parecía que estaban en todas partes. —Serás...

Dalston la cogió por la nuca riendo y la pegó a él sin importarle que le mojara. A Charlotte se le cortó el aliento y levantó la cara para mirar sus ojos castaños que estaban oscurecidos de deseo. —Eres preciosa.

Se derritió entre sus brazos. —¿Si?

—Y eres mía. No de Sterling. Eres mía. Dímelo.

El corazón de Charlotte pegó un brinco en su pecho. —¿Quieres que sea tuya?

Él gruñó antes de atrapar sus labios como si quisiera demostrarle que lo era y Charlotte gimió agarrándose en su cintura porque sentía que se mareaba de placer. Sin dejar de besar sus labios como si la necesitara para sobrevivir, la cogió en brazos sacándola de la bañera y la llevó hasta la cama tumbándola suavemente. Charlotte se estremeció al sentir las sábanas frías y él se apartó para mirar sus ojos. —El día que te vi con aquel atizador en la mano, supe que me ibas a traer problemas.

Ella acarició su mejilla y Dalston cerró los ojos disfrutando de su contacto. —Eso fue hace cinco días.

—Y ya has cambiado mi vida. —Abrió los ojos mirándola como si fuera suya y Charlotte supo que lo era. —Dímelo.

Le retó con la mirada intentando no reír. —Eres mío. Ya lo sabía.

Él sonrió antes de agacharse sin dejar de mirarla y metió un pezón en su boca. Charlotte sintió que la traspasaba un rayo y gimió retorciéndose. Él tiró del pezón ligeramente hacia arriba con los dientes y Charlotte pensó que el fuego que la recorría la abrasaría. —Estoy esperando. —Pasó la lengua por su pezón y Charlotte se retorció. —¿Quieres que me vaya?

—No —protestó agarrándose en sus hombros—. No me dejes.

Se tumbó sobre ella y Charlotte abrió las piernas para él, abrazando su cuello. Dalston besó suavemente su labio inferior. —Necesito que seas mía, preciosa.

—Soy tuya. No me dejes. —Abrió los ojos de la sorpresa al sentir como entraba en su interior lentamente y nerviosa agarró su camisa. —¿Dalston?

—Shuss. —Besó su mejilla hasta llegar al lóbulo de su oreja. —Te sientes tan estrecha, preciosa. Es una agonía.

La presión aumentó y Charlotte intentó apartarse. —Me duele.

Dalston se incorporó mirándola con deseo y entró en ella de golpe, haciéndola gritar de dolor provocando que clavara las uñas en sus hombros. —Ya está, preciosa. —La besó en los labios y sintió como se relajaba bajo su cuerpo.

Charlotte abrió los ojos furiosa. —¡Me has hecho daño!

Dalston reprimió la risa. —Es que la primera vez duele un poco.

—¿Duele un poco? —Alargó la mano a la mesilla cogiendo una jarra y le golpeó la cabeza muy cabreada. —¿Duele?

—¡Serás bruta! —Se incorporó llevándose la mano a la cabeza para ver que tenía sangre. La miró con ganas de matarla. —Mujer...

Charlotte estaba con la jarra en la mano y los ojos como platos. —Hazlo otra vez.

—¡Me has partido la cabeza! —Se apoyó sobre una mano para arrebatarle la jarra, dejándola sobre la mesilla y la escuchó gemir de placer. Sorprendido miró hacia abajo. Charlotte con los ojos cerrados disfrutaba de las sensaciones que su miembro le provocaba al moverse ligeramente. Dalston dejó caer la jarra tumbándose sobre ella y atrapando sus labios. Aquello era maravilloso y cuando se volvió a mover en su interior, gritó en su boca de placer, provocando que Dalston perdiera el control y entrara con fuerza en ella. Su cuerpo se tensaba y cuanto más lo hacía, más sentía su placer.

Desesperada mordió su labio inferior y Dalston se apoyó en los antebrazos moviendo sus caderas con fuerza. Creyó que moría por una necesidad que no entendía y se agarró en el cabecero de la cama, hasta que Dalston entró de nuevo en ella cortándole el aliento. Había muerto y estaba en el cielo. Y era cierto lo que decían, era el mejor sitio del mundo. La sensación era tan placentera, estaba tan relajada, que sonrió pensando que se quedaría allí con gusto.

El sonido de una bota al caer al suelo hizo que abriera los ojos, entendiendo que todo ese placer lo había provocado él y sorprendida vio que Dalston sentado en la cama dándole la espalda, se quitaba la camisa por la cabeza. Se sonrojó al ver los arañazos que tenía en los hombros y más aún cuando se levantó y vio su trasero con otros tres. ¿Cuándo le había arañado el trasero? Entrecerró los ojos molesta.

—¿Eso te lo he hecho yo? —Se sentó de golpe. —¿Te has acostado con otra?

Él se volvió intentando reprimir la risa y Charlotte parpadeó al ver su excitación. —Esto también lo has hecho tú.

Sin palabras se quedó mirando su miembro fascinada. Se pasó la lengua por el labio inferior y él gimió cogiéndola por la nuca para atrapar su boca, tumbándola sobre la cama de nuevo. Con la respiración agitada se apartó y

susurró —No me arañes en la cara, preciosa. De cuello para abajo.

—Sí, sí. —Le besó ansiosa mientras Dalston intentaba reprimir la risa. Esa mujer iba a matarle tarde o temprano, pero merecía la pena.

Al día siguiente Finnegan le preguntó a Dalston qué le había pasado en la cabeza y mientras Charlotte masticaba las gachas disimulando, él sonrió divertido. —Me he golpeado con una ventana. No me di cuenta de que estaba abierta al ponerme las botas.

—Por supuesto, como no tienes a tu valet para que te las ponga... —Los hombres se echaron a reír y Charlotte entrecerró los ojos molesta.

Pero no fue hasta horas después cuando se dio cuenta de que tenía que soportar esas bromas a menudo. Y si era sincera, ella también había hecho unas cuantas en el pasado. Sintió remordimientos. Se había burlado de él sobre que era un jugador cuando tenía una familia que era para darles de comer aparte.

Entonces empezaron las dudas. Él era lord y ella la hija de un delincuente que había sido sirvienta toda la vida. No tenían ningún futuro juntos y seguro que en cuanto Dalston solucionara los problemas que tenía con su padre, desaparecería y no le vería más. Eran de dos mundos distintos y él era conde. No podía casarse con una mujer como ella y menos con un padre así.

Era irónico que pensara eso, cuando antes estaba convencida de que Dalston no podía ser su pareja cuando era un jugador y un sinvergüenza. Pero era un sinvergüenza tan atractivo... y cómo la trataba... Se mordió el labio inferior hinchado por sus besos de la noche anterior. Pero no era adecuada para él. Eso por no hablar de lo que diría su padre si se enteraba. No le conocía, pero por lo que decía Finnegan no le iba a gustar demasiado que compartieran cama. La amenaza de que a Dalston le pasara algo por su culpa, empezó a preocuparla. Y empezó a preocuparla en serio, así que no le miraba. Ni le hablaba. Estaban cerca de la frontera con Francia y ese trayecto fue agotador. Los caminos estaban muy mal y el carruaje se movía de un lado a otro. Decidieron parar en una posada y ella lo agradeció porque estaba cansada. Entre los días anteriores, que casi no había pegado ojo intentando escapar, y la noche que había pasado con él, necesitaba una buena noche de descanso. Dijo que no quería cenar y escuchó a Eva diciendo —Está algo callada, ¿no cree, milord?

—Sí que lo está —dijo él preocupado mirándola mientras subía las escaleras tras la posadera—. Vete a ver si necesita algo.

Pero a Eva solo le dijo que necesitaba dormir y en cuanto se acostó, se fue enseguida. Suspiró abrazando la almohada y cerró los ojos dando la bienvenida al descanso para dejar de pensar tanto en su situación.

Unos brazos la rodearon y suspiró sobre el pecho de Dalston, que acarició su cabello. Ella pasó su mano por sus pectorales hasta llegar a su cuello y se dijo que aquello no estaba bien. —Tienes que irte —susurró contra su piel.

—No me voy a ir a ningún sitio.

—Mi padre te va a matar.

—Correré el riesgo.

Se quedó en silencio mientras la acariciaba como si no pudiera dejar de tocarla. —Duérmete, preciosa. Estás agotada.

—Quiero que te vayas.

—No me voy a ir, así que duérmete de una vez.

Furiosa se sentó en la cama. —¿Quieres que grite y así terminamos con esto de una vez?

Él sonrió sentándose y se puso cómodo colocando los almohadones tras su espalda. Se cruzó de brazos. —Empieza.

—¡No me retes, Dalston! ¡Fuera!

—No, de verdad. Empieza. Estoy impaciente por verte.

Impotente le miró a los ojos. —¿No lo entiendes? Esto no va a ningún sitio.

Apartó la mirada sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas y quiso levantarse, pero él la cogió por la cintura colocándola sobre su pecho. —No llores, preciosa. Con lo feliz que estabas esta mañana. —Acarició su mejilla hasta llegar a su cuello. —¿Recuerdas esta mañana? Me despertaste con un beso que me supo a gloria y no pensabas en nada que estuviera fuera de la habitación. Solo en nosotros.

—Pero es que no había pensado en ello.

—Deja de darle vueltas a esa cabecita. Eres mía, ¿recuerdas que me lo dijiste? Ni tu padre ni mi familia me importan, ni me importarán mientras estemos unidos. Pero si tú dudas... ¿Dudas de mí?

—No —susurró en el acto—. Claro que no.

—Entonces nada es importante. No te preocupes por tu padre, porque no podrá hacer nada que nos separe. Y si te preocupa mi familia, a mí no me importan, así que olvídalos.

—Te rechazarán por estar conmigo.

—Tampoco antes me querían cerca, así que me da igual.

—¿Por qué? ¿Por tus vicios?

Él sonrió divertido. —¿Mis vicios?

Se sonrojó arrepentida. —Bueno, eres un sinvergüenza que tima a los

demás en las partidas de cartas.

Dalston se tensó. —¿Quién te ha dicho eso?

—Finnegan.

—Pues eso es mentira. Tu padre me ganó, ¿no es cierto? Lo perdí todo y lo perdí sin hacer trampas.

—Pero te pegaron y...

—Porque no pude devolver el dinero, Charlotte. Tu padre me dio una lección para que pagara, pero no podía hacerlo si quería mantener a toda la gente que trabaja para mí en Londres. ¡Así que asumí las consecuencias! ¡Me pasé mes y medio en la cama!

—¿Así que no hiciste trampas? ¿No me mientes?

—¿Cuándo te he mentado yo?

—¡Me ocultaste lo de mi padre!

—¡Pero no te mentí! Y si lo hice fue para no asustarte, como ocurrió en cuanto te enteraste.

Ella sonrió, pero él se había enfadado. —No te enfades. Es normal que tenga dudas. Perdiste el collar que compraste para mí.

—Bueno, ahí sí que te mentí.

—¿No lo has perdido?

Él acarició su espalda hasta llegar a su trasero, tirando de ella hasta que sus labios estuvieron a unos centímetros. —Lo tengo en mi habitación. Quería que te enfadaras conmigo. Me había molestado tu manera de hablarme esa tarde.

Charlotte se restregó sobre él. —¿Me perdonas? —Le besó suavemente el labio inferior.

—También te mentí en otra cosa —dijo él con voz ronca levantando su camión para acariciar sus nalgas.

Ella suspiró —¿En qué me has mentido?

—Has nacido para besar, preciosa. Pero solo me besarás a mí —dijo posesivo antes de atrapar sus labios. Charlotte llevó la mano a su cuello desesperada por sentirle y gimió cuando su sexo entró en ella lentamente. Apartó sus labios arqueando su cuello hacia atrás por el placer que la inundó y más aún cuando él levantó sus caderas llenándola por completo. Había nacido para estar con él.

Dalston empezó a moverse poco a poco al principio y Charlotte sin poder soportar esa tortura, se sentó sobre él apoyándose en su pecho. Él gruñó cuando aceleró el ritmo moviéndose de arriba abajo con fuerza y cogiéndola por la cintura la tumbó en la cama, tomando el mando para embestirla con tal

intensidad que todo su cuerpo se tensó. Pero de repente él se detuvo y Charlotte protestó abriendo sus ojos enturbiados por el placer. La abrazó a él con posesividad sin dejar de mirarla, y entró en ella una y otra vez perdiendo el control, hasta que sus cuerpos se fundieron en un éxtasis que les estremeció como si fueran uno.

Capítulo 7

Los días siguientes fueron maravillosos. Por el día viajaban los cuatro juntos y Charlotte se empleó a fondo para que Eva aprendiera algo de inglés. Y la verdad es que se aplicaba mucho por su interés en aprender y se lo tomaba muy en serio. Finnegan observaba orgulloso y a veces la corregía con cariño. Incluso Dalston ayudaba formando frases sencillas para que se apañara por Londres. Pero las noches eran suyas. Él se metía en su habitación en cuanto podía y disfrutaban de maravillosos momentos juntos.

Cuando llegaron a Caen, se bajó del carruaje impaciente por subirse al barco. Dalston fue a comprar los billetes mientras ellas paseaban por el puerto. Eva estaba impresionada porque nunca había visto barcos, pues había vivido toda su vida en Madrid.

—Mira eso —susurró su dama de compañía viendo como un grumete subía al palo mayor trepándolo—. Es impresionante. Jamás podría hacerlo.

—Pues yo me subía a los árboles.

—¿Podrías hacer eso?

Miró al hombre de nuevo y se echó a reír. —Vale, igual es demasiado. —

Escucharon un silbido y se volvieron para ver a Dalston acercándose de nuevo al carruaje y por la cara que tenía no había buenas noticias. Se acercaron a toda prisa y le sonrió radiante. —No hay barco para hoy, ¿cierto? ¿Cuánto tenemos que esperar?

—Una semana. Una maldita semana. —Ella hizo una mueca antes de girarse a Finnegan que también estaba enfadado. —¡Si me hubieras hecho caso, ya estaríamos en casa!

—¿Caso? —Confundida preguntó a Finnegan— ¿A qué se refiere?

—Quería ir a Oporto a coger el barco.

—¡Hubiéramos tardado quince días menos, pero no! Hemos tenido que dar este rodeo absurdo para ahora esperar una semana.

—Dalston, no te enojas —dijo ella dulcemente. Su amante la miró a los ojos y se relajó visiblemente. Finnegan les miró con desconfianza.

—¿Qué rayos vamos a hacer aquí una semana?

—Podemos pasear. Ir de excursión. —Le cogió por el brazo. —Mira qué día tan bueno hace. Nos divertiremos.

Finnegan entrecerró los ojos y siseó —Hijo de puta.

Los tres le miraron sorprendidos antes de que Finnegan con un rugido se tirara sobre Dalston, que la apartó en el último segundo recibiendo un buen

golpe antes de caer al suelo. Los gemelos saltaron del pescante cuando Finnegan le pegaba un puñetazo a Dalston en el estómago. —¿Qué ocurre, jefe?

—¡Finn suéltale! —gritó Charlotte asustada.

Dalston le pegó un puñetazo en la barbilla apartándolo de encima, pero entonces los gemelos se miraron antes de tirarse sobre él. Chilló porque esas dos bestias le iban a matar, así que se tiró sobre Irwin cogiéndole le los pelos. —¡Suéltale o te dejo calvo! —le gritó al oído haciéndole encogerse de dolor.

—¡Charlotte! —gritó Dalston antes de recibir un puñetazo de Owen.

Charlotte gritó rabiosa antes de soltar una mano de Irwin y agarrar la oreja de Owen retorciéndosela con saña. —¡Soltadle!

Chilló cuando Finnegan la cogió por la cintura tirando de ella. Pero como Charlotte no soltaba a los chicos, tuvieron que levantarse a la vez.

—¡Suéltame! —gritó ella mirando hacia abajo. Jadeó al ver que Dalston no se movía. —¿Dalston? —Soltó a los gemelos y se zafó de Finnegan antes de arrodillarse a su lado. —¿Dalston? —Le dio un par de palmaditas en la cara antes de agacharse para comprobar que respiraba. Suspiró de alivio al darse cuenta de que sí y giró la cabeza lentamente mirando a los tres con ganas de matarlos. Los hombres de su padre dieron un paso atrás y ella siseó —Esto lo vais a pagar.

—¡No tendría que haberte tocado! —gritó Finnegan furioso.

—¡Ese no es problema tuyo! —Se levantó lentamente y caminó con paso firme hasta unas cajas rotas de madera que estaban al lado de un almacén y cogió una barra de hierro.

Se volvió y Eva forzó una sonrisa. —Querida, ¿qué haces?

—¿Tres contra uno? Ahora vais a saber lo que es bueno.

—¿Jefe? —preguntó Owen sin saber qué hacer.

—No le hagáis daño.

Los gemelos asintieron y ella sonrió maliciosa. —Vamos, chicos. Esto os va a encantar.

—Tú cógela y yo me libero de la barra —dijo Irwin sin quitarle ojo.

—Vale. —Owen dio un paso hacia ella. —Señorita, baje eso.

Charlotte gritó levantando la barra y corriendo hacia ellos. Ambos se apartaron y le pegó un porrazo a Finnegan en toda la cabeza, que la miró sorprendido antes de poner los ojos en blanco, cayendo hacia atrás tieso como una tabla. Eva chilló del susto, pero Charlotte no se quedó ahí. Giró en redondo pegando al sorprendido Owen en el interior de las rodillas, provocando que cayera al suelo. Irwin fue a ayudar a su hermano mientras ella levantaba la barra por encima de su cabeza, sin darse cuenta de que

golpeaba a Irwin en la coronilla antes de rematar a Owen, que gimió perdiendo el sentido. Charlotte se volvió con la barra en alto y Eva que estaba al lado de Finnegan chilló del susto cubriéndose con el brazo. Asombrada vio a Irwin en el suelo espatarrado y dejó salir el aire que estaba conteniendo. — Ha sido fácil.

—¡Estás loca!

—¡Qué no le hubieran tocado! —Miró hacia Dalston y tiró la barra al suelo antes de correr hacia él. —¿Dalston? —Cogió su cabeza con cuidado y le dio besos por la cara. —Despierta. Me pones nerviosa. —Besó sus labios y él gimió como si le doliera. —¿Cariño?

Él abrió los ojos e hizo una mueca. Ella chilló del susto al ver la sangre en su boca y tiró de su labio inferior viendo que uno de sus dientes de abajo se le había roto un poco en la esquina. Furiosa dejó caer su cabeza al suelo antes de levantarse y pegarle una patada a Irwin que estaba levantándose y otra a Owen. —¡Debería arrancaros los dientes uno por uno! —Se volvió hacia Finnegan, pero Eva se tiró sobre él para protegerle. Gruñó apretando los puños. —Ya le pillaré.

Escuchó gemir a Dalston y se volvió para ver cómo se sentaba con esfuerzo. Parpadeó asombrado. —Preciosa, eres una cajita de sorpresas.

Ella sonrió poniendo los brazos en jarras. —¿Verdad que sí? La señora

siempre me lo decía. Carlota, siempre me estás sorprendiendo.

—A mí me estás sorprendiendo desde que te conozco. —Se levantó llevándose la mano a las costillas.

Ella se acercó tocándole el costado. —¿Te duele? ¿Te las han roto? ¿Les remato?

Dalston rió por lo bajo. —No, cielo. Déjales.

Les escuchó levantarse y se volvió dispuesta a cargar contra ellos de nuevo. Dalston la cogió por la cintura. —Quieta fiera.

—¡No tiene gracia! ¡Has perdido medio diente!

—¿De veras? —Se pasó la mano libre por los dientes y cuando lo localizó chasqueó la lengua. —Casi no se nota.

—¡Yo sí que lo noto!

—Suerte ha tenido que no le matáramos —dijo Finnegan levantándose con ayuda de Eva—. Cuando se entere tu padre...

—¡Ese es mi problema!

—¡Y el mío! —dijo Finnegan—. Me va a rebanar el cuello cuando sepa que ese... ese...

Charlotte levantó el dedo. —Cuidado. Estás hablando de mi futuro

marido.

Eso sí que les dejó pasmados a todos incluido Dalston, que la miró como si estuviera loca. Se sonrojó. —Dijiste que a tu familia no le importaría. O que a ti no te importaría lo que le importara a la familia. —Levantó la barbilla. —¿O no?

—Igual deberías esperar a que te lo pida.

—Pero me lo vas a pedir, ¿no?

Dalston miró de reojo a Finnegan, que pasó su dedo por su garganta.

—¿Cariño? —preguntó insegura.

—¡No se puede casar contigo, Charlotte! ¡Su padre le desheredaría si se enterara!

Dalston apretó los labios. —¡Finnegan cierra la boca! —Cogió la mano de Charlotte. —Preciosa... antes de presentarme ante mis padres con una esposa, tengo que hablar con ellos.

—Pero dijiste que te daba igual —dijo sin comprender—. Que éramos nosotros y que los demás no importaban.

—Y no me importan. Te juro que nada me importa tanto como tú desde hace mucho tiempo. —Charlotte sonrió. —Pero debo hablar con mis padres antes de dar un paso así.

—¡No se casará! ¡En cuanto llegue a Londres no volverás a verle el pelo!
—gritó Finnegan—. Y más cuando se entere tu padre. Saldrá corriendo, pero ya me encargo yo de esto. Vaya que sí.

—¡No hará eso! —Miró a Dalston a los ojos y vio sus dudas. —¿Dalston? Tú me quieres, ¿verdad? No me dejarías.

Él vio el temor en su mirada y sonrió cogiéndola por la cintura. —No te dejaría por nada del mundo.

—¡Claro que no la dejarás! ¡Porque te vas a casar ahora mismo! —Se acercó a Owen y le cogió por las solapas de la chaqueta. —¿Qué haces aquí, idiota? ¡Vete a buscar a un cura!

Preocupada miró a Dalston a los ojos. Pensaba que se casarían en cuanto llegaran a Londres y convenciera a su padre de que era adecuado para ella, pero tenía la sensación de que debían llegar casados. Forzó una sonrisa. —Así no habrá problemas con mi padre porque ya estará hecho. No querrá que me disguste cuando acaba de conocerme. —Le guiñó un ojo. —Así que no te matará y me dejará viuda.

—Sí, cielo. Pero tendrá que mantenernos él, porque mis padres no nos darán una libra.

Dio un paso atrás. —Pero trabajarás, ¿no?

Finnegan se echó a reír. —¿Trabajar? No sabe lo que es eso. Para él lo normal es estirar la mano y que su padre le dé la asignación. —Dalston apretó los labios. —Es un lord que está acostumbrado a no hacer nada desde que se levanta hasta que se acuesta, salvo divertirse gastando el dinero que consigue sin pegar un palo.

—Pero mis señores trabajaban. Tenían la hacienda y... La duquesa era muy mayor, pero su hijo tenía propiedades y...

—¡Pero él no ha heredado nada que administrar todavía, Charlotte! ¡No tiene nada! ¡Vive en una casa que es de sus padres y recibe la asignación que le da el Marqués! ¡Si le desheredan solo recibirá el título! ¡Solo el título!

Charlotte se encogió de hombros al ver que Dalston estaba avergonzado y sonrió. —Eso no me importa. Me casaría contigo aunque no tuviéramos que llevarnos a la boca. Te quiero.

Dalston la abrazó con fuerza pegándola a él. —¿Estás segura, preciosa?

—Nunca he estado tan segura de algo en la vida. ¿Y tú?

—Tú y yo solos. Los demás no importan.

Ella se apartó para mirarle y le besó suavemente en los labios antes de que él tomara el control y profundizara el beso volviéndola loca.

—¡Vete a por el cura, idiota! ¡No pierdas más el tiempo!

—Oh, que bonito —dijo Eva. Todos la miraron—. Bueno, he entendido algo. —Mostró el índice y el pulgar. —Un poquito.

Charlotte se echó a reír ilusionada. —¡Eva, me voy a casar!

—Eso no lo había entendido. —Forzó una sonrisa hacia Finnegan que estaba furioso. —¡Una boda!

Finnegan gruñó mirando a su mujer de arriba abajo para decir sorprendido —¿Quiere casarse?

Charlotte reprimió la risa y miró a Dalston maliciosa que dijo —Sí, se la ve muy ilusionada.

Finnegan sonrió como un bobo y cogió su mano besándola mientras ella suspiraba de gusto.

—Tenemos una semana para hacer una boda muy bonita —dijo Charlotte tan feliz que nadie pudo rechistarle.

—¿Entonces no busco un cura? —preguntó Irwin tocándose la cabeza—. ¡Me está saliendo un chichón!

—¡Pues te fastidias! —replicó Charlotte cogiendo del brazo a Dalston y mirándole con amor—. ¿Buscamos alojamiento?

—Será lo mejor.

—¡Habitaciones separadas!

Ignorando a Finnegan caminaron hasta el carruaje. Eva sonrió y cogió del brazo a Finnegan que le dio palmaditas en la mano mientras siseaba —A ver cómo le explico esto a Jack.

—Deje que la chica se lo diga, jefe —dijo Owen pegándole una palmada a su hermano en la espalda—. Es igualita a Sterling. Menuda mala leche.

Finnegan le fulminó con la mirada. —¿Qué has dicho?

—Nada, jefe. Yo a lo mío.

—Eso creía.

Al día siguiente Finnegan ya había encontrado una Iglesia donde el cura estaba dispuesto a casarles con tan poco tiempo y su dinero le costó. Menos mal que ya no quedaba mucho para llegar, porque su bolsa estaba casi vacía. Era la hora de la cena y todos estaban en el comedor esperando el cordero que habían encargado, cuando entraron cuatro hombres y Finnegan les miró sorprendido. —Mierda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charlotte al ver que se había puesto en guardia.

Los gemelos miraron hacia atrás y perdieron todo el color de la cara levantándose de inmediato. Dalston, sentado a su lado, se levantó también y ella le miró confundida. —¿Cariño?

—Preciosa...

Los cuatro hombres se acercaron a su mesa y el que iba delante se detuvo en seco mirando a Charlotte. Ella miró sus ojos negros. Era moreno y debía tener unos cincuenta años. Y era apuesto para su edad. Sus patillas empezaban a mostrar algunas canas, pero era un hombre que imponía con su sola presencia. Lo supo en cuanto vio esos ojos. Estaba ante el mismísimo Jack Sterling. Nerviosa se levantó en el acto mientras él reaccionaba. —Finnegan, ¿qué significa esto? ¿Cómo es que ya estás aquí? Pensaba reunirme contigo en Madrid —preguntó fríamente a su amigo sin quitarle la vista de encima.

—Pues verás, Jack... —dijo nervioso—. ¿Recuerdas a la muchacha que buscábamos? Podía ser familiar de tu esposa. Y lo era. Es tu hija, Jack. Nació en un convento de Cádiz y la criaron las monjas hasta los cinco años, cuando la enviaron a servir a una hacienda.

La cara de su padre no reflejaba sorpresa. Sino que seguía mirándola sin expresar nada en absoluto, lo que puso aún más nerviosa a Charlotte que sin darse cuenta dio un paso hacia Dalston. Jack vio el gesto y entrecerró los ojos mirando al conde. Sonrió irónico. —Finnegan, al parecer tenemos mucho de lo que hablar. —Se volvió hacia un hombre muy alto. —Despeja la posada.

—Sí, jefe.

Asombrada vio como sus hombres se distribuían y hablaban con la gente que rápidamente se levantaba y se iba sin que protestara nadie. Charlotte no se lo podía creer y Eva preguntó con una sonrisa —¿Quién es ese señor tan atractivo?

—Es mi padre, Eva —siseó en español.

—Oh... —Miró a Finnegan. —¿Estamos en problemas?

—Eso parece.

Jack se quitó la capa de terciopelo negro que llevaba y la tiró sobre una mesa. —Cantintero, una botella de coñac —dijo tranquilamente.

El hombre alto se encargó de llevarle el coñac con la mejor copa que tenía el local. —Se llama Charlotte —dijo Finnegan acercándose a él—. Habla inglés, así que puedes hablar con ella.

—¿Dónde está Monique? —preguntó fríamente cogiendo la copa que le tendía su hombre.

—Lo siento, jefe. Murió en el parto.

A Charlotte se le retorció el corazón al darse cuenta del dolor que recorrió su cara, pero solo lo mostró cuando la mano que tenía la copa tembló casi imperceptiblemente. Sin poder evitarlo sufrió por él y por todo el dolor que había sentido durante todos esos años, esperando un amor que no volvería

nunca. Entonces se propuso hacerle feliz.

—¿Y estás seguro de que Monique es la madre de esa muchacha?

—Totalmente. Yo mismo estuve presente en la conversación con la madre superiora.

Jack miró a Dalston buscando confirmación y éste asintió muy tenso. Entonces miró a Charlotte a los ojos y disimuló su emoción. —Ven aquí, hija.

Charlotte rodeó la mesa y se colocó ante él. Jack alargó la mano libre y cogió uno de sus rizos castaños. —Eres igual que tu madre. Incluso llevaba un vestido rosa el día que la conocí, así que debe ser el destino.

Ella sonrió emocionada y sorprendiéndolos a todos, se tiró sobre él abrazándolo por el cuello. —No vuelvas a dejarme sola.

Jack la abrazó a él. —Jamás, mi niña. Eso no volverá a pasar.

Se alejó de su padre para mirarle a la cara y sonrió radiante mientras Eva se secaba las lágrimas con un pañuelo. —¿Sabes, padre? Voy a casarme.

Finnegan gimió. Y ella perdió algo la sonrisa apartándose. —Con Dalston.

—Ya me lo imaginaba, hija —dijo sin perder la sonrisa antes de mirar a su futuro yerno—. Vaya, vaya. Finnegan, esto sí que es una sorpresa.

—Lo he intentado evitar, pero está enamorada.

—Es que nuestro conde es todo un galán. —Sonrió a su hija que correspondió a su sonrisa. —Mi hija. Una condesa nada menos. La condesa más hermosa que haya en Inglaterra. —Miró fríamente a Dalston. — Mantendremos una conversación sobre esa boda después. Finnegan, aún tienes muchas cosas que contarme. Lo hablaremos con una buena cena.

Emocionada se sentó al lado de su padre que lo hizo a la cabecera y Dalston muy tenso se sentó a su lado. Ella le sonrió cogiendo su mano bajo la mesa y él se la apretó como si no quisiera perderla. Pero todo iba bien. Su padre no se había enfadado y todo iba perfecto. Le acarició el dorso de la mano con el pulgar para calmarle. Finnegan le estaba relatando la historia como ellos habían quedado en contarla. Y era lo mejor. Ahora lo sabía.

—Así que cuando se incendió la hacienda, decidiste irte a Madrid a trabajar.

—Sí, conseguí un trabajo buenísimo para una duquesa.

Eso a su padre no le gustó y lo supo porque un músculo en su mejilla saltó, aunque sonreía. —Pero ahora estoy aquí.

—Sí, estás aquí. —Cogió su mano sobre la mesa antes de mirar a Dalston. —Has cumplido tu cometido. Estoy satisfecho.

—Me alegro.

—Lo que me extraña de todo esto, es que no descubrierais nada de las razones de Monique para irse a Cádiz.

—Ni rastro. Las monjas no sabían nada y el hombre que le robó sus pertenencias desapareció. Desgraciadamente Monique no vivió lo suficiente como para que confiara en las monjas, así que...

—No hay nada.

—No, lo siento.

La miró a los ojos y ella sonrió radiante. —Padre...

—Todavía no puedo creerme que seas mi hija.

Ella soltó una risita. —Pues te vas a hartar.

Jack se echó a reír. —No lo creo.

—Pues para que te vayas dando cuenta de donde te estás metiendo... prométeme que no vas a hacerle nada a mi prometido.

Su padre parpadeó. —¿Disculpa?

—No soy tonta. Ya sé a qué te dedicas. —Jack miró a Finnegan como si fuera idiota y éste bebió su copa de golpe. —Y como ya lo sé y como ya no tenemos que disimular, lo mejor será dejar las cartas boca arriba. Quiero a

Dalston y me voy a casar con él.

Jack suspiró apoyando la espalda en el respaldo de la silla mirándola fijamente. —Así que vamos a dejar las cartas sobre la mesa.

—Exacto.

—Y hablando de cartas, ¿sabes que ese prometido tuyo me debe diez mil libras?

—¿Eso es mucho?

Jack se echó a reír a carcajadas asintiendo. —Sí, cielo. Es mucho.

—Piensa en todos los vestuarios, joyas y todas esas cosas inútiles que te has ahorrado conmigo. Será mi dote. —Sonrió satisfecha con su conclusión.

—Así que le quieres y que te vas a casar con él. —Levantó una ceja al ver como Dalston se tensaba. —¿Y cómo piensas mantener a mi hija?

—Trabajaré si hace falta.

—Muy noble, conde. ¿Qué habilidades tienes? ¿En qué piensas trabajar? ¿Quién le dará trabajo a un hombre que no ha hecho nada en la vida salvo ir de fiesta en fiesta?

—¡Padre!

—¿Te mantendrá mi hija? ¿Será doncella para manteneros? —Jack se

echó a reír. —No, está claro que tú no esperas eso. Esperas que mi fortuna, la fortuna de mi hija os mantenga como a reyes. Por supuesto acabo de encontrarla y no la iba a dejar desamparada. Que mejor para mantener el nivel de vida al que estás acostumbrado, que casarte con la hija del hombre más influyente de Londres. Puede que me teman, puede que nadie me quiera en su casa, pero no hay una sola persona en Londres que me quiera como enemigo, ¿no es cierto? Te vendría de perlas casarte con mi hija para seguir la vida que siempre te ha agradado. Fiestas, zorras, partidas de cartas y todo aquello que disfrutas sin control desde hace años. Nunca te ha preocupado nadie salvo tú mismo, ¿no es cierto Hanford?

Dalston no contestaba nada y le miró asombrada. —¡Di algo!

—Es que no puede decir nada porque es la verdad. Seguro que en cuanto te vio esa idea se le pasó por la cabeza. La solución a sus problemas.

Todos miraron a Dalston que estaba muy tenso. —¿Te opones al matrimonio?

Jack sonrió irónico mientras ella le miraba asombrada. —¡Defiéndete!

—¿De qué quieres que me defienda? No pienso refutar sus palabras. Sería discutir con una pared. Él es Jack Sterling y siempre tiene razón.

—Exacto. Y no lo olvides nunca.

Se retaron con la mirada y Charlotte se levantó. —¡Ya está bien! —gritó sorprendiéndoles a todos. Señaló a su padre. —¡A ti te voy a decir que yo elijo con quien compartir mi vida! ¡Y le quiero a él! ¿Lo has entendido? ¡Ni se te ocurra intentar hacerle daño! —Se volvió hacia Dalston. —¡Y tú! ¡Deja de tenerle miedo!

—¡No le tengo miedo!

—¡Pues enfréntate a él! ¡Te ha insultado!

—¿Y qué quieres? ¿Qué rete a tu padre?

Ella se cruzó de brazos y lo pensó. —¡Charlotte! —Jack parecía atónito.

—Espera padre que estoy pensando. Le has ofendido.

—¡Eres mi hija!

—Y él es mi prometido. Estáis empatados.

Finnegan hizo una mueca. —Se va a liar...

—Muy bien. Ya me he decidido.

—¿No me digas? —dijo Jack divertido.

Miró a su padre fijamente. —Él es mi prometido y tú eres mi padre. Os debo lealtad a los dos. ¿No es cierto?

—¡Yo soy tu padre!

—¡Os la debo a los dos! —le gritó a la cara—. No seas pesado.

Los hombres miraron asombrados como Jack sonreía satisfecho. —¿Y qué has decidido?

—¡Qué si me queréis, debéis llevaros bien! Y eso significa que no puedes insultarle o reírte de él.

—¡Charlotte, no necesito que me defiendas!

—Ya lo sé. Por eso si matas a mi padre en el duelo no te lo recriminaré.

Eso les dejó a todos atónitos. Finnegan carraspeó. —¿Qué duelo, niña?

—Al que se retarán mañana. Padre le ha insultado. Lo mejor para limar asperezas es hacer el duelo y después pelillos a la mar. Empezaremos de nuevo. Con su honor intacto.

—¿Honor? —Jack miró atónito a su supuesto yerno. —¿Qué honor?

—Suegro no empiece.

—Si me queréis, haréis el duelo. ¡Pero no os matéis, que entonces sí que me voy a enfadar! —Miró la cena. —¡Ya me habéis quitado el apetito! Y encima no pegaré ojo por vuestra culpa, pero es lo que hay que hacer. Satisfacer el honor y seguir adelante.

—Hija, le voy a matar.

—Tengo muy buena puntería, suegro. Recuerde que no es la primera vez que me reto. ¿Hace cuánto que no lo hace usted?

Todos se quedaron en silencio. —Jack... —dijo Finnegan—. Lo del honor es una tontería de caballeros.

—¡Yo tengo honor! —gritó sobresaltando a media mesa antes de decirle a Dalston—. Muy bien. Acepto el reto.

Inquieta se apretó las manos mirando a uno y después al otro. Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas y gritó rabiosa —¡Ya me habéis disgustado! ¡Con lo contenta que estaba! —Salió corriendo dejándolos a todos con la boca abierta.

Jack carraspeó pasándose la mano por el cuello. —Esto de ser padre va a ser algo difícil. ¿Estará bien? —Miró a Eva que no sabía qué hacer. —¿Quién es esta mujer?

—Es mi prometida, Jack.

Miró a Finnegan con los ojos como platos. —Si no lo veo no lo creo. — Su amigo sonrió orgulloso. —Amigo, ¿es sorda? Parece que no se entera de nada.

—No, es que no habla nuestro idioma.

—Ahora lo entiendo todo.

Miraron a Dalston que se moría por ir detrás de su hija. Sonrió divertido porque era obvio. —Ni se te ocurra. Puedes seguir esa pantomima cuando ella está presente, pero conmigo no hace falta que disimules. Te conozco mucho mejor de lo que piensas.

—No sé a qué te refieres.

—Ya estás rompiendo este compromiso absurdo y diciéndole con mucho cuidado para no herirla que esto se acabó. —Bebió de su copa tranquilamente y Dalston se levantó suspirando. —Hazme caso, conde. Al fin y al cabo, me caes bien.

—Sí, me di cuenta de lo bien que te caía cuando me rompías las piernas.

—Eso eran negocios. Imagínate lo que te ocurrirá ahora que es personal. No tendrás donde esconderte.

Dalston apretó los puños muy tenso. —¿No querrás que se disguste, Sterling? La acabas de encontrar, no querrás perderla.

Jack dejó su copa con fuerza sobre la mesa haciéndola añicos y se levantó lentamente. —¿Quieres retarme? ¿A mí? —siseó furioso—. No quieras probarme porque como sigas por ese camino te destruiré. Sabes que puedo hacerlo.

—¡Va a ser mi mujer! ¡Di lo que quieras! ¡No podrás evitarlo!

—¿Crees que no? ¿Y qué crees tú que opinará ella de esa muchacha a la que deshonraste y después no quisiste casarte con ella?

—¡Me dijo que no era virgen! ¡Lo hizo para atraparme!

—¡Era debutante!

Sonrió irónico. —Por experiencia te digo que muchas debutantes no son tan puras como aparentan.

—¿Y esa rica heredera con la que sí te ibas a casar?

—Pues igual no deberías haberme roto las piernas. No nos encontraríamos en esta situación.

—Ah... ya entiendo. ¿Es tu venganza, conde?

—Te dije que lo pagarías.

Jack le cogió por la pechera acercándole a él perdiendo los nervios. —
Mañana al amanecer.

—Con mucho gusto. —Se apartó furioso y los hombres de Sterling le amenazaron con las pistolas. Se echó a reír. —Tranquilos, chicos. Ya lo resolverá el jefe mañana por la mañana.

—Eso no lo dudes —dijo Jack fríamente.

Charlotte con lágrimas en los ojos escondida bajo las escaleras, escuchó

como Dalston subía furioso. Se mordió el labio inferior mirando hacia arriba. Estaba claro que Dalston tenía un pasado. Pero que hubiera intentado casarse con otra mujer únicamente por el dinero, la decepcionó muchísimo. ¿Quería vengarse de su padre utilizándola? No se lo podía creer. Fue él quien la rechazó en un primer momento cuando la besó el día en que le pidió que le desabrochara el vestido. Ahí podía haberla seducido, pero no lo hizo. Ciertamente después fue él quien insistió cuando entró en su habitación por la ventana, pero su relación era distinta entonces. Y después tuvo dudas con la boda, porque sabía que su futuro era incierto económicamente. Había sido ella quien había insistido en casarse cuanto antes, para que su padre se encontrara con que su boda era algo definitivo y no hubiera esos conflictos. Se limpió las lágrimas pensando en cómo solucionar ese tema. Su padre estaba empeinado y estaba segura de que Dalston había dicho esas cosas por orgullo. Era un cabezota, cuando si hubiera dicho que la quería, su padre no hubiera insistido tanto en que la abandonara. Y ahora estaba el duelo. Menudo lío. Ella lo había dicho para que empezaran de cero, pero estaba segura de que como se enfrentaran, uno de los dos saldría malherido y Charlotte se iba a enfadar. Y cuando se enfadaba, podía pasar cualquier cosa.

—¿Charlotte?

Miró hacia arriba cortándosele el aliento al escuchar la voz de Dalston. — ¡Charlotte! —Escuchó pasos apresurados por el piso de arriba y que se abría

una puerta de golpe. —Preciosa, ¿dónde estás?

Le escuchó bajar por las escaleras llamándola y ella entrecerró los ojos.
—¿Habéis visto a Charlotte?

—¿Has osado entrar en su habitación? —gritó su padre furioso.

—¡Te estoy diciendo que no está en su habitación!

—Finnegan, salid a buscarla.

—¡Lámparas de aceite, rápido! ¡Ya sabía yo que todo esto no iba a llevar a nada bueno, Jack! La niña es muy sensible. —Charlotte parpadeó. —¡Y tiene muy mal carácter! ¡Si os ha oído, es muy capaz de regresar a Madrid! ¡Vaya que sí!

—¿Estás loco? ¿Cómo va a volver a Madrid sola?

Dalston salió corriendo de la posada llamándola a gritos. Se mordió el labio inferior al ver que varios hombres le siguieron. ¿Debía salir?

Su padre se acercó a la puerta con una lámpara de aceite y con Finnegan siguiéndole. —Deberías haberle dado una oportunidad al chico. No es mala persona. Nos ha ayudado mucho.

—Sí, con un objetivo en mente. ¿Tengo que recordarte que lo hizo por dinero? Dinero que ya no me debe, por cierto.

—Que no, Jack. Yo creo que la quiere de veras. No has pasado tiempo

con ellos, pero te aseguro...

—¡Finnegan! ¡No me cuentes historias! ¡Vamos a buscar a mi hija! ¡No puedo perderla de nuevo!

Capítulo 8

Sonrió encantada bajo la escalera y se sentó poniéndose cómoda. Escuchó como la llamaban alrededor de la posada y la posadera salió de la cocina encontrándosela allí sentada. Ella puso un dedo ante los labios para que se callara y la mujer sonrió divertida pasando de largo hasta la puerta. Escuchó pasos que subían la escalera y pasos que bajaban minutos después. Cuando vio un vestido azul ante ella levantó la vista sonriendo a Eva, que la miraba cruzada de brazos. —¿Qué haces, niña?

—Asustarles un poco.

—Tu padre te va a poner el culo como un tomate cuando se entere de esto. ¡Y Dalston también! ¡No podrás sentarte en una semana!

—Merece la pena. —Levantó la barbilla. —Son muy cabezotas.

—Sí que lo son. Sobre todo tu padre, que tiene un carácter... —Se acercó a ella sentándose a su lado. —¿Cuánto piensas estar escondida?

—¿Hasta el amanecer? Diles que no he podido irme muy lejos, porque no me he llevado dinero ni la ropa.

—Ah, no. A mí no me metas.

Entonces escuchó gritar —¡Voy por el camino que hemos usado para venir! ¡No puede haber ido muy lejos! —Dalston salió a galope.

Charlotte se levantó de repente golpeándose con la escalera. —¡Auchh!

—Niña, Dalston se va.

—¡Ya lo he oído! —Salió corriendo por la cocina y corrió rodeando la posada para ver las luces de las lámparas de los hombres que ya la buscaban entre la maleza. Uno de ellos buscaba por el acantilado que había cerca. Pero ya no veía a Dalston. Menudo lío en el que se acababa de meter. Regresó a la posada por el mismo sitio y cogió un pedazo de tarta de melaza de la que pasaba por la cocina. Aún debajo de la escalera Eva parpadeó viéndola comer como si nada. —Se ha ido —dijo con la boca llena.

—¡La madre que te parió! ¿Y hasta dónde va a ir?

Se encogió de hombros sonriendo como una boba. —Quieren recuperarme.

—¡Eso es obvio! ¡Sube ahora mismo a tu habitación! ¡Estás castigada!

Masticó el último trozo y se chupó el pulgar. —No puedo. Si lo hago, mañana se retarán en duelo y uno de los dos sufrirá. ¡Y después sufriré yo! — Lo pensó un momento. —Sí, creo que lo mejor es que estén entretenidos buscándome y que cuando lleguen a Londres ya hayan hecho las paces.

Eva jadeó levantándose. —¡Ni loca vas a ir sola a Londres!

—Si es muy fácil... ¡Está ahí al lado! Solo tengo que cruzar a la otra orilla y llegar a Londres.

—¡Ni hablar! ¡Y menos sola! ¿Sabes todo lo que te puede pasar?

—Vale, pues ven conmigo.

Eva entrecerró los ojos. —Estás como para que te encierren.

—O vienes o me voy sola. Ah, y trae la bolsa que te quedaste en la tienda de tu antiguo jefe. No tengo dinero.

—¿Y cómo pensabas pasar? ¿A nado?

—Nado muy bien.

—Estás...

—Sí, sí. Te repites. ¿Vienes o no?

—Voy a por las cosas. Como Finnegan me deje...

—Mira, otro motivo para irnos. Descubrir cuánto te quiere.

Eva salió corriendo y reprimiendo la risa fue hasta la cocina donde se comió media tarta tranquilamente. Allí la encontró Eva. —Eso tiene una pinta estupenda.

—Come, come. No debemos irnos con el estómago vacío —dijo con la

boca llena.

Cuando ya estuvieron satisfechas, abrieron la puerta y miraron al exterior. Eva llevaba su bolsa de viaje. —¿Qué llevas ahí?

—Un camión para cada una y una muda limpia. Y el dinero y los pendientes. ¡Ah, y un peine!

—Piensas en todo. —Cogió su bolsa y le hizo una seña con la mano para ir hacia la esquina de la posada. Asomaron las cabezas para observar y Charlotte susurró —¿Crees que podremos pasar por el medio?

—¿Crees que somos invisibles? Deberíamos escondernos en el desván de la posada hasta que se den por vencidos y se vayan.

Charlotte levantó la vista hacia ella. —Eso es una buena idea. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Tú eres la mente maquiavélica.

—¿Y eso qué significa?

Eva se encogió de hombros. —Ni idea, pero mi jefe me lo decía mucho cuando hacía algo mal.

Un carraspeo tras ellas les hizo gemir volviéndose. Allí estaba Finnegan con la lámpara en alto. —¿No deberías estar buscando por allí? —preguntó ella señalando el acantilado.

—Niña... esta vez sí que vas a cobrar. Y no precisamente dinero. —Miró a Eva que se sonrojó. —¡Tú y yo ya hablaremos!

—¡Si no te entiende!

—¡Da igual!

—Eva solo quiere ayudarnos. Por eso me acompañaba.

Asombrado miró a Eva. —¿Ibas a abandonarme?

—¿Qué dice?

—¡Oh, por Dios! No, no iba a abandonarte. Solo quiere que Dalston y padre se lleven bien. Con un objetivo común.

—Y el objetivo común es...

—¡Encontrarme a mí!

—Niña...

—Es muy sencillo. Yo me voy a Londres y tú mañana o pasado dices que es imposible que volviera a Madrid. Que seguro que me fui a Londres porque está más cerca. Además, las doncellas están mejor pagadas.

—¿Están mejor pagadas?

—¡Ni idea Finn, pero es lo que vas a decir! Además, dirás que Eva viene conmigo, así que seguro que me ha convencido para ir a Londres, porque Eva

no te abandonaría. Seguro que te espera allí.

—Claro que no me abandonaría. ¡Si está encantada conmigo! —La cogió por la cintura y le plantó un beso en toda la boca. Cuando se apartó, Eva sonreía como una tonta.

—Oh, por Dios. Me ponéis mala.

—Pero si digo eso, Jack dirá que nos repartamos en dos grupos y con la suerte que tengo, seguro que me toca ir a Madrid de nuevo. ¡Y no pienso ir!

Charlotte bufó cruzándose de brazos intentando encontrar la solución. — ¡Ya lo sé! ¡Nos encontraste cuando nos íbamos y nos escuchaste que nos íbamos a Londres! ¡Danos hasta el amanecer de ventaja!

—¿Y qué excusa voy a poner para no decirlo antes? ¿Me he quedado mudo? —Ella forzó una sonrisa y la miró con desconfianza. —¿En qué piensas?

—Será un golpecito de nada.

—¡Niña!

—Shusss. Si no te vas a enterar.

—¡Te aseguro que del golpe que me has dado esta mañana me he enterado muy bien!

Ella buscó a su alrededor. —¿No habrá por aquí una estaca?

—¿Una estaca? —preguntó con horror.

—¿Qué dice?

—Ya lo sé, dame tu pistola.

—¡No irás a pegarme un tiro!

—Que no. ¡Dame la pistola de una vez!

Resignado la sacó de la cinturilla y ella la cogió por el cañón. —
¿Preparado?

—¡No!

—Mejor, que te pille por sorpresa. —Le golpeó sin pensarlo y Finnegan gruñó llevándose la mano a la cabeza. —Espera que...

—¡Charlotte! ¿Estás loca?

—Espera Eva, que acabo enseguida.

—¡No! —gritaron los dos a la vez antes de darle otro porrazo en toda la cabeza. Finnegan suspiró cayendo a plomo en el suelo.

—¡Mi vida! —Eva se agachó.

—Shuss. Te van a oír.

La miró como si estuviera loca. —Me lo vas a dejar tonto con tanto golpe.

—Que más dará si no le entiendes. —La agarró por el brazo. —Vamos, date prisa.

—Pero...

—Se pondrá bien. Si de algo me he dado cuenta en este viaje, es de que tiene la cabeza muy dura.

—¿Le estás llamando cabezón?

—Ya te darás cuenta. Ya.

Corrieron agachadas tras los matorrales y consiguieron esquivar a uno de los hombres de su padre que estaba de espaldas a ellas mirando por el acantilado gritando su nombre. Como si pudiera contestar si hubiera caído por ahí. Ese hombre era tonto.

Llegaron a la curva y les perdieron de vista. —Atenta por si vuelve Dalston —dijo ella agudizando el oído.

—Uy, en que lío nos estás metiendo. Tu padre nos va a matar como se entere.

—Me echáis a mí la culpa. Tenemos que llegar al puerto. Se iba bajando la cuesta.

—¿Cómo sabes por dónde tenemos que ir?

—¡Si dejaras de hacerle ojitos a Finnegan continuamente, te hubieras

enterado del camino!

—Mira quien fue a hablar.

—Bueno, el mar está ahí abajo, así que bajemos la cuesta que lleva a la aldea y después buscamos el puerto.

—En plena noche. Nos van a asaltar o a violar o a...

—Hala, hala. Serás exagerada. Yo te protejo.

—¿Con qué? ¡Has dejado la pistola!

—Upps, un fallo. No pasa nada. Mis manos son letales. —La miró como si estuviera chiflada y Charlotte reprimió la risa.

Escuchó unos cascos y le pegó un empujón a Eva que la tiró tras un árbol. Se escondió a su lado. —Serás bruta.

—Shusss, que vuelve.

Dalston pasó ante ellas como una bala y ella sonrió como una tonta. — Qué mono. Me quiere. Está desesperadito por encontrarme.

—Pues no sabe bien donde se mete.

—Estás un poco gruñona.

—¡Será porque has descalabrado a mi novio!

—Vale, te perdono.

Caminaron por la cuneta y a ambas les dolían los pies al llegar al pueblo. —Muy bien, ¿y ahora qué? —Miró a su alrededor mientras Eva se sentaba en una piedra enorme que había en el camino. Charlotte entrecerró los ojos intentando escuchar el mar. —¿Por qué no vamos por allí?

—Me vas a dar vueltas por toda la aldea hasta encontrarlo, ¿verdad?

—Claro.

—¡Qué bien estaba yo en la posada!

—Pues vuelve. Me iré sola.

—Ni loca te dejó sola con tanto maleante. —Charlotte se echó a reír. —
¿De qué te ríes?

—Es gracioso que digas eso cuando estábamos con los maleantes más peligrosos de Londres. Sí, es gracioso.

—¿Has visto como despejaron la posada? Impresionante.

—Creo que eso es lo que menos nos va a impresionar. Nos esperan muchas sorpresas. —Avanzaron por un camino empedrado. —Esto está muy oscuro.

—Niña, esto está empezando a asustarme de veras.

—No va a pasar nada. ¿Quién va a saber que pasamos por aquí?

—En las zonas portuarias siempre hay maleantes.

—¡Eso lo dice la que vivía en Madrid! Yo he estado en Cádiz y...

—¿Estuviste en el puerto de noche?

—¡Pues no! Solo pasé por allí de casualidad, pero había hombres muy simpáticos. Uno hasta me lanzó un beso.

—Si hubiera sido de noche no te hubiera lanzado un beso. ¡Te lo hubiera dado! ¡Y algo más de propina!

—Serás malpensa...

Dos hombres salieron de un callejón y Eva chilló del susto agarrando la maleta con ambas manos. Se dijeron algo el uno al otro en francés y Charlotte se tensó. —¡Eh, vosotros! —dijo con autoridad.

—¿Oui, madame?

Decidió hablar en inglés. Si viajaban a menudo a Inglaterra puede que lo conocieran. —¿Conoces a Jack Sterling?

Los dos tipos dieron un paso atrás. —¿Qué buscas con Sterling? —dijo uno de ellos hablando un inglés perfecto.

—Me está esperando en Londres. Necesito un barco.

—¿Sterling te espera? —preguntó incrédulo—. Si tiene putas de sobra.

Furiosa dio un paso hacia delante. —¿Me has llamado puta?

El tipo miró a su compañero. —No, claro que no. Es toda una dama. Se nota.

—Necesito un barco con urgencia. ¿Tenéis barco?

Los tipos se miraron. —Es de pesca.

—Me da igual con tal de llegar a Inglaterra.

—Íbamos a salir antes del amanecer. Pero no lo haremos gratis.

Ella levantó la barbilla. —Una moneda de oro. —Abrieron los ojos como platos. —Es lo que os daré si me lleváis a Inglaterra con mi dama de compañía. Y me aseguraré de que Sterling os recompense.

—Ni hablar. No quiero tratos con Sterling. Cuanto más lejos mejor. Tres monedas de oro y os dejamos allí.

Sonrió maliciosa. —Dos. Pero saldremos de inmediato.

—Hecho.

Eva la cogió del brazo al ver que les seguía. —¿Qué haces? ¿Les sigues?

—Nos van a llevar a Inglaterra.

—No me fío de ellos.

—Son hombres de negocios. Tranquila. Por dos monedas de oro nos

llevarán.

—O nos tirarán por la borda para quedarse con todo.

Les siguieron en silencio y les escuchó murmurar en francés. —¿Qué dicen? —preguntó Eva asustada.

—Algo de unas mujeres. Tranquila. Es lógico que hablen de nosotras, ¿no crees?

—Esto no me gusta. Detengámonos, Charlotte. Busquemos otro transporte.

—No pasará na... —Los hombres subieron una pasarela de un pequeño barco que tenía pinta de hundirse en cualquier momento. Charlotte se tensó al ver los aparejos de pesca hechos un desastre. Esos no eran pescadores. Al ver una caja en cubierta que tenía toda la pinta de ser coñac, levantó las cejas y se volvió hacia Eva susurrando —Son contrabandistas.

—Larguémonos.

—Ahora entiendo por qué conocen a mi padre. Seguro que son de la competencia. —Preocupada les miró de reojo.

—Señora, ¿suben o no?

—Vamos.

—¿Estás loca? ¿Y si nos matan?

—Temen lo suficiente a mi padre como para no hacer nada.

—Si nos subimos ahí, nadie sabrá que ellos nos han llevado. Pueden hacer lo que les dé la gana. Vámonos, por favor.

Charlotte suspiró y se volvió hacia el tipo que las observaba con desconfianza. —Me has mentido.

—¿Cuándo?

—Eres contrabandista no pescador.

Él sonrió mostrando dos paletos totalmente podridos. —No he dicho que pescara. Si no que era un barco de pesca. Pero si no quiere subir... Puede esperar una semana a que venga el barco de pasajeros.

Suspiró pensando en ello. No tenían con que defenderse y podía tardar casi dos días en llegar con esa tartana. Incluso puede que su padre las adelantara si alquilaba otro barco.

—Vamos. —Fue hasta la pasarela muy segura de sí misma y Eva gimió antes de seguirla. Ayudó a subir a su amiga y el hombre sonrió. —¿Dónde nos alojamos?

Él se echó a reír. —¿Alojarse? Señora, irá en cubierta como nosotros. La bodega está llena hasta los topes.

Mierda. Miró al cielo y vio que el tiempo se estaba poniendo tonto. Se

estaba levantando el viento y la mar se agitaba.

—Igual hay algo de marejada —dijo el hombre pensando lo mismo—. Siéntense sin molestar y antes de que se den cuenta estaremos allí.

Dos horas después Eva gritaba desgañitada, agarrándose con una mano a la borda mientras que con la otra no soltaba la bolsa, al mismo tiempo que el barco se bamboleaba de un lado a otro y le caía una ola encima calándola hasta los huesos.

—¡Sujétate! —gritó Charlotte para que la escuchara.

La miró como si quisiera tirarla por la borda. —¡Eso hago! ¡Te dije que esto no era buena idea!

—Al menos están demasiado ocupados para pensar en hacernos nada. Piensa positivamente.

—¡Te estrangularía!

Ella hizo una mueca y la cogió por el brazo. —¡Pero siéntate, que te vas a caer!

Se sentaron en el suelo y Charlotte cogió una soga. —Sujétate aquí.

Eva lo hizo y no solo eso, se la pasó por la cintura atándose fuerte como si temiera que una ola se la llevara. El barco se bamboleó peligrosamente y Charlotte se tiró sobre ella para sujetarla, cuando una caja se deslizó sobre la

cubierta antes de que una ola enorme se les cayera encima. La caja la golpeó en el tobillo, pero disimuló el dolor por no asustar más a Eva, que estaba pálida de miedo. Así se pasaron horas y cuando se hizo de día la cosa no mejoró demasiado, porque las olas de varios metros se veían mucho mejor. Nunca pasó tanto miedo en la vida y cuando al fin dejó de llover y el viento se calmó, suspiraron de alivio. Eva vomitó a su lado sin importarle si se manchaba o no y cuando terminó, apoyó la cabeza en la borda cerrando los ojos. —Madre mía, me encuentro fatal.

—Es de los nervios. En cuanto llegemos a tierra firme todo será distinto. Nos detendremos en una posada para que descanses toda la noche. Y cenarás con un buen vino caliente y... —Eva vomitó de nuevo. —Bueno, ya lo verás.

El tobillo le latía, pero no podía mirárselo. Le daba la sensación de que no podría caminar y era lo que les faltaba. Buscó a los marineros con la mirada. Uno estaba tras el timón y asustada no encontró al otro. Debía estar en la bodega. El que dirigía el barco era el que hablaba en francés y se preocupó un poco. ¿Qué estaría haciendo el otro?

Eva gimió y se volvió hacia ella apartándole los cabellos de la cara. —
¿Estás mejor?

—Que paren esto que me bajo.

—No puede quedar mucho. —Levantó la cabeza mirando hacia donde se

dirigían, pero no veía tierra. —Seguro que la tormenta nos ha retrasado un poco. Tú descansa. —Miró hacia el cielo y ya debía ser mediodía. Esperaba que llegaran al anochecer como mucho.

Pero llegó el anochecer y no se veía la costa. Pasaron otra noche sin pegar ojo y muertas de frío. Empezó a preocuparse porque los hombres no decían ni pío y ya estaba amaneciendo. —Tengo que...—Eva abrió los ojos exageradamente para que entendiera.

—¿No te lo has hecho encima antes?

—¡Eso era cuando estaba mojada y no se notaba!

—Pues tendrás que repetir. ¿No querrás subirte las faldas delante de esos?

Eva se sonrojó intensamente. —Esto es horrible.

—Sí, no tiene buena pinta. Además, que el que trató conmigo no nos haya ni ofrecido algo de comer o de beber, no es precisamente algo bueno.

—Nos han secuestrado —dijo Eva catastróficamente—. Seremos llevadas a un país exótico donde hombres nos esclavizarán.

—Como si esta tartana llegara a un país exótico. No dramatices, Eva.

—Tienes razón. Nos trasladarán a otro barco. —Abrió los ojos como platos. —Seguro que nos secuestran para ese pirata del que habla todo el mundo. El dragón dorado. O peor, para la sanguinaria esa que tiene el pelo

rojo. Dicen que es terrible y no tiene conciencia.

—No conozco a ninguno de los dos y no los vamos a conocer.

—Dicen que dominan los mares y que todo el mundo les teme. Sobre todo los franceses y los italianos. ¡Y vamos en un barco francés! —dijo al borde de la histeria.

—¿En serio crees que van a asaltar este barco?

—¡Se dice abordar!

—Lo que sea, Eva. ¡Te estás poniendo de los nervios y me estás poniendo a mí!

—Charlotte...

Vio que miraba sobre su cabeza y se dio cuenta de que el que hablaba en inglés se acercaba a ellas sonriendo malicioso. —Siento el tiempo, pero eso no puedo dominarlo. ¿Un trago? —Les tendió una botella. —Es el mejor coñac francés que probareis jamás.

—No bebas. —Eva negó con la cabeza. —No, gracias. Queremos mantener la cabeza despejada.

—¿Qué ha dicho? —dijo el marinero ofendiéndose—. ¿Habla español?

—Pues sí —dijo ella sonriendo—. Gracias, pero no. No bebemos alcohol.

Las miró con desconfianza bebiendo de la botella y era obvio que no era el primer trago que se echaba. —Así que tienes que ir en busca de Sterling. Que te está esperando.

—Exacto —dijo altanera—. ¿Le conoces en persona?

Él se echó a reír. —Es mucho para mí. No se dignaría ni a mirarme. Y creo que a ti tampoco te miraría dos veces.

—Te aseguro que sí me miraría dos veces. Y también te aseguro que mataría por mí. ¿No querrás comprobarlo?

Él inclinó la cabeza a un lado y esa sonrisa a Charlotte no le gustó un pelo. —Te lo dije —susurró Eva por debajo.

Ella no le quitaba ojo a su anfitrión, que caminó ante ellas sentándose sobre una de las cajas con las piernas abiertas mostrando que tenía los pantalones rotos, pero eso era lo de menos, porque ahora a la luz del día parecía un auténtico delincuente. Se pasó la mano por la boca después de beber derramando el líquido sobre su barbilla y chasqueó la lengua. —Es que he pensado que ya que Sterling te espera tan impaciente, debes ser muy importante para él, ¿no es cierto damita?

—¿Qué ha dicho?

—Estamos en problemas.

—¡Te lo dije!

—¿Qué habláis? —preguntó él apoyando los codos en las rodillas mirándolas con desconfianza.

—Te aseguro que como no cumplas con nuestro trato como un caballero, Sterling se encargará de ti.

Él se echó a reír a carcajadas. —No soy un caballero y Sterling tampoco. Solo ha tenido suerte en la vida, el muy cabrón.

Charlotte se tensó. —¿Cómo le has llamado?

—¿Niña? ¿A dónde vas?

Eva la miró mientras se levantaba y la vio coger un palo que estaba enganchado a una de las nasas de pesca, que resultó ser un arpón. —Repítele eso que acabas de decir de mi padre.

El hombre abrió los ojos asombrado, antes de que Charlotte gritando como una loca corriera hacia él cojeando y clavándole aquel chisme en el hombro. El tipo se levantó con aquello colgando de su hombro y Charlotte gritó —¡Repítelo si te atreves! —Le metió una patada en la entrepierna que lo dobló y le agarró de los pelos para gritarle —¡Lávate la boca antes de hablar de Sterling!

Sin salir de su asombro, Eva vio como el otro marinero cogía un puñal

corriendo hacia Charlotte y gritó asustada levantándose. Al tirar de la sogá, el mástil se desprendió cayendo sobre el marinero antes de que llegara a Charlotte, que fuera de sí le pegó con el puño en la nariz al tipo que todavía sujetaba, tirándolo por la borda.

Ambas parpadearon antes de acercarse a la borda y Charlotte gritó al ver al marinero hundiéndose. —¡Nada hasta aquí! ¡Qué te recojo!

Gimieron al ver que se hundía y se miraron antes de gritar —¡El otro! — Corrieron hasta el otro marinero apartando la vela con esfuerzo, pero por la posición de la cabeza aquello no tenía buena pinta.

—¡Buena la has hecho! —gritó Eva.

—Tranquilidad.

—¡Estamos a la deriva! ¡Sin vela y sin marineros!

Charlotte sonrió radiante. —Pero tenemos un cargamento de coñac. Mi padre estaría orgulloso.

—¡La madre que te parió!

—Sí, ella tiene la culpa de todo. Si no se hubiera ido de Londres... — Puso las manos en jarras mirando a su alrededor. —Va, esto no puede ser muy difícil de llevar.

—¡No tenemos vela, Charlotte!

—Pues la colocamos.

Eva se cruzó de brazos. —¡Si no sabes ni a donde vamos!

—Claro que sí. —Señaló hacia la proa del barco. —¡Hacia allí! De verdad, no te fijas en nada.

—¡Sin un punto de referencia nos desviaremos!

—Rápido, un punto de referencia.

Miraron a su alrededor y Eva gruñó —¿El sol?

—¡El sol! Eso decía. —Miraron hacia arriba. —Si sale por allí y se pone por allí, tenemos que ir hacia allí. —Sonrió radiante. —¿Ves que fácil? ¡Ahora la vela!

Eso sí que era difícil, porque aquello pesaba lo que no estaba escrito. Agotadas y sudorosas se sentaron sobre el mástil después de no haberlo movido ni un ápice. —Esto es imposible —dijo Charlotte mientras Eva gruñía.

—Deberíamos tirar el ancla para no movernos del sitio. Podemos terminar en Italia si nos lleva la corriente.

—Serás negativa...

—¡Hasta ahora he acertado en todo!

Bufó levantándose. —¿Y dónde está eso?

—¡Yo qué sé! ¡Nunca había visto un barco!

—Pues bien que sabes de todo.

—Es que leo.

Charlotte se sonrojó. —Ah...

Eva se levantó. —Me gustan los libros de aventuras. Ya verás, te encantarán.

—No se leer, Eva.

—Sí, me lo imaginé al ver tu cara, pero yo te enseño. —Se echó a reír. — Aunque te tengo que enseñar en castellano, claro. Con lo lista que eres aprenderás enseguida. Ya verás.

Charlotte la miró emocionada y la abrazó con fuerza. —Gracias.

—¿Por qué, niña?

—Por seguirme en mis locuras y ser tan buena conmigo desde que te conozco.

Eva sonrió abrazándola. —Es que desde que te conozco, siento que he vivido de verdad. —Miró sobre su hombro jadeando. —¡Tierra! ¡Tierra!

Charlotte se volvió y chilló de la alegría. —¡Tierra! ¡Es Inglaterra, Eva!

—¡Sí! ¡Es Inglaterra! —Se volvieron a abrazar con fuerza. —Dios mío, pensaba que la cascábamos.

Se echó a reír a carcajadas asintiendo mientras se separaba de ella para mirar la costa. —¿Crees que la corriente nos llevará hasta allí?

—Espero que sí.

Se quedaron mirando la costa durante mucho tiempo hasta que Eva susurró —¿Nos movemos?

—Ni idea. Me estoy mareando y todo de tanto mirar hacia allí. —Suspiró dejándose caer al suelo. —Esperemos un poco.

—Eso es que no hemos comido nada.

Se apoyaron la una al lado de la otra. El ligero vaivén del barco y el agotamiento hicieron que sin darse cuenta se quedaran dormidas. Charlotte sonrió soñando con los besos de Dalston y con dulces palabras de amor. Él le decía que era la única mujer de su vida y que la amaría siempre, cuando su padre entró en la habitación gritando que todo era mentira y que solo quería su dinero. Frunció el ceño porque su padre se acercó a ella furioso y la cogió por el pelo, tirando de ella fuera de la cama. Se despertó del susto y gritó al darse cuenta de que algo la atacaba. Eva gritó dando manotazos y le arreó un tortazo que casi la dejó tonta, pero le soltaron el pelo. Asombrada vio que una gaviota enorme se alejaba volando. —¿Qué quería?

—Debía pensar que estábamos muertas o algo así —dijo Eva asustada—.
¿Estás bien?

—¿Pero está ciega? ¡Tiene un muerto ahí! —Se llevó una mano a la frente. —Me ha hecho algo? —Se miró la mano. —¡Estoy sangrando!

—No es nada. Un picotazo y te lo cubre el pelo.

Charlotte escuchó un crujido y miró a Eva. —¿Has oído eso?

—¿El qué?

Un golpe tremendo las hizo chillar y se abrazaron mientras el barco temblaba de arriba abajo. Asustadas no se soltaron hasta que solo escucharon las olas. Temiéndose lo peor, miraron hacia arriba para ver un acantilado. — Ay, madre —dijo Eva pálida—. Hemos encallado.

—Si eso significa que hemos destrozado el barco, creo que sí.

Se levantaron sujetándose en la borda y gimió al ver que estaban sobre una roca. Una ola movió el barco inclinándolo peligrosamente.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Eva histérica cogiendo la bolsa de viaje con ambas manos como si pudiera salvarle la vida.

—Tendrás que dejar eso, Eva.

—¡Ni hablar! ¡Es todo lo que tenemos! ¿Cómo vamos a llegar a Londres sino?

—La bolsa se queda. Dame el dinero y los pendientes. Nos lo meteremos en el escote.

Eva asintió agachándose para abrir la bolsa. A toda prisa le tendió el pañuelo donde iban los pendientes y Charlotte se lo metió en el escote, ajustándolo bien hacia abajo para que quedara entre el dichoso corsé y su piel. Miró hacia Eva que se metió la bolsa entre los pechos, apretándolo hacia abajo para que no se viera. —¿Lista? Busquemos como salir de aquí.

Fueron hasta la proa y casi gritan de la frustración al ver que las rocas casi cubiertas de agua seguían el acantilado sin llegar a ningún sitio. —Dios mío, vamos a morir —susurró su amiga aterrada.

—¡No vamos a morir! —La cogió por los brazos. —¿Me oyes? ¡No te voy a dejar morir aquí! ¡Así que tranquilízate! —Eva asintió temblando de miedo. —Cálmate. —Caminó hasta el otro extremo del barco y vio una pequeña cala a unos quinientos metros. Observó las rocas y tendrían que nadar entre una y otra en un tramo, pero casi podrían ir saltando hasta allí si se daban prisa porque estaba subiendo la marea. —¡Vamos!

—¿A dónde? —chilló histérica.

—Vamos a saltar a la roca y de ahí iremos de una a otra. Con cuidado. Será fácil.

Con sus ojos grises como platos miró a su alrededor. —No puedo saltar

aquello.

—Allí nadaremos.

—¡No sé nadar!

Mierda. Charlotte miró a su alrededor y se acercó a una soga. La desenrolló de su amarre y cuando ya no pudo tirar más le dijo —Ayúdame a cortarla.

—¿Qué has pensado?

—Yo nadaré hasta la otra roca y cuando llegue allí, tiraré de ti. Así de simple. Solo tendrás que mantenerte calmada y no tendrás que nadar.

Eva miró a su alrededor y se acercó corriendo al muerto para coger su cuchillo, volviendo rápidamente. —Aquí tienes.

Cortó la soga lo más rápido posible mirando el mar y se agarraron cuando una ola movió el barco de nuevo. Se acercaron al final del barco y al ver la altura le dijo a Eva —Tú primero. Sujétate en la soga para bajar.

—¿Y tú? ¿Cómo bajarás?

—Tranquila. No es demasiada caída.

—Pero tienes el pie herido. Cojeas.

—Hazme caso, Eva. No podemos perder el tiempo.

Su amiga asintió y rodeó la soga por su cintura atándose bien. Y pasó las piernas al otro lado del casco. —Lista.

—Descuélgate lo que puedas con las manos y después te bajo.

Eva hizo lo que le dijo y cuando se quedó colgando con ambas manos miró hacia abajo. —Súbeme, súbeme.

—Sí, ahora. Cógete a la soga, Eva.

Su amiga lo hizo y chilló cuando se balanceó de un lado a otro. Charlotte reprimió un gemido cuando la soga quemó las palmas de sus manos al deslizarse hacia abajo. Suspiró del alivio cuando sintió que ya no cargaba su peso y se arrimó a la borda. Eva miraba hacia arriba. —¡No podrás saltar! ¡Te vas a hacer daño!

La verdad es que había una altura bastante respetable. Se subió sobre el borde de madera tirando la cuerda a Eva, que se agachó a recogerla, y Charlotte se desplazó un poco a la derecha y se tiró al agua. Al hundirse su rodilla chocó con un saliente de la roca y gritó bajo el agua de dolor. Cuando salió a la superficie forzó una sonrisa a Eva. —¿Ves que fácil ha sido?

Su amiga sonrió más tranquila tendiéndole la mano. —Tú haces que parezca fácil.

Le costó subir más de lo que creía porque sus botines resbalaban sobre la

húmeda superficie. Pero al fin lo consiguió sentándose en la roca. —¡Estás herida!

Miró hacia donde indicaba Eva y juró por lo bajo porque el vestido se estaba llenando de sangre en la rodilla. Levantó las faldas para ver un buen corte que la atravesaba de lado a lado. —No es nada. —Arrancó una tira del faldón y se la ató con fuerza rodeando la herida. Eva se arrodilló a su lado y le apartó las manos para atársela. —No es nada. Ni me he dado cuenta.

—Ten más cuidado, por favor.

—Iremos muy despacio, ¿de acuerdo?

Se levantó con su ayuda y cogidas de la mano se sostuvieron la una a la otra cada vez que avanzaban. Hubo un momento algo difícil porque llegaron a unas rocas donde rompían bastantes olas y las desequilibraban continuamente haciéndolas resbalar. Totalmente empapadas y muertas de frío, consiguieron recorrer bastante distancia yendo de roca en roca casi todo el camino, pero llegaron al punto que temían. Charlotte miró el trecho que tenía que nadar y se mordió el labio inferior porque si venía una ola en ese momento, la arrastraría hacia el acantilado por la fuerza de la corriente. Tenía que ser muy rápida entre ola y ola.

Cogió el extremo de la soga y dijo mientras sus dientes castañeaban —
Vamos allá.

Su amiga asintió temblando con evidencia sin poder hablar siquiera. Vieron como pasaba una ola y se sujetaron la una a la otra porque por poco las arrastra. Se tiró al agua y casi la sintió caliente y todo. Nadó lo más rápido que pudo hasta la roca siguiente y sintió como el agua regresaba de vuelta. No le quedaba mucho para que otra ola la pasara por encima y asustada continuó nadando. Sentía que le dolía todo y que las fuerzas la abandonaban. Se salpicó la cara y parpadeó mirando hacia delante. La tenía muy cerca. Apenas dos segundos después se aferraba a las rocas y una ola la empujó contra la rugosa superficie golpeándose en el hombro, pero siguió agarrada sabiendo que su vida dependía de ello.

Consiguió subirse rasgando su vestido y respiró del alivio cuando pudo sentarse. Miró hacia la roca de Eva y gritó enderezándose cuando no la vio donde la había dejado.

Un grito hizo que mirara cerca del acantilado y asustada empezó a tirar de la soga a toda prisa. Cuando vio su cabeza acercándose, se echó a llorar del alivio porque estaba bien. Se sujetaba a la soga y cuando una ola la iba a pasar por encima, tomó aire haciéndola sonreír. En cuanto llegó a la roca, alargó las manos y ella se las agarró temiendo que se le resbalara, tirando sin saber de dónde sacaba las fuerzas. En cuanto se sentó a su lado, se abrazaron llorando.

—Niña, en tu próxima aventura no te acompaño.

Se echó a reír de los nervios y la apartó para mirarla bien. —¿Te has herido?

—Estoy bien. ¿Y tú? —Vio su hombro despellejado y apretó los labios. —Dalston nos va a matar cuando te vea.

—Ahora lo que más deseo es verle y estoy dispuesta a escuchar sus gritos sin protestar.

—¿Seguro?

Sonrió divertida levantándose como podía. —Vamos. Ya no queda nada.

Efectivamente solo quedaban tres rocas que eran enormes y desde la última saltaron a la playa, dejándose caer sobre la arena. Charlotte respiró hondo tumbada boca arriba mientras Eva se quitaba la soga de la cintura. Se arrodilló a su lado preocupada. —Niña, ¿estás bien?

—Déjame un minuto —susurró con los ojos cerrados.

—Sí, descansemos. Ahora estamos a salvo.

Pero la brisa hizo que temblaran de frío y Charlotte se sentó apenas unos minutos después. —No podemos quedarnos aquí. Moriremos de un enfriamiento.

Eva miró hacia tras y era una buena subida para salir de la playa. Tomó

aire resignada y se levantó siguiéndola. Preocupada vio como cojeaba con las dos piernas. En una por el tobillo y en otra por la herida de la rodilla. Estaba como salida de un naufragio con el cabello revuelto hasta la cintura y el vestido roto. Se echó a reír sin poder evitarlo y Charlotte se volvió sorprendida. —¿De qué te ríes?

—No lo sé. ¿Tengo tan mal aspecto como tú?

Charlotte se miró antes de mirarla a ella. —A mí no se me ha salido una teta.

Eva chilló llevándose la mano al pecho y rió más fuerte al darse cuenta de que era mentira. —Niña, mereces una azotaina.

—Eso es cierto —dijo divertida—. Ponte a la cola, porque entre mi padre y Dalston...

—Bueno, no tenemos por qué decirles esto. Hemos viajado a Inglaterra y no tienen que saber cómo.

—¿Harías eso por mí?

—Me has salvado la vida. Es lo menos que debo hacer.

—¿Y el tobillo y la rodilla?

—Te has caído del carruaje.

—Vale, puedo hacerlo.

—Me lo imaginaba.

Pero con subir de la playa no habían resuelto sus problemas, porque no se veía una casa en los alrededores ni nadie que pudiera ayudarlas. ¿Dónde demonios estaban?

—¿Hacia el este o el oeste? —preguntó Charlotte agotada.

—Yo creo que por allí —dijo Eva señalando a su derecha—. Hasta que encontremos un camino y después lo seguimos.

—¿Un camino que lleve al acantilado?

—O a una playa. Los pescadores lo usarán, digo yo.

—De acuerdo.

Capítulo 9

Caminaron a buen ritmo para lo agotadas que estaban y cuando empezó a oscurecer, Charlotte se asustó por Eva. No, por Dios. No podían pasar la noche al raso de nuevo sin comida ni agua. Además, estaban muertas de frío.

Cuando vio una luz a lo lejos, chilló sin darse cuenta sobresaltando a Eva.
—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Mira, allí hay una casa!

—Gracias a Dios —susurró acelerando el paso.

Se fueron aproximando y la luz de la luna mostraba el contorno de la casa, que no era una casa en absoluto, sino una mansión de estilo gótico con una torre a cada lado. —Dios mío, parece el palacio real de lo grande que es —susurró Eva asustada—. ¿Quién vivirá ahí?

—No lo sé, pero no pienso pasar otra noche al raso. —Decidida recorrió los impecables jardines para llegar a la escalera doble de piedra que llevaba a la casa. Estaba claro que era la parte de atrás. Le dolía horrores la rodilla al subir los escalones, pero lo ignoró llegando a la enorme terraza. Indecisa se acercó a una puerta doble de cristal por la que se veía luz y escuchó música.

Una niña de unos seis años estaba al piano con una jovencita sentada a su lado. Las dos eran preciosas con unos impecables tirabuzones rubios y se rieron cuando la niña hizo algo mal. Charlotte miró de reojo a Eva, que levantó una ceja interrogante. Tomando aire acercó el puño al cristal y golpeó suavemente.

La joven miró hacia allí y gritó levantándose del asiento. La niña se volvió mirándolas y gritó —¡Mamá! ¡Mamá! ¡Nos asaltan!

—¡No, no! —gritó Charlotte moviendo las manos de un lado a otro—. ¡Solo necesitamos ayuda!

Un hombre que debía ser el mayordomo, llegó con una escopeta en la mano y las apuntó sin dirigirles una palabra. Eva y Charlotte gritaron apartándose de la puerta y pegándose contra la pared. El disparo pasó al lado de Charlotte por unos centímetros y se cubrió la cabeza.

—Madre santísima, ¿qué hacen?

—¡Dispararnos, Eva! ¡Eso hacen!

Se quedaron allí muy quietas mientras los gritos en el salón aumentaban. —¡Están ahí, milord! ¡Están justo detrás de la pared!

—¡Baja el arma, Smithson! ¡Los ladrones no llaman a la puerta!

—¡No me fío, milord! ¡Tenían aspecto de asaltantes de caminos!

—¡Sí, padre! —gritó la niña.

—¡Raven, llévate a las niñas arriba!

—Grant ten cuidado.

La puerta se abrió muy lentamente y Charlotte apartó el brazo asustada para ver a un hombre alumbrado por una lámpara de aceite, vestido muy elegante con un traje negro de noche. Debía tener unos años más que Dalston, pero en todo lo demás eran muy parecidos. Altos, rubios y de ojos castaños.

—¡Por Dios, son dos mujeres! —Se acercó a toda prisa. —¿Se encuentran bien?

Eva chilló asustada y Charlotte la cogió de la mano para que no se alejara. —No va a hacernos nada.

—¿Seguro?

Charlotte se giró hacia él y el hombre palideció dando un paso atrás. —¿Puede ayudarnos? —le preguntó en inglés.

—Eres la mujer de Sterling —dijo asombrado.

Negó con la cabeza antes de levantar la barbilla. —No, no soy su mujer. Soy su hija.

Una mujer salió a la terraza y se llevó una mano al pecho mirándolas. Era preciosa, muy rubia y con los ojos azules. Llevaba un impresionante vestido

de noche en verde. —¿Grant?

—Hemos naufragado. Necesitamos llegar a Londres —dijo Charlotte mirando al hombre a los ojos—. ¿Nos ayudará, milord?

El hombre apretó los labios y se volvió hacia su esposa. —Vuelve dentro.

—Pero...

—¡Vuelve dentro, Raven!

La mujer entró a toda prisa y el hombre dio un paso hacia ellas. —Las ayudaré, pero no se acerquen a mi familia, ¿me han entendido? La servidumbre se encargará de ustedes y mañana un carruaje las llevará a Londres para dejarlas en el antro que dirige su padre. —Charlotte palideció. —Pero no se lo dirán a nadie. No quiero que corran rumores por Londres sobre que las he ayudado o que las conozco. Yo no me mezclo con gente como ustedes.

Ella levantó la barbilla con orgullo. —No se mezcla con nosotros, pero bien que sabe quién es mi madre. —El hombre apretó los puños.

—Porque a Monique Sterling la conocía todo Londres. Ya se encargaba ella de destacar por donde iba. Ya fuera al teatro o en su club.

—¿Qué ocurre, niña?

Miró a Eva. Su orgullo le decía que mandara al diablo a ese estirado, pero

su amiga y ella misma estaban agotadas. Se volvió hacia su anfitrión. —
Gracias por ayudarnos.

El hombre asintió y volvió a entrar en la casa.

—¿Nos va a ayudar?

Forzó una sonrisa. —Sí, nos va a ayudar y mañana nos llevarán a
Londres.

—¿Qué ocurre, niña?

—Nada. Que al parecer tengo un rostro que reconocen todos. —Levantó
la barbilla con orgullo. —Y un apellido con el que no se quieren mezclar.

Eva la miró con pena. —Esos no importan nada. Los únicos que importan
son los tuyos. Nunca dejes que te hagan de menos. Puede que no seas de
sangre azul, pero eres una Sterling y tu padre se ha ganado ser el rey a pulso.
Y todos esos estirados le temen, eso no lo olvides. Si estuvieran en
problemas, seguro que acudían a él para que les ayudara.

—Exacto.

Salió el mayordomo que las miró con desprecio. —El Marqués me ha
dicho que debo atenderlas. Vengan por aquí.

Las dos apretaron los puños al ver su actitud, pero no dijeron palabra
siguiéndole para rodear la casa por la terraza y entrar por una puerta que

obviamente era para el servicio. Eva siseó algo por lo bajo cuando pasaron por un pasillo donde se accedía a las cocinas. Varios se las quedaron mirando deteniendo su trabajo y una mujer gritó —¡A vuestras cosas!

Pasaron de largo las cocinas y subieron unos escalones hasta llegar a un estrecho pasillo donde el mayordomo abrió una puerta. Eran las habitaciones de servicio y había dos camas estrechas que no estaban hechas. —Enseguida vendrá una doncella para atenderlas. —Dejó que pasaran y cerró la puerta sin decir palabra.

—¡Esto es un insulto! —dijo Eva indignada.

—Eso es obvio, Eva. Me lo imaginé cuando hablé con el Marqués. No quiere que nos acerquemos a su maravillosa familia. Podemos ensuciar su buen nombre. —Se sentó muerta del cansancio en la cama y suspiró cerrando los ojos. Estaba agotada y tenía el frío en el cuerpo, pero allí no había ni una manta para taparse.

Eva se sentó a su lado y la abrazó por los hombros pegándola a ella. —Se arrepentirán de esto.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Protestar cada vez que me miren mal por ser la hija de quién soy?

—Tu marido te protegerá.

—Ahora no quiero pensar en ello, por favor. Solo quiero comer algo y dormir.

—Ven, que te ayudo a quitarte el vestido. Así te lavarás un poco.

Estaba desabrochándole el vestido cuando una doncella jovencísima entró con una pila de sábanas y mantas. Al ver su aspecto se detuvo en seco y cerró la puerta enseguida. —¿Se encuentran bien? ¿Las han asaltado?

—Hemos naufragado. —Sonrió sin ganas. —¿Puedes traernos algo de agua caliente, por favor?

—Por supuesto. Les traeré un balde para que se bañen.

—No hace falta.

—Claro que sí. Se las ve heladas. Dios mío, el miedo que deben haber pasado las señoras. —Dejó las sábanas sobre la cama y cuando sus faldones cayeron al suelo, jadeó del susto al ver su herida en la rodilla. —Necesita un médico.

—¡No! —exclamó muy seria—. No quiero deberle nada al Marqués. Ya le debo bastante —siseó.

La doncella se apretó las manos preocupada. —Pero...

—El agua, por favor.

—Sí, enseguida.

Salió a toda prisa y ayudó a Eva a desabrocharse su vestido. Estaban las dos en ropa interior cuando llegó la chica con una bañera redonda. Dos doncellas venían detrás con agua caliente en dos cubos. —Enseguida viene más agua. La marquesa siempre tiene agua caliente preparada por su hija, así que no tendrán que esperar.

—¿Por su hija?

—A veces respira mal y necesita el vapor del agua caliente para descargar los mocos.

—Ah...

—Venga, señorita. —Dejó el jabón en una banqueta de madera. —Yo la ayudo a bañarse.

Sonrió por lo amable que era. —No es necesario, de veras.

—Claro que sí. Y en cuanto estén en la cama bien tapaditas, voy a por su cena. Tienen que comer bien.

—¿Cómo te llamas?

—Adrien, señorita. —Se acercó a ella y tiró de su camisa interior hacia arriba tirándola al suelo y ella se desató los pantalones interiores. La sangre se había pegado a la herida y la doncella dijo —Métase en el agua, así se despegarán mejor.

Ella lo hizo y cuando apoyó la espalda en el balde, suspiró de gusto porque el calor fue muy bienvenido en su cuerpo. —Yo me llamo Charlotte y ella es Eva.

La doncella sonrió a Eva, que inclinó la cabeza. —Ella no habla inglés. Lo está aprendiendo.

Adrien con cuidado desató la tira de alrededor de su rodilla y le bajó los pantalones muy lentamente. —Ya está. —Hizo una mueca y Eva también miró la herida. —Yo creo que necesita puntos. —Le hizo un gesto a Eva como si cosiera y ésta asintió. —Debería llamar al médico.

—Niña, tenemos dinero para pagarlo.

—He dicho que no. —Cerró los ojos disfrutando del baño, aunque sabía que debía darse prisa porque Eva también necesitaba bañarse.

Eva se agachó preocupada apartándole el cabello de la cara y Adrien se mordió el labio inferior al ver el morado que tenía en el tobillo. —El pie no tiene mejor pinta —dijo la doncella cogiendo el jabón—. Creo que le ha dicho a la señora que no quiere al médico, pero le aseguro que éste no es un matasanos como los demás. A mi tía le alargó la vida lo suficiente como para que la atropellara un carro cargado de piedras dos años después.

Charlotte abrió los ojos como platos antes de echarse a reír sin poder evitarlo. Adrien parpadeó y sonrió también porque su risa era contagiosa. Eva

sonriendo empezó a lavarle el cabello. Charlotte se lo tradujo y Eva rió sin poder evitarlo.

—Habla muy bien español —dijo ella admirada—. Me gustaría aprender otros idiomas. A veces escucho a milady hablar francés y no entiendo ni papa.

—Así que sabes que es español.

—Oh, sí. El señor lo habla a menudo cuando viene su primo. Pero últimamente viene poco.

Charlotte se tensó. —¿Su primo?

—Sí, el Conde Ovington.

A Eva se le cortó el aliento y ella la advirtió con la mirada. —Así que son primos.

—¿Le conoce? —La doncella sonrió. —Es muy agradable y simpático. El servicio le quiere mucho.

—Sí que le conozco.

—Creció aquí, ¿sabe? Yo no había nacido, por supuesto, pero los más viejos dicen que era un pillastre.

Sonrió divertida. —No ha cambiado mucho.

—Sí, ya sé la fama que tiene.

—Así que se crió aquí. Su padre...

—Oh, su padre siempre estaba viajando con su madre. Nunca se preocuparon mucho por él. Creció aquí con su abuelo, a quien adoraba. Pero cuando falleció, el tío o sea el padre del Marqués, le dijo a su hermana que debía encargarse de su hijo. Así que le llevaron interno.

Charlotte se quedó helada de nuevo. —No le querían.

—No. Le preocupaban más las fiestas y sus amigotes que su hijo. Así salió él, pobrecito. Pero siempre conservó su buen humor. Siempre he creído que lo hacía para disimular, ¿entiende? Que estaba dolido por la vida que tenía. Parecía que estorbaba en todos los sitios. Debe ser horrible no sentirse querido. Mis padres me quieren mucho y a mí y a mis hermanos siempre nos lo han demostrado. Nunca nos faltaron los besos, aunque no hubiera comida en la mesa. Estos ricos... —Movié la cabeza de un lado a otro.

—Y su primo, ¿le quiere? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Oh, sí. Pero es mayor que él unos años y se casó cuando él era jovencito todavía.

—Entiendo.

—Por aquí hace tiempo que no viene, pero antes venía todas las

navidades. —Sonrió como si recordara. —Una Navidad cuando yo tenía diez años, nos regaló unos adornitos de madera que hizo él mismo porque se aburría. Yo todavía conservo el mío, ¿quiere verlo?

Reprimió las lágrimas. —Me encantaría.

—Cuando vaya a por la cena lo buscaré.

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir dieciséis.

De eso hacía seis años. —¿Y esa fue la última Navidad que pasó aquí?

—Sí, fue la Navidad de la borrachera y milady le gritó que era un sinvergüenza. No volvió. Aunque ve a su primo en Londres cuando están allí. En el club, ¿sabe?

Tragó saliva. —¿Se emborrachó?

—Se emborracharon los hombres y milady que estaba embarazadísima, le echó la culpa a él. Decía que daba mala fama a su familia. —Lavó su brazo con delicadeza. —Fue muy injusta y no suele ser así. Pero había discutido con el Marqués y... —Se sonrojó. —Hablo demasiado.

—Tranquila, no pienso decir nada.

Adrien sonrió. —Lo sé.

—¿Esa fue la última Navidad?

—Sí, fue la última Navidad que pasó aquí. También vino un par de veces para funerales, como el del padre del Marqués, pero no volvió a pasar temporadas aquí de varios meses como hacía anteriormente. —Miró hacia la puerta. —Una vez escuché que el Marqués se lamentaba con un vecino de aquí cerca, de que hubiera dejado de venir porque para él era una alegría tenerle en casa.

—¿Dijo eso? —Una lágrima recorrió su mejilla y la doncella la miró preocupada.

—¿Le he hecho daño en el hombro?

—No, tranquila. Es que estoy muy cansada.

—Enseguida acabamos, niña. Vamos a aclarar el cabello y podrás acostarte. —Cogió el cubo de agua y ella se encogió llorando por Dalston escondiendo la cara en las rodillas. Ella no había tenido familia y era doloroso. Incluso tenía a su tía delante, pero ella nunca lo supo hasta ser adulta. Él había vivido toda su vida con el rechazo de su familia y tenía que haber sufrido muchísimo.

Eva la ayudó a levantarse ignorando sus ojos enrojecidos mientras Adrien la ayudaba a secarla. —Pobrecita. ¿Puede terminar usted mientras hago la cama? Oh, que no me entiende. —Eva cogió la toalla sonriendo. —Pues sí

que entiende.

—Va poco a poco —dijo Charlotte forzando una sonrisa—. Pero puedo yo, gracias.

—Déjame a mí, niña —dijo Eva.

—No, aséate. Estarás helada.

—Qué va. Ya estoy muy bien.

Adrien la miraba de reojo mientras hacía la cama a toda prisa. Charlotte salió con cuidado de la bañera porque le temblaban las piernas del agotamiento. Se secó lo más rápido que pudo. La muchacha estaba poniendo la manta sobre la cama cuando Charlotte se acercó sentándose antes de que terminara. —Está bien así, gracias.

—Necesitan un camisón. Y unas vendas para esa herida. Enseguida vuelvo.

—Gracias. —Adrien la cubrió con la otra manta y corrió hasta la puerta. Sonrió mirando la puerta cerrada.

—¿Qué te ha contado la niña?

—Dalston es primo de ese estirado.

—Ah. —Se miraron a los ojos mientras Eva se enjabonaba. —Menuda sorpresa.

—Se crió en esta casa. —Suspiró mirando a su alrededor. —En esta casa.
—Rió por lo bajo. —Y va a casarse con la hija de un delincuente. Una doncella que no sabe ni leer.

—Eso demuestra que te quiere.

—O demuestra que no quiere a nadie. Que ya no necesita a nadie.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —dijo apenada mirándose las manos—. Estoy agotada.

—Una buena noche de descanso es lo que necesitas después de comer algo. Esa chica estará al llegar. Ya verás como después te sientes mejor.

La miró con sus preciosos ojos verdes cuajados de lágrimas. —Todos nos mirarán como su primo cuando me reconoció.

—No, no todos os mirarán así. No pienses más en ello.

Se mojó el cabello y se levantó para ayudarla. —¿Qué estás haciendo, Charlotte?

—Déjame ayudarte.

—¡Ni se te ocurra levantarte de la cama!

Adrien entró en ese momento y llevaba una enorme bandeja con un montón de cosas. —Ya estoy aquí. —La dejó en la cama de enfrente y le dio

un tazón con algo humeante. —Vaya comiendo este caldito. Le vendrá bien.

—Gracias.

La muchacha sonrió cogiendo otra taza y llevándosela a Eva. —Déjeme a mí, usted tómese esto.

Mientras le lavaba el cabello bebieron del tazón. —Está deliciosa.

—Tómesela toda que ya le están preparando algo más contundente.

—No, gracias yo con esto...

—Tiene que comer. Está muy pálida.

Eva sonrió viendo como se lo bebía todo y dejaba la taza apoyándose en el tobillo sano para coger un camisón que también estaba en la bandeja, cuando vio una estrella de madera. Ella la cogió entre sus manos y la chica sonrió. —¿Ve? Puede que parezca una tontería, pero a nosotros nos hizo mucha ilusión. Es un buen hombre. —Acarició la estrella con la yema de los dedos y se mordió el labio inferior porque ese detalle le estremecía el corazón. Sentía que era el hombre adecuado, pero miles de cosas de su alrededor les decían que jamás podrían ser felices juntos. No era justo.

Mientras Eva terminaba en el baño, ella se puso el camisón y se echó un ungüento en la herida que luego se cubrió con las vendas que la muchacha también había llevado. Se metió en la cama antes de que Eva se secara y los

ojos se le cerraron de puro agotamiento.

—Niña, todavía no... —Eva se volvió y ambas vieron que ya se había quedado dormida. Suspiró poniéndose el camisón y sonrió a Adrien. — Gracias —dijo en inglés.

Adrien sonrió. —Ahora le traigo algo de cenar.

Asintió viéndola salir de nuevo y se sentó en la cama que la doncella acababa de hacer, mirando a Charlotte. Sabía lo que se le pasaba por la cabeza. Tenía miedo de que su conde se avergonzara de ella. Había ido hasta allí poniendo su vida en riesgo para que su padre y su prometido no discutieran en su afán en buscarla y se había dado cuenta de que el problema no eran ellos. El problema es lo que pensarían los demás de su relación. No sería fácil, pero estaba segura de que lo conseguirían porque si algo sabía, era que se amaban. Sus miradas lo decían cada vez que estaban juntos. Se tapó con las mantas pensando en Finnegan. Esperaba que la niña no se lo hubiera dejado tonto. Sonrió sintiéndose muy enamorada. Le gustaba su carácter. Era un hombre duro, pero tierno al mismo tiempo. Estaba deseando verle de nuevo.

—¿Qué mierdas estás diciendo, Coleman? ¡Tiene que estar aquí!

El hombre de confianza de Jack Sterling en los últimos años y que

siempre guardaba sus espaldas, se levantó mostrando toda su estatura haciendo que los tres miraran hacia arriba. —¿Es que el viaje te ha dejado lelo? ¡Qué no está en Londres! ¿Crees que si la hija de Sterling pone un pie en Londres no me iba a enterar? —Miró su frente con sus ojos color miel. —¿Qué coño te ha pasado en la cabeza?

—¡Mi hija! —Jack levantó los brazos exasperado.

—¿Tu hija le ha hecho eso?

—¡Y no es la primera vez que me arrea! ¡Tiene muy mala leche, la niña!

Coleman reprimió la risa y miró al Conde que cruzado de brazos estaba muy preocupado. —¿Qué ocurre, Hanford? ¿Has perdido algo tú también?

Le fulminó con sus ojos castaños. —¡A mi prometida!

—Hostia, ¿te has prometido? ¿Y quién es la incauta? —Todos le miraron como si fuera idiota y Coleman abrió los ojos como platos. —¡No joda, jefe!

—¡Mira, lo único que quiero es recuperar a mi hija! ¡Solo la he visto media hora!

—Si no hubieras abierto la boca, esto no habría pasado —siseó Dalston furioso—. Charlotte no es tonta.

—¿Se llama Charlotte? —preguntó Coleman con interés.

—Sí, ¿has oído hablar de ella? —Jack ansioso dio un paso hacia él.

—No, solo era una pregunta.

Jack sonrió. —Por fuera es igualita a Monique, pero por dentro es igual que yo. —Coleman carraspeó reprimiendo la risa. —¡Qué! ¿De qué te ríes? —preguntó el jefe molesto—. ¡Es perfecta!

—No lo dudo, jefe. Pero a Londres no ha llegado.

Dalston se pasó las manos por su pelo rubio. —Me voy a buscarla.

—¿A dónde? —gritó Finnegan—. ¡Ya escuchaste a los tipos del puerto de Portsmouth, que era el sitio más probable para que atracaran! ¡Allí no llegaron!

—¡Pues habrá atracado en otro sitio! Me voy a recorrer la costa.

Jack apretó los labios. —Estamos a un día de camino. Mientras vas y recorres la costa, ellas pueden haber llegado.

—¡Te juro que cuando la encuentre me va a oír! —gritó furioso.

—¡Eso será si quiere oírte! —respondió Jack.

Coleman carraspeó. —¿Y estáis seguros de que está aquí? Si quería huir de vosotros por alguna razón que no llego a entender, porque sois unas personas de lo más razonables... —Le fulminaron con la mirada y reprimió la risa. —¿No sería más lógico que no quisiera venir a Londres?

—Finnegan las escuchó hablar. Venían a Londres.

—¿Venían?

—La prometida de Finnegan viene con ella.

Coleman se echó a reír a carcajadas y señaló a Finnegan antes de sentarse en el escritorio como si no pudiera sostenerse. Finnegan se tiró sobre él y Dalston gruñó cuando Coleman se zafó sin ningún esfuerzo ni recibir ningún golpe. —Yo me largo. —Fue hasta la puerta del despacho del club de Sterling y salió furioso.

—¡Hanford, tengo a mis hombres buscando por allí! ¡Es una tontería!

—Jack, tú quédate si quieres. Yo me voy a buscar a Charlotte.

Sterling le vio bajar por las escaleras y apartar a un borracho que estaba ante la salida antes de largarse. Finnegan y Coleman se pusieron tras su jefe. —¿Ves, Jack? Te dije que está enamorado de la niña.

—Ya veremos. —Miró a Coleman. —Ve con él.

—Sí, jefe.

Coleman corrió escaleras abajo y cuando vio a dos a punto de pelearse por una de sus chicas, pegó un puñetazo a uno, acabando con la discusión al dejarlo inconsciente en medio del hall. Finnegan chasqueó la lengua. —Este chico no tiene tacto.

—Le tenía ganas. —Se asomó por la barandilla. —Chico, recoge al

Barón. —Uno de sus hombres se acercó al hombre del suelo y le cogió por las axilas con esfuerzo porque pesaba lo suyo.

—¿Crees que la encontrarán pronto?

Jack apretó los labios. —Lo único que deseo es que no le haya pasado nada.

Capítulo 10

El cochero se negó a llevarlas hasta el club de su padre y las dejó abandonadas a punto de amanecer al lado de un mercado de flores. Charlotte tenía fiebre y le dolía la rodilla y el tobillo horrores. No podría caminar, pero por no asustar a Eva forzó una sonrisa. —No pasa nada. Ahora será sencillo encontrar el local de mi padre.

Vieron pasar un carro cargado de flores ante ellas y unas chicas de su edad entraron en la plaza corriendo con unos vestidos que eran prácticamente harapos. Las vieron ir hacia un puesto y hablar con una mujer que sonrió con cariño tendiéndoles dos cestas cargadas de flores. —Preguntemos a aquellas chicas.

—¿Estás segura? Esas chicas nunca han ido al local de tu padre.

—Pero todo el mundo le conoce, ¿no? Y son pobres. Tienen que conocerle.

Se acercaron a ellas y las chicas que ya se alejaban del puesto, las miraron con desconfianza. La verdad es que ahora tenían mejor aspecto que la noche anterior, pero sus vestidos estaban hechos un desastre. —Perdonad, ¿podéis

ayudarnos?

Una de ellas cogió a la otra del brazo. —No queremos problemas. —Tiró de la otra chica que tímidamente las miró. Cuando sus ojos llegaron a los de Charlotte se detuvo. —Espera Sara, necesitan ayuda.

—Éstas qué van a necesitar ayuda. Son putas, ¿no lo ves?

Charlotte se sonrojó. —No somos putas. Necesitamos ayuda, eso es todo.

—¡Cómo todos! ¿O crees que cargo con esta cesta por gusto? ¡Vámonos Tracey! —Tiró del brazo de su amiga como si quisiera protegerla y la chica se dejó llevar.

—Por favor, no conocemos Londres y necesitamos que alguien nos guíe.

Tracey se volvió y susurró algo a su amiga —No, ni hablar.

—Solo será un momento, no va a pasar nada.

—Voy contigo.

—No. Tienes que estar allí para cuando salgan las doncellas.

—Pero tú perderás tu venta. Tu padre te va a matar como no lleves dinero.

—Te pagaré —dijo Charlotte empezando a desesperarse—. Tengo dinero.

—¿Si? —Sara la miró con desconfianza. —Enséñamelo.

Miró a Eva. —Saca una moneda.

Eva miró a su alrededor antes de meter su mano en el escote y sacar la bolsa. Tracey jadeó cubriendo sus manos. —No. —Miró a su alrededor. — Pueden matarnos por eso. Escóndelo.

—Necesitamos ayuda, de verdad.

Sara apretó los labios. —Está bien. Tracey, me llevaré tu cesta, pero espero que te paguen bien por las pérdidas que vas a tener.

—Le pagaremos. Lo juro.

Tracey sonrió viendo como su amiga se iba a regañadientes. —Si no fuera porque tenemos que vender las flores, os habría ayudado ella. Tiene un corazón enorme. Bien, ¿sabéis dónde tenéis que ir?

—¿Conoces a Jack Sterling? —Tracey palideció y se dieron cuenta que la aterraba acercarse a él. —No debes temer nada. Soy su hija y tengo que llegar hasta él.

La miró decepcionada. —Sterling no tiene hijos. Lo sabe todo el mundo.

—Te juro por lo más sagrado para mí, que Jack Sterling es mi padre.

Frunció su precioso ceño y pareció creerla. —Muy bien. Seguidme. Pero te aconsejo que no vayas diciendo por ahí que eres hija de Sterling. Porque pueden rebanarte el cuello solo para vengarse. —Charlotte asintió

entendiendo y la siguió cojeando. Tracey vio que casi no podía caminar. —
Así no llegaremos nunca.

—Lo siento.

—Estás enferma.

—No me encuentro muy bien, pero te sigo. No te preocupes.

Tracey se mordió su labio inferior. —Un coche de alquiler no nos recogería por nuestro aspecto. Ya lo sé. Si eres su hija, te estará buscando. Voy hasta su club y se lo digo a Coleman.

—¿A quién?

—¿No conoces a Coleman?

—Conozco a Finnegan.

Tracey suspiró del alivio. —Pero Finnegan no está desde hace días.

—Porque estaba conmigo. —Se pasó la mano por la frente. —Es muy largo de contar.

—Sentaros ahí y no moveros. ¿Cómo te llamas?

—Charlotte. Ese Coleman no me conoce y no sé si sabe si existo.

—Intentaré hablar con él. Si no puedo darle el recado, buscaré otro modo de que lleguéis hasta allí.

—No sé cómo agradeceréte.

—No hace falta. Una vez mi amiga Sara me ayudó y me salvó la vida. Si puedo ayudar yo a alguien... —Se encogió de hombros antes de salir corriendo.

Eva le preguntó con la mirada. —Que esperemos aquí. Va a ir a pedir ayuda a un hombre de mi padre.

—Gracias a Dios.

Vieron un par de cajas de madera tiradas a un lado y se sentaron a esperar. —¿Tardará mucho? ¿Estará muy lejos?

—No tengo ni idea. —Algo tiraba de su trenza y se dio cuenta que se había sentado encima, pero estaba tan agotada que ni se movió. Estuvieron allí sentadas horas.

—Sí que estaba lejos.

—Iba caminando. Es lógico que si estaba lejos... —Vio a su padre entrar en la plaza con una chaqueta marrón, unos pantalones negros y unas botas del mismo color impecablemente brillantes. Se emocionó al verle, pero no se podía levantar. Ni se dio cuenta de cómo todos le miraban deteniendo su trabajo. Finnegan iba tras él y Eva corrió hacia él abrazándole.

Jack Sterling se acuclilló ante ella. —Lo siento —susurró mirando sus

ojos negros.

—Hija, me alegro tanto de verte que ni quiero explicaciones. —La cogió en brazos dejándolos a todos atónitos y la sacó de la plaza a toda prisa. — Pero cuando se me pase el susto, puede que te las pida y hasta puede que me enfade.

Sonrió apoyando la cabeza en su hombro y le escuchó ordenar que abrieran la puerta. —La chica que nos ha ayudado...

—Se fue en cuanto me dio el recado, pero la encontraré para recompensarla, no te preocupes.

—¿Se fue? No debería haberlo hecho, le prometí una moneda de oro.

—Le debo un favor enorme. La encontraré.

Charlotte se quedó con la boca abierta mirando su carruaje y cuando la metió dentro, ella se sentó sobre un asiento de seda con las iniciales de su padre bordadas en el respaldo. Acarició la S mientras su padre se sentaba ante ella. Observó como su hija miraba la letra pensativa, como si en ese momento fuera consciente de donde se había metido. Jack apretó los labios preocupado.

Ella le miró forzando una sonrisa. —Es precioso.

—Lo gané en una partida de cartas.

Su hija perdió la sonrisa de golpe y Jack empezó a entender lo que

sucedía. —Hija, ¿esto te preocupa?

Se sonrojó ligeramente. —¿Has hablado con Finnegan?

—Me ha dicho que cuando te enteraste de cómo era mi vida, te pusiste algo nerviosa.

Finnegan abrió la puerta en ese momento y Eva entró tímidamente sentándose al lado de Charlotte y cuando su amigo se subió, ella le miró con odio. —Chivato.

—¿Yo?

—Ya te pillaré —dijo con rabia haciendo sonreír a Jack. Miró a su padre de reojo y contestó —Ya tienes mucho dinero.

—Sí, más de lo que gastaré en tres vidas viviendo como un rey.

Sus ojos verdes le miraron fijamente. —Pues déjalo. Ya no lo necesitas.

—¿Por qué te preocupa, hija?

Agachó la mirada angustiada porque no tenía derecho a pedirle eso. —No quiero avergonzarme de mi padre.

Jack apretó los labios. —Entiendo. Te avergüenzas de mí.

Charlotte mirando sus manos supo que le había hecho daño. —No he tenido padres, pero cuando me los imaginaba no pensaba que mi padre era el

jefe de los ladrones y los asesinos de Londres. —Le miró con lágrimas en los ojos. —¡Dalston me ha dicho que cumples una función y que hasta la Reina te necesita! ¡Pero yo te necesito más y quiero que lo dejes! ¡Quiero sentirme orgullosa de mi padre! ¡Me alegro de que hayas luchado para salir de la nada y que hayas llegado hasta aquí! ¡Pero ya no lo necesitas, así que quiero que lo dejes! —gritó desgañitada dejándolo atónito—. ¿Me he explicado con claridad? ¡No puedo cambiar lo que has hecho antes, pero quiero tener una vida tranquila y disfrutar de mi familia! —Le señaló con el dedo. —¡Así que vete haciéndote a la idea porque soy muy cabezota! ¡Qué te lo diga Finnegan! ¡Hasta que no consiga que lo dejes, no paro!

Jack se echó a reír a carcajadas mientras los demás la miraban asombrados.

—Niña, estás roja como un tomate y no sé lo que le has dicho a tu padre, ¿pero por qué no te tranquilizas? —Eva preocupada le pasó la mano por la frente y jadeó. —¡Tienes fiebre!

Su padre perdió la risa de golpe. —¿Qué ocurre?

—Nada —respondió Charlotte apartando su mano.

Eva miró a Finnegan y se pasó una mano por la frente como si quemara. Jack se acercó a su hija y le tocó la mejilla. —Hija...

—No es nada. Es que hemos pasado algo de frío en el viaje.

—¡Un viaje accidentado por como llevas el vestido! —le gritó a la cara asustado.

Hizo una mueca. —Un poco.

Jack gritó dando un golpe en el techo. —¡Aprisa!

—Estoy bien.

—¿Por qué te fuiste?

—¿No decías que no me ibas a preguntar?

—¡Luego rectificué! ¡Y ahora me interesa mucho!

—¡Para impedir el duelo! —le gritó a la cara—. ¡Le ibas a matar!

—¡Es que vaya yerno que me has buscado, Charlotte!

—¡Él me quiere! ¡No quiere a nadie, pero a mí me quiere!

—¿Cómo sabes que no quiere a nadie? —Miró sus ojos negros sonrojándose y Jack frunció el ceño. —Hija, estás equivocada. Cuando te estábamos buscando, Dalston me dijo que pasáramos la noche en casa de su primo. A él debe quererle, sé que se llevan bien.

Se cruzó de brazos e hizo una mueca. —No te hubiera recibido precisamente bien.

—¿Estuviste allí? —preguntó asombrado—. ¿Por qué?

—¡Fue una casualidad! ¡Fue la primera casa que encontramos!

—Pero si estaba lejos del puerto... por eso le dije que no fuéramos.

—Es que no atracamos precisamente en un puerto. Era una playita.

Jack miró a Finnegan asombrado. —Niña, ¿cruzaste hasta Inglaterra con unos contrabandistas? ¿Y en plena tormenta?

—Bueno, tormenta, tormenta...

—Ay, Dios —dijo Jack empezando a conocerla—. ¡Mientes más que hablas!

—¡Vale, eran contrabandistas! Pero no llegaron a descargar nada.

—¿Por qué?

Charlotte se hizo la loca y miró por la ventanilla. —Londres es precioso. Está algo sucio. ¿Se ha puesto a llover? Mucho mejor, así limpia las calles.

—¡Interrogaré a tu amiga si hace falta!

—Encallamos, ¿de acuerdo?

—¿Ves, jefe? Es peligrosa.

—¿Por la tormenta? —preguntó Jack atónito.

—Bueno... —Miró de reojo a Eva que levantó una ceja interrogante.

—¡Charlotte Sterling! Como no me lo cuentes todo ahora mismo... —

Miró a Eva. —¡La envío de vuelta a España!

—¡Jefe! ¡Qué es mi mujer!

—¡Cierra el pico!

Finnegan le indicó con la mirada que hablara y suspiró. —Les matamos. Pero no fue intencionado. —Se explicó rápidamente. —Es que él te insultó y yo, que imparto justicia, iba a darle una lección. Y se la di con un garrotazo y antes de darme cuenta se cayó por la borda. —La miraban como si tuviera dos cabezas. —Pero al otro lo mató Eva. —Pensó en ello. —Pero también fue sin querer. Tenía una cuerda atada a la cintura y se levantó para ayudarme. Al tirar de la cuerda, se cayó el mástil sobre el pobre hombre que llevaba un cuchillo en la mano. —Bufó. —Es que se mueren por nada. Yo que culpa tengo.

Jack reprimió la risa. —¿Y qué pasó después?

—Ni idea. Nos dormimos y encallamos sobre unas rocas.

—¿Dejasteis un barco a la deriva y os quedasteis dormidas?

—No soy marinera.

—Eso es obvio. —Jack no pudo soportarlo más y se echó a reír a carcajadas.

—¡Padre, no tiene gracia! Y después encontramos la casa de ese

Marqués. ¡Nos dispararon! —gritó indignada—. En cuanto nos vio el Marqués, me miró con desprecio por ser igual que mamá. Fue cuando ya estábamos aseándonos cuando la doncella contó que Dalston era su primo. —Apretó los puños furiosa. —Y puede que al Marqués le quiera, pero como vea a su padre...

Jack sonrió divertido. —Así que te has enterado.

—¿De que no le quieren? ¡Pues sí! Tratar así a un hijo. ¡Sangre de tu sangre! —Sus ojos se llenaron de lágrimas de frustración.

—Hija, tienes que darte cuenta de que hay personas en la alta sociedad que dejan a sus hijos a cargo de niñeras y tutores. No les conocen y cuando se hacen mayores, se escandalizan de su comportamiento.

—Tú no hubieras hecho eso.

Jack apretó los labios. —Igual sí.

—¡Padre!

—Hija, no querría que te vieras envuelta en la vida que llevo. No te digo que lo hubiera hecho porque ya no se puede volver atrás, pero puede que hubiera pasado si hubiera querido protegerte.

—¿De qué querían protegerle a él?

—Su caso es distinto. Su padre es un activo miembro del parlamento y

tiene una intensa vida social. Necesita que su imagen sea intachable y su hijo es un escollo en su carrera.

—¿Me estás diciendo que Dalston lleva esa vida para perjudicar a su padre?

—No. No lo creo. Es la única manera que tiene de evadirse de su soledad. —A Charlotte se le rompió el corazón. —He visto como desde que era un jovencito frecuentaba mi casa. Por supuesto tiene amigos, pero son amigos de juergas. ¿Entiendes? No tiene amigos de verdad y creo que no los ha hecho para que...

—No le hagan daño.

—Puede ser. Es demasiado hermético como para llegar a conocerle del todo. Puede que esté equivocado y solo sea un manirroto al que no le importa nada. Pero me llamó la atención una cosa el día que jugamos a las cartas. Se dejó perder.

Finnegan y Charlotte le miraron asombrados. —Padre, ¿qué dices?

—Es un jugador de primera y se dejó perder. Siempre había pensado que hacía trampas y por eso jugué con él, pero estoy convencido de que se dejó perder. Por supuesto yo tenía que cobrar el pagaré.

A Charlotte se le heló la sangre. —Y no te pagó.

Los ojos negros de su padre le dieron la razón y una lágrima cayó por la mejilla de Charlotte. —Joder, Jack. ¿Estás diciendo que quería que le quitaras del medio?

—¿Por qué crees que solo le pegué una paliza? Si otro hubiera tenido el descaro de decirme que no me pagaba mientras se reía, le hubiera quitado del medio antes de que se hubiera dado cuenta. ¡Quiso provocarme!

—Padre...

—Y volvió a provocarme la otra noche, hija. Sabía cuál sería mi reacción si me enteraba de que os habíais comprometido. Sabía que no me lo tomaría bien. Y me enfadé. Si hubiera ido a ese duelo, si no hubieras desaparecido, seguramente la cosa hubiera terminado mal para uno de nosotros. Pero tengo la sensación de que él no hubiera disparado. Aunque solo sea porque te quiere, él no hubiera disparado.

—No lo entiendo —dijo llorando—. Si me quiere...

—Cuando quieres a alguien no puedes cambiarlo. Hay gente que cree que con solo el amor su pareja se reformará, pero nunca sucede eso. Pueden cambiar unos meses, pero en cuanto pasa el tiempo y todo se estabiliza, lo que tenemos en el interior vuelve a salir a la luz y nuestra auténtica personalidad vuelve a tomar el mando. No podrás cambiarle. Puedes darle amor y casarte con él, pero en unos meses volverá a salir al sentirse inquieto.

Incluso puede que vuelva a cometer una tontería como la que cometió conmigo.

—Eso no pasará —dijo ella con rabia—. Me quiere.

—¿Qué crees que sucederá cuando te rechacen? —Charlotte palideció. —
¿Una condesa que ha sido doncella? ¿Hija de Sterling? Te temerán porque me digas que has sido ofendida y os despreciarán por ensuciar a la clase alta. Como reaccionó el primo de Dalston en cuanto te conoció. Todos se comportarán igual y sus padres te odian. Yo por supuesto os daré dinero para que seáis felices, pero no puedo protegeros de todo. Estaréis en el límite de los dos mundos. Yo tengo amigos de clase alta e incluso voy a cenar con ellos a su casa, pero es un secreto, ¿entiendes?

—¡Son unos hipócritas!

—No, hija. Yo sé cuál es mi sitio. Puede que me codee con ellos y tenemos amistad sincera, pero sabemos que hay límites que no debemos cruzar. Y no por mí, que no puedo tener una reputación peor. Si no por ellos. Me codeo hasta con la Reina, pero es algo que no sabe nadie y nunca debe saberse. Estás aspirando a algo imposible. Jamás te aceptarán por ser quién eres y Dalston pagará las consecuencias sintiendo el rechazo de todos. Aunque igual le es indiferente por ser precisamente como es.

—¡Pues entonces es perfecto para mí! ¡Me da igual todo lo demás!

¡Dalston es mío y lo será hasta el día en que me muera!

Jack sonrió. —Esa es mi hija. —Miró a Finnegan. —¿Tú qué opinas?

—Es buen chico y la quiere, ya has visto como se ha puesto cuando ha desaparecido. Si la niña quiere seguir adelante, debemos apoyarla.

Charlotte sonrió. —¿Entonces lo aceptas, padre? ¿Ya no le amenazarás con dispararle o romperle las piernas?

Jack se la quedó mirando fijamente. —Muy bien. Te daré el gusto. Os apoyaré. —Sonrió de oreja a oreja y su padre suspiró. —Tienes la misma sonrisa de tu madre.

Perdió algo la sonrisa y miró a Finnegan de reojo. —Ya hemos llegado —dijo Jack mirando al exterior—. Finnegan, ve a por el médico.

—Sí, jefe.

Asombrada miró la casa, pero viendo el coche no sabía de qué se extrañaba. Era la casa de un caballero y bajó del carruaje cogiendo su mano, sintiéndose muy orgullosa de él mientras admiraba la fachada. —Padre, es hermosa.

Eva se puso a su lado y sonrió. —Que casa más bonita. ¿Finnegan vive aquí?

Charlotte se echó a reír. —Pregunta que dónde vive Finnegan.

—Oh, pues... —Su padre la cogió en brazos yendo hasta las escaleras.

—¿Padre?

—Vive en el club, hija. Tiene una habitación allí desde hace años.

Miró a Eva sobre su hombro y asintió. —Sí, vive con mi padre para que no se sienta solo.

—Oh, qué bien.

—Me da la sensación de que Finnegan se va a mudar, ¿verdad hija?

—Sí, hoy mismo. —Soltó una risita. —Es una casa muy grande. Tenemos sitio de sobra.

Pasaron ante un mayordomo que parpadeó asombrado. Tenía la edad de su padre. Unos cincuenta años y su cabello no tenía ni una sola cana, mostrando un espeso pelo negro impecablemente peinado hacia atrás. —Él es Carter.

—Mucho gusto. Yo soy Charlotte.

—Señorita —susurró atónito antes de carraspear—. Señor, es...

—Mi hija. La he encontrado, Carter.

—Lo veo. Lo veo. Y no hay duda de que sea hija suya. —Al darse cuenta de lo que había dicho se sonrojó. —Quiero decir...

Charlotte se echó a reír. —Tranquilo, Carter. Te hemos entendido. Soy igual que mi madre. —El pobre sonrió. —Ella es Eva. No habla inglés.

Su padre empezó a subir las escaleras con Eva detrás. —¡Qué tenga una habitación cerca de la mía!

—Sí, señorita.

—¡Y Finnegan la de al lado!

—Sí, señorita.

—¡Y Dalston la del otro lado de la mía!

—¡Hija!

—Padre, nos vamos a casar y tú eres un hombre de mundo.

—¡Carter!

El hombre estaba contando con los dedos. —¡La tercera a la derecha, señor!

Charlotte sonrió mirando a su alrededor. —¿La has decorado tú? Es hermosa, padre. Muy elegante.

—No, hija. Yo no entiendo de estas cosas. La decoró tu madre. Tenía mucho gusto. Compré esta casa cuando nos casamos.

—Sí que tenía buen gusto, sí. —Se mordió el labio inferior cuando

pasaron ante un cuadro de su padre mucho más joven. —¡Qué guapo!

Jack se echó a reír entrando en una habitación. —Tenía buena planta.

—Todavía la tienes. Padre, ¿no tienes novia?

—¡Hija!

—Han pasado muchos años. —Él la dejó con cuidado sobre una enorme cama con un edredón de seda verde esmeralda y añadió —Todavía eres joven. Debes buscar esposa.

—¿Es una orden?

—Y me darás hermanitos.

Jack se echó a reír a carcajadas. —Me conformaré con los nietos. —Charlotte se sonrojó. —¿No estarás...?

—¡No! No... —Pensó en ello. —Claro que no. De momento. No ha dado tiempo y los hijos los envía Dios.

—Pues es una pena que Dios no me avisara de que habías llegado, preciosa. —La besó en la frente y Charlotte sonrió.

Un movimiento tras su padre hizo que se inclinara a un lado para ver a Eva mirándolo todo asombrada. —Le gusta la casa, padre.

—Eso es obvio.

—Quiero que esté cómoda aquí.

—Buscaré una doncella para tu amiga que hable español.

—¿Harás eso? Gracias.

—Y necesitareis vestidos. Llamaré a Madame Blanchard para que os atienda de inmediato. —Charlotte palideció. —Es una buena amiga y la mejor modista de Londres. Hasta viste a la Reina.

—Sería estupendo —dijo forzando una sonrisa.

Una doncella llegó corriendo y resbaló sobre el suelo de madera chocándose con el marco de la puerta. Charlotte jadeó asustada. —¿Estás bien?

—Sí, señorita. —Gruñó tocándose la frente antes de acercarse y hacer una reverencia. —Beth para servirla, señorita.

—Un baño para mi hija y búscale ropa para dormir. ¿Dónde estará ese doctor? —dijo yendo hacia la puerta.

—Padre...

Se volvió de golpe. —¿Si?

—Me alegro de estar aquí.

Jack Sterling miró emocionado a su hija y supo en ese momento que haría

lo que fuera por ella. —Y yo me alegro muchísimo de que estés aquí. No sabes cuánto.

Eva la ayudó a desvestirse y tres doncellas le llevaron la bañera. —Ve a asearte —dijo algo abrumada por tanta atención—. Beth se encarga de mí y tú estás agotada también. Enseguida llegará Finnegan y querrás estar con él.

—¿Estás segura?

—Ve a ponerte hermosa para tu hombre. —Le guiñó un ojo sonrojándola.

—¿Y dónde está tu hombre?

—Padre le habrá echado, pero volverá en cuanto sepa que estoy aquí. —Eva miró hacia la puerta insegura. —¿No estarás esperando a que me vea el médico? —preguntó asombrada—. Estoy bien.

Beth le quitó la venda de la pierna y jadeó al ver que tenía una costra amarilla.

—Vaya.

—¿Vaya? —gritó Eva cogiéndola del brazo para sentarla.

—En cuanto me bañe...

—¡No sé si deberías mojarla, Charlotte!

—Claro que sí. —Se levantó con esfuerzo y fue hacia la bañera. Beth la

ayudó a meterse. —Daos prisa. No quiero hacer esperar al médico. —Alargó la mano para coger el jabón, pero Beth empezó a frotarla ella misma. — Puedo hacerlo yo. Lávame el cabello.

Beth le hizo un gesto a otra de las chicas y se puso a ello de inmediato mientras otra doncella ponía un precioso camisón sobre la cama. —¿De dónde ha salido eso? —preguntó asombrada.

—Era de su madre, señorita.

Se quedó sin aliento. —¿Mi padre conserva sus cosas?

—Su habitación está igual que cuando desapareció.

—Dios mío.

Eva se acercó —¿Qué ocurre?

—Padre conserva la habitación de mi madre como cuando desapareció.

—Oh, pobrecito. —Charlotte reprimió las lágrimas. —Pero ahora estás tú aquí. Le ayudarás a olvidarla.

—¿Con la cara que tengo?

—Bueno, ya no está en este mundo. Seguro que ahora empezará de nuevo.

Beth pasó con mucho cuidado el paño sobre la herida y dio un respingo.

Llamaron a la puerta y su doncella se disculpó con la mirada. —No pasa nada. Si es el médico, ¿puedes decirle que espere un momento?

—Sí, señorita. —Fue hasta la puerta y abrió una rendija para susurrar algo. Cerró a toda prisa y regresó a su lado. —Tomará una copa.

—Espero que no se emborrache.

Beth soltó una risita. —No creo, señorita. Yo creo que lo hace para calmar los nervios por estar en la casa de Sterling. El rey pone algo nerviosos a algunos flojos.

Ella sonrió. —¿Llevas mucho en la casa?

—Tres años, señorita. Desde que... —Se sonrojó intensamente.

—Cuéntame. No me voy a asustar.

—El señor me encontró en la calle pidiendo. Vio que un hombre me molestaba y me ayudó. Aquí estoy muy bien.

Miró a la chica de otro modo. Era bonita. Tenía un precioso cabello rubio y unos grandes ojos azules. —¿Estás contenta en la casa?

—Sí, mucho —dijo vehemente—. Me han enseñado muy bien, señorita. Ya verá.

—Estoy segura. Yo también fui doncella, ¿sabes? Y puedo decir que lo haces muy bien.

—Gracias, señorita —dijo avergonzada.

—Deja de dar la cháchara y sal de ahí de una vez —dijo Eva nerviosa—. Esa agua caliente te va a subir la fiebre.

Suspiró inclinando la cabeza hacia atrás y la otra doncella le aclaró el cabello dejándole caer el agua con cuidado con una jarra de porcelana.

La secaron rápidamente y antes de darse cuenta estaba sentada en la cama mientras Beth le cepillaba el cabello con un precioso cepillo de plata. — ¿También era de mi madre?

Beth se lo mostró y vio la M y la S entrelazadas. —Tenía cosas muy hermosas.

Pero al parecer no era suficiente. Entonces se arrepintió de las palabras a su padre en el carruaje. Él lo daba todo y ellas exigían y exigían intentando cambiarle y como había dicho su padre si se quería a alguien debía aceptarlo como era. Se quedó en silencio mientras le cepillaban el cabello y vio como recogían su ropa de al lado de la bañera. El pañuelo con los pendientes de su madre cayó al suelo mostrando uno de ellos y Beth se acercó a la otra doncella a toda prisa. —A ver si tienes más cuidado.

—Lo siento, señorita. No lo había visto.

—No pasa nada. Beth guarda esos pendientes.

—Eran de su madre.

La miró sorprendida. —¿Cómo lo sabes?

—Por el cuadro del salón, señorita. Los lleva puestos.

—Guárdalos —dijo muy tensa.

—Enseguida.

Se acomodó en los almohadones y Eva salió de la habitación a toda prisa. Seguramente para coger al médico y subirlo cuanto antes. Se quedó mirando al vacío y Beth regresó juntando las manos. —¿Le traigo algo de comer, señorita?

—No, gracias. No tengo hambre.

—¿Se encuentra bien?

Sonrió mirando a la chica. —Muy bien.

—Aquí estará muy cómoda, señorita. Ya verá. Será muy feliz. El señor la va a querer muchísimo como quería a su madre.

Su corazón se retorció. —Yo no soy mi madre.

—No, claro que no —dijo avergonzada.

No era como su madre. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque le había dicho a su padre que no quería avergonzarse de él. Igual que su madre, que se

fue por la vida que llevaba a su lado. Estaba tan confundida...

La puerta se abrió sobresaltándola y su padre entró perdiendo la sonrisa.

—Hija, ¿qué ocurre?

El médico entró tras él mostrando lo intimidado que estaba. —Entre hombre. ¡No le vamos a comer! —gritó ella perdiendo los nervios.

Jack la miró asombrado. —Hija...

Se echó a llorar y su padre se acercó de inmediato sentándose a su lado.

—Eh, eh... ¿qué ocurre? ¿No estás cómoda?

—Lo siento.

—¿El qué sientes, bonita? —Le acarició el cabello.

—No tengo derecho a juzgarte y te he dicho cosas horribles.

Jack sonrió. —Te aseguro que me han dicho cosas peores.

—¡Pero yo soy tu hija! ¡Debería apoyarte!

—¿Te estás desdiciendo?

Sorbió por la nariz pensando en ello y decidió ser sincera. —No.

Jack se echó a reír a carcajadas y el médico sonrió fascinado por como cambiaba ese hombre al lado de su hija.

—Quiero decir...

—No quieres hacerme daño.

—¡Eso, eso!

—Pero tienes tu opinión.

—Eso también.

La besó en la frente. —Me gusta que seas así. Y no te reprimas nunca. Ahora olvídalo y deja que te vea el médico. Creo que tienes más fiebre.

El doctor se acercó y Charlotte parpadeó cogiendo un pañuelo que le tendió su padre con las iniciales bordadas. —¿Y usted quién es?

—El doctor Cosgrave a su servicio.

—Yo soy Charlotte Sterling.

—Me lo he imaginado, señorita. Es un placer.

—Lo mismo digo. Perdone lo de antes, es que...

—No es nada.

—Hija...

Bufó levantando el camisón hasta la rodilla y Jack juró por lo bajo. — ¿Cómo te has hecho eso?

—Una roca después de encallar.

Eva se acercó a la cama preocupada. —¿Qué dice?

—Todavía nada. Ve a bañarte.

El doctor frunció el ceño acercándose a su tobillo amoratado y cogió la planta de su pie para moverlo de un lado a otro con sumo cuidado. —¿Le duele?

—Pues sí. Y no puedo caminar. Así que arréglemelo. Padre, ¿dónde está mi prometido?

Jack carraspeó. —Buscándote, hija.

Ella sonrió. —¿De verdad?

—Le tienes como loco de un lado a otro. Espero que vuelva en unos días.

—Oh...

—Así te recuperas porque ...

—¿Si, verdad? ¿Tiene mala pinta?

—Una pinta horrible. ¿Qué dice, doctor?

—No lo tiene roto. Necesita descanso, aunque ese morado no tiene buen aspecto. Ha tenido mucha suerte. Ahora a ver esa herida.

—Ya no sangra —dijo su padre muy serio.

—Y eso es muy bueno. —Puso un dedo a cada lado de la herida y apretó. Ella se sobresaltó de dolor y todos vieron como salía un líquido amarillento.

—Esto no es bueno.

—¿Debe sacar el mal? —preguntó Jack frunciendo el ceño.

—Sí, y cuanto antes porque tiene fiebre.

—¿Qué va a hacer? —preguntó mirando la herida que tenía una pinta horrible.

—Apretar, hija. Hasta que salga sangre.

—Ah.

—Una toalla —le dijo el médico a Beth que le acercó una de inmediato.

—No, mejor lo hago yo.

—Hija, ¿cómo lo vas a hacer tú?

—Así no me sorprende cuando me duela. —Le arrebató la toalla y la puso a ambos lados de la herida antes de empujar como si nada. El médico con otra toalla iba limpiando y Jack sonrió mirando a su hija que estaba concentrada apretando la herida como si no fuera la suya, cuando debía estar doliéndole muchísimo.

—Ya está, señorita. Ya sale la sangre limpia.

—Uff, no ha sido para tanto. —Levantó la vista sonriendo a Eva, que miraba la herida con los ojos como platos antes de ponerlos en blanco y caer

hacia atrás. Jadeó asustada. —¿Eva?

—Tranquila, hija. Se pondrá bien.

—¿Seguro? ¡Mírela, doctor! Finnegan se llevará un disgusto como la espiche.

Jack se echó a reír y el doctor sonriendo se acercó a Eva tirada a los pies de la cama. —Solo esta desmayada. Chica, un poco de agua.

Charlotte sentada en la cama, estiró el cuello y suspiró de alivio cuando la escuchó gemir. —¡Eva! ¿No estarás preñada? ¡Mira que estás sin casar!

—¡Charlotte! ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—¡No me entienden!

—Ah...

—Uy... tú te casas cuanto antes. —Miró a su padre y dijo en inglés —Un cura.

—Si está bien. No se va a morir, hija.

—Es para casarla, padre. ¡Vive en pecado y se ha desmayado! ¡Tiene una pinta de embarazo que no puede con ella!

Jack rió por lo bajo. —Haré que se casen cuanto antes.

Suspiró del alivio. —Estupendo. —Se dejó caer en los almohadones y

susurró de repente agotada —A ver si llega Dalston pronto. Quiero verle.

—No te preocupes por eso.

El médico le acercó una cucharilla a la boca y ella la abrió sin protestar.

—Le echo de menos. Quiero verle —susurró mientras sus ojos se cerraban.

—Sí, hija. Eso me ha quedado muy claro.

Capítulo 11

Se despertó hambrienta y cuando se sentó estaba tan confundida que no sabía dónde estaba. Bajó los pies de la cama y al sentir el dolor en el tobillo recordó. Estaba en casa de su padre. Una lámpara de aceite estaba encendida y vio que Beth estaba dormida en una butaca. Se quiso levantar y Beth se despertó de golpe saltando del asiento. —Señorita, no puede mover las piernas. Órdenes del médico.

—¿De verdad?

—Se quedó dormida antes de que le escuchara.

—Ah... —Se tumbó de nuevo con su ayuda y bufó cuando la tapó otra vez. —Hace calor.

—Tiene fiebre. Sea buena y no me dé la lata.

Sonrió divertida. —Vete a dormir.

—Sí, como que la voy a dejar sola. ¿Tiene hambre?

—Un poco.

—¿Necesita usar el orinal?

—Un poco.

Beth rió por lo bajo. —Se lo acerco. Así camina menos.

Se sentó de nuevo viendo como Beth le acercaba el orinal. La ayudó a agacharse sobre él porque no podía doblar la rodilla con el vendaje que le habían puesto. Cuando volvió a la cama, Beth sonrió. —Le traeré el desayuno.

—¿Ya es de día?

—Está amaneciendo.

—¿Cuánto he dormido?

—Más de dieciséis horas. ¿Se siente mejor?

—¿Ha llegado mi prometido?

—No, señorita. No ha venido nadie.

—Vaya.

—Volverá, no se preocupe.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque estaría loco si la dejara escapar. Es la hija de Jack Sterling y es preciosa. No, no la abandonará, eso seguro.

—Él es conde.

—Ah. —Beth disimuló. —Voy a por el desayuno.

Sonrió divertida. —¿Ahora crees que volverá?

—Si es un hombre como tiene que ser, volverá. Porque demostrará que nada le importa más que usted.

A Charlotte se le cortó el aliento viéndola salir de la habitación. Era cierto. Si regresaba a su lado, demostraría que ella le importaba más que ninguna otra persona y en ese momento no había nada que deseara más que tenerle a su lado.

Se pasó el día de lo más aburrida. Estaba claro que la vida de ricachona no iba con ella. Su padre fue a visitarla después de la comida y se sentó en la cama a su lado. —Tienes mejor aspecto.

—Me encuentro mejor. ¿Y Dalston?

Jack sonrió. —Hija, he enviado a un hombre para que le traiga de vuelta, pero tiene que encontrarle.

—Pues envía a más.

—Es un hombre muy eficiente. —Gruñó cruzándose de brazos. —¿Qué ocurre, hija? ¿Tienes miedo a que se arrepienta?

—¿Eres adivino?

—No, pero tengo muchos años más que tú. No debes preocuparte. Dalston volverá. ¿Mientras tanto por qué no te entretienes con tu vestuario nuevo? Las mujeres suelen divertirse con esas cosas.

—Yo no. —Jack sonrió. —Bueno, no mucho. Es que nunca me he hecho un vestuario nuevo.

—Tu tía te ayudará.

Palideció al escucharle y Jack sonrió con tristeza. —¿Creías que no me enteraría? Irwin y Owen son muy simples y puede que no hablen mucho, pero escuchan muy bien.

—Padre...

—No queríais hacerme daño, pero hay cosas que no se pueden ocultar, cielo.

—Ella te quería.

—No lo suficiente. —Apretó los labios. —Me advirtió, ¿sabes? En una de nuestras discusiones dijo que me dejaría si no nos íbamos de Inglaterra. Que quería empezar de nuevo donde el nombre de Sterling no hiciera temblar. No le hice caso y la perdí.

—Te engañó. Iba a robarte para irse con un Barón.

Jack negó con la cabeza. —Todo lo mío era suyo. Pero nunca se hubiera

ido con otro hombre. No sé por qué dijo eso, pero no es cierto. Me quería a su manera. Estoy seguro. —Se miraron a los ojos y él sonrió acariciando su mejilla. —Pero me ha dejado lo mejor del mundo.

—Podría haberme enviado a ti.

—Eso demuestra lo mucho que te quería, ¿no?

Una lágrima mojó su dedo. —No es justo.

—Esta vida no es justa, hija. Yo solo puedo dar gracias a Dios porque el Duque de Stradford te vio en esa visita a Cádiz.

—Si hubieran confesado en su momento...

Jack apretó los labios. —No puedo negar que no me lo hubiera tomado bien. Me hubiera sentido utilizado y engañado.

—¿Y ahora por qué no reaccionas así?

—Porque mi mujer está muerta, porque te he encontrado y porque Madame Blanchard se ha portado como una buena amiga conmigo todos estos años.

—Te amaba. Ella sí que te amaba.

—Lo supe hace años cuando desapareció Monique, pero ya era demasiado tarde.

—No le diste una oportunidad.

—No, y nunca tendrá esa oportunidad. Ahora aún menos. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Cuando alguien traiciona a Sterling, ya no tiene más oportunidades. Por eso tu madre se fue. Por como soy. Otra mujer podría decirle algo así a su marido, pero ella no podía.

—Ni siquiera estabais casados. Ella no usó su nombre real —dijo llorando.

—Shusss. Eres mi hija y una Sterling. Que tu madre se apellidara de otra manera no invalida para nadie esa boda, ¿me entiendes? Y menos para mí.

—Si mi otra tía me hubiera entregado...

—Estaría muerta por ocultarme a mi hija cinco años. Ella lo sabía y por eso no se atrevió a avisarme. Decidió seguir con su vida de señora mientras su sobrina la servía como doncella. Como una sirvienta, cuando podía haber tenido la vida de una princesa. Sabía que la estrangularía con mis propias manos al enterarme y por eso no dijo nada. —Jack sonrió limpiando sus lágrimas. —¿Crees que no sabía que ocurría algo extraño cuando las conocí? Las tres en apenas un mes. Cuando me encontré con tu madre me enamoré, pero llevo muchos años en la calle y envié a uno de mis hombres a seguirla

un día que se fue de compras. Se reunió con ellas. Sabía que se conocían, pero jamás imaginé que eran hermanas. Y lo dejé pasar porque tu madre hacía mi vida mucho más feliz. Olvidé esa coincidencia para vivir a su lado. Fueron unos años maravillosos y no los cambiaría.

—¿Qué te dijo de su familia?

—Que no tenía. —Sonrió con tristeza. —Que venía a Londres a trabajar de costurera con una amiga. Esa amiga resultó ser Madame Blanchard. Monique me dijo que era la hija de una institutriz francesa que había muerto hacía dos años. Eso fue lo que me contó.

—Eran damas. Hijas de un vizconde.

Jack la miró sorprendido. —¿Qué has dicho?

—No tenían dinero y por eso te escogieron.

Él sonrió disimulando que estaba dolido. —Por supuesto. Siempre quiero lo mejor. Sí que parecía una dama, pero yo pensaba que era porque su madre tenía esa profesión. —Tomó aire levantándose como si no quisiera hablar del tema. —No le demos más vueltas. Ahora estás tú.

Ella sonrió. —Sí, padre.

Jack forzó una sonrisa. —Tu tía llegará esta tarde para encargarse de hacerte el mejor vestuario de Londres. No le digas nada. No quiero

avergonzarla.

—A ella la has perdonado.

—Me ha demostrado muchas veces que me ama. —Se echó a reír. — Aunque sabe divertirse y he tenido que sacarla un par de veces de líos, es una buena mujer. ¿Sabes? Creo que ella me conocía mejor que nadie. Incluso mejor que Monique. Igual es porque a Pauline le he importado más que a tu madre.

Eso seguro, porque sino no le habría abandonado por mucho que su tía la amenazara. —Pauline te protegió de mamá.

—Sí. —Apretó los labios. —Si me hubiera robado mi propia mujer y se hubiera sabido, mi vida no habría valido nada porque alguien intentaría arrebatarme mi puesto. No puedo mostrar debilidad, ¿entiendes?

Charlotte asintió. —¿Me estás advirtiendo, padre?

—Sí, hija. Es una advertencia. Estarás protegida, pero siempre hay alguien que quiere lo que no es suyo. Tendrás cuidado, ¿verdad?

—Sí, padre. No te preocupes por mí. Además, como lo vas a dejar no tendré que preocuparme mucho tiempo. —Jack se echó a reír yendo hacia la puerta. —¿Padre?

—Hablaemos de eso un poco más adelante.

—Pero no lo voy a olvidar.

—Yo tampoco.

—Eso ya lo veremos.

Sonrió al escuchar la risa de su padre en el pasillo.

Se pasó con Eva casi todo el tiempo, porque su padre tenía mucho trabajo. Estaba inquieta y cuando llamaron a la puerta casi saltó de la cama.

—¡Adelante!

Beth entró en la habitación. —Madame Blanchard, señorita.

—Que pase, que pase.

Una mujer elegantemente vestida entró en la habitación como si fuera la dueña del mundo y se detuvo en seco cuando sus ojos castaños cayeron sobre ella. Charlotte sonrió interiormente al ver que perdía todo el color de la cara.

—Madame, no se quede ahí. Pase, pase.

—Disculpe, señorita Sterling. Es como si viera a su madre ahí sentada y...

—El pasado siempre vuelve, ¿verdad? —Se echó a reír. —Aunque sea por mi rostro.

Se observaron mutuamente y se parecían. Ambas tenían el cabello

castaño y la misma forma de la cara. Para ser una mujer de unos cuarenta y tantos se conservaba muy bien. Estaba claro que las tres hermanas eran bellas, pero Pauline Blanchard tenía una fuerza en su interior que no tenía su tía Julie. Sonrió viendo cómo se acercaba y la mujer se detuvo a su lado. — ¿Está enferma?

Su delicioso acento francés la hizo apretar los labios porque mostraba preocupación y no quería sentir nada por esa mujer. —No, no es nada. Un pequeño accidente que se solucionará en unos días.

Su tía sonrió aliviada. —Cuando Jack me dijo que su hija había aparecido no me lo podía creer. Monique no había dicho que estuviera en estado antes de desaparecer.

—Es lo que tiene la vida. Que te da sorpresas, ¿verdad Pauline?

La modista se tensó. —Yo era muy amiga de tu madre.

—Sí, íntimas. Tendrás muchas historias para contarme, ¿verdad? Estoy deseando oírlas. Mi señora conocía a mi madre de antes de morir, pero no me contó mucho.

—¿Tu señora?

—Julie, estaba casada con el señor Esteban. Ella me tuvo a su servicio en Cádiz desde muy pequeña. —Madame Blanchard palideció. —¿La conoces?

—Oh, no. No me suena su nombre. —Nerviosa miró a Eva.

—Ella no habla inglés. Solo castellano. Sobre mi madre...

—¿Por qué no empezamos a tomar las medidas?

Dejó una pequeña bolsa sobre la cama y Charlotte la cogió por la muñeca cortándole el aliento. —¿Por qué tanta prisa? Tómese un té conmigo.

—Hay mucho que hacer y... —Vio como Charlotte la miraba con rabia y Pauline se enderezó soltándose con un gesto brusco. —Entiendo. Julie te lo ha contado todo. ¿O debo decir Simone?

Charlotte sonrió divertida. —Nunca me ha gustado irme por las ramas.

—Igualita que tu madre.

—No metas a mi madre en esto —dijo con voz heladora—. Puede que ahora seas muy amiga de mi padre y te aprecie mucho, pero yo sé por qué lo hiciste.

—¿Por qué hice el qué?

Se echó a reír. —¿Te vas a hacer la tonta? No me pareces una mujer que no se enfrente a los problemas. ¿De verdad quieres seguir este juego?

La puerta se abrió y Charlotte sonrió de oreja a oreja cuando vio a su padre. —¡Has venido!

—Quería asegurarme de que le decías a Pauline todo lo que necesitas. Seguro que no te pide ni la mitad, amiga. Quiero que tenga el mejor vestuario de toda Inglaterra.

Charlotte se sonrojó de gusto y más aún cuando su padre se acercó para besarla en la frente. —Ya casi no tienes fiebre. Eso es estupendo.

Le miró con cariño. —Mañana ya podré levantarme.

Jack se echó a reír. —¿Has visto Pauline, que hija tengo? —preguntó orgulloso—. Es igualita a Monique por fuera, pero por dentro es una Sterling de los pies a la cabeza.

—Ya me he dado cuenta —dijo más relajada al verles juntos—. Eres muy afortunado, Jack.

—Sí, muy afortunado.

Madame Blanchard miró a Jack con cariño. Ya no le amaba y era lógico después de esperar tanto tiempo a un amor que no daba sus frutos.

—Venga, ahora déjanos solas que tenemos mucho que decidir.

Jack carraspeó. —Muy bien, pero quería comentarte una cosa. —Volvió a carraspear incómodo y las dos le miraron sorprendidas porque parecía avergonzado.

—¿Padre?

—Espera hija, que no estoy acostumbrado a estas cosas. —Miró a Pauline fijamente y le dijo —Nada de escotes pronunciados, Pauline.

—¡Padre!

—Vas a casarte dentro de poco y no quiero más murmuraciones. Además, Dalston me agradecerá que tenga esta conversación.

Jadeó indignada y Pauline sonrió. —No te preocupes, Jack. Yo me encargo de que no se le vea nada de más.

—Eso espero porque sino no te pago.

—¡Padre!

Su tía se echó a reír a carcajadas asintiendo. —Entendido.

—Muy bien —dijo su padre aliviado—. Ahora me voy al club y no volveré hasta media noche por lo menos. Pórtate bien —le dijo a Charlotte que volvió a jadear—. Nada de incendios, ni escapadas, ni naufragios y sobre todo nada de levantarse de la cama.

—Muy gracioso, padre.

Jack se echó a reír yendo hacia la puerta y Pauline la miró fascinada. —Nunca le había visto tan feliz.

El corazón de Charlotte saltó. —¿De veras? —Negó con la cabeza emocionada y empezó a sacar cosas de la maletita. Sin poder evitarlo

preguntó —¿Por qué lo hiciste?

—Sé que no lo entiendes. —Se pasó una mano por debajo del ojo sin dejar de mirar la maleta. —Parece que han pasado siglos desde que le vi por primera vez. Era tan apuesto. —Sonrió sin ganas sacando una cinta para medir con la mirada perdida como si recordara. —Y era tan agradable. Quise aferrarme a él, pero vi que no estaba interesado desde el primer momento. Recé porque rechazara a mis hermanas, pero Monique era irresistible. —La miró sentándose en la cama ante ella. —Te pareces por fuera, pero es cierto lo que dice Jack, por dentro eres igual que él. Monique era divertida, muy extrovertida y sabía sacarle partido a su sonrisa. Lo vi desde el primer momento. Aunque teníamos un plan trazado, jamás se me pasó por la cabeza hacerle daño a Jack. —Se miró las manos. —Sería como un matrimonio de conveniencia. Como esas debutantes que van a los bailes pasando ante sus posibles pretendientes y que se casan casi sin conocerse simplemente por interés. Sería un matrimonio de verdad.

—Le necesitabais.

—Estábamos en la ruina más absoluta. Mi padre murió un año antes y ya no había dinero. Cuando llegó su heredero nos echó a la calle. Conseguimos mantenernos un año gracias a las joyas de mi madre. Pero sabíamos que no podíamos seguir así. O trabajábamos o nos casábamos y ningún pretendiente

nos miraba dos veces donde vivíamos porque sabían que no teníamos dote.

—La miró a los ojos.

—¿Vivíais aquí en Inglaterra? Tu acento...

—En casa siempre hablamos en francés. Mis abuelos salieron de Francia hace muchos años. Mi abuelo era partidario de Napoleón y huyeron con su caída.

—¿A Inglaterra?

—Mi abuela era inglesa. Había nacido aquí y tenía familia que les acogió. Su hija se casó con un vizconde y así se integraron del todo.

—Entiendo. Así que os quedasteis sin nada.

—Lo pensamos mucho, así que decidimos venir a Londres a buscar marido. Pero el mismo día que llegamos, nos dimos cuenta de que nuestros vestidos no eran apropiados para presentarse en sociedad y no teníamos las amistades necesarias para conseguir nuestros objetivos. —Charlotte lo entendió. —Entonces un día Simone vino a la pensión donde nos alojábamos muy excitada. Había oído hablar de un hombre en el mercado. Todo el mundo lo llamaba el rey y tenía mucho dinero. No era de buena cuna, pero era una salida y llegamos a un acuerdo.

—La primera que le pillara, se casaba con él y ayudaba a las demás a

casarse bien.

—Sí —dijo avergonzada—. Realmente no sabíamos dónde nos metíamos. Pero averiguamos por dónde iba y lo que hacía, porque Monique era muy buena sacando información. La gente confiaba en ella enseguida y nos enteramos de que iba al teatro.

—Ahí fue Simone.

—Consiguió entrar en su palco diciendo que había perdido a sus amistades y él la invitó a ver la comedia a su lado. Cuando terminó la obra, se dio cuenta que no le había dicho dos palabras seguidas, así que decidió que probáramos las demás. No quiso insistir para no levantar sospechas.

—Tú fuiste a pedir trabajo a su club.

Se echó a reír. —Cuando llegué a su puerta no tenía ni idea de que se trataba. Me recibió Finnegan que no se podía creer lo que veía. Llegó Jack que estaba guapísimo con su traje de noche y me hizo pasar a su despacho. Me quedé horrorizada al ver a las prostitutas insinuándose descaradas a los nobles que estaban en el local. Cuando le dije a tu padre que buscaba trabajo, se echó a reír y me dijo que me fuera a casa. Me enamoré en ese momento y dije que haría cualquier cosa. Me dio una bolsa con dinero y mirándome a los ojos me dijo que regresara a casa. Allí estaría mucho más segura.

Charlotte sonrió. —Pero mi madre tuvo éxito.

—Sabía que no podía ser simplemente un encuentro fortuito. Tenía que pasar tiempo con él e ideó lo del accidente del coche. Pasaron no sé cuántos carros hasta que apareció Jack, que por supuesto se ofreció a llevarla a Londres. Monique no volvió a la pensión y esa noche lloré lo que no había llorado en toda mi vida. Sabía que lo había perdido para siempre.

Sintió pena por ella y susurró —¿Qué ocurrió después?

—Monique apareció dos meses después diciendo que se habían casado. Aunque nosotras ya lo sabíamos, porque había rumores por la ciudad. Traía dinero. Simone empezó a impacientarse porque ella quería casarse cuanto antes, pero Monique le dijo que debía esperar un poco. Que todo era muy reciente y Jack tendría la mosca tras la oreja. Yo cogí mi parte de la bolsa y busqué un local en el centro. Trabajé muchísimo para empezar a hacerme un nombre y Simone me ayudaba en la tienda para entretenerse. Pasaron otros dos meses hasta que Monique entró en la tienda y llevaba otra bolsa que me vino estupendamente para pagar deudas. Me dijo que comprara el local, que ella se encargaba de pagarlo y así pasó otro año. Nos veíamos a menudo porque ella iba a la tienda y como todo estaba más tranquilo, a veces nos reuníamos en esta casa a tomar el té. A Jack le dijo que éramos amigas. Que iba a trabajar conmigo de costurera cuando había venido a Londres y tu padre no sospechó de nosotras. Cuando tenía que hacer un pago del local, que ya había comprado, tuve que enviarle un aviso para vernos. Entonces me di

cuenta de que no quería ayudarnos más. Yo por supuesto le pregunté qué ocurría y llorando me dijo que la habían abofeteado en la calle. —Charlotte palideció. —Que no se lo había dicho a Jack para no crear problemas, pero que hasta la habían llamado zorra. Ahí empezaron los problemas, porque ella no soportaba ser rechazada por la buena sociedad. Empezó a buscar excusas para no vernos y vinimos a visitarla una tarde que sabía que estaría en casa. Estaba borracha. Decía que para qué iba a salir de casa si no podía ir a ningún sitio a no ser que fuera al club. Que Jack quería un hijo, pero qué clase de vida llevaría. Le dije que se tranquilizara. Que si eso lo había hablado con su marido y se echó a reír. Jack es imprescindible, me dijo con burla. Me asustó porque nunca había hablado así de él. Antes estaba fascinada por tu padre y esa actitud me sorprendió muchísimo. Dijo que no nos daría más dinero. Que nosotras no habíamos hecho nada, que era ella quien había sacrificado su vida. Cuando Simone se echó a llorar, yo me enfurecí y le exigí otro pago porque necesitaba el dinero. Le pedí que cumpliera el trato y para que se asustara un poco y no hiciera tonterías con Jack, le dije que como no se comportara le diría lo que habíamos hecho. Sabía que yo también me jugaba el cuello, pero temía que ella se emborrachara y dejara a Jack en evidencia en el club. Simone se puso muy nerviosa y huyó a España y cuando se casó con un hombre de rango, supe que se avecinaban problemas. Monique se quedó lívida leyendo lo feliz que era en su hacienda. Recibía a mucha gente de

alcurnia de toda España porque su marido criaba los mejores caballos de la zona. Un día recibí recado de tu padre para que le hiciera una visita a mi amiga. Yo estaba apuradísima, porque se iniciaba la temporada. Acudí al club porque ella iba todas las noches para hacerse cargo de las fiestas de tu padre. Me quedé en shock cuando vi que salía de la fiesta para atenderme. Se codeaba con ellos con mucha familiaridad y aunque yo estaba medio escondida, vi que cuando salía le guiñaba el ojo a un hombre. Incluso su retrato estaba en el salón presidiéndolo. Cuando nos metimos en una sala de uso exclusivo de tu padre, le pedí explicaciones. Me dijo que como se aburría todo el día en casa, había hablado con su marido para ser la anfitriona de las fiestas, ya que ella no podía dar ninguna aquí. Jack lo permitió. Sabía convencer a todo el mundo de lo que ella quería, pero Monique siguió bebiendo mientras estaba conmigo y se le soltó la lengua. Me dijo que tenía echado el ojo a un noble y que se iría con él. Que ya tenía el dinero preparado porque había saqueado las arcas del club. Que si su marido se enteraba de que había cogido dinero no diría nada porque la adoraba. Pero yo me asusté de veras. Si Jack pasaba por la vergüenza de que ella le abandonara por otro, todo Londres se reiría de él y no podía consentirlo. La amenacé y Monique me conocía lo suficiente para saber que yo no me tiro faroles. Le dije que como se le ocurriera seguir robando a Jack y como se atreviera a serle infiel, se lo contaría todo. Y que ella sabía, porque ya le conocía lo suficiente, que

Jack la mataría o que no pararía hasta encontrarla. Intentó convencerme de que estaba harta y perdí la paciencia. Le ordené que saliera de Londres y se fuera a España. Que no se llevara nada que no fueran sus cosas porque se lo diría a Jack. Intentó huir a Francia, pero yo tenía a alguien vigilándola, pues conocía sus planes. En cuanto salió de Londres, detuve su coche y la obligué a dar la vuelta. Pero ella dijo que no volvía. Le pregunté que si le había robado algo y registré sus cosas. Tenía dinero, pero no la fortuna que me había dicho. Así que vi la oportunidad de salvar la reputación de Jack, le dije que se fuera a España y que Simone la ayudaría a conseguir lo que quería. Una vida nueva como la de mi hermana. Pero cuando llegó allí se lo robaron todo y Simone no la quería en casa.

Charlotte perdió el aliento. —La abandonasteis. Ella por conservar su estatus y tú por no hacerle daño a mi padre.

Los ojos de Pauline se llenaron de lágrimas. —Simone nunca me dijo que había tenido una niña. Nunca me dijo que vivías en su casa. Cuando me enteré de su muerte... —Una lágrima cayó por su mejilla torturada. —No lo entendí. No podía entender como teniéndolo todo no era feliz a su lado.

—La envidiabas y no entendías que ella quisiera otra vida con su marido.

—¡Sí! ¡Yo trabajaba dieciséis horas al día y a veces ni dormía para terminar los encargos! ¡Ella tenía al hombre que yo quería y una vida de lujo!

¡Y aun así se quejaba! ¡No lo entendía! ¡La vi como a una egoísta que siempre quería más y más! ¡Quería una vida que no podía tener estando al lado de Jack!

—Quería respeto.

La miró fríamente a los ojos. —Lo que Monique no entendía, es que el respeto lo perdimos cuando nos quedamos sin dinero y seguíamos siendo damas. Recuperamos el dinero, pero jamás seríamos damas de nuevo.

Charlotte se quedó en silencio pensando en ello. Si Dalston se casaba con ella jamás entraría en sociedad de nuevo. Puede que no le importara, ¿pero y si le pasaba lo mismo que a su madre dentro de uno o dos años? Y si se cansaba de los desprecios de los que antes eran sus conocidos.

—¿Simone es feliz?

Miró a su tía a los ojos y negó con la cabeza. Pauline apretó los labios intentando reprimir las lágrimas. Sonrió sin ganas. —Al parecer ninguna de las Blanchard ha conseguido el amor.

—Crees que mi madre no quería a mi padre, ¿verdad?

—Le quiso a su manera, estuvo fascinada por él mucho tiempo, pero creo que se fue porque no quería despreciarle por la vida que llevaba. Por todo lo que le rodeaba.

—Mi padre nunca pensó que algo fuera mal. No lo entiendo.

—El amor nos hace ciegos. Y él sí que la amó por encima de todo. Monique engañó a mucha gente. Incluso se engañó a sí misma durante un tiempo, pero...

—Le he dicho a mi padre que abandone esta vida.

A Pauline se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Quiero que lo deje. Quiero a mi padre a mi lado e ir por la calle con la cabeza muy alta.

—¡Eso no va a pasar, Charlotte! No te empeñes en algo que ni Monique consiguió.

—Pero es que mi madre hablaba a sus espaldas y yo no pienso callarme nada. Si algo no me gusta, pienso decírselo a padre y seré tan machacante, que al final dejará esta vida solo por no escucharme.

Entre lágrimas Pauline sonrió. —Sí que eres como Jack. ¿Y sabes qué? Espero que lo consigas. Ya va siendo hora de que se retire. —Se levantó resuelta. —Pero te advierto que no lo vas a tener fácil.

—Sí, sí. Ya sé que tengo a la Reina en contra, pero solo es su opinión y me importa poco.

Su tía se echó a reír. —No sé qué diría la Reina de eso.

—Vuelvo a decir que me importa poco —dijo con decisión—. Mi padre es mío y me lo he ganado. Le quiero para mí a partir de ahora.

—Y ese prometido que tienes...

—Dalston estará encantado de vivir con él. Se llevarán estupendamente.

—¿Dalston? ¿Hablas de Dalston Hanford, Conde de Ovington?

—¿Le conoces?

—¡Niña, si Jack le pegó una paliza que por poco le mata!

—Va, eso es agua pasada. Se llevarán muy bien.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque me quieren.

—No quiero que te empeñes en algo y que por frustración te ocurra lo mismo que a tu madre. Eres la hija de Jack Sterling y te vas a casar con un noble. ¡Estás destinada al fracaso!

—Oh, eso no va a pasar. Porque yo sí que voy a conseguirlo. —Levantó la barbilla. —Ya verás como sí. —Sus ojos verdes brillaron. —Haré lo que haga falta para conseguirlo. Mi padre dejará esta vida y mi marido no se avergonzará de mí. Seré feliz. Seremos felices.

—Pues te deseo toda la suerte del mundo, niña. Nunca había visto a Jack

tan feliz como ahora y espero de veras que lo consigas. De momento vamos a hacerte un vestuario que sea la envidia de todo Londres. Quiero que te vean y que te admiren sin que se les pueda pasar por la cabeza siquiera de quién eres hija. —Sonrió sorprendiéndola. —Mi sobrina va a ser condesa.

—Pues sí. Y a ver si el conde regresa pronto, porque estoy deseando verle.

—No me extraña. Es un hombre muy apuesto. Algo cabeza loca, pero ya le enderezarás.

—Vaya que sí. Le voy a llevar tieso como una vela.

Se echaron a reír y Eva que estaba sentada al lado de la ventana sonrió. Increíble. Esa niña no tenía una pizca de maldad en su cuerpo. Sabía que tenía algo de rencor contra su tía, pero allí estaban media hora después como si se conocieran de toda la vida y ambas sonriendo. Ya habían cerrado el círculo. Ahora era momento de iniciar una nueva vida dejando el pasado atrás.

Capítulo 12

—¡Charlotte estate quieta! —la reprendió Pauline tres días después arrodillada frente a ella prendiendo su cintura con una aguja para marcar donde debía quedar.

—¿Por qué haces tú eso? ¿Dónde está tu ayudante? ¿No tienes ayudante? Tía, esa aguja me pincha en la cadera.

—¡Si te estuvieras quieta! Y no tengo aquí a mi ayudante porque no quiero a ninguna en esta casa. Son unas chismosas y luego todo se sabe.

—Y no quieres que se sepa.

—No quiero hacer daño a tu padre con todo el pasado. Las cosas están bien así.

Se mordió el labio inferior porque su padre le había dicho que no dijera nada para no avergonzarla y ella no quería hacer daño a su padre. —¿Estás segura de que ya no le quieres?

La miró sorprendida. —¡Niña! Han pasado muchos años. Somos amigos. Buenos amigos. Eso es todo.

—Tía, ¿estás enamorada de otro? —preguntó divertida.

—Claro que no.

—Tenemos que buscarte un pretendiente. Un hombre que te merezca.

—Sí, lo que me faltaba con el trabajo que tengo.

Charlotte chasqueó la lengua. —Un hombre que te retire.

Su tía se quedó de piedra. —¿Qué has dicho? ¿Con lo que me ha costado llegar a ser la mejor modista de Inglaterra? ¡Ni el mejor hombre del mundo iba a conseguir que dejara mi negocio!

Se echó a reír por la indignación de su tía. —Vale, pues uno que esté orgulloso de tener a la mejor modista de Inglaterra.

—Eso sí.

—¿Cómo es la Reina?

—Muy agradable —contestó distraída poniendo otro alfiler—. Éste ya está. Mañana estará listo. Ponte el azul. —Eva se acercó de inmediato y empezó a desabrocharla. —Me gusta esta mujer. —Su tía se levantó.

—¿Muy agradable?

Pauline se volvió. —No lo sé, nunca he hablado con ella. ¿No me has dicho que solo habla español?

—Hablo de la Reina.

—Ah... —La miró con desconfianza. —¿Por qué?

—No, por nada. —Se hizo la tonta dejando caer el vestido y dando un paso al lado para quitárselo.

—¡Charlotte Sterling, ni se te ocurra! ¡La Reina es la Reina!

—Ya, y yo soy yo.

—Ay, madre. ¿Estás loca? ¡No puedes ir a hablar con ella para que libere a tu padre! ¡Le necesita!

—Precisamente por eso. Ya va siendo hora de que lo jubile.

—¡Estás loca!

—Bueno, de todas maneras esperaré un poco. No quiero forzar las cosas.

—¿Ah, no?

—Esperaré a ver qué hace padre. —Se metió el vestido azul intenso. — Este color es precioso. ¿Padre va a pagar una fortuna por esto?

Pauline se cruzó de brazos divertida. —No soy barata.

—Ya, pero eres de la familia. Le harás una rebajilla.

—¿Estás regateando?

—Sí.

Pauline se echó a reír. —Solo le cobraré las telas.

—Me parece bien.

—Vaya, gracias.

Escuchó que un coche de caballos se detenía ante la casa y con el vestido sin abrochar corrió como podía hacia la ventana para ver un carruaje con un escudo en la puerta. —¿Quién es?

Pauline sonrió a su lado. —Tu conde, cielo.

Chilló viendo como Dalston salía del carruaje vestido con unos pantalones marrones a juego con la chaqueta y unas impecables botas negras. Cuando miró a la casa, ella abrió la ventana con una sonrisa de oreja a oreja y dijo sin ningún pudor —¡Estás aquí! —Él gruñó yendo hacia la casa con paso ligero. —Vaya, parece que no se alegra mucho de verme.

—Debe ser porque ha recorrido parte de Inglaterra buscándote. ¿Continuamos o...?

Charlotte corrió hacia la puerta y salió de la habitación casi chocándose con Finnegan. —¡Está aquí! ¡Ya ha llegado! —Corrió por el pasillo emocionada y gritó —¡Carter la puerta! ¡Ha llegado mi prometido!

Cuando llegó a la escalera, sonrió a Dalston que estaba en el hall dándole el sombrero a Carter. —Has tardado mucho.

—Preciosa, ¿sabes lo que has hecho?

—Sí. —Soltó una risita. —Evitar un duelo. ¿Me has echado de menos?

Él subió las escaleras mirándola fijamente y a Charlotte se le alteró el corazón. —Estás muy apuesto. Yo te he echado de menos, ¿y tú a mí? — Como no hablaba empezó a ponerse nerviosa. —¿Dalston? —Cuando llegó frente a ella se miraron a los ojos. —¿Estás enfadado? Lo siento, pero no podía dejar que os llevarais mal. Y lo que le dijiste... Eso no se hace Dalston, no deberías haber mentido.

—¿En qué mentí, preciosa?

—Insinuaste a mi padre que estabas conmigo por hacerle daño a él, pero te perdono porque sé que estabas enfadado.

Dalston sonrió. —Así que lo entendiste.

—Claro que sí. Tú me quieres de verdad. No te casas conmigo por el dinero de padre.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque te preocupas por mí. —Su mirada sí que la puso nerviosa. — ¿No estarás insinuando que no me quieres? ¡Porque no te creería! ¡Ahora quieres dejar de mirarme así y dime que me has echado de menos! ¡Así no se recibe a una prometida!

—Eres tú quien me está recibiendo a mí.

Charlotte se tiró a su cuello abrazándole y susurró —Siento haberte asustado.

—Mentirosa —dijo apretándola contra su cuerpo—. Lo hiciste a propósito. Preciosa, no vuelvas a hacer algo así. Creía que te había pasado algo.

Sonrió contra su cuello. —Sé cuidarme sola.

La apartó cogiéndola de los hombros y dijo muy serio —¡Hablo en serio, Charlotte! ¡No vuelvas a hacer algo así!

—Está bien. No se volverá a repetir.

—Júramelo.

—Palabra de Sterling.

Eso pareció calmarlo, pero cuando vio su piel raspada en el hombro gritó —¿Qué te ha pasado?

Se sonrojó intensamente. ¿Le mentía o no? Era un dilema. —¡Charlotte!

—Un accidente de nada.

Su padre apareció al final de las escaleras. —Que te lo cuente. Que te lo cuente, Conde. Es una historia de lo más interesante. Hija, no deberías

caminar. Ya has escuchado al médico esta mañana.

—¿Médico? —gritó Dalston cogiéndola en brazos—. ¡Mujer, estoy a punto de arrepentirme!

Sonrió acariciando su nuca. —Ahora quien miente eres tú. —Besó sus labios suavemente y su padre gruñó tras ellos. —Padre, no mires.

—Conde déjala en su habitación y ven a mi despacho. Tenemos que hablar.

—¿Hablar de qué? —preguntó ella mientras Dalston iba hacia Eva que esperaba ante su habitación. —¡Acaba de llegar!

—De la boda sobre todo.

—Ah. —Encantada miró a Dalston a los ojos. —¿Cuándo nos casamos? ¿Hoy? Padre seguro que conoce a un cura que nos case.

—¿Ahora quieres casarte hoy cuando has huido de mí?

—No huía de ti. —Le besó en la barbilla. —¿Cómo voy a huir de ti con todo lo que te quiero?

—Sí, ya se nota.

Pauline le hizo un gesto para que la pusiera sobre la alfombra donde le estaba haciendo los ajustes. —Aquí, Conde. Que todavía no he acabado.

Su prometido se detuvo en seco mirando a su tía con desconfianza y ella dijo en español —Tranquilo, cielo. Ya hemos hablado y lo hemos arreglado todo.

—¿Seguro?

—A la niña no hay quien se le resista —dijo Eva orgullosa—. Déjela ahí que acabamos enseguida.

Dalston lo hizo a regañadientes y la observó de arriba abajo. —¿Qué tienes para que no puedas estar de pie?

—Oh, nada.

—Eva...

—Un corte en la rodilla muy feo y un tobillo lesionado. Pero está mucho mejor, ya no tiene fiebre.

—¡Fiebre! —gritó sobresaltándolas—. Eva cuéntamelo todo.

Al ver que su amiga abría la boca, ella protestó —¡Eva, quedaría entre nosotras!

—Tú ya te has chivado a tu padre, ahora no te pongas quisquillosa. — Miró al conde. —Verá milord, menuda aventura que hemos pasado. Ni se lo imagina.

Dalston se tensó mientras su tía le terminaba de abrochar el vestido. —No

tiene buena cara —susurró su tía divertida—. ¿Qué le está contando?

—Cómo me escapé.

—Uy... pues a cada palabra que suelta, el conde pone peor cara.

—¿Contrabandistas? —preguntó Dalston con voz heladora. Eva asintió vehementemente y continuó su relato. —¿Les matasteis?

Ella gimió mirando a su tía sobre su hombro. —Se le está hinchando una vena en el cuello.

Pauline soltó una risita. —Ya lo veo.

—¿Naufragio? —gritó a los cuatro vientos.

Pauline se sobresaltó y la pinchó en el brazo. —¡Tía!

—Uy, perdona, pero es que no me lo esperaba.

—¡Yo tampoco! —Miró angelicalmente a su prometido. —¿No te espera mi padre en el despacho? Ahora que habéis hecho las paces no deberías hacerle esperar.

La risa de Sterling al otro lado de la puerta la sonrojó y Pauline la miró asustada. —¿Nos habrá escuchado? Me has llamado tía.

La miró con cariño. —Él ya lo sabe. Se enteró de todo por los hombres de Finnegan que nos acompañaron durante el viaje.

—Oh... —Se sonrojó intensamente. —Entiendo.

Dalston esperaba impaciente y se dio cuenta que tenía que hablar con los dos. Mejor empezaba por su tía para que Dalston se calmara. Se acercó hasta él. —Estoy bien. Me tienes de una pieza y no nos ha ocurrido nada. —Le besó en los labios y él la abrazó haciendo que las mujeres les miraran emocionadas. —Ahora vete hablar con padre de la boda, que yo tengo que hablar con mi tía.

—Preciosa, te he echado de menos.

Su corazón saltó en su pecho y sonrió mirando sus ojos. —Lo sé.

Dalston se echó a reír y atrapó sus labios pegándola a su cuerpo, demostrando todo lo que la necesitaba, y ella le correspondió queriendo que supiera que siempre estaría a su lado y que no le fallaría como su familia. Nunca más le dejaría solo. Jamás.

Él se apartó y apoyó su frente en la suya. —Tú y yo, preciosa. Lo demás no importa, no lo olvides nunca.

—Jamás. Tú y yo.

Dalston besó suavemente sus labios y se apartó para ir hacia la puerta. — Te quiero en la cama de inmediato. ¿Me has entendido?

—Sí, cielo.

En cuanto salió se volvió hacia Eva y su tía, que la miraban con una sonrisa en los labios. Sonrió emocionada. —Me ama.

—Sí, niña. De eso no hay duda —dijo su tía orgullosa—. Tendréis dificultades, pero se os ve muy enamorados. Y el amor lo puede todo.

Perdió algo la sonrisa y Charlotte se acercó. —No te preocupes por mi padre. No quería que te dijera que él lo sabía para no avergonzarte. Aprecia mucho tu ayuda en el pasado y te comprende.

—No quería que supiera que ella no le quería como él se imaginaba.

—Mi padre no es tonto. Y estoy segura de que para él fue un alivio conocer la verdad. Ella le había amenazado con dejarle si no se iban de Inglaterra.

Pauline se llevó una mano al pecho impresionada. —¿De verdad?

—Sí. Él no le hizo caso, pero en lo que no duda es que no le hubiera abandonado por otro hombre. Está seguro de que le quería, pero no lo suficiente.

—Entonces ya está. Es un alivio que lo sepa, ¿sabes? Durante años he tenido ese temor y que me echara la culpa de que Monique se fuera. —Hizo una mueca. —Aunque fue culpa mía.

—No, no fue culpa tuya. Si le hubiera querido, hubiera hablado con él.

Habría luchado por su hombre.

—Como tú vas a luchar por el tuyo.

Charlotte asintió. —Como yo lucharé por mi Dalston con uñas y dientes. Es mío y nada se interpondrá entre nosotros.

—Te deseo toda la felicidad del mundo.

—Deséamela en la boda. Por cierto, ¿qué me pondré?

Una hora después estaba tumbada en la cama de nuevo y aburrida cogió la campanilla que tenía sobre la mesilla, porque se suponía que no podía caminar hasta el llamador. Agitó la campanilla una vez antes de dejarla sobre la mesilla de nuevo. Suspiró uniendo las manos sobre su vientre y entrecerró los ojos. ¿Dónde estaría Beth? Impaciente volvió a coger la campanilla y la agitó de nuevo. ¿Dónde estaría Dalston? Después de llamar tres veces Eva entró en la habitación. —¿Se puede saber qué te ocurre? ¡Intento tener un momento romántico con Finnegan y no haces más que tocar ese dichoso chisme!

—¿Dónde está Dalston?

—Estará con tu padre todavía.

Ella frunció el entrecejo. —¿Te has casado?

—¿Pero qué dices? ¿Cómo me voy a casar sin que tú te enteres?

—Padre me dijo que llamaría al cura. ¡No puedes vivir en pecado! ¿Y si estás preñada?

—Mira quien fue a hablar. —Salió de la habitación y Charlotte volvió a agitar la campanilla con fuerza. Eva la señaló con el dedo. —Te lo advierto. Finn se va al club en una hora. Como me fastidies...

Charlotte la miró maliciosa y agitó la campanilla. —¡Niña!

Sin dejar de hacer sonar la campanilla, vio que Eva se acercaba y riendo rodó sobre la cama mientras su amiga se tiraba sobre ella intentando arrebatarla. —¡Hablo en serio, Charlotte!

Entonces escucharon una detonación en el piso de abajo y ambas se detuvieron mirándose a los ojos. —¿Qué ha sido eso? —preguntó Charlotte perdiendo todo el color de la cara.

Escucharon gritos en el piso de abajo y Charlotte saltó de la cama corriendo hacia la puerta en camisón. —¿Qué ha ocurrido? —gritó muerta de miedo. Nadie le contestaba corriendo de un lado a otro y escuchó a su padre gritar que llamaran a un médico.

—¿Padre? —Bajó las escaleras con las piernas temblorosas.

—¡No la dejéis pasar! —gritó Jack muy nervioso.

Sintiendo que le faltaba el aire fue hasta la puerta donde varias personas de la servidumbre la bloqueaban. Les apartó rabiosa. —¡Dejadme pasar! —gritó empujando a Carter para entrar en lo que era el despacho de su padre. Se quedó en shock al ver a Dalston tirado en el suelo donde su padre taponaba una herida que tenía en el pecho. Gritó de miedo sin darse cuenta y corrió hacia él arrodillándose a su lado —¡Dalston!

—¡Un médico joder! —gritó su padre desesperado.

Ella acarició sus mejillas mirando sus ojos antes de apartar su cabello de su frente. —Preciosa...

—No me dejes, por favor. No me dejes. —Angustiada se acercó a él y susurró en su oído —Tú y yo, ¿recuerdas? No puedes dejarme, mi amor. — Sus lágrimas mojaron su rostro.

—Te quiero. Te amé en cuanto te vi empuñando aquel atizador.

Miró sus ojos. —¡No digas eso ahora! ¡Te vas a poner bien! No me hables como si te estuvieras despidiendo de mí, ¿me oyes? Siempre estaremos juntos.

—Sí, cielo. Siempre estaremos juntos. —Su cabeza cayó a un lado y Charlotte gritó de miedo tocando su cara, pero él no reaccionaba. —¡Dalston! ¡Por favor, mi vida despierta!

—¡Sacadla de aquí! —gritó su padre sin poder soportar el sufrimiento de su hija.

Finnegan se acercó a Charlotte y ella intentó patearle para que la dejara en paz, pero consiguió cogerla por la cintura. —¡No! ¡No puedo dejarle solo! ¡Me necesita! ¡Se pondrá bien! ¡No puede dejarme!

Coleman se acercó para cogerla de las piernas y entre los dos la sacaron del despacho. —¡Soltadme! ¡Me necesita a su lado! —Eva se tapó la boca intentando amortiguar sus sollozos. —¡No puede dejarme! ¡Dalston no me dejaría! ¡Soltadme!

La subieron a la fuerza a su habitación y cuando la tumbaron en la cama, Coleman gritó —¡Traer láudano! ¡Charlotte cálmate!

—Dejadme por favor, quiero estar con él —dijo angustiada. Un dolor en su pecho que no se iba, le hizo gritar desgarrada su nombre.

—Dios mío —susurró Eva sentándose a su lado y cogiéndola de las manos—. ¡Cálmate, Charlotte!

Beth llegó corriendo con una botellita en la mano y Coleman le dijo — Ahora te vas a tomar esto, ¿me oyes?

—¿Si me lo tomo me dejareis ir con Dalston? —preguntó con la voz entrecortada por los sollozos.

—Sí, te dejaré ir con Dalston si te tomas esto y te calmas un poco. No puedes estar así a su lado, ¿de acuerdo? Solo es para calmarte.

—Bien. —Coleman le dio una cucharada de láudano y le dijo —Ahora.

—Espera unos minutos para que haga efecto. Si te ve tan nerviosa, se pondrá peor.

—Me necesita.

El hombre de su padre asintió. —Claro que te necesita. Espera unos minutos.

Se quedaron en silencio mientras ella no dejaba de llorar y Coleman miró preocupado a Finnegan. —Ve a ver qué ocurre. Ya debe haber llegado el médico.

Charlotte se sentó de golpe. —¡Debo ir con él!

Todos se dieron cuenta de que estaba más laxa y Coleman sonrió empujándola por el hombro para que se tumbara. —En unos minutos más estarás a su lado.

—Sí... —Sus ojos se cerraron. —¿Qué me has dado? No sé qué me pasa.

—Es láudano. Buenísimo para los nervios.

Se le cerraron los ojos de nuevo y ya no los pudo abrir. —Me duer...

Eva se echó a llorar y Coleman se levantó de inmediato saliendo de la habitación. Su amiga le cogió las manos que tenían la sangre de su prometido y con cariño se las limpió con una toalla húmeda, asustada por lo que pasaría si al conde le ocurría lo peor. Charlotte perdería lo que más quería en el mundo y no era justo después de todo lo que le había ocurrido en la vida.

Se giró en la cama sintiéndose agotada. Le dolía la cabeza y abrió los ojos. La casa estaba en silencio y se sentó de golpe recordándolo todo. Saltó de la cama y corrió hacia la puerta, pero Beth la interceptó. —¿Dónde está Dalston?

—Señorita, está vivo.

Charlotte la cogió de los brazos. —¿No me mientes?

—Le han operado y está mal, pero vivo. Ahora descansa.

Salió corriendo de la habitación antes de que pudiera impedirlo y fue hasta la habitación que tenía al lado. Abrió la puerta y allí estaba su padre sentado en una silla. Le ignoró para mirar la cama, donde Dalston estaba tumbado desnudo de cintura para arriba con su torso vendado. La cicatriz había manchado de sangre su vendaje. Se acercó sintiendo el latido de su corazón en sus oídos y no escuchó lo que le dijo su padre. Se subió a la cama y se tumbó a su lado con cuidado sin darse cuenta de que lloraba y acarició su

brazo. —Estoy aquí, mi vida. A tu lado.

Jack se acercó a la cama. —Hija, necesita descanso.

Ella no le hizo caso. Se quedó allí mirándole, intentando no despertarle y Jack suspiró pasándose la mano por su cabello negro.

Durante tres días ella no se separó de su lado, esperando que cuando abriera los ojos lo primero que viera es que estaba allí. A veces el cansancio podía con ella y sus ojos se cerraban, pero apenas dormía y casi no comía por no molestarle. Le forzaba a beber dejando caer gotitas de agua en sus labios y pasaba paños húmedos por su frente si notaba que la fiebre subía. El médico dijo que estaba muy satisfecho con su paciente, pero Charlotte estaba angustiada porque no se despertaba.

El cuarto día estaba pasándole un paño húmedo por sus labios agrietados cuando vio que sus ojos se movían. Se le cortó el aliento viendo como los abría lentamente y la miraba. —¿Dalston? —preguntó muerta de miedo.

—Preciosa...

Ella se echó a llorar abrazándole y susurró —Pensaba que me ibas a dejar.

—¿Y perderme esa sonrisa los próximos años? No te librarás de mí tan fácilmente. —Charlotte se incorporó hasta su rostro y besó su cara. Se apartó

sonriendo. —Eso es preciosa. Sonríeme.

—Tienes que comer algo. Llevas mucho sin comer. —Él cerró los ojos y se asustó. —No, cielo. Por favor, sé que estás cansado, pero tienes que comer algo para recuperarte y casarte conmigo. No te me escapas.

Él sonrió y Charlotte saltó de la cama abriendo la puerta y gritando — ¡Carter! ¡Algo de comer para mi conde antes de que se me duerma de nuevo! ¡Rápido!

—Sí, señorita.

Volvió a la cama y le cogió la mano con cuidado. Él apretó sus dedos como si no quisiera soltarla. Su padre entró en la habitación muy serio. —Al fin. Mi hija no ha pegado ojo en cuatro días y ya iba siendo hora de que volvieras a su lado.

—Siento el inconveniente.

—Padre no le molestes. Está herido.

Dalston levantó los párpados con esfuerzo mirando los ojos negros de Jack. —¿Que ocurrió?

—Te dispararon a través de la ventana. Un tiro de escopeta, Dalston. —A Charlotte se le cortó el aliento porque hasta ese momento lo único que le importaba era que volviera a su lado. Enderezó la espalda sin soltar su mano.

—La escopeta estaba en el jardín. Corrieron por el jardín de atrás y saltaron el muro antes de que llegaran mis hombres. Iban a por ti porque desde la ventana no hay confusión. La mesa del despacho estaba entre nosotros y esperaron a que te levantas para ir al mueble bar alejándote de mí.

—Lo recuerdo.

—Tengo a mis hombres poniendo patas arriba todo Londres buscando información, pero de momento no tenemos nada. ¿Tú puedes aportarnos algo?

—No. Aparte de ti no tengo enemigos.

—Cariño, papá no te haría eso. Te mataría de frente y después te tiraría al puerto.

Dalston sonrió. —Eso es cierto.

—Además quiere que nos casemos.

Levantó una de sus cejas rubias mirando a su suegro. —¿De veras?

Jack gruñó. —Preferiría que no se casara con nadie hasta que me muriera, pero ya que se ha enamorado de ti, tendré que soportarte. ¿Entonces no puedes darme una pista?

—¿Has seguido la escopeta?

—Es de caza. Hay miles como esa. —Jack se acercó preocupado. —Lo

que más me sorprende es que estabas fuera de Londres hasta ese día. Llegaste por la mañana.

—Sí, fui a asearme y vine aquí. Tardé un par de horas porque tenía correspondencia que mi mayordomo insistía en que respondiera. Escribí un par de cartas antes de salir y dejé el resto.

Jack levantó una ceja. —¿Eran importantes las cartas? ¿Más que mi hija?

—Una de mi padre y otra de mi administrador diciendo que estoy seco.

—Y él insistió en que las respondieras.

—Al parecer mi padre le envió otra a él, exigiéndole que me respondiera cuanto antes. A veces tiro sus cartas sin leer por no ponerme de mal humor.

Charlotte sonrió apartando el cabello de su frente.

—¿Qué te decía en la carta?

—Que debido a varios gastos imprevistos, debía reducir mi asignación en tres mil libras.

—Eso es mucho dinero. ¿Qué gastos imprevistos?

—Ni idea. No me lo contó. Nunca me cuenta nada y no le pido ni doy explicaciones.

—¿Y tú que le contestaste?

—Que me daba igual. —Le guiñó un ojo a Charlotte. —En ese momento solo quería ver a esta preciosidad. Además, tengo un suegro rico que me mantendrá.

Charlotte soltó una risita y Jack gruñó. —Vamos papá, solo es dinero.

Jack le señaló con el dedo. —Yo no mantengo vagos. En cuanto te repongas, te pondrás al cargo de los negocios lícitos que tengo.

Charlotte chilló de la alegría y se levantó de un salto para abrazar a su padre. —Gracias, gracias. Pero los ilícitos los irás dejando, ¿no?

—Hija, necesito tiempo.

—Vale, te doy tiempo. Cuando tengamos el primer niño lo dejas. Vete preparándote.

—¿Eso será dentro de unos años?

—No, no lo creo —gruñó Dalston haciéndola reír.

—Prométemelo, padre. No quiero pasar por lo de estos últimos días de nuevo.

La miró a los ojos y vio su temor. Temor a perderlo todo de nuevo. —Lo intentaré, ¿de acuerdo?

Le miró ilusionada. —Es suficiente. Gracias.

La besó en la sien. —Me voy a trabajar. Cuida de tu prometido.

—Por supuesto. —Corrió hacia la puerta y chilló a grito pelado —¿Tengo que ir yo a por la comida?

—No, señorita.

Puso los ojos en blanco antes de volver a la cama mientras sus hombres sonreían. —Es que no se apuran.

Jack rió saliendo de la habitación y ella volvió con su prometido. —¿Te duele mucho? Si te duele, tengo láudano.

—No quiero tomar eso.

—Lo tomarás si te duele mucho. ¿Me oyes?

En ese momento entró Beth con una bandeja y un tazón. —Dile a la cocinera que quiero caldo preparado a todas horas, ¿de acuerdo? No quiero que Dalston espere por la comida.

—Sí, señorita. —Beth sonrió dejando la bandeja a su lado.

—Cielo...

Miró hacia Dalston que estaba agotado. —Ah, no. No me pongas esa cara porque hasta que no comas, no dejaré que te duermas.

Pero no pudo con todo y se quedó dormido. Suspiró viéndole dormir y le

dio el tazón a Beth. —Puedes retirarte.

—Señorita, debería dormir un poco. Ahora sabe que se pondrá bien. ¿Quiere que le prepare un baño? La ayudará a descansar. Ha estado muy tensa todos estos días. ¿No querrá caer enferma usted también?

Eva entró en la habitación sonriendo, pero perdió la sonrisa al ver que estaba dormido. —Vaya, me lo he perdido.

—Se acaba de dormir.

—Pues es lo que deberías hacer tú. Descansar para estar muy hermosa cuando se despierte de nuevo. Tienes ojeras.

Jadeó llevándose la mano a la cara. —¿De verdad?

—Y tienes unos pelos...

Se llevó las manos a la cabeza antes de correr hasta el espejo del tocador. Se volvió hacia ellas. —¿Cómo dejáis que me vea así? —siseó furiosa antes de salir de la habitación—. ¿Dónde está mi tía? ¡Quiero ver a mi tía!

Eva sonrió y le guiñó un ojo a Beth, que contenta se sentó en una silla para vigilar al conde.

Capítulo 13

Al día siguiente su conde se despertó de nuevo y estaba mucho más despejado. —Estás tan bonita que es una alegría mirarte. Más que de costumbre.

—¿Te gusta? —Dio una vuelta mostrando su vestido azul que ya estaba terminado. Se sentó a su lado mostrando sus preciosos rizos castaños recogidos a un lado de la cabeza.

Él alargó una mano y acarició uno de sus mechones. —Estás muy bonita. Tanto que tendré que vigilarte.

—Quería estar bonita para ti.

—¿Has dormido?

—Sí. Y he comido. Ahora el que debes comer eres tú.

—¿Serás una esposa mandona?

—Mucho.

—Dame un beso. Quiero sentirte.

Ella le abrazó con cuidado y besó su labio inferior con ternura antes de

besar el de arriba. Dalston la agarró por la nuca y entró en su boca como si le diera la vida. Cuando se separaron Charlotte estaba sonrojada. —Eres un pillo, conde.

Él se echó a reír y gimió llevándose la mano al pecho porque le dolía. — Cariño —dijo asustada.

—Estoy bien. ¿Has salido de casa?

—¿Cómo voy a salir si estás así? ¡No me muevo de tu lado hasta que sepa que no me vas a dejar viuda!

—No te voy a dejar viuda.

—Más te vale. —Fue hasta la puerta e iba a gritar, cuando Beth apareció ante ella con una bandeja. Sonrió de oreja a oreja. —Perfecto.

—Gracias, señorita.

—¿Tu padre está en casa?

Charlotte cogiendo el tazón le miró extrañada. —Sí, cariño. Debe estar durmiendo todavía. Ayer hubo una fiesta en el club y llegó cuando amanecía.

—Y me la he perdido.

—Y las que te quedan por perderte.

Sonrió divertido y ella le puso la cuchara en los labios. Tragó el caldo. —

Quiero hablar con él. Cuando se despierte. No hay prisa.

—¿Has recordado algo?

—Sí, he recordado algo muy importante y quiero solucionarlo cuanto antes.

—Está bien. —Le acercó la cuchara de nuevo. —¿No me lo vas a contar?

—Ya te enterarás, cielo. ¿Te has hecho algún vestido verde?

—Sí. Mi tía me está haciendo vestidos en todos los colores. —Soltó una risita. —No sé para qué quiero tantos cuando solo tengo un cuerpo.

—Un cuerpo precioso.

—Si tú lo dices, conde...

Le dio de comer en silencio y él no dejó de mirarla a los ojos. Su mano subió por su muslo acariciándola por encima del vestido y ella le dio un manotazo haciéndole reír de nuevo.

—Estate quieto. Reírte no te viene bien.

Finnegan entró en la habitación y sonrió al verle despierto. —Bienvenido.

—Gracias. ¿Se sabe algo?

Negó con la cabeza sin perder la sonrisa. —Tendremos que vigilarte.

—No dejes que Charlotte salga sin escolta.

—Eso no pasará. Y la casa está fortificada. Coleman se encarga de dirigir a los hombres mientras Jack no se da por vencido. Ya le conoces.

Asintió muy serio. —El muro...

—Lo están levantando tres metros.

—¿Qué? —Charlotte dejó el tazón y fue hasta la ventana. Había obreros y estaban levantando el muro de piedra. Ya estaban terminando. Ella ni se había dado cuenta. Jadeó al ver que en la parte terminada había como puntas de flecha que salían del muro. Quedaba bonito, pero a ella se le pusieron los pelos de punta. Se volvió hacia Finnegan. —¿Que está pasando?

—Nada, te lo juro. No sabemos nada. Esto es solo por precaución. Han invadido la casa y es algo que jamás debe volver a ocurrir.

Pensativa regresó a la cama y volvió a coger el cuenco.

—Supongo que habéis hablado con mi mayordomo.

Finnegan sonrió. —Exacto. Veo que ya estás muy despejado.

—No te andes por las ramas. ¿Qué te ha dicho? ¿Está metido en esto?

—No. Me enseñó la carta de tu padre. Era cierto que le exigió y de muy malos modos que te pusieras en contacto con él cuanto antes.

—¿Por qué necesita mi padre el dinero?

—Esto te va a dejar de piedra.

—No lo creo.

—Tiene una amante muy cara.

Charlotte jadeó asombrada y Dalston sonrió irónico. —¿Más que la de costumbre?

—Mucho más. Por eso el recorte en tu manutención.

—Gastos imprevistos —dijo por lo bajo disimulando su dolor.

Charlotte apretó los labios y miró a Finnegan de reojo, que también estaba molesto. —Entonces no se sabe nada.

El amigo de su padre negó con la cabeza. —Tú no te preocupes y recupérate pronto.

—¿Qué no me preocupe? ¡Me han atravesado el pecho, joder!

—Cariño, tranquilo. Tú come. Deja que papá se encargue. Le encontrará.

Dalston suspiró relajándose. —¡Sí, Jack le encontrará, pero quiero que me lo deje a mí!

—Lo haré. Tienes derecho a vengarte —dijo Finnegan intentando calmarle.

—Lo que me pone nervioso es no saber la razón. —Se acarició el pecho.

—Si le cojo...

—Shussss, no hablemos más de eso. ¿Sabes que Eva está preñada? —
Ambos se quedaron de piedra y Charlotte soltó una risita. —Tenemos que casarles cuanto antes, cariño. Será antes que la nuestra porque no pienso esperar más.

—Niña, ¿qué has dicho?

Miró a Finnegan haciéndose la tonta. —¿No lo sabías? Eres un pillín.

Finnegan se volvió como si le hubiera dado con un garrote en la cabeza y ella soltó una risita.

—¿Es cierto?

Asintió divertida. —Es que Eva no sabía cómo decírselo, así que he abreviado.

Dalston se echó a reír a carcajadas. —Serás mala. Le va a dar un ataque. Se ha quedado blanco.

—¿Cómo no me dices que estás esperando un hijo, mujer? —gritó Finnegan a los cuatro vientos desde su habitación.

—¿Qué dices? —preguntó Eva en español—. ¡Y no me grites! —Él debió hacer gestos porque se escuchó un chillido. —Charlotte ¿qué has hecho? ¿Estás loca? ¿Cómo se lo dices así?

Dalston se echó a reír y la cogió por la cintura para acercarla a él. —¿Te hago feliz? —preguntó ella apartando un mechón rubio de su frente.

—Mucho.

—Eso es porque me quieres.

—Es que los ojos verdes me vuelven loco. Me pasa desde niño. Una vez tuve una novia...

—¡Eh!

Dalston se echó a reír al ver su indignación. —Pero los tuyos me gustan más que ninguno.

—Y yo te quiero más que a ninguno. Así que ahora vas a descansar un rato que mi tía está a punto de venir para acabar con los ajustes.

—Seguro que te dejará preciosa. —Miró su escote. —Estás muy apetecible.

—Gracias milord. —Le besó tomándose su tiempo y jugueteó con sus labios acariciándolos con los suyos dulcemente. Él suspiró apretando su mano en la espalda de Charlotte y ella se echó a reír contra sus labios. —Tenemos que dejarlo. Duerme.

Dalston gruñó viendo cómo se levantaba. —¿Seguro que no puedes quedarte un poco más? —Alargó la mano. Finnegan entró en la habitación

con una sonrisa de oreja a oreja y él exasperado dejó caer la mano sobre el colchón. Charlotte reprimió una risita mirando a Finnegan. —¿Cómo te sienta ser papá?

—¡Pero si puedo ser abuelo! —dijo atónito—. Y ella no es tampoco ninguna jovencita.

—Va. —Charlotte le hizo un gesto con la mano sin darle importancia. — En la hacienda una de las mujeres tuvo un hijo con cincuenta años y Eva es muchísimo más joven.

—Felicidades —dijo Dalston con cachondeo. Ella le advirtió con la mirada porque el pobre Finn estaba muy nervioso.

—Gracias —respondió distraído.

Charlotte se acercó a él y le cogió la mano. —Los hijos son una alegría y un regalo. Disfruta del momento mientras puedas.

Dalston se echó a reír a carcajadas y Finn le fulminó con la mirada. — ¡Pienso vivir muchos años!

—Eso espero, amigo.

—¡Dalston! ¡A dormir!

—Preciosa, ahora no tengo sueño. ¿Por qué no llamas a tu padre y le das la noticia también? Quiero ver su cara.

—Serás...

—Quiero divertirme un poco. —Le rogó con la mirada y Charlotte reprimió la risa.

—Cielo, padre ya lo sabe.

—¡No! —gritó Finnegan.

—Bueno, es que cuando Eva se desmayó hace unos días yo me lo imaginé y lo dije sin querer.

—Niña... ¡No sabes guardar un secreto!

Jadeó indignada. —¡Claro que sí! ¡Soy una tumba!

—¡Si lo cuentas todo!

—¡Porque me gusta ir con la verdad por delante!

—¡Acordamos no decirle nada a Jack para no entristecerle con el comportamiento de Monique y te chivaste!

—¡Se chivó Irwin... y Owen! ¡Yo solo confirmé su historia!

—¡Tu padre te dijo que no hablaras con Pauline y hala...!

Charlotte se sonrojó. —Empezó a hablar ella.

—¡No debías decir nada de lo que te había ocurrido en esa excursión a través del mar y lo largaste todo en cuanto viste a tu padre!

—¡Es que no quería mentirle sobre cómo me hice la herida de la rodilla!
—le gritó a la cara—. ¡Lo demás salió solo! —Miró a su prometido. —
¡Defiéndeme!

—Lo haces muy bien sola, pero Finn tiene razón.

—¿Qué?

—No puedes callarte nada. Está en tu naturaleza ir de frente. A mí me gusta, porque si algo va mal entre nosotros, me lo dirías de inmediato.

Sonrió como una tonta. —Claro que sí, mi amor. Si haces algo mal, yo te lo digo. —Dalston sonrió divertido. —Ahora a dormir y a descansar.

—Finn, ¿por qué no traes unas cartas y echamos unas partidas?

Finnegan miró de reojo a Charlotte que levantó las cejas. —Creo que es mejor que duermas, Hanford. Además, tengo que ir al puerto.

Charlotte sonrió. —Hala a dormir.

—Preciosa, crees que vas a reformarme, ¿verdad?

—Claro que sí. Por cierto, me debes un collar.

—Te lo daré el día de nuestra boda.

Ella le guiñó un ojo y salió de la habitación cerrando la puerta suavemente. —Parece que se recuperará, ¿verdad?

—Ven conmigo —dijo poniéndose seria.

Finnegan extrañado la siguió hasta la habitación de su padre, donde entró sin llamar. Jack Sterling estaba durmiendo a pierna suelta con la boca abierta y ella se acercó a la cama.

—¿Qué haces? —preguntó Finnegan—. Te advierto que no tiene buen despertar.

Chasqueó la lengua y tocó el hombro de su padre. —Papá, tengo que hablar contigo.

Jack Sterling se despertó de golpe y sacó el arma que tenía bajo la sábana. Ella miró asombrada el cañón. —¿Por qué duermes con eso?

—¡Hija, no puedes despertarme así! ¡Podría haberte pegado un tiro!

—¿Siempre duermes con eso?

Él gruñó sentándose en la cama y Charlotte se sonrojó al ver su pecho desnudo. —¡Padre, usa camisón! ¡Ya tienes una edad!

—Finn, la bata. Y siempre he dormido desnudo. Te lo digo por si vuelves a entrar en mi habitación sin llamar y te encuentras con que me he destapado durante la noche. —Charlotte se sonrojó aún más. —¿Qué quieres, hija? ¿Dalston está bien?

Se cruzó de brazos viendo cómo se ponía la bata sin levantarse de la

cama. —¿Qué ocurre, papá? —La miró sin saber de qué hablaba. —¿Me estás ocultando cosas?

—No sé a qué te refieres.

Rodeó la cama para ir hasta la ventana y apartó las cortinas. —A eso. ¡Me refiero a eso!

—Es una precaución.

—¡Pues me llama muchísimo la atención de que alguien intente meterse en el terreno de Sterling cuando debes ser el hombre más temido de Inglaterra después de la Reina! ¿Qué me ocultas?

—No iban a por mí. Como dices, si a mí me ocurriera algo, todo Londres se tiraría a la calle para buscar al culpable. No seguirían con vida durante mucho tiempo.

—¿Entonces por qué duermes con pistola?

—Cielo, lo hago desde que vivía en la calle. Tu madre se ponía de los nervios pensando que le iba a pegar un tiro. Así duermo tranquilo.

Charlotte palideció. —¡Padre!

Jack suspiró levantándose de la cama. —Lo sé. Es una costumbre horrible, pero ni Monique consiguió quitármela.

—Entonces si sabes que no es por ti, ¿a qué viene lo del muro?

—Porque ahora tú vives aquí y tu prometido. Y es obvio que a tu prometido sí intentan matarle. Eligieron mi casa porque de esa manera moriría en la casa más escandalosa de Londres y con la fama que tiene, a nadie le extrañaría. No se harían muchas preguntas. Podía ser aquí o en mi club. Pero lo que no se imaginaban, era que Dalston ahora es mi familia y que yo no iba a dejar las cosas como están.

A Charlotte se le cortó el aliento. —Sabes quien fue.

—Sí. Ayer por la tarde encontré al tirador que estaba escondido en una casa de mala muerte a las afueras de Londres.

—¿Cómo le encontraste?

—Cuando trasladaba la mercancía, una vendedora de fruta le vio salir corriendo de mi casa. Mis chicos la interrogaron ayer en el mercado como están haciendo con todo Londres. Le conocía. Solo tuve que tirar del hilo y llegué hasta su paradero. Pero eso no es todo. —La miró a los ojos. —Y te vas a quedar de piedra cuando te lo cuente.

—Es su padre, ¿verdad?

La miró sorprendido. —¿Cómo lo sabes?

—Nunca le ha importado. Nunca se ha molestado por su bienestar. Le abandonaron en la casa de su abuelo y no se volvieron a preocupar por él.

Tiene un puesto en el parlamento y las acciones de Dalston le molestan.

Jack apretó los labios. —Veo que conoces a tu suegro.

—Entre lo que tú me has contado y lo que me ha contado la doncella que trabaja en la casa de su primo, no ha sido difícil. Por la vida que llevaba Dalston podía ser alguien a quien hubiera molestado, como lo hizo contigo, pero la carta sobre la reducción de la manutención...

—Exacto. Envió la carta al mayordomo de Dalston para que le entretuviera y un lacayo pagado por su padre le fue a avisar de que su hijo ya estaba en la ciudad. Le siguieron hasta mi casa y era perfecto. La casa de Sterling. Si hubiera ido a otro sitio, hubieran esperado hasta que estuviera en un local de mala reputación.

Charlotte apretó los puños. —Quiero saber la razón. ¿Tú la sabes? Porque yo no puedo ser la razón que detonara esto y no creo que Dalston haya hecho algo más escandaloso que de costumbre antes de ir a buscarme. ¿Qué busca con la muerte de su hijo?

Su padre la miró con admiración. —Cada día me sorprendes más.

—Y lo que te queda.

Jack apretó los labios acercándose a ella. —Su amante está embarazada. Es una viuda de rango y piensa casarse con ella. Quiere un nuevo heredero.

Se quedó atónita. —¿Y su esposa? —Jack se quedó en silencio. —Dios mío. Está loco.

—No está loco. Es un manipulador que se muere por ser la mano derecha de la Reina. Su esposa no le cae bien a Victoria y sabe de sobra que la viuda en cuestión cuenta con su favor. De hecho, la viuda le es simpática. Así que el Marqués quiere deshacerse de lo que no le sirve para cumplir su sueño, aún poniendo en riesgo su título, porque puede que esa viuda no le dé un varón. Está haciendo limpieza.

Ella entrecerró los ojos sintiendo que la furia la recorría. —Pues ahora voy a hacer limpieza yo.

—Hija, déjame esto a mí. Pensaba hablar con Dalston cuando se recuperará para hacer lo que mejor os convenga.

—No, padre. Es a mi prometido a quien han intentado matar y él lo haría por mí. Seré yo la que imparta justicia. No quiero que Dalston sufra más por su culpa y sabes que esto le afectará. Yo eliminaré el problema.

Su padre la miró orgulloso. —Muy bien. Pues espera a que me vista.

—No. Iré sola. No quiero que tengan una excusa para ir en tu contra.

—¡No vas a ir sola! ¡Además ni sabes a dónde tienes que ir! ¡No conoces Londres!

—Pues me llevaré a uno de tus hombres. No me esperan y ni me conocen. Por cierto, ¿cómo se llaman sus padres?

Jack la miró exasperado. —¡Son los Marqueses de Eldridge, Charlotte!

Chasqueó la lengua como si le diera igual y miró la pistola sobre la cama. —¿Me la prestas? Te la devolveré.

—¡Voy contigo!

—Padre, no puedo esperarte. Estas cosas se hacen en caliente. —Cogió la pistola de la cama dejándole asombrado. —Volveré para comer. Te quiero.

Salió dando un portazo y Jack Sterling parpadeó. Quizás se parecía demasiado a él. Tendría que vigilarla de cerca. Sonrió como un bobo. Le había dicho que le quería, su pequeña. ¿Qué volvería para comer? Corrió hasta la puerta y gritó —¡Finnegan, detén a mi hija!

—¡Finnegan acaba de irse con la señorita, señor! —gritó Carter desde abajo.

—¡Mierda, mi ropa!

Ella miró la enorme casa desde el carruaje y entrecerró los ojos al ver lo bien que vivía ese cabrón mientras le escatimaba el dinero a su único hijo. — ¿Estás segura de que quieres hablar con el padre de Dalston antes de hacerlo

con tu prometido?

—Muy segura. —Le miró a los ojos. —Y de lo que pase ahí dentro no vas a decir una palabra. ¿Me entiendes? Dalston no debe enterarse de esto.

—Si eres capaz de no abrir la boca. ¡Porque eres tú quien lo sueltas todo!

—¡Finn, no me fastidies! ¡Vamos!

Se bajaron del carruaje y ella llevaba la pistola escondida entre los pliegues de la falda. Pasaron la verja que estaba abierta y caminaron sobre el empedrado que llevaba a las escaleras. Ella llamó a la puerta golpeando el puño dorado tres veces y esperó mirando a su alrededor como una auténtica delincuente. Finn sonrió divertido cruzándose de brazos y cuando la puerta se abrió, Charlotte sonrió al mayordomo. —Buenos días. Tengo que hablar con el Marqués de Eldridge de inmediato.

—Milord está desayunando. ¿A quién anuncio?

—Oh, eso no es importante. —Empujó la puerta y le puso al mayordomo la pistola en la cara. Éste asustado dio un paso atrás. —¿A que no es importante?

—No, señorita. No lo es.

—Lo que yo decía. ¿Finn?

Su amigo le dio un puñetazo que le dejó inconsciente, pero ella sin

esperar el resultado fue hasta una puerta que era el salón. Una doncella que estaba limpiando la miró y ella sonrió. —¿La sala de desayuno?

—Al otro lado del hall segunda puerta.

—Gracias, guapa.

Se volvió caminando con paso firme recorriendo el precioso mármol del hall hasta llegar a la puerta que le habían dicho. Su suegro estaba sentado a la cabecera de la mesa leyendo el periódico, mientras una mujer rubia de unos cuarenta y tantos años estaba tomando su té a su lado con cara de dolerle la cabeza.

—¡Buenos días! —dijo entrando en la sala del desayuno. Su suegro la miró asombrado dejando caer el periódico—. No nos han presentado, pero eso no es importante. —Levantó el arma y apuntó a su suegro. La que debía ser su suegra chilló levantándose dejando caer la silla. —Shusss —dijo mirando los mismos ojos que tenía Dalston—. No chille, señora. Terminó enseguida.

—¿Qué quiere? —preguntó la mujer asustada.

—Enseguida se entera. —Miró a su suegro que estaba pálido. Era evidente que su prometido había salido a la familia de su suegra, porque no se parecían en nada. Estaba calvo, pero antes debía haber tenido unos feos rizos castaños por el bigote de su suegro que ahora estaba parcialmente cubierto de

canas. Y sus ojos eran de un frío color azul. —Marqués, se ha portado mal.

—¿Quién es usted y qué quiere? —preguntó con autoridad. Ella le disparó en el hombro tirándolo de la silla y la mujer gritó tapándose la boca.

—A mí me hablas con respeto, cabrón. —Se acercó a él que gemía en el suelo y le agarró de la chaqueta levantándole. —¿Crees que puedes intentar quitarme lo que más me importa en la vida y que te iba a dejar vivir?

—¿Quién eres?

—Oh, disculpe Marqués. Soy su nuera.

La mujer abrió los ojos como platos. —Charlotte Sterling. Mucho gusto Marquesa.

La pobre asintió sin salir de su asombro. El Marqués palideció. —¿Has dicho Sterling?

Sonrió maliciosa. —¿Conoce a mi padre? Por cierto, le envía saludos. — Le empujó contra la mesa del desayuno tirando la mitad del contenido al suelo. —Vuelve a acercarte a mi hombre, vuelve a intentar matarle de nuevo y te juro por lo más sagrado que te despellejo vivo. No te mato ahora por no perjudicar a tu mujer y a tu hijo, pero vuelve a intentarlo y no tendrás donde esconderte. —Se acercó a él y susurró —Palabra de Sterling. —Cogió un cuchillo de la mesa y se lo clavó en la oreja haciéndole chillar como un cerdo.

Sonrió maliciosa. —¿Duele? Pues recuérdalo la próxima vez que estés con tu amante y pienses en matar a tu mujer y a tu hijo para empezar de cero.

La marquesa palideció. —¿Qué?

—Oh, sí. Su marido tenía planes. —Le miró a los ojos. —Pero los ha abandonado, ¿verdad, suegro?

Asustado asintió temblando como una hoja. Ella hizo una mueca. —No lo ha entendido. —Cogió el tenedor que tenía a mano y se lo clavó en el pecho. Él grito de dolor. —Voy a preguntar de nuevo. ¿A que los ha abandonado?

—Me iré.

—Claro que te irás. Te irás de Londres de inmediato y no quiero saber nada más de ti lo que te reste de vida. El campo es muy sano. Seguro que tenéis un caserón en algún sitio. Como me entere de que pones un pie fuera de esa finca y sabes que me enteraré, te haré otra visita. Y no seré tan benévola.

Pasos en el hall hicieron que mirara hacia allí. Jack vestido con un traje negro sonrió pasando el bastón de mano antes de quitarse su sombrero de copa. —Hija, no le mates.

—Claro que no, padre. —Cogió otro tenedor y se lo puso a su suegro en la garganta siseando —Porque yo si quiero a Dalston y no voy a consentir

que nada le haga daño. ¡Nada! —gritó en su cara—. Por cierto, su asignación es muy pequeña.

—Sí, sí.

—¡Necesita más dinero porque ahora somos dos y mi padre no tiene por qué pagar mis gastos!

—Sí, por supuesto.

Le miró fijamente. —No sé si fiarme, padre. ¿Qué dices?

—Creo que todavía no ha aprendido la lección. No puedes fiarte de alguien que intenta matar a su propio hijo.

—Tienes razón. —Le clavó el tenedor en el brazo y el Marqués chilló de nuevo. —Cálmese hombre. Esto duele mucho menos de lo que le ha hecho a Dalston.

—¿Qué le has hecho a Dalston?

—¿No lo sabe, marquesa? ¡Igual si se preocupara más por su hijo, lo sabría! —La mujer palideció. —Este cabrón ha ordenado que le mataran y le han pegado un tiro en el pecho. ¡Por poco se muere! —Miró furiosa al Marqués. —Vaya, me he enfadado de nuevo.

—¡No!

Le agarró de las solapas de la chaqueta y tiró de él contra la pared

chocando contra el aparador. —No me quedo tranquila y hasta que eso pase... —Miró a su alrededor y vio una bandeja de plata. La cogió con ambas manos y empezó a golpear al Marqués una y otra vez que intentaba cubrirse con el brazo. Charlotte miró la bandeja abollada y la tiró al suelo. —Esto no sirve.

Apareció ante ella una vara de castaño. Miró asombrada a su suegra. — La usa para pegar a los sirvientes.

—Oh... —dijo Jack divertido—. Marqués acaba de firmar su sentencia. Prepárese.

Cogió la vara tensa como un arco y se giró hacia su suegro. —Así que te gusta pegar al servicio. Ahora entiendo que no estén aquí para defenderte. — Le golpeó una y otra vez mientras el muy cobarde gemía de dolor. —¡Eso no se hace, suegro! ¡El servicio son personas! —gritó fuera de sí—. ¡Y su hijo es sangre de su sangre! ¡Maldito cabrón, debería matarte y quitarte del medio! —Cuando se agotó, le miró. —¿A que ahora sí me has entendido?

Él asintió llorando y Charlotte se apartó. Miró a su alrededor y siseó — Esta casa ya no la necesitas. Has decidido mudarte, así que una casa en Londres es innecesaria. —Le hizo un gesto a Coleman que estaba tras su padre y se volvió hacia su suegra. —Debería haber protegido a su hijo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Lo sé.

—Le aconsejo que se separe, Marquesa. —Cogió una lámpara de aceite que estaba a su lado y se la tendió a Finnegan, que tiró la pantalla al suelo antes de encenderla. Sonrió con la lámpara en la mano. —Aunque me da igual. Aléjense de Dalston. Vuelvan a hacerle daño, aunque sea sin querer y será lo último que hagan.

Tiró la lámpara sobre las cortinas de terciopelo rojo y éstas prendieron de inmediato. La marquesa gritó pidiendo ayuda mirando horrorizada el fuego y Charlotte salió de la estancia con sus hombres detrás. Los sirvientes intentaban apagar los fuegos que Coleman y sus hombres habían provocado.

—Hija, ¿no has exagerado un poco?

—Debería haberle matado. Si ella no hubiera estado allí... —Se volvió para ver como el humo salía por las ventanas e hizo una mueca. —¿Lo de la casa fue demasiado?

—Algo dramático, pero efectivo —dijo su padre divertido subiéndose al coche de caballos.

—Niña, que mano tienes para pegar palos. Y lo haces sin esforzarte. Es innato.

—Gracias Finnegan. —Sonriendo se sentó ante su padre. —¿Crees que Dalston se enterará de esto?

—No. Si no se lo dices, claro.

Capítulo 14

—¡Charlotte! —gritó Dalston desde la habitación de al lado. Ella que estaba vistiéndose para la cena donde le presentarían a unos amigos de alcurnia de su padre, apartó a Beth para correr a su habitación.

Suspiró del alivio al ver que estaba sentado en la cama y tenía muy buen color. —¿Qué te ocurre? ¿Te duele mucho? ¿Llamo al médico?

—¿Qué es esto? —gritó levantando un papel que tenía en la mano.

—No lo sé. —Con curiosidad se acercó y vio que el papel estaba escrito con una letra muy bonita. —¿Una carta?

—¡Una carta de mi madre!

—Oh.

—¿Oh? ¿Me has quemado la casa?

—Bueno, no era tu casa.

—¡Sí que era mi casa! ¡Me pertenece por título! —Le miró sorprendida.

—¡La utilizaban mis padres porque yo prefería mi casa de soltero!

—Vaya, era muy bonita. Y debía ser muy cara de mantener.

—Sí —gruñó—. Otra razón para que la utilizaran mis padres.

—Upsss.

—Mujer...

—¡Me hizo perder los nervios!

—¿Le has pegado una paliza a mi padre y has quemado mi casa?

—Se portó mal. Solo impartí justicia.

—¡Justicia! ¿Y yo que culpa tengo para perder mi casa? —gritó a los cuatro vientos.

—Eso no lo sabía. Debemos hablar más para saberlo todo el uno del otro. Eso es de buen matrimonio. De todas maneras, no necesitamos esa casa. Vivimos aquí.

Le miró asombrado. —No pienso vivir con tu padre.

—Claro que sí. Porque yo no quiero irme. Aquí está papá, Eva y Finnegan. Aquí puedo ver tranquilamente a mi tía sin que se enteren sus clientas... Es perfecto.

—¡No quiero vivir con tu padre!

—Ahora os lleváis mucho mejor. Vas a empezar a dirigir sus negocios. Los lícitos. Debes tenerle a mano. Además, quieres que yo sea feliz y aquí

seré muy feliz. —Arrodilló una pierna en su cama y le dio un beso. —Ahora tengo que terminar de cambiarme. —Sonrió emocionada. —Hoy conozco a los duques de Stradford.

—Te caerán bien. Son buena gente.

—Lo sé. Gracias a ellos estoy aquí.

—Sí, gracias a ellos te encontré. —Besó sus labios. —Pero me sigues debiendo una casa.

—Se lo diré a papá. —Se alejó, pero él la cogió por la muñeca.

—Esta noche duerme conmigo.

—Cielo, duermo contigo todas las noches.

—No me refiero a eso. Preciosa, no puedo más.

—Ah, no. ¡No puedes!

—Ya veremos si puedo o no.

—Ni hablar, conde. He dicho que no. Mejor lo dejamos para la noche de bodas.

—¡Por cierto, tu padre no ha pasado por aquí! ¡Seguramente para que no me enterara de esto!

—Te quieroooo. —Salió de la habitación sonriendo y le escuchó reír.

La cena fue muy divertida, porque al contrario de lo que pensaba, los duques de Stradford eran una pareja joven. Ella era preciosa con un cabello color caoba que llamaba la atención y su duque estaba muy enamorado. Se fijó muchísimo en los gestos de ese hombre hacia su esposa y sonrió bebiendo su té porque su conde la trataba igual.

—Así que te vas a casar —dijo Lady Elizabeth sentada a su lado en el sofá después de la cena—. Es maravilloso.

—Sí, está arriba el pobrecito.

La duquesa parpadeó asombrada. —¿Arriba?

Jack se echó a reír. —Duquesa, al parecer soy mucho más moderno de lo que creía. Mi futuro yerno está convaleciente después de un accidente familiar y está descansando.

—Oh, espero que se reponga pronto.

—En unos días estará listo. El médico dice que se recupera rápidamente.

—Eso es estupendo. ¿Es español? ¿Por eso está viviendo aquí?

Ella sonrió mirando a su padre, evaluando la confianza que tenía en ellos. Jack se echó a reír. —No. Aunque vino de España con ella. Es la persona de confianza que envié para buscar a la niña.

—Oh, que bonito. Y os enamorasteis.

—Mucho, excelencia —dijo ella antes de beber de su té sonrojada.

—Es el conde de Ovington —dijo Jack a punto de reírse.

El duque le miró sorprendido y de pronto se echó a reír a carcajadas dándole a Jack una palmada en la espalda. —Amigo, seguro que te quedaste de piedra.

—No lo sabes bien. Casi le mato.

Elizabeth sonrió. —¿Quién es el conde de Ovington? Cielo, ¿le conozco?

—No. Él se mueve por otros ambientes. No suele asistir a fiestas.

—Respetables —apostilló Charlotte—. Pero eso va a cambiar.

—Ah, es un calavera.

—Sí, más o menos.

—Tengo amigas que dicen que son los mejores maridos. Los han reformado totalmente.

—Pues eso le va a pasar al mío.

El duque miró de reojo a Jack, que asintió dándole la razón. —Cualquiera no se reforma —dijo el duque por debajo antes de beber de su copa—. Supongo que tenéis algo que ver con que se le quemara la casa familiar de

Londres.

Charlotte se sonrojó intensamente y Elizabeth abrió los ojos como platos.
—¿Fuisteis vosotros los que quemasteis la casa de ese Marqués ayer?

—A mí no me miréis —dijo Jack a punto de partirse de la risa—. Mi hija, que tiene un carácter...

Elizabeth soltó una risita. —Tengo que presentarte a una amiga. Nació en América y tiene tus prontos. Os llevareis bien.

—Supongo que estarás preocupado por la reacción de la alta sociedad, Sterling —dijo el duque sentándose ante ellas en el otro sofá.

—Ambos están preparados para todo.

—Oh, eso no debe preocuparos —dijo Elizabeth—. Entiendo el problema y yo os apoyo.

Miró sorprendida a la duquesa. —¿De veras?

—Claro que sí. Es lo menos que puedo hacer por tu padre y por ti. Ha demostrado ser un amigo. Y tú me eres simpática. —Rió divertida. —Me hubiera encantado ver cómo le quemabas la casa.

—Sí, a mi esposa le gusta estar donde hay acción. Y acostumbramos a tener mucha, os lo garantizo.

Ella le miró ilusionada. —Gracias.

—Y mis amigas te apoyarán. A ver quién se enfrenta a nosotras.

—De todas maneras, no creo que mi yerno se mueva mucho por la alta sociedad. Como ha dicho el duque, nunca se ha movido por esos círculos.

—Espero que no haga eso, Sterling. Ahora será un hombre casado y tiene que pensar en el futuro. Sabes cómo es esto. Sus hijos...

Charlotte asintió. —Eso les he dicho a los dos. Tienen que reformarse. Padre va a dejar su trabajo.

Los duques miraron a Jack con tal asombro, que su padre se echó a reír.
—Poco a poco.

—Si no te lo oigo no me lo creo —dijo el duque impresionado.

—Tendré que buscar un sustituto y eso va a llevar tiempo. Pero empezaré a delegar. Ya va siendo hora de que disfrute de la vida. Ahora tengo una hija.

Charlotte sonrió radiante. —Gracias papá.

—Me alegro mucho por vosotros. —Elizabeth le cogió la mano apretándosela con cariño. —¿Por qué no vienes a tomar el té mañana? Te presentaré a algunas amigas.

—Los tés de Elizabeth son la envidia de Londres, porque tiene unas amistades muy influyentes.

—Y sus maridos son amigos tuyos —dijo ella haciéndole reír.

Charlotte se mordió el labio inferior. No estaba preparada para eso y menos sin ser condesa todavía. —Mejor otro día.

—Sí, duquesa. No queremos ofender a nadie.

Elizabeth parpadeó antes de reír a carcajadas sorprendiéndoles. —Perdón, pero os aseguro que mis amigas estarían encantadas de conocerla. Se morirán de envidia porque tengo de invitada a la hija desaparecida de Sterling.

—¿De veras?

—¡Y salida de la nada! La intriga las matará. ¡Se quedarán en shock cuando te conozcan! Serás la sensación de la temporada. Aunque siempre hay malas lenguas, pero tranquila que ya las amarramos nosotras.

Miró a la duquesa con aprecio. —Gracias, pero prefiero esperar unos días. Hace poco que he llegado y...

—Lo entiendo. No te preocupes. Cuando quieras.

—Cielo, es lógico que quiera casarse primero e ir del brazo de su marido. La alta sociedad puede ser abrumadora.

Sterling miró a su hija preocupado. —No quiero que se sienta incómoda.

—Oh, por supuesto. Pero Sterling, cuando se sienta preparada, avíseme que yo me encargo de todo.

Jack sonrió con cariño. —Siempre tan atenta, duquesa. Usted sí que es

toda una dama.

—Va, tonterías.

—A mi padre nunca le aceptarán, ¿verdad? —Todos se quedaron en silencio, lo que contestó a su pregunta. —Entiendo.

—Hija, es un honor que los duques te ayuden a ti y aun así habrá comentarios que tendrás que soportar.

Elizabeth asintió. —Tu padre tiene razón. Aprecio mucho a tu padre, pero ni yo me atrevo a invitarlo a una de mis fiestas y no por mí si no porque sé que ante la alta sociedad le rechazarán de pleno.

—Hija, tengo una reputación. ¿Qué iba a hacer yo en un baile?

Ella hizo una mueca. —Pido demasiado, ¿verdad? Lo siento.

—No te disculpes. No tienes por qué —dijo el duque—. Bueno, así que la boda será en cuanto se reponga el novio.

—Estáis invitados, por supuesto. Será aquí, el sábado —dijo su padre sorprendiéndola.

—¿El sábado?

—Sí, Dalston dice que no quiere esperar más. Así que será el sábado. ¿Te parece bien?

—Sí, por supuesto. —Miró emocionada a Elizabeth. —Madame Blanchard me está haciendo el vestido de novia. Dice que es una pena que no lo vaya a ver nadie, porque es su mejor creación.

Elizabeth jadeó. —Eso no me lo pierdo.

El duque se echó a reír y miró a Jack que preocupado bebió de su copa.

—¿Por qué no me enseñas lo que te ha hecho hasta ahora? Me muero por ver tus vestidos nuevos.

—Sí, subamos. —Se levantó encantada. —Padre, no te importa ¿verdad?

—Claro que no. Subid y pasadlo bien.

Salieron sin dejar de hablar y el duque miró a su amigo bebiendo de su copa. —La duquesa siempre tan atenta.

—¿Qué ocurre Jack? Entiendo que te preocupe ese matrimonio, pero tu hija no es una dulce florecilla. Me parece que es una joven con la cabeza muy bien amueblada.

—Y lo es. Pero se empeña en cosas que no se si la defraudarán en el futuro. —Suspiró sentándose en su sillón.

—¿Hablas de su prometido? Debo reconocer que me ha sorprendido un poco. Hanford no es precisamente un hombre que muestre sus sentimientos.

—Pues la adora. No, no es eso lo que me preocupa. Se quieren y para mí

eso ya es muchísimo, pero ella se ha criado como doncella y es hija mía, nada menos. En cuanto la insulten por la calle...

—Elizabeth la protegerá.

—Pero no podrá protegerla de todo. Además, no tiene su educación.

—Por su manera de hablar, dudo que quiera tener una vida social intensa.

—Me ha dicho que quiere pasear conmigo por la calle con la cabeza alta.

—Es lógico que te preocupe que hagan daño a tu hija. Pero eres Jack Sterling, ¿de verdad crees que mucha gente se atreverá a insultarla? Serán comentarios velados y con mala intención. Además, será condesa y Marquesa en el futuro. Eso le da un respaldo que no tenía tu esposa. —Le miró sorprendido porque aunque su amigo no sabía nada de lo que había ocurrido con Monique, pensaba precisamente en eso. El duque sonrió. —No las compares porque no será lo mismo, amigo. Ella tendrá un título que la proteja y a las damas más importantes de Londres a sus espaldas. De eso me encargo yo.

—No sé cómo agradecerte...

—No tienes nada que agradecer. Ya conoces a Elizabeth, le gusta tener las amistades que son como ella. Y tu hija encaja en ese grupo muy bien. —
Rió por lo bajo. —Y no nos aburrirnos. Te lo aseguro.

—La duquesa está hermosa. Casi no se le nota todavía. ¿Qué tal lleva su primer embarazo?

Entró en la habitación de Dalston con cuidado de no despertarle y se acercó a la cama deshaciendo el lazo de la bata. —Preciosa, ¿te has divertido?

Le miró sorprendida. —¿Qué haces despierto? —Se quitó la bata y se subió a la cama. —¿Te duele mucho?

—Cada vez menos. Te he escuchado hablar con la duquesa.

—Es encantadora. —Se abrazó a él con cuidado y Dalston la pegó a su cuerpo. —Dice que nos ayudará socialmente. Si tú quieres, claro.

—¿Y por qué no iba a querer? Es un gesto muy amable.

—Lo sé. Pero si no te sientes a gusto...

—Si llega ese momento, lo hablaremos como un matrimonio, que es lo que somos.

Levantó la vista emocionada. —Cada día me haces más feliz.

—Lo mismo digo, preciosa. No sabes lo que necesitaba encontrarte. —La besó en la frente. —Duerme.

—¿No querías...?

Él gruñó. —Desgraciadamente tenías razón y no puedo moverme.

—Te curarás enseguida y nos casaremos. El sábado.

Dalston acarició su cabello. —¿Estás impaciente?

—No sabes cuánto.

Él rió divertido. —¿Quieres atraparme?

—Para siempre. Y no nos separaremos más. —Suspiró abrazándole de nuevo. —Ya no podría dormir sin ti.

—Lo mismo digo, preciosa. Tenías razón, ¿sabes?

—Yo tengo razón siempre. —Él rió. —Pero refréscame la memoria.

—Cuando Finn y Eva se enamoraron dijiste que una mirada bastaba. Y eso me pasó a mí.

—Lo mismo digo, mi conde.

—¡Serás mentirosa, me rechazaste!

Charlotte reprimió una risita al oír su indignación. —Es que no me parecías apropiado.

—¡Soy conde! ¿Qué más querías?

—Es que no me habías dicho las palabras apropiadas.

—Te quiero y te querré siempre.

—Esas son las palabras adecuadas, mi amor.

El día de la boda estaba muy nerviosa. Tanto que vomitó dos veces antes de vestirse. Eva que se había casado el día anterior con Finn, en una boda a dos idiomas, también estaba de los nervios, ordenando a su nueva doncella española que fuera de un lado a otro organizando lo que ya estaba preparado.

—Cálmate, Eva. ¡Me estás poniendo más nerviosa aún!

—¡Voy a ver los canapés!

Salió de la habitación y Beth sonrió mirándola a través del espejo. —Ese niño va a salir inquieto.

—Eso seguro.

—Y el suyo también, así que cálmese un poco.

La miró sorprendida a través del espejo. —¿El mío?

Beth levantó una ceja. —Mientras ha estado aquí no... No sé si me entiende. Y de eso ya hace como quince días. Aunque puedo estar equivocada, claro. ¿Antes?

Perdió todo el color de la cara y salió corriendo de nuevo hacia la bacinilla.

La puerta de su habitación se abrió y Dalston entró algo pálido viendo a

su novia arrodillada sin tener qué vomitar. —Cielo, ¿qué ocurre?

Gimió apoyándose en el suelo con las manos y él intentó levantarla, pero ella se las apartó. —No me cojas. Te puedes hacer daño.

—¿Estás enferma?

Le miró con sus ojos verdes enrojecidos del esfuerzo y forzó una sonrisa. —Tú quieres tener hijos, ¿verdad?

Dalston se quedó en shock mirándola como si no hubiera comprendido nada de lo que había dicho. Ella le miró preocupada. —¿Cariño?

—Necesito sentarme. —Lo hizo en la cama y ella se arrastró hasta él sentándose a su lado. Ambos miraban la chimenea pensativos mientras Beth se apretaba las manos nerviosa.

Charlotte le miró de reojo, porque parecía que no se lo había tomado muy bien, mientras la doncella le tendía un vaso de agua que cogió sin quitarle ojo. —¿Cariño?

Dalston no contestó y Charlotte bebió del vaso, aunque la mano le temblaba del susto. Él lo vio y acercó sus manos para ayudarla, antes de coger el vaso y tendérselo a Beth. La abrazó con fuerza y Charlotte sonrió. —¿Te alegras?

—Todavía no me lo creo, pero es que no me creo todo lo que me ha

pasado desde que te conozco.

Charlotte rió contra su camisa. —¿Te sorprendo?

—Continuamente, preciosa.

—Serás un padre maravilloso.

Él la apartó para mirarla a los ojos. —¿Yo les consentiré y tú les regañarás?

—¡No!

Beth soltó una risita. —Que les regañe el abuelo.

Ambos miraron a Beth y se echaron a reír porque cuando se enterara Sterling se iba a poner pletórico. —¿Lista para casarte conmigo?

—Totalmente.

—Vístete, quiero verte.

Beth terminó de peinarla mientras él la observaba en silencio. Cuando vio el vestido verde esmeralda sonrió. —¿Cómo lo sabías? —preguntó él—. Solo te pregunté que si tenías un vestido verde.

—Estoy esperando mi regalo. Y me lo pienso poner.

Él se acercó mientras Beth abrochaba el vestido. Era impresionante. Con volantes que llegaban hasta el bajo y cuentas negras cosidas primorosamente

en el corpiño. —Inspiración española.

—Sí, te has dado cuenta.

—Estás tan hermosa que quitas el aliento.

Sacó el collar del bolsillo de su chaqueta negra y a ella se le cortó el aliento al ver el collar más hermoso que había visto nunca. Él se lo puso y cuando se lo abrochó la besó en el cuello. —Te queda perfecto —dijo mirándola a través del espejo—. Solo faltan los pendientes de tu madre para que esté presente este día.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y asintió. Beth abrió el cajón y los sacó tendiéndoselos. Cuando se los puso, la doncella se limpió las lágrimas de la mejilla. —Se parece a ella tanto... Es una pena que no la vea.

Charlotte sonrió. —Me está viendo.

—Y seguro que está feliz por ti. Vamos, preciosa. No hagamos esperar a los invitados.

Mirándose a los ojos salieron de la habitación y cuando llegaron abajo, su padre la esperaba ante la puerta de la sala de baile que nunca se había usado. Todo estaba precioso con enormes rosas blancas por todos lados y allí estaba todo el servicio en fila para desearles mucha suerte. Dalston llegó hasta Jack. —Te la presto unos minutos.

Jack la miraba emocionado y cogió su brazo. —Hija, estás preciosa.

—Gracias, padre.

—Esos pendientes... —La miró fascinado. —Recuerdo perfectamente cuando se los regalé. En nuestro primer aniversario de boda.

—Y ahora me voy a casar con ellos.

—A ella le encantaría verte. —La besó en la frente. —Te deseo toda la felicidad del mundo.

Sonrió sin poder hablar de la emoción y cuando entraron en el salón vio a los duques sentados al lado de Eva y Finnegan. También estaba Coleman y otros hombres que trabajaban con él. Le sorprendió ver a la madre de Dalston y susurró a su padre —¿Qué hace aquí?

—Le rogó a su hijo que la dejara asistir. No quiere perderse nada más de vuestra vida. Ha dejado al Marqués y vive en la casa de su hermana.

—Oh... Como meta la pata de nuevo la rajo.

Jack se echó a reír a carcajadas mientras ella sonreía a su suegra caminando por el pasillo. —Por cierto, bonito collar. ¿Regalo de Dalston?

Se sonrojó mirando a su padre. Se notaba que sabía de donde había salido el collar. —Lo que importa es el detalle.

Jack asintió acercándose a su yerno que la miraba como si la deseara más

que a nada. —Te entrego a mi hija que es lo más preciado que tengo. Sé que la cuidarás.

—De eso que no te quepa ninguna duda, abuelo.

Jack pareció no escucharle mientras él cogía su mano y divertida miró a los ojos a su futuro marido. —Eres malo.

Su padre se sentó en su sitio al lado de la madre de Dalston, que le sonrió amablemente. —Cuando se dé cuenta, se va a poner como loco.

Los novios le miraban y él frunció el ceño antes de tensarse. —¿Has dicho abuelo? —gritó sobresaltando a su consuegra.

Los novios se echaron a reír antes de mirar al cura. —Puede empezar.

Las risas recorrieron la sala mirando a Jack que todavía tenía la sorpresa en el cuerpo. —¡Sí, empiece! —exclamó Jack antes de sonreír de oreja a oreja—. Es hora de que mi hija ocupe el puesto que le corresponde. ¡Duque, voy a ser abuelo!

Todos se echaron a reír de nuevo por su alegría y los novios se miraron a los ojos. —¿Preparada?

—Siempre, amor. Para ti siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Sólo mía” o “Cuéntame más”. Próximamente publicará “Has cambiado mi vida” y “Tú eres mi sueño”.

Si quieres conocer todas sus novelas publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o seguirla en su página de autor. Tienes más de noventa novelas para elegir entre distintas categorías dentro de género romántico.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.